



Mi curvilínea
FRAUDE

Carla Tristán

Mi curvilíneo fraude

(Carla Tristan)

Titulo: Mi curvilíneo fraude
Copyright © 2020 (Carla Tristan)

*Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Contents

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Capítulo Veintinueve](#)
[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y Uno](#)
[Capítulo Treinta y Dos](#)
[Capítulo Treinta y Tres](#)
[Capítulo Treinta y Cuatro](#)
[Capítulo Treinta y Cinco](#)
[Capítulo Treinta y Seis](#)
[Capítulo Treinta y Siete](#)
[Capítulo Treinta y Ocho](#)
[Capítulo Treinta y Nueve](#)
[Capítulo Cuarenta](#)

Capítulo Uno

Anastasia

Una luz roja parpadeaba odiosamente mientras me ponía los auriculares en la cabeza. El diminuto eco del estudio se silenció por un breve momento, antes de estirar mi brazo, y presionar con mi dedo el botón de la pequeña luz.

—Hola, llamador —mi propia voz me fue devuelta a través de los auriculares. Cuando empecé ese trabajo, me había desanimado. Todo el mundo odiaba el sonido de su propia voz. Y añade eso a la ansiedad paralizante que me embargaba antes de salir al aire en vivo, y ahí lo tienes, la receta perfecta para el desastre y torbellinos de palabras épicas. Por suerte para mí, mis productores pensaron que era demasiado encantadora para rendirse conmigo tan fácilmente—. Ya sabes cómo funciona este espacio. Empecemos con tu nombre y la razón por la que llamas, y haré lo que pueda para ayudar a curar tu corazón —las palabras salieron de mí en la misma secuencia de siempre.

—¿Annie? ¿Eres realmente tú? —un largo suspiro femenino llenó mis oídos.

—La única e irrepetible —literalmente.

Una y sólo una.

Un poco de culpa me invadió. No, tal vez no era culpa, pero sí algo un poco más difícil de precisar que eso. Era una nueva sensación que no había experimentado antes, pero que en las últimas semanas, me había hecho sentir como un fraude. Durante un diligente desplazamiento nocturno por Internet con una copa de vino y una vela de sándalo ambientando mi habitación, descubrí que estaba sufriendo una dolencia profesional muy común: El Síndrome del Impostor.

—Hola. Vaya. No puedo creer que me haya comunicado contigo. Um. Bien. Aquí va —hubo una pausa seguido de un respiro en el otro extremo mientras mi interlocutor organizaba sus pensamientos. Estaba acostumbrada a eso. Los que llamaban no esperaban realmente comunicarse conmigo. Al principio, hace años... Claro. Pero ahora las líneas se inundaban de llamadas cada noche y ella sabía lo afortunada que era de estar al aire con su servidora. Se aclaró la garganta—. Me llamo Margaret. He estado tratando de comunicarme contigo durante semanas.

Otra pausa llenó la línea entre nosotras, y me di cuenta de que era mi turno de hablar.

—Dime lo que estás experimentando en tu relación, Margaret —añadí una suavidad a mi voz que había estado practicando durante años y me preguntaba si mis oyentes alguna vez sentían que estaba demasiado ensayado.

Definitivamente me sentía así a veces. Y agregando eso a mi Síndrome del Impostor, sin duda era toda una estafa ambulante y parlanchina.

Margaret dejó escapar un suspiro de derrota.

—Mi novio no quiere casarse. Tiene fobia al compromiso.

Me preguntaba si Margaret querría mi consejo si supiera el síndrome que estaba padeciendo. Yo era un gurú del romance ridículamente popular cuya propia vida romántica era inexistente. Mi vagina no había sido tocada por otra cosa que no fuera mi vibrador color lila.

—Es un mal que muchos sufren —me incliné hacia adelante y crucé los brazos sobre el escritorio. Intenté ignorar la media docena de luces rojas que parpadeaban constantemente y que eran todos gritos de ayuda de personas desesperadas. Esta misma llamada había llegado una y otra vez—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Unos doce años.

—¿Doce años? ¡Madre mía!

—Eso es genial.

No, no lo era. ¿Doce años y ninguna promesa de que haya algo más en el futuro? Vaya.

Capté la expresión de perplejidad de Doug a través del grueso cristal que tenía adelante. Mi manager levantó una ceja, sonrió, y pasó sus dedos por su cabello canoso. Había trabajado con él el tiempo suficiente para saber que estaba pensando exactamente lo mismo que yo: es hora de soltar y marcharse, Margaret.

—Supongo —respondió la chica. Había un claro tono de tristeza en su voz.

Claramente tenía años de práctica y habilidades para disfrazar su decepción, pero como profesional que veía este tipo de cosas todo el tiempo, tenía un oído atento a la tristeza de las relaciones.

—Y supongo que le has hablado a tu pareja sobre los beneficios de estar casada —me puse mis gafas de marco negro, al puro estilo de Lisa Loeb. Una calma se apoderó de mí al caer completamente en mi personalidad de la radio de Noches con Annie.

Los hombros de Doug se movían de arriba a abajo con risas al otro lado del cristal. Me di la vuelta para no verlo más. Nadie entendía mis rarezas en el estudio.

—Sí, pero él me ignora cada vez. Siempre hay algo súper importante que tiene que hacer cuando surge el tema del matrimonio. Como apretar un fregadero que gotea o ayudar a su amigo que acaba de pinchar un neumático. Es tan frustrante. Todas mis amigas dicen que estoy perdiendo el tiempo, pero ¿cómo puedo dejar algo en lo que he invertido doce años? Tenemos una vida juntos. Quiero decir, he criado a medias al tipo.

Me mojé mis labios.

—¿Me llamas para que te diga que tus amigas están equivocadas o que tienen la razón?

—No lo sé. Sé que se preocupan por mí. Sé que no están tratando de arruinar mi relación. Están... están tratando de salvarme de eso.

—Entonces parece que tienes buenas amigas.

—Lo son.

—Margaret, creo que sabes lo que tienes que hacer. Esto es sobre ti. No sobre él. Tienes que ponerte a ti misma primero y decidir qué quieres de la vida. ¿Serás feliz dentro de cinco años si estás en el mismo lugar y no estás casada? ¿Impactará esto otros aspectos de tu vida, como tener hijos?

Margaret se resopló.

—Creo que se acabó. Realmente se acabó hace mucho tiempo.

—Yo también lo creo. Y creo que sabías lo que querías hacer antes de llamarme. Es hora de pensar en ti, en lo que quieres para tu vida y soltar lo que no te haga crecer.

A veces, cuando sabía que una persona estaba lista para oírlo, la verdad podía ser tan aguda como un puñetazo en el estómago. Y Margaret ciertamente necesitaba oírla.

Mentir todas las noches a mis oyentes se había vuelto cada vez más difícil durante las últimas semanas y meses, pero ayudar a alguien como Margaret lo hacía un poco más agrisado. Claro, todavía me sentía como una impostora hablando con ella sobre dejar a un hombre que amaba cuando no sabía lo que se sentía, pero alguien tenía que hacer el trabajo sucio. Me decía a mí misma que mi falta de experiencia me hacía la persona perfecta para este papel. No era parcial. No tenía un bagaje que nublara mi juicio. No tenía nada.

La chica soltó una risa temblorosa para disimular su dolor.

—Creo que tienes razón, Annie. Le gusta demasiado su libertad para establecerse en la vida que siempre he querido. Debí haber tirado la toalla en cuanto mencionó el tema de la piña.

Esa última frase fue un pensamiento de último momento, pero me llamó la atención.

—¿Cosa de piñas? —me enderecé en mi asiento y le sonreí a Doug. Nunca había un momento

aburrido en este trabajo.

Sus suspiros se estaban convirtiendo en el prefacio de sus próximas palabras.

—En nuestro vecindario... —suspiró y se quedó en silencio.

—¿Dónde está ubicado tu vecindario? —pregunté para animarla a seguir con la conversación.

Mi Mountain Dew estaba al alcance de la mano y todavía estaba frío. Las rosquillas que siempre me dejaban antes de cada show, con una variedad de glaseado blanco y espolvoreado de arco iris o bañadas en chocolate, ya se habían acabado. Miré las migajas en el plato mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y sorbía mi bebida.

—Es un vecindario de ricos. La mayoría de los millonarios retirados viven allí —casi la podía sentir encogiéndose de hombros mientras hablaba—. Mi novio gana mucho dinero en la construcción y sabía que yo siempre soñé con una vida de comunidad cerrada.

—Continua —retorcí la tapa de mi refresco para cerrarlo.

Al menos Margaret tenía la casa de sus sueños. Yo, sin embargo, tenía fotos tomadas de Pinterest llenas de inspiración para mi casa ideal, brillante y aireada, con una gran chimenea y un comedor de techo alto. Era una amante del lujo tanto como de las donas.

—Bueno, hay un acuerdo en el vecindario donde los miembros del club de intercambio de parejas ponen una piña en su porche o en su patio. Es una especie de tarjeta de visita.

—¿Son ustedes swingers? —pregunté con una voz monótona. No había necesidad de hacerla sentir algo que no estaba sintiendo ya.

—¡No! Cielos, no —dejó escapar una risa temblorosa.

Tomé un largo trago de mi bebida.

—¿Tu novio es un swinger?

—No... Bueno, sí —gimió en una exasperación dramática. Le mostré una sonrisa a Doug, que movía la cabeza con alegría. Ambos sabíamos que nuestros oyentes estaban disfrutando de este segmento mientras conducían a casa desde sus turnos de noche o se sentaban en sus mesas de la cocina—. No lo sé. Parece como si tratara de decirme que está interesado en probarlo, y con “eso” me refiero a otras mujeres. Lleva a casa cosas de piña todo el tiempo, siendo tonto al respecto, pero no es gracioso. Es... no lo sé. Como que estropea cualquier confianza que me pueda quedar. Lo cual, debo añadir, no es mucho cuando el hombre con el que has estado durante una docena de años no quiere casarse contigo.

Me dolía el corazón por ella. Nadie debería tener que sufrir ese tipo de incertidumbre en una relación. El amor debería mejorar las cosas, no empeorarlas. Tenía que ayudarla, y tenía que hacerlo rápido. Ella estaba luchando allí, y por un breve segundo, estuve agradecida de que no hubiera un hombre en mi vida que me hiciera sentir tan indigna.

—Esto es lo que yo haría, Margaret. Acércalo al club de los swingers. Pregúntale si está interesado en involucrarse. Haz que conteste. Es un chico grande. Lo menos que puede hacer es ofrecerte un honesto sí o no. Si dice que sí y tú estás tan horrorizada como pareces estarlo, entonces patéale el trasero y vete. De lo contrario, deja las llaves en el bol y disfruta.

Casi podía sentir el resoplido de Doug desde la otra habitación. Siendo un seguidor incondicional de las reglas, no entendería la diversión de un poco de promiscuidad en pareja.

—Va a decir que quiere probarlo, estoy casi segura de eso. Y yo no.

—Entonces déjalo ir. Es hora de descubrir la verdad, aceptarla y disfrutarla, y seguir adelante. Ambos están en páginas diferentes. Y es perfectamente normal que dos personas se separen. No hay que avergonzarse por ello. Lo que sería una vergüenza es continuar forzando algo que ya no les sirve a ninguno de los dos. Llámame e infórmame de lo que decidas, ¿sí?

—Bien. Gracias, Annie.

—Cuando quieras, Margaret —dejé caer la llamada y golpeé uno de los diez enojados botones rojos que parpadean en mi consola.

Una chica como yo nunca tenía un descanso para recoger sus pensamientos. Tenía que mantener a los que llamaban contentos y mi tiempo con Margaret ya se había alargado un poco.

Volví a caer en mi saludo ritual para iniciar la siguiente llamada.

—Hola, llamador. ¿Cómo te llamas y cómo puedo curar tu corazón hoy?

El reloj decía que me quedaban diez minutos para terminar mi turno y que la noche acabaría. O comenzaba. Una novela romántica, una copa de vino y un baño caliente me llamaban desde casa. Era exactamente lo que necesitaba después de un día tan largo como el que había tenido.

No tenía idea del por qué, pero estaba aún más inquieta de lo normal por dar el siguiente consejo. Por primera vez en mucho tiempo, había empezado a preguntarme si era la persona adecuada para ese trabajo. ¿Y si mi consejo estaba llevando a la gente por mal camino? ¿Y si estaba rompiendo parejas que estaban destinadas a ser, simplemente porque no sabía lo que significaba estar enamorado de alguien?

—¡Woohoo! ¡Annie!

Hice un gesto de dolor por el fuerte grito en mi oído. Era una voz nasalmente masculina con un acento campestre.

—Vaya, vaya. Suena como si estuvieras teniendo una buena noche, chico. ¿Cómo te llamas?

—Darrel. Soy de Alabama, cariño. Siempre tenemos buenas noches por acá.

—Nací en Alabama. Un buen lugar para llamar hogar —sonreí mientras Doug sacudía la cabeza en negación. Era un chico de Tennessee hasta la médula. No aceptaría otro lugar como mejor que el suyo.

—Excelente. Debí haber sabido que eras una chica de campo, Annie. ¡Oye! ¿Cuándo vas a mostrarnos tu linda cara? Te he escuchado dar consejos a la gente durante años, y sueñas muy bien.

Aclaré mi garganta mientras el calor subía por mi pecho. El hombre no podría estar más equivocado. Agradecí a mis estrellas de la suerte por el anonimato de un micrófono, en lugar de una cámara.

—Gracias por el cumplido, pero mi identidad está oculta por una razón. ¿Te imaginas cuántos pretendientes tendría si todos supieran que soy yo quien da consejos románticos noche tras noche?

—Soy uno de ellos, dulzura. ¿Qué tal si me acerco a esa emisora de radio para la que trabajas y nos conocemos un poco más íntimamente? Sé cómo tratar bien a una chica sureña.

¿Qué?

Atrapé a Doug sonriendo. El típico Doug. Siempre encontraba a los imbéciles que llamaban más divertidos, aunque fuera a costa mía. A veces, yo también los encontraba entretenidos, pero hoy no era el día.

—Qué halagador —mentí. Era el momento de avanzar con esa llamada. El Sr. Idiota de Pueblo había perdido suficiente tiempo—. Ahora, cuéntame cómo puedo ayudarlo esta noche, Sr. Alabama.

Una invitación que estaba al borde del escritorio me llamó la atención. La reunión de ex alumnos de mi instituto era en unos meses, y estaba segura de que no iría.

¿Entonces por qué aún conservas esa invitación? Tírala.

—Mi nombre es Darrel, palomita de amor.

Me reí, sólo a medias al oírlo. Mi atención había sido robada por el brillante y colorido papel debajo de mi plato de donas aún vacío. Lo tomé libremente y miré las letras amarillas que salpicaban la parte superior del volante, “Reunión de 10 años”. Le fruncí el ceño, personalmente ofendida por la invitación a volver a mi antigua tortura. Y por tortura, me refiero a casi vivir en el

infierno. El evento estaba a sólo un par de meses y había una cosa que sabía con certeza. No estaría allí.

La pequeña y fornida Anastasia Harrison no regresaría jamás a su vieja escuela. Menos ahora que tenía más kilos que cuando se graduó y estaba perpetuamente soltera. No. Ni loca asistiría.

—¿Dónde aprendiste todos estos cumplidos, Darrel? —pregunté mientras volteaba la invitación para no ver más sus brillantes letras—. ¿Los inventaste por tu cuenta? Son bastante buenos.

Se rio.

—¿En serio? Puedo llamarte de todo si quieres, nena.

—Centrémonos en la razón por la que llamas.

—Tengo un pequeño problema con el bombón que estoy tratando de conquistar.

Por supuesto. Qué predecible. Me lamí el dedo índice y lo deslicé por el plato con migas de donas antes de lamerlas. El azúcar alivió inmediatamente mi irritación.

—Suena interesante. Sigue adelante.

—Ella es súper sexy. Tiene una voz muy bonita. Y es una locutora de radio.

La otra habitación estalló en lo que pareció un gran ataque de risa. Miré a Doug y a mi asistente, Gabby, que acababa de entrar en la habitación. Estaba doblada, agarrando su estómago plano que envidiaba desde que la contrataron hace dos años, resoplando de risa. Doug se dio una palmada en la rodilla y se meció en la silla mientras echaba la cabeza hacia atrás con una carcajada. Tendría que golpearlos cuando terminara el espectáculo. Idiotas.

—¿Es soltera? —pregunté, haciéndome la tonta.

—A decir verdad, no sé mucho sobre ella, pero sé una cosa.

—¿Y eso es?

—Esta chica es mía. Debería estar conmigo.

—¿Y cuál sería tu línea de ligue si pudieras ponerte delante de ella?

Me obligué a seguirle la corriente. Los oyentes eran inteligentes. Sabían que este tipo me estaba vacilando. No había necesidad de saltar a la trampa que estaba poniendo torpemente.

—La miraría con sus ojos azules...

—Marrones —aclaré. Agarré mi bebida, torcí la tapa y bebí profundamente, deseando como el infierno que fuera whisky.

—Bien —se aclaró la garganta—. La miraría a sus grandes ojos marrones y le diría: “Nena, si te dijera que estás más caliente que cuatro infiernos, ¿podría llevarte a casa conmigo esta noche?”

Escupí la bebida por todo el equipo y mi pantalla en una risa que se me escapó.

—Eso sólo funcionará en la parte trasera de un autobús Greyhound, Darrel, pero gracias por tu llamada, y buena suerte —presioné el botón para terminar la llamada y me apoyé en mi micrófono para continuar con el hilo del programa—. Me encantaría saber de ti en Twitter. Hazme saber si esos cumplidos de Darrel le hubieran hecho ganar una noche contigo. Ahora disfruten de unas palabras de nuestros patrocinadores mientras limpio mi Mountain Dew de mi equipo.

Después de pulsar otro botón para iniciar los tres minutos de publicidad, me paré y alcancé las toallas de papel. Gabby entró apresuradamente por la puerta y trabajó para ayudarme a limpiar todo con un fajo de toallas de papel y un trapo húmedo que olía a limpiador de cítricos.

—¡Dios mío! No tengo ni idea de cómo haces este trabajo —resopló y me quitó las sucias toallas de papel de las manos. Metió un mechón corto de cabello casi negro detrás de su oreja y asintió con la cabeza al temporizador de mi pantalla—. Perdería toda mi paciencia hablando con un idiota como ese.

—Me encanta la idea del amor —me encogí de hombros.

Mi verdadera voz, era más profunda que la de la Annie de la radio, y un poco menos coqueta. El acento era sólo para el show. Me ayudaba a seguir siendo Clark Kent mientras el mundo buscaba a Superman por todas partes.

¿O la Mujer Maravilla, por así decirlo?

—Más poder para ti, hermana —asintió con la cabeza hacia el panel de llamadas—. Doug dijo que intentarás recibir una llamada más. Tienen a un tipo de sonido normal en la línea. El tipo de siempre.

—¿Sr. Sin Nombre? —sonreí mientras las mariposas revoloteaban en mi estómago.

El tipo había estado llamando desde el principio de mi show. Su voz era profunda y rica como el chocolate alemán. Algo en él me arrastraba a lo profundo. Jugaba conmigo en mis sueños y me ofrecía promesas de placer. El picor de llegar a casa con mi libro y una copa de vino desapareció de repente.

—Ese es el único —guiñó un ojo y se dio vuelta, saliendo del estudio. Doug me dio un pulgar hacia arriba, que le regresé con un poco menos de gusto.

¡Hagamos esto!

Capítulo Dos

Anastasia

Después de que los auriculares estuvieran bien puestos, me senté y respiré rápido y superficialmente. Mi corazón seguramente se veía palpar a simple vista, sentía como se movía mi collar en el pecho. La maldita cosa estaba latiendo tan fuerte como podía. ¿Qué me pasaba con este tipo?

Familiaridad, masculinidad, y su deseo de amor.

Presioné la luz roja parpadeante.

—Hola, llamador. ¿Cómo te llamas y cómo puedo ayudar tu corazón hoy? —una leve sonrisa se formó en mi boca. Incliné la cabeza para ocultarla de Doug, que nunca me dejaría en paz si lo veía. La anticipación se enroscó dentro de mí.

—Annie, soy yo.

La tormenta de nervios, la culpa y la vergüenza por la llamada anterior se calmó cuando la dulzura de su voz me robó el corazón.

—El Sr. ¿Sin nombre?

—Sí.

—¿Cómo has estado? Ha pasado un tiempo —me esforcé por mantener mi voz alegre, esperando que por algún milagro estuviera bien y con el corazón roto al mismo tiempo. No había mejor manera de intervenir y robar su corazón que bajo el pretexto de ayudar a curarlo. Lo sé, es terrible.

—Ha pasado un tiempo. Las cosas habían estado bien, pero ahora mi vida está toda desordenada. Mi novia se acostaba con su ex —dejó escapar un suave gruñido que me hizo sentir cosas que no querría que nadie supiera—. Pensé que era la indicada, pero no. Me estaba engañando y gastaba mi dinero en zapatos y estancias en hoteles de lujo para ella y el imbécil con el que me prometió que había terminado. Estoy tan enojado conmigo mismo por intentarlo de nuevo. Necesito dejar de buscar a una extraña y encontrar a alguien que me conozca. ¿Sabes? Alguien que conozca bien. Alguien que sepa lo que significa la confianza.

—¿Alguien de tu pasado? —me incliné y presioné mis codos sobre el escritorio.

Doug y el equipo ponían los ojos en blanco, pero no me importaba. Presté toda mi atención al hombre en la línea mientras caía en la realidad suspendida que me envolvía cada vez que oía su voz.

—Supongo, pero eso también parece estúpido.

—¿No vives cerca de donde creciste?

Cuanto más sabía de este hombre, más lo quería.

—Sí —soltó un largo suspiro—. ¿Por qué las mujeres no pueden decirte qué demonios quieren? Le habría dado a esta chica cualquier cosa que pidiera.

—A veces es difícil expresar algo cuando no sabes lo que quieres. A la mayoría de nosotros muchas veces nos cuesta elegir una comida en McDonald's. Si eso es difícil, piensa en lo difícil que puede ser expresar los deseos de una relación —hice una pausa. Estaba en silencio en el otro extremo. ¿Se aferraba a cada una de mis palabras?—. Supongo que esto probablemente no es de mucha ayuda. Independientemente de la dificultad, nunca debió tratarte así. Lamento que esto te haya sucedido eso.

—Gracias —parecía sorprendido, como si mi empatía fuera una bola curva que no había previsto—. Supongo que estoy decepcionado. Quería que funcionara. Quiero decir, me alegro de que su teatro se haya desmoronado antes en vez de después, pero hubiera sido bueno que

funcionara por una vez.

—Va a funcionar pronto. No dejes de intentarlo. El amor vale el esfuerzo, las decepciones, las negaciones, las pruebas que nos pone a todos. Es la mejor parte de estar vivo.

Mis palabras estaban tan vacías como mi corazón. ¿Qué sabía yo de las pruebas de amor?

Cerré mis ojos e imaginé al Sr. Sin Nombre detrás de mí, sus fuertes brazos alrededor de mis hombros, con su grueso pecho presionado a mi espalda. Conocía la lujuria, claro. Conocía el deseo y el querer algo fuera de tu alcance. Pero no conocía nada más profundo que eso.

—¿Annie? ¿Annie? ¿Sigues ahí? —su risa era más que linda.

Volví en mí.

—Oh sí. Lo siento. Sólo pensaba en lo mucho que gusta todo sobre el amor.

—Y tú estás comprometida, ¿verdad? —podía sentir su sonrisa a través de los auriculares.

¿Cómo puede ser tan sexy una cosa que no puedo ver?

—Lo estoy —murmuré a regañadientes.

La mejor manera de mantener mi fachada era ocultando quién era yo realmente. Desafortunadamente, si la ciudad de Nashville supiera que su doctora favorita del amor nocturno era soltera y sin experiencia propia sobre relaciones de parejas, sería la muerte de mi carrera.

Sin esta actuación, mi casa de ensueño de Pinterest estaría oficialmente fuera de mi alcance para siempre. Eso no iba a pasar. Ni siquiera por el Sr. Sin Nombre.

—Qué lástima —se rio—. Voy a ir a ahogar mis penas en whisky. Disfruta de tu noche, y si encuentras a una chica soltera que busca el amor en todos los lugares equivocados, háblale de mí.

Levanté la vista cuando Doug golpeó el vidrio y señaló el reloj en su muñeca. Mi tiempo se había acabado.

—Lo haré. Buenas noches, amigo mío —terminé la llamada y continué al aire para concluir el programa—. Eso es todo por esta noche, amigos. Recuerden que el amor está a la vuelta de cada esquina. Si elegimos reconocerlo depende de nosotros. Es lo único que ofrece los mayores altos y bajos, pero nada se compara. Encuéntralo. Foméntalo. Guárdalo. Hasta la próxima, este espacio es Noches con Annie. Firmando la salida.

Me quité los auriculares y luego las gafas. La habitación que me rodeaba se convirtió en un borrón de gente limpiando para el presentador del show nocturno siguiente.

—Gran trabajo como siempre —Doug apareció de la nada y me llevó hacia la puerta, con su brazo alrededor de mis hombros—. Oye, quiero que conozcas a Ryan. Es el nuevo interno que nos ayudará de vez en cuando.

Un chico guapo de fraternidad con cabello rubio y ojos azules entró en el estudio. Su amplia sonrisa no llegaba a sus ojos. No me gustaba sólo por su aspecto, pero me obligué a sonreír y extendí mi mano.

—Bienvenido. Me alegro de tenerte.

—Tú también, Annie. Estoy deseando trabajar contigo. Esta noche estuviste excepcional, como siempre —se movió hacia atrás y se giró hacia Doug—. ¿Quieres hacer un resumen del programa?

Esa fue mi señal para alejarme de ellos antes de que me detuvieran para hacerme preguntas. El agotamiento se acentuó en mis huesos mientras recogía mi chaqueta del respaldo de mi silla de estudio. Me tanteé los bolsillos, buscando las llaves de mi auto, y luego salí del estudio y entré en el pasillo. Me detuve después de unos pasos, dándome cuenta de que me faltaba algo.

Mi bolso. Maldición.

Giré sobre mis talones y caminé rápidamente hacia la oficina de Doug, donde siempre guardaba mi bolso debajo de su escritorio. Me agaché en cuclillas y lo recogí del suelo. Estaba a

punto de ponerme de pie cuando escuché la voz de Ryan desde donde él y Doug todavía hablaban en mi estudio.

—Annie es un poco sorprendente —dijo el chico.

—¿Cómo es eso? —Doug preguntó inocentemente.

—Habla con la gente sobre el amor y ser romántica, pero no está en una relación, ¿verdad?

—No tengo ni idea, pero eso no es asunto nuestro. Su acuerdo de confidencialidad dice lo mismo. ¿Lo entiendes?

Ryan se rio.

—Lo sé. Sólo digo que parece un poco fuera de lugar. Un poco... engañoso.

—Esa es tu opinión. Los oyentes la aman.

—De acuerdo. Es una chica de cara bonita. Si pudiera perder un poco de peso, sería una bomba.

—¡Eh! —la voz de Doug se endureció. Nunca le había oído hablar con un tono tan agudo, especialmente con un empleado—. No más comentarios sobre Annie. Es como una hija para mí. Si no puedes actuar profesionalmente, vete. ¿Entendido, chico? No necesitamos este tipo de negatividad de juicio por aquí.

Saqué mi bolso de debajo del escritorio y lo coloqué sobre mi hombro. Sintiéndome como una tonta, me arrastré hasta la puerta para que los hombres del estudio no me vieran. Una vez en el pasillo, me enderecé y caminé por el pasillo con luz fluorescente hasta el aparcamiento de atrás.

Las palabras de Ryan resonaban en mis oídos una y otra vez.

Si pudiera perder un poco de peso, sería una bomba.

No era la primera vez que oía cosas así a mis espaldas. Y algunas personas también me las habían dicho a la cara. Gente del instituto que definitivamente estaría en la temida reunión. No me decían nada que no supiera o pensara todos los días.

Especialmente cuando me miraba en el espejo.

Capítulo Tres

Erick

—Erick, si no te comprometes, no terminas levantando la bolsa de condones usados por otro tipo cuando la mierda no sale bien. Así de simple —Chris empuñó sin piedad su cuchillo contra carne mientras cortaba su jugoso solomo. Podía oler la salsa de pimienta desde donde estaba, sentado frente a él—. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Era fácil para mi amigo decirlo. No era a él a quien su ex-novia infiel le acababa de arrancar y pisotear el corazón. Mi nuca todavía sudaba de rabia al recordar ese día que volví a casa y encontré a mi chica a horcajadas sobre su ex en el puto suelo de mi cocina.

Me metí un trozo de carne en la boca. Mi lengua cosquilleó por el sabor de la sal, la pimienta y la mantequilla, junto a la grasa natural de la carne.

—Ya no estoy interesado en el juego de follar e irme, Chris. He hecho esa mierda durante doce años. Estoy listo para encontrar a la chica ideal y establecerme.

—¿Y si ella no existe? ¿Entonces qué?

Chris no tenía problemas en hablar con la boca llena en medio del restaurante. Siendo un jugador de fútbol profesional de los Seattle Seahawks, se salía con la suya todo el tiempo. Los buenos modales a veces se le escapaban.

Dejé salir un suspiro frustrado.

—¿En serio? ¿Ese es tu argumento? ¿Que la mujer de mis sueños no existe? Bueno, te equivocas.

—Demuéstramelo —se inclinó hacia atrás y sonrió—. ¿Dónde está, hermano?

No era mi hermano, pero habíamos crecido juntos, y nos sentíamos como tal. Su familia era mejor para mí que la mía y había pasado muchos domingos por la noche en su mesa con sus padres y su pequeña hermana.

—Está en la radio —me encogí de hombros y lo reté a que me persiguiera con su tóxica visión del amor. No era nada que no hubiera escuchado antes—. Tiene un programa nocturno.

—Dime que no estás hablando de la tal Annie —se pasó la mano por su cara—. Estás bromeando, ¿verdad? Por favor, dime que estás bromeando.

—No, no lo estoy. Ella es la elegida, amigo.

Tomé un sorbo de mi whisky y me hizo fruncir el ceño. Mi línea de trabajo y mi historia familiar me hacían imposible disfrutar más de un buen trago.

—Ella está en una relación —añadió, arqueando su ceja oscura y gruesa hacia mí.

—O eso dice ella —dejé mi vaso y sonreí—. Está mintiendo, Chris. Cada vez que llamo, su voz se vuelve soñadora. Le gusto. Me conoce. Me quiere. Estoy cien por ciento seguro de ello.

—Estás cien por ciento delirante. Ella no te conoce —se burló y sacudió la cabeza mientras dejaba sus cubiertos. El restaurante era ruidoso con el zumbido de otras conversaciones. La música de fondo era un rock sin letra y las luces eran tenues—. Dime. ¿De dónde es esta mujer? ¿Cuál es su verdadero nombre? Diablos, ¿cómo es físicamente? —recogió sus cubiertos y volvió a comer su filete como un hombre hambriento.

—Creo que es extranjera. Tiene un suave acento. Puedo percibirlo en su voz a veces —seguí el ejemplo, comiendo mi filete con vigor.

—Estás adivinando porque no sabes. Te vas a encontrar con un gato pescador —resopló—. ¿Su nombre? ¿Su aspecto?

—Ni idea —ignoré sus excusas. Nada podría cambiar mi interés por esta mujer. Ella y yo habíamos compartido innumerables conversaciones telefónicas, y su orientación siempre había

sido un alivio de cualquier santo infierno que estuviera viviendo—. ¿A quién le importa su nombre o su aspecto?

—Probablemente es un hombre asiático de noventa años con dientes postizos y una pierna de palo.

—Deberías estar escribiendo libros —me reí mientras se ahogaba con su siguiente mordisco.

—No. No sé nada de romance ni fantasía. ¿De sexo? Sí, sé un montón de mierda sobre el sexo, pero el romance está fuera. Es mucho más tu estilo, aunque recuerdo una época en la que no querías nada más que una buena cogida a la antigua, también.

—No fue hace mucho tiempo —me recosté sobre el respaldo de mi asiento y deseé poder emborracharme.

Siempre había sido el tipo que las alejaba antes de que ellas pudieran lastimar mi ego de hombre, pero algo cambió hace unos años cuando Annie llegó a la radio. Tenía una visión diferente del mundo.

Y me enamoré.

—Creo que deberías volver a eso. Es fácil, hombre. Te lo prometo. Mírate —levantó las manos, con las palmas hacia arriba, como si yo fuera algo que se exhibe—. Te ves mejor que nunca.

—Iba a proponerle matrimonio a Trish, Chris. Habíamos estado juntos durante dos años. No fue como si la hubiera encontrado en el bar hace una semana. Estábamos tratando de construir una vida juntos.

—Tenía un terrible gusto musical, hombre.

—¿Y?

—Y sólo bebía sidras sin alcohol.

—No veo el punto que estás tratando de explicar.

Chris dejó salir un suspiro cansado.

—Ella no era la indicada para ti, hermano. Nunca lo fue. Vamos... Tú también lo sabías. Sólo querías que lo fuera para no tener que volver a empezar desde cero. Sólo te aconsejo que no empieces todo de una vez. Tómate un descanso de la mierda del amor. Fóllate algunas vaginas sin compromiso y mira lo que pasa.

Tiré mi servilleta en la mesa.

—Estoy fuera. Te veré mañana en la casa de tus padres.

—¿Me dejas aquí? —sonaba incrédulo—. ¿Comiendo solo?

—Encuentra alguna vagina que te acompañe mientras terminas de comer —caminé a su alrededor, le di una palmada en la espalda y salí del restaurante a la noche oscura.

Agarré las llaves de mi Porsche del valet, le pagué y me fui, dejando atrás la amargura de mi conversación con Chris.

Él nunca se había contenido a la hora de compartir sus opiniones conmigo. Y para ser justos, a veces tenía razón. Otras veces, no tanto. Pero me quería como a un hermano, y como tal, estaba feliz de amarlo y dejar su infeliz trasero solo en el restaurante.

Sin pensarlo, alcancé y marqué de nuevo el número de la radio en el tablero de mi auto. El sonido del timbre llenó el espacio a mi alrededor. Mis músculos se apretaron sólo de pensar en Annie contestando. En aquel entonces, su personal controlaba sus llamadas, pero en los últimos seis meses, dejaron de hacerlo. Estaba agradecido por ello.

Una parte de mí sabía que estaba mal querer a alguien que no conocía, pero no podía evitarlo. Me sentía atraído por ella, como una polilla a una llama. Demonios, la mayoría de los hombres y mujeres de Nashville lo estaban. No era un secreto que la ciudad estaba loca por una mujer sin

imagen pública.

Revisé la hora y finalicé la llamada. El espectáculo había terminado. Mi optimismo de que ella pudiera contestar el teléfono se había perdido lamentablemente. Aun así, pensé en ella mientras conducía. Las palabras de la llamada que compartimos antes de encontrarme con Chris para la cena resonaban en mis oídos.

No dejes de intentarlo. El amor vale el esfuerzo, las decepciones, las negaciones, las pruebas que nos pone a todos. Es la mejor parte de estar vivo.

No había forma de que no me llevara bien con ella. Una chica así, llena de sabiduría y compasión, definitivamente no estaba en el mercado. Además, ¿de qué otra forma podría dar tan buenos consejos sobre el amor?

Me daba vueltas en la cabeza la idea de no tener a Annie para mí, así como la reciente mierda con mi ex. Necesitaba una salida. Algo que me hiciera olvidar las cosas. El licor sonaba como el vicio correcto, pero sabía algo que haría el truco aún más rápido.

Una parada en la casa de mi padre para ver a Gigi. Mi abuela siempre había sido lo más cercano que había tenido a un pariente cariñoso. El resto de ellos eran borrachos, codiciosos o imbéciles. Incluyendo a mi propio padre.

Tomé un giro brusco a la derecha y entré en el largo camino de entrada que llevaba a la enorme y costosa finca de mi padre. Una finca que podría haber sido mía algún día si no hubiera rechazado la herencia que su éxito me ofrecía. Chris me había llamado loco, también Trish, mi ex. Pero era su propia codicia la que hablaba. No necesitaba la ayuda de un padre que nunca me había querido. Yo era un éxito hecho a sí mismo. Mi cuenta bancaria se desbordaba por mi ética de trabajo, y no por las limosnas de los demás.

—¿Por qué las cosas no podían ser diferentes? —pregunté en voz alta, rompiendo el silencio en mi auto mientras me estacionaba en la entrada. Con un suspiro, apagué el motor y miré hacia la casa.

La puerta principal se abrió, y la sombra de mi abuela salió tambaleándose. Su silueta estaba enmarcada por la cálida luz que salía de la puerta a su espalda.

Sonreí y salí del auto.

—¿Tiene el hábito de abrir la puerta delantera a cualquiera que se estacione frente a tu casa?

—Sabía que eras tú, sabelotodo —se alejó, retirándose a la luz de la casa, y me saludó para que entrara—. Tu padre está fuera de la ciudad, y tu madre está borracha en un bar. Entra. La casa es nuestra.

Eso era exactamente lo que esperaba.

Revisé mi reloj cuando me acerqué a ella.

—No me quedará mucho tiempo. Sé que ya ha pasado la hora de acostarse.

Me palmeó la espalda cuando pasé a su lado.

—Me quedo despierta más tarde que tú algunas noches, fanfarrón.

Me reí entre dientes y caminé hacia la cocina. El olor de las galletas me llenó la nariz. Mi infancia fue una mierda, excepto por mi abuela. El olor del azúcar me llevó a las pocas veces que fui feliz. Todos esos recuerdos pertenecían a ella. Haciendo galletas de chocolate en diciembre, o tamizando el azúcar sobre el pan de mantequilla. Sí. Ella me enseñó por sí sola lo que significaba la familia.

—Yum —inspiré profundamente y me senté en la isla de la cocina—. ¿Has estado cocinando toda la tarde?

—Es lo que mejor hago.

Agarró un plato, caminó hacia la estufa y sirvió varias de sus mundialmente famosas galletas.

Me trajo un vaso de leche y se sentó delante de mí.

Acerqué el plato a mí.

—Oye, si quieres galletas. Consigue las tuyas —bromeé.

Compartimos una risa antes de que su expresión se suavizara.

—¿Qué pasa, Erick?

Nunca se anduvo con rodeos. Me encogí de hombros y me metí una galleta en la boca.

—Trish me engañó con su ex. Parece que papá no es el único que no cree que valga la pena el esfuerzo.

—Oh, cariño —extendió la mano a través de la mesa y me tocó la mano. Sus dedos envejecidos causaron que mi corazón se hundiera. No tenía mala salud, pero no tardaría mucho en dejarme solo en el mundo. La realidad de eso me hacía querer beber las reservas de moonshine de mi destilería—. Esa chica desagradable no era adecuada para ti, y tú lo sabes muy bien.

—Pensé que te agradaba.

—No. Ni un poco —me apretó la mano y me robó otra galleta—. No la amabas de todas formas.

—Lo hice.

—Mentiroso. Querías amarla, Erick, pero nunca lo hiciste —se comió su galleta en pequeños bocados como un pajarito mientras me miraba con ojos que no eran tan brillantes como antes—. Encontrarás a la mujer adecuada, cariño. Ella te va a barrer de tus pies y te hará olvidar tu nombre.

Annie.

—Bien, bueno, sería bueno que eso ocurriera pronto —terminé las galletas y la leche y me incliné hacia atrás en la silla—. En otras noticias, ¿cómo está mamá?

—Terrible. Necesita ayuda, pero ya conoces a tu madre. Se niega a dejar que nadie le diga lo que tiene que hacer.

—Papá solía ser capaz de hacerlo —me levanté y me estiré, sintiendo el peso del día y el recuerdo de todos sus nefastos eventos presionándome.

—Ya no le importa. Sólo le importa su legado.

Resoplé.

—¿De qué sirve un legado sin nadie a quien pasárselo? Oh, la ironía de todo esto.

—Tal vez tu corazón cambie algún día.

—No creo que pase.

Le quité el plato ahora vacío a mi abuela y lo llevé al fregadero, donde lo lavé con un estropajo y lo puse a secar. Me volví hacia ella y me apoyé contra el mostrador. Me ofreció una sonrisa de gratitud con labios finos.

Mi padre se había pasado toda la vida diciéndome que no era lo suficientemente bueno. Si ese era su medio de la psicología inversa para hacerme mejor, le había salido muy mal. Todo lo que había hecho era garantizar que él y yo nos alejáramos una vez que tuve la edad suficiente para salir de su casa. No tenía ni idea de cómo había salido del buen corazón de la querida Gigi, y había dejado de malgastar energía intentando averiguarlo.

—Papá creó su propia fama —le aseguré—. No hay nada que pueda hacer que le perdone por los años de mierda que me hizo pasar. Dejó claro lo que siente por mí y lo poco merecedor que soy de su fortuna.

Gigi asintió. Se tiró de las mangas de su suéter lila con sus manos temblorosas. Cuando me miró, había una expresión de desesperación en la tensión de sus labios y en los pliegues de las esquinas de sus ojos.

—¿Y si te dijera que se está muriendo de cáncer?

El mundo se congeló. Mi aliento se quedó atrapado en mi garganta mientras buscaba la verdad en los ojos de mi abuela, aunque ya la sabía. Quería decirle que podía perdonar a su hijo por lo que me hizo pasar. Quería decirle, por su propio bien, que todavía había algo de amor entre padre e hijo. Pero las palabras no salían.

Era justo ser honesto con ella.

—Ni siquiera por eso.

Capítulo Cuatro

Anastasia

—¿Más caliente que el infierno? —Kim puso los ojos en blanco y se rio—. No puedes hablar en serio. ¿Por qué no filtran las estúpidas llamadas que te pasan?

—Porque les pedí que no lo hicieran —me encogí de hombros y mis puños se hicieron blancos en el manubrio elíptico, aferrándome a la vida mientras los pedales bajo mis pies se movían en torpes semicírculos, obligando mis rodillas a doblarse—. Si pierdes la espontaneidad el espectáculo se muere. He estado estudiando la radio toda mi vida. Ya lo sabes.

Asintió y levantó la mano para subir su nivel de cardio, no es que la chica necesitara más cardio. Ella era mi opuesto cuando se trataba del departamento de física. Tenía piernas largas y delgadas y una piel bronceada de oliva que brillaba con gotas de sudor mientras sus piernas se bombeaban debajo de ella.

—Lo sé, pero creo que necesitas controlarlo mejor. ¿Qué pasa si alguien realmente desagradable llama? ¿Y si...?

Me reí entre dientes.

—Eso ha sucedido varias veces a lo largo de los años. Sólo tienes que seguir adelante con ello.

—Mejor tú que yo —se encogió de hombros antes de girar la cabeza para estirar el cuello. El gesto hizo que sus clavículas fueran aún más prominentes de lo habitual. También brillaban con el sudor, y de alguna manera, parecía mágica, mientras que yo parecía un perezoso sudoroso—. Se siente tan bien estar de vuelta en casa. La última boda realmente me sacó de quicio.

—Todavía necesito ver las fotos de Australia. Necesitamos una noche de chicas.

—Por supuesto. Esa boda ha sido mi favorita hasta ahora. Fue como una fantasía hecha realidad. Mis clientes lo dieron por sentado. Querían algo más tropical para su lugar de celebración. Ojalá la gente pudiera apreciar dónde están y trabajar con lo que tienen, en lugar de forzarlo. Haría mi trabajo mucho más fácil. Y su día mucho más orgánico. Pero en fin, ¿qué sé yo?

—Míralo de esta manera. Con clientes exigentes, puedes subir tus tarifas.

Recogí mi novela de W. Parker y le di la vuelta a algunas páginas. Mis habilidades multitarea estaban a punto. Era mi superpoder.

—Ese es un gran libro. El chico consigue la chica al final —estalló en risas. Siempre había sido contagiosa.

—¡Hey! Me la acabas de arruinar —continué escaneando el capítulo. Era un libro de romance. Todos terminaban con un “felices para siempre”, aunque el autor no había vuelto a escribir más sobre romance—. ¿Sigues tratando de averiguar el misterio que es W. Parker?

—No. Es una mujer —inclinó la cabeza a un lado mientras sus piernas se movían cada vez más rápido. Hacía que el ejercicio pareciera fácil. La habría odiado si no fuera mi mejor, y casi única, amiga.

—Yo digo que es un hombre.

—Es demasiado bueno para ser un hombre. Sin ofender, pero no creo que un hombre pueda escribir de una manera tan emocionalmente cruda y profunda —me quitó el libro y le echó un vistazo—. Me molesta que el autor no haya salido públicamente todavía. Una de sus primeras novelas pronto será una película.

—Es un tipo, ¿y a quién le importa si quiere ocultar su identidad? Tal vez es un maestro de escuela o tiene un trabajo que requiere que esconda su escritura obscena.

Kim soltó un gruñido.

—Es romance. No es una obscenidad. Tu programa no es diferente.

Me tocaba a mí hacer ruidos.

—¿Estás bromeando? Mi programa toma los problemas de la gente real y los ayuda a resolverlos.

—Estás tratando de salvar el amor de otros, Anastasia. ¿No estás en el juego del amor? Porque eso es exactamente lo que siento cuando escucho tu programa. Que estás en el casi imposible viaje de salvar el amor e inculcar a la gente que vale la pena atravesar el dolor.

Sus palabras fueron duras, pero su tono era casi de ensueño.

—Sí, en realidad —levanté la mano y presioné la flecha hacia abajo de mi máquina. El ejercicio era la herramienta del diablo para destruir vidas—. El amor vale la pena el esfuerzo. Si no es amor, le digo a la gente que se vaya. El truco está en saber la diferencia.

Me sacudió el libro antes de devolvérmelo.

—W. Parker no es diferente. Está haciendo lo mismo con sus libros.

—¿Y si es un hombre? —volví a mi lugar original y empecé a leer de nuevo.

W. Parker, hombre o mujer, tenía libros geniales. Mucha sabiduría y gracia se apiñaba en las más de doscientas páginas. Utilizaba esa sabiduría todo el tiempo como parte de mi contenido para el programa.

—Entonces me casaré con él. Espero que sea soltero. Voy a hacer de él el hombre más feliz del mundo —Kim se abanicó y sonrió como una gata en celo—. ¿Has leído esas escenas de sexo? Es una mujer. Ningún hombre sabe cómo crear romance en pleno sexo. Son hermosas, deliciosas, sensuales.

—¡Basta! Me estoy excitando —cerré el libro y lo dejé—. Nuevo tema. ¿Cómo va tu vida amorosa?

—Es una extensión del mismo tema del que estamos hablando —aumentó más su resistencia.

La pobrecita se iba a suicidar. ¿Dónde reservaba tanta energía? No tenía ni una pizca de grasa corporal.

—Si vuelas de esa máquina, no te ayudaré a levantarte.

Se rio.

—Te quiero también.

—Ponme al corriente de tu vida en las citas. ¿Sigues culpando a tus viajes, o finalmente dejarás que nuestro amigo casamentero favorito te eche una mano con eso?

—Siempre es culpa de mis viajes. Pero te alegrará saber que me reuní con Jackson hace un par semanas por Skype. Hemos acordado vernos un par de días a la semana mientras estoy en casa.

—¿En serio?

No pude evitar notar que un hombre guapo de unos cuarenta años nos estaba mirando. Un hombre mayor podría ser el indicado para mí. Alguien que supiera manejar a una novata como yo y que pudiera apreciar mi figura completa. Soñaba con el día en que encontrara a la persona adecuada para entregarme, pero ese día aún no parecía ni acercarse.

La solterona con montones de gatos amenazaba con convertirse en mi realidad cuanto más me acercaba a los treinta. Eso y mi Nannie recordándome mi soltería cada vez que tenía una oportunidad.

—¡Eh! —Kim me sacó de mis pensamientos—. No estás escuchando. Deja de soñar despierta con Jackson y presta atención.

—Asco. Es como un hermano para mí, y además, va a terminar con Haley. Ella ha estado enamorada de él desde que éramos niños —puse los ojos en blanco y busqué al Sr. Cuarenta entre

la multitud otra vez.

—Nunca terminarán juntos. Ninguno de ellos tiene el valor de decirle nada al otro —presionó el botón de parada de su máquina y arrastró su toalla por su frente sudorosa—. Y estaba por decirte que tendré una cita mañana, a primera hora de la tarde, tipo almuerzo.

—Ohh... —moví las cejas y también detuve mi máquina. Finalmente—. Quiero detalles.

—Claro. Por supuesto —se secó toda la cara con su toalla—. Te has enterado de que Miley y Liam se han divorciado, ¿verdad?

—Sí. Todos lo saben. ¿Jackson está destrozado por eso? Fue algo muy importante para él.

—No. Él afirma que su trabajo es iniciar el fuego entre las parejas, pero no puede avivarlo ni mantenerlo —se encogió de hombros—. Y gracias a la puesta en marcha, está trabajando para emparejarme.

—Interesante. ¿Quién...?

Una profunda voz masculina nos interrumpió.

—¿Has terminado con esta máquina?

Me volví para ver que el Sr. Cuarenta se veía mucho, mucho mejor de cerca. Mis ojos se dirigieron a su mano izquierda para no encontrar ningún anillo. Parecía que era nuestro día de suerte.

—Sí, guapo. Hemos terminado —Kim se bajó de la máquina.

Sus ojos corrieron por mi amiga y luego por mí.

—¿Vienen aquí a menudo, señoras?

Resoplé, incapaz de responder a esa pregunta. Yo no parecía que hubiera ido a un gimnasio en años. Mi lugar de reunión local era obvio, la tienda de donas.

—Señoritas, y sí —Kim metió su brazo en el mío y me arrastró con ella—. No lo hagas —ordenó.

—No puedo evitarlo —murmuré y, para su consternación, me di la vuelta y miré por encima del hombro.

El guapo hombre mayor sonrió antes de subir en la máquina que ocupaba Kim.

—Creo que un chico más joven es más de tu estilo —caminamos hacia el vestuario—. ¿No es así?

—No. Necesito a alguien con experiencia. No tengo ni idea de lo que hago en el dormitorio o fuera de él.

Saqué mi brazo del suyo y me limpié la frente antes de darme cuenta de que mi libro aún estaba en las máquinas detrás de nosotros.

—Un tipo más joven podría ayudar con eso. En serio. Hablemos con Jackson y dejemos que te consiga una cita con alguien. ¿Cómo piensas conseguir esta experiencia que buscas si nunca te arriesgas con alguien?

—No. Estoy bien —giré mi cabeza sobre mi hombro derecho—. Dejé mi libro. Necesito ir a buscarlo.

Su sonrisa era retorcida, como en la adolescencia, cuando estaba a punto de ofrecer un reto de que no lo harías.

—No —dije y señalé su cara con el dedo índice—. Estamos por llegar a los treinta. Tienes que dejar esa mierda.

—Oh, vamos. Sabes que te encantan mis juegos. Hacen que la vida sea divertida —se dejó caer en un banco y se quitó las zapatillas—. Sólo una vez más.

—Bien —resoplé y me puse una mano en la cadera—. Pero para que conste, esto es una estupidez.

Kim juntó sus manos y me sonrió pícaramente.

—Bien. Aquí va. Te reto a que uses una de las frases de W. Parker con el tipo de ahí fuera. Veinte dólares por ello.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto, eso era lo que ella buscaba. Sin decir una palabra, me puse en marcha. Las risitas de Kim me siguieron al salir del vestuario. Rodé a una joven con auriculares mientras volvía a la sección de cardio del gimnasio. Cada máquina se burlaba de mí con su zumbido eléctrico.

¿Vuelves por más, gordita? Te vendría bien una buena carrera y bajar esos kilos de más. Las escaleras ayudan a quemar la grasa. Mira esos muslos. Súbete, chica. Ryan tiene razón. Si perdieras un poco de peso, serías un espectáculo.

Sacudí la cabeza para descartar los pensamientos autocríticos mientras me acercaba al Sr. Cuarenta. Me daba la espalda mientras establecía un ritmo constante en su máquina. No me avergoncé de echar un vistazo a su firme trasero.

De ninguna manera estaba coqueteando con el tipo. Y mentirle a Kim sobre eso estaba fuera de opción. Ella tenía la capacidad de ver las mentiras través de mí sin esfuerzo. Habíamos sido amigas desde el primer día de la guardería.

¿Veinte dólares? ¿En serio? ¿Para qué? ¿Para un ataque de ansiedad?

—¿Esto es tuyo? —la voz del tipo guapo me sacó de mi posición congelada. Su sonrisa acentuó sus labios suaves, rosados y mojados. Rodeados por una barba gris.

Sofiqué un escalofrío.

—Um. Sí. Gracias —me acerqué para agarrarlo.

En algún momento, en medio de tratar de ignorar lo apretado que estaba su trasero en sus pantalones cortos, tomé una decisión. Iba a ir por él. No por los veinte dólares. Iba por la experiencia en el amor o actualizaciones de sexo.

¿Qué le diría Annie a una persona que llamara con mi mismo problema? Ve por ello. Confía en el amor y la lujuria.

Había leído tantos libros de W. Parker que encontrar una línea en mi banco de memoria sería fácil. En el peor de los casos, el hombre se reiría de mí al salir del edificio.

Bien. Estaba lista para salir de ahí de todos modos.

—¿Estás bien? —sonrió y se bajó de la máquina, girando y poniendo toda su atención en mí —. Oh, sí. Estaba pensando en una boda a la que tengo que asistir la próxima semana. Te verías muy bien a mi lado como mi cita —me mantuve firme, luchando para no tragarme mi propia lengua.

¿Acabo de decir eso?

El sudor se hizo más espeso de lo que había sido cuando estaba caminando a toda velocidad en la elíptica. La línea había sido bien recitada tal cual en la novela de Parker, y en la misma había sido bien recibida con una risa y aceptación del tipo al que se le preguntó, pero eso era ficción.

Mi corazón se agitó en mi pecho cuando la sonrisa del tipo se amplió. Tenía los dientes perfectamente rectos y sorprendentemente blancos. Me pregunté a qué sabría, cómo se sentiría si su lengua se deslizara contra la mía. ¿Sabría a menta y cigarrillos?

—Sólo si me dejas trabajarte en la limusina antes de entrar a la boda —se lamió los dientes.

El horror se apoderó de mí. ¿Trabajarme?

—¿A qué te refieres con trabajarme? —oficialmente me ahogué con mi lengua.

Se rio.

—Sal de aquí, inocente corazoncito. Estaba coqueteando con tu amiga. Estás buena para un

polvo, pero eso es todo. Las curvas se sienten bien, pero no se ven bien —volvió a su máquina y reanudó su ritmo anterior.

Le observé la espalda mientras mi cerebro luchaba por encontrar algo que decir aparte de gracias por su tiempo. ¿Por qué me sentí instantáneamente arrepentida por haberle hecho perder el tiempo a alguien que era un completo y total imbécil? Me di la vuelta y caminé lentamente de vuelta al vestuario, con mi estómago enfermo pero una decisión establecida. No más coqueteos con tipos por un estúpido reto. No más uso de frases de una novela romántica. Esas cosas no eran reales de todos modos.

W. Parker era de seguro un hombre. Ninguna mujer escribiría algo tan tonto.

Pasé a hombros a una mujer que salía del vestuario. Me ofreció una breve disculpa antes de ponerse su segundo auricular. Cuando doblé la esquina me encontré cara a cara con Kim, que seguía sentada en el banco. Se había quitado la camisa y estaba sentada con su sujetador deportivo y sus leggins, cada uno de un tono de azul real.

—¿Y bien? ¿Recibiste tu paquete de premios? —sonrió—. Lo hiciste, ¿verdad? ¿Qué dijo? Pareces enferma. Dijo que sí, ¿verdad?

—Sí. Más o menos —sacudí la cabeza.

Siempre se trataba de mi peso, y siempre sería la segunda opción. Hasta que encontrara al tipo correcto.

Como si eso fuera a pasar alguna vez.

—Te pagaré. Prometido —se puso de pie en un salto—. Voy a ducharme y luego me iré. ¿Quieres salir mañana?

—Tengo algo que hacer en casa de mis padres.

—¿Nannie va? —hizo una mueca.

Trabajé para evitar mirar su cuerpo medio desnudo. Nunca fue algo divertido cuando me superaba diez a uno.

—Sí. Súper divertido.

Kim echó la cabeza hacia atrás y se rio mientras se dirigía a las duchas.

—¿Qué es lo que siempre dices de Nannie? ¿Que ella es tan qué?

Kim cerró la cortina de la ducha y yo levanté la voz para que me oyera por encima del chorro de agua mientras la abría.

—Es tan divertida como la mordedura de una serpiente en la cama.

Capítulo Cinco

Anastasia

—¡Nastasia! Te ves tan linda —los ojos de mi madre, grandes y marrones como los míos, recorrieron todo mi cuerpo, acogiendo el conjunto de mi cena familiar: un vestido rojo cereza hasta la rodilla cubierto de pequeñas flores negras y atado a la cintura con un grueso cinturón. El mismo que me ayudaba a crear la ilusión de que tenía cintura, y me había puesto una chaqueta negra de manga tres cuartos encima para ocultar mis brazos y los pequeños bultos rojos que habían cubierto mi piel desde el instituto. Mi madre pellizcó la tela ligera del vestido con su pulgar e índice—. Es realmente encantador. Como si hubiera sido hecho para ti.

Si tenía una fanática en el mundo, esa era mi mamá.

—Esa gran apariencia la sacó gracias a mí —mi padre se movió alrededor de mi madre y me dio un rápido abrazo. Me dio un beso de bigote en la mejilla y se fue a dar la bienvenida a más compañía que acababa de llegar.

—Hola, mamá —me acerqué a sus brazos y cerré los ojos. Olía como siempre, al perfume de sándalo que papá le compraba cada año para su cumpleaños. Había algo muy especial en mis padres, y eso enloquecía a la mayoría de la gente, me encantaba.

El mundo estaba feliz de patearme, pero en el hogar con ellos, estaba a salvo. Excepto por mi abuela, que era una bruja bastante despiadada en general. Pero ella me hizo apreciar lo que tenía con mis padres.

—¿Este es un vestido nuevo? Me encanta —mamá retrocedió, pero mantuvo un agarre en mis hombros mientras revisaba mi nuevo atuendo por segunda vez. Siempre estaba entusiasmada con mi ropa.

—Sí. Lo escogí de una colección nueva que llegó a la tienda de vestidos la semana pasada. Deberías pasarte cuando tengas la oportunidad. Tenemos un montón de inventario nuevo y saqué algunas cosas de algunas cajas que creo que te gustarían —me escabullí de su agarre y olfateé el aire como un sabueso—. ¿Es tu famoso dip de alcachofa lo que huelo?

La voz de Nannie se elevó como si fuera un ataúd chirriante de ultratumba.

—Está lleno de queso y mayonesa. No es bueno para ti, no necesitas más ayuda con tu peso, niña.

Nannie emergió a través del arco del vestíbulo. Estaba vestida con sus habituales colores pastel, amarillos, púrpuras y azules. Un collar de perlas se asentaba alrededor de su garganta, el mismo que había usado todos los días desde que nací y que Pappie le regaló el día de su boda, bendita sea su alma. Su cabello con permanente blanca se posaba en lo alto de su cabeza, dándole la ilusión de un gallo siempre listo para gritarle órdenes a alguien. Me miró el vestido y no dijo nada.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Mamá, déjala en paz. Hoy no.

—¿O más nunca? —chirrié.

Mamá me dio una sonrisa comprensiva e inclinó su cabeza sobre su hombro, haciéndome señas para que fuera a darle un abrazo a mi Nannie. Hice lo que me pidió en silencio y me encontré con mi abuela bajo el arco. Era delgada pero no frágil y odiaba lo grande que me hacía sentir mientras la abrazaba. Cuando me alejé, le di una sonrisa alegre que no me devolvió. En vez de eso, me miró con ojos pétreos debajo de un par de cejas blancas y tupidas.

Traté de no reírme a costa de ella.

—Te ves tan feliz como siempre, Nannie. ¿Ha muerto alguien?

—Muy graciosa, chica.

Todavía se parecía mucho a mi madre, con sus claros ojos marrones, mejillas rosadas y labios en forma de corazón, y sin embargo las partes deprimentes de su vida habían borrado los lugares en los que una vez se sentaron sus líneas de sonrisa. Ahora eran lo que mamá y yo llamábamos en voz baja arrugas de karma.

—Soy una comediente habitual —presioné un beso en cada una de sus suaves y arrugadas mejillas—. Feliz cumpleaños, Nannie —me di la vuelta y caminé hacia la cocina, lista para que la noche terminara antes de empezar.

Mi abuela era sólo una crítica más de mi peso. Pero ya estaba lista para las series de comentarios que haría durante la cena.

El delicioso aroma de la salsa picante me golpeó en la cara y se me metió en los pulmones mientras daba vueltas por la isla central de la cocina. Mamá y papá habían terminado los armarios desde que me mudé. Lo que una vez fue todo madera oscura de cerezo ahora era blanco prístino con elegantes mostradores de mármol negro.

Inspiré más profundamente y sonreí. Con o sin dieta, era el cumpleaños 80 de mi abuela, y la noche prometía estar llena de celebración, amigos y excelente comida. Especialmente con mamá en la cocina. La rica salsa de queso en la olla de la isla era sólo un prelude de las sabrosas delicias que la cocina de mi madre siempre prometía.

—¿Cómo va ese programa tuyo? —mi padre se acercó a mi lado y levantó la tapa de la olla.

El vapor se elevó y empañó sus gafas. Se las quitó de la nariz, donde dejaron pequeñas hendiduras a los lados del puente, y luego olfateó el chapuzón con el mismo descaro que yo. A regañadientes, volvió a poner la tapa.

—Bien, pero no saques el tema hoy, papá. Sabes que tú y mamá son los únicos que saben de mi programa.

—¿Ni siquiera tu hermano? Pensé que ibas a decírselo, Nastasia —frotó los cristales de sus gafas con el dobladillo de su polo azul.

—Se va a molestar si alguna vez se entera.

Papá levantó sus gafas hasta las luces y entrecerró sus ojos mientras las examinaba. Al considerarlas lo suficientemente limpias, se las volvió a poner y me miró.

—¿Por qué se molestaría?

—Porque... —juguetee con un hilo suelto en el dobladillo de la manga de mi chaqueta—. No le gustará que le dé consejos sin ninguna experiencia propia. No necesito las críticas, ¿vale? Con Nannie ya es suficiente.

Papá sonrió.

—Muy bien, Nastasia. Es tu decisión. Pero creo que deberías decírselo. O se va a enterar por ti o por otra persona.

—¿Quién se va a enterar de qué? —Chris apareció, con su cabello rubio hecho un desastre. Se detuvo en el extremo opuesto de la isla a mí y ladeó la cabeza. Sus clásicos ojos marrones de la familia Harrison se estrecharon sobre mí—. ¿Le guardas secretos a tu hermano mayor, Nastasia?

—No —dije rápidamente.

Chris se movió por la isla. Yo me mantuve firme. La sonrisa juguetona que se dibujaba en las comisuras de sus labios llenos, con la misma forma de corazón como los de mamá y Nannie, pero no como los míos.

Su movimiento me recordó los días en que éramos niños y mamá nos gritaba por corretear en la cocina. Dejé escapar un fuerte grito cuando Chris se lanzó por mí. Era rápido y poderoso, como debe ser un jugador de fútbol profesional, y no tuve oportunidad de escapar mientras me rodeaba

con sus brazos y me levantaba antes de girar en un círculo que me mareaba.

—¡Chris! ¡Bájame, maldita sea! ¡Ya no tengo seis años!

—Nada de maldecir en la casa, por favor —mi madre asomó la cabeza a la cocina y frunció el ceño a los dos mientras Chris me daba un apretón. Sentía que iba a estallar en su agarre de oso—. Y Chris, prepárale a Sandi un sándwich de queso a la parrilla, por favor.

—¿En la tostadora? —preguntó mi hermano antes de bajarme.

Volví a colocar mi vestido y mi chaqueta en su sitio, alisando la tela un poco conscientemente. Malditos hermanos mayores.

La mirada en la cara de nuestra madre decía que no estaba muy divertida.

—En una sartén. Como una persona normal. Eres un bruto.

Mi padre levantó las manos y le mostró las palmas a mi madre en un gesto de rendición.

—Me voy de aquí. Conozco muy bien esa mirada.

Mamá resopló y ella y papá nos dejaron a Chris y a mí en la cocina. Mi hermano empezó a abrir armarios en busca de una sartén.

—La cena es en una hora. ¿La chica no puede esperar hasta entonces? Llego a casa sólo por una semana, y me ponen a hacer sándwich. Y mi agente me dijo que nunca más tendría que mover un dedo después de hacerme profesional. Imagínate —me disparó una sonrisa burlona—. No tengas hijos, Nastasia. Siempre necesitan algo.

Chris no tenía tanto derecho como a veces se hacía creer. Observé, perpleja, mientras buscaba el rallador de queso, el pan y la mantequilla. Se quejaba todo lo que quería, pero la verdad era que se tomaba muy en serio su tarea de rallar queso. Sandi era la niña de sus ojos y era un buen padre. Su estilo de vida se le había escapado cuando su carrera despegó. Había una razón por la que mamá y papá podían renovar su casa y pagar la hipoteca en un período de ocho meses, y esa razón era mi hermano.

—Te he echado de menos —encendió la estufa. La llama azul parpadeó y se volvió naranja en las puntas—. ¿Cómo estás, hermanita, de verdad?

—Estoy bien. La vida sigue dejándome vivirla, así que supongo que soy mejor que la alternativa.

Se rio.

—Conozco ese sentimiento.

La tristeza me recorrió como siempre lo hacía cuando estaba cerca de Chris. Su pequeña niña, Sandi, no tenía ni idea de que tenía el mejor padre del mundo. Bueno, al menos el mejor después del mío.

El recuerdo de la noche en que descubrimos que Chris era padre y que su ex-novia había muerto en el parto se quedó conmigo como una pesadilla que no podía olvidar. No podía imaginar lo mucho que ese recuerdo también lo había perseguido a él. A veces, en momentos tranquilos cuando estaba solo con sus pensamientos, tenía esa mirada lejana en sus ojos y me veía obligada a interrumpirlo con un ligero toque en el hombro, con la esperanza de evitarle cualquier pesadilla en espiral que su mente estuviera divagando. La gratitud en sus ojos me decía todo lo que necesitaba saber. Estaba recordando el peor y el mejor día de su vida, habían pasado ocho años desde entonces.

Me puse a su lado frente a la estufa.

—¿Quieres que te ayude con eso? Ambos sabemos que soy mejor que tú.

—Sí. Me enseñas a hacerlo esta vez, y lo haré yo mismo la próxima vez. ¿Trato hecho? —me mostró una sonrisa arrogante.

Él y yo sabíamos que era muy consciente de cómo hacer el sándwich de queso a la parrilla.

Pero ese no era el punto.

Nannie entró en la cocina.

—No caigas en la trampa, niña. Todos los chicos de esta familia necesitan aprender a hacer sus mierdas por sí mismos.

—Mamá. Nada de malas palabras en la casa —mi madre pasó a su lado.

—Es mi cumpleaños. Diré todas las malas palabras que quiera —Nannie se acercó a nosotros—. Ayudará a hacer el sándwich. Tú ve a atender a Sandi, Christopher. Es tu derecho y tu responsabilidad.

Y así como así, la diversión había terminado.

Chris puso una mano en mi hombro y apretó ligeramente.

—Gracias de todos modos, Nastasia. No lo quemes, ¿de acuerdo?

Le fruncí el ceño juguetonamente, y Chris salió de la cocina con un paso animado. Bastardo con suerte. La última persona con la que quería quedarme en la cocina era con mi abuela.

—Yo me encargo, Nannie. Ve a divertirte —me agaché y saqué una pequeña sartén.

—Estoy bien. Además, por mucho que te gusta la mantequilla, probablemente le pongas demasiada al pan. Eso lo dejará empapado y flojo, por si no lo sabías —puso una mano en su cadera y me miró fijamente con un ojo crítico.

—Estoy contenta con mi peso, ¿vale? —le aclaré, con la voz más neutral que pude hacer para que no escuchara la mentira descarada. Le pasé la mantequilla, el queso y el pan—. Lo untas con mantequilla, lo ensamblas y luego al sartén.

De esa manera, no podía criticar mis porciones de mantequilla o queso. Alguien que no vi apareció en la puerta de la cocina. Supuse que era Chris o papá.

—No estás contenta con tu peso, chica —la voz de mi abuela se hizo profunda y dominante—. No puede ser. Tienes como cincuenta o sesenta libras de sobrepeso. No hay forma de que estés de acuerdo con eso. Ni siquiera estás saliendo con alguien, niña.

Cada vena de mi cuerpo ardía con ira, frustración y vergüenza. Estuve tentada de salir furiosa, tomar mis llaves y hacer una salida de emergencia apresurada, pero sabía que mi camino estaba bloqueado por papá o Chris y que intentarían detenerme. Respiré profundamente y con calma, y me volví hacia la puerta para salir con toda la calma posible.

Pero no era papá ni Chris el que estaba en la puerta. Era el mejor amigo de mi hermano, el chico más guapo del instituto cuando yo era una niña. El maldito Erick Thompson.

Soltó lo que yo interpreté como una risa nerviosa.

—Siento interrumpir. Estaba buscando a Chris. Soy Erick.

Algo en su voz me llamó la atención, y si no hubiera estado completamente avergonzada por él escuchando a mi abuela regañarme por ser gorda, habría tenido la capacidad mental de tal vez conectar los puntos. En ese momento, todo lo que tenía la capacidad de hacer era pararme allí como una gran idiota mirando al dios que flotaba en el umbral de la cocina. Sus anchos hombros casi llenaban el marco de la puerta y tenía ese torso en forma de V tan exquisito que hacía que mis rodillas temblaran.

Si Nannie leyera la mente, me habría dicho que mis rodillas débiles se debían a esos 20 kilos de más.

—Sabemos quién eres, muchacho —dijo mi abuela—. Chris está en la parte de atrás.

Erick le ofreció a mi abuela una educada inclinación de cabeza, y luego me mostró una brillante sonrisa.

—Bonito vestido —sin decir nada más, se dio la vuelta y salió de la cocina.

Era un hombre más inteligente de lo que parecía, queriendo alejarse de Nannie tanto como

fuera posible. Si fuera la abuela de alguien más y no la mía, habría huido con él sin pensarlo.

Capítulo Seis

Anastasia

Lo vi de espaldas mientras se iba e intenté recoger mi mandíbula y mi cerebro de donde aparentemente se había perdido en el suelo de la cocina.

Nannie se aclaró la garganta.

—Volvamos a lo que estábamos hablando.

—Estoy bien conmigo —le entregué la sartén—. Y esta gorda se va de la cocina ya que es una amenaza para el sándwich de mierda que estás preparando.

—¡Anastasia! —su voz era aguda con la desaprobación.

No me importaba. No podía mantener la calma por más tiempo ante su implacable tormento. Las lágrimas quemaron mis ojos mientras salía corriendo de la cocina y bajaba por el pasillo a mi antigua habitación. Empujé la puerta, la cerré detrás de mí y me apoyé contra la madera mientras las lágrimas salían con más fuerza.

Mi habitación seguía igual a como la había dejado. Las paredes eran de un azul bígaro apagado, con carteles de bandas de chicos cubriendo las paredes, junto con recortes de revistas y fotos polaroid de mí, mi familia y nuestro viejo perro, Peanut. Me aparté de la puerta y di una vuelta por la habitación, deteniéndome en algunas de las fotos y luego en mi tocador, que tenía todos mis viejos esmaltes de uñas, cuadernos y cintas para el cabello.

Luego me trasladé a la cama.

—¿Por qué tiene que ser tan condenadamente mala? —murmuré y me dejé caer sobre el edredón con motivos florales.

Miré con lágrimas en los ojos mi preservada habitación de adolescente. Todavía había pegamento de purpurina en la mesita de noche en donde tuve la brillante idea cuando tenía doce años de intentar hacerlo al estilo de “Mi pequeño pony”. Mi mamá siempre había fomentado la expresión personal para mí y para Chris, y se había acobardado ante la sugerencia de convertir mi habitación en un gimnasio casero. Odiaba la idea de dejarnos crecer a cualquiera de nosotros. Juró que siempre sería su niña y que haría cualquier cosa por mí.

¿Pero por qué no me defendía cuando se trataba de Nannie, su propia madre? Era testigo de cuánto me dolían sus palabras. Conocía las cicatrices que tenía por años y años de comentarios crueles.

Un suave golpe en la puerta me hizo levantarme y limpiarme los ojos.

—Ya salgo.

—Sólo soy yo —mi hermano metió la cabeza en la habitación—. Nannie es un viejo cuervo. Sabes que te hace esa mierda porque se siente sola y tiene un color verde moho en sus tobillos.

Resoplé y sonreí.

—Mentiroso.

—Pero gracioso —abrió la puerta un poco más—. ¿Recuerdas a mi mejor amigo de la escuela, Erick?

Me reí a pesar de las lágrimas que corrían por mis mejillas regordetas.

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Quién no lo haría? Él era... —me detuve brevemente cuando mi hermano se giró e hizo un gesto hacia el pasillo.

Erick entró en la habitación con la mano extendida y sacudió la cabeza con incredulidad.

—De ninguna manera eres Nastasia. Dios mío. Ya has crecido.

Sí, gorda, soltera y muriendo de humillación. Maldito Chris.

La voz de mi abuela corría por mi mente, condenándome antes de que pudiera detenerla. La

obligué a dejarme y me tragué el nudo de mi garganta.

—Eso pasa con las donas, las albóndigas y el tiempo —estreché su mano e intenté calmar el latido de mi corazón.

Todo se silenció dentro de mí mientras miraba sus ojos azul cielo. Su cabello estaba más corto que la última vez que lo vi en el periódico. El hombre era más que hermoso.

Se rio.

—Supongo que sí. Siento lo de tu abuela. Siempre ha sido muy alborotadora, si mal no recuerdo.

Mi único objetivo era no joder con los ojos al pobre hombre que estaba delante de mí. Su camisa azul oscura hacía que el color de su piel se viera más bronceada de lo que era, y la forma en que le quedaba la ropa dejaba muy poco a la imaginación.

La riqueza le había sentado bien a Erick Thompson. Y las horas en el gimnasio tampoco se habían desperdiciado, por lo que podía ver.

—Felicidades por la apertura de tu nueva destilería —saqué mi mano de su fuerte y cálido agarre y me puse rígida cuando vi que Chris desapareció de la puerta, corriendo tras Sandi por el pasillo en broma—. Leí sobre ello en el periódico. No es que lea el periódico porque, ya sabes, es el siglo XXI. Pero siempre lo tengo a mano en el trabajo. Así que... Sí.

Cállate, Anastasia. Idiota incoherente.

—Oh, gracias —puso sus puños en sus caderas y sonrió. Parecía Clark Kent multimillonario.

—No sabía que me seguías el ritmo.

¿Seguirlo? ¿Cómo no hacerlo? Salía en todos los periódicos cada dos semanas.

—Eres una celebridad local —me encogí de hombros y crucé los brazos sobre mi pecho, de repente muy consciente de mi traje y muy agradecida por mi chaqueta.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Bueno. Ya basta de hablar de mí. Háblame de ti. Han pasado años. ¿Te quedaste aquí en Nashville o fuiste a la escuela en algún lugar? ¿Qué estás haciendo ahora?

—¡Oso! —la voz de mi madre llenó el pasillo.

El labrador color chocolate de nuestra familia corrió por el pasillo, golpeando todo a su paso con su cola.

Salvada por el perro.

Me moví alrededor de Erick y corrí tras Oso. Era un buen perro. Leal, bondadoso y un poco tonto. Pero era como un toro en una tienda de porcelana, especialmente cuando se emocionaba y había tanta gente alrededor.

Alcancé al perro y rasqué su lomo como a él le gustaba. Me miró, con la lengua entrecortada y los ojos pidiendo arañazos más profundos. No pude evitar sonreír.

—Oso, vuelve afuera antes de que derribes la casa, ¿sí?

—¿Necesitas ayuda? —Erick se arrodilló y acarició la cabeza del perro. La cola de Oso se movió con más fuerza—. Hola, amigo. Eres hermoso.

—Es nuevo. Bueno, más o menos nuevo.

Chris se acercó y lo tomó por el cuello.

—Y todavía tiene mucho que aprender sobre la restricción y su propia fuerza. Lo llevaré afuera. Mamá quiere que todos vuelvan a la cocina. La cena estará lista pronto.

Chris tiró suavemente del collar de Oso. El perro se tambaleó hacia adelante. Su grueso pecho chocó con mi pantorrilla, lo que me hizo perder un poco el equilibrio, pero Erick me agarró la muñeca y me sujetó.

—Whoa, te tengo. ¿Estás bien?

—Lo siento. Soy torpe —me deshice rápidamente de su agarre como si hubiera tocado fuego—. Debería volver para ayudar con la comida.

—No me has contestado —su voz era gruesa y juguetona mientras caminábamos por el pasillo. Podía oír sus pasos detrás de mí. Prácticamente podía sentir el calor de su cuerpo sobre mi hombro mientras me seguía a la cocina.

—Lo sé. Fue intencional.

Su risa se resonó sobre mí. La comprensión me mordió cuando pasó a mi lado y su brazo rozó suavemente el mío.

¡Mierda! ¿Erick Thompson era el Sr. Sin Nombre? No. Sí, tenía que ser él. El calor me invadió desde la cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies.

Mi abuela me miró por encima de su hombro mientras agitaba la salsa en la olla.

—¿Por qué estás toda roja, niña? ¿Has estado corriendo por el pasillo?

—¿Qué? No —caminé hasta el fregadero y me ocupé de lavar los platos.

Yo tenía razón. Debía tenerla. Había pasado suficiente tiempo en la línea con el Sr. Sin Nombre para conocer esa voz en cualquier lugar, y esa profunda risa masculina aterciopelada. Era él. Mi corazón se agitaba salvaje en mi pecho. Froté vigorosamente la sartén en la que Nannie había preparado el sándwich de queso hasta que el cepillo de fregar comenzó a desenrollarse.

Chris me interrumpió con una tos suave. Grité y dejé caer la sartén con un fuerte estruendo, luego la recogí para enjuagarla y miré desafiantemente a mi hermano mayor.

—¿Por qué siempre tienes que acercarte sigilosamente a mí?

—Soy ligero de pies —se encogió de hombros. Luego me dio una palmadita en la espalda—. ¿Estás bien, Nastasia? Si necesitas un par de minutos más, puedo encargarme de esto.

—Estoy bien.

—¿Segura?

—Sí. Segura.

No estaba segura, estaba confundida. ¿Cómo era posible que el extraño del que me había enamorado hace casi seis meses, al que sólo conocía a través de llamadas telefónicas anónimas, fuera el mejor amigo de mi hermano? Las posibilidades eran escasas o nulas, y sin embargo ahí estaba yo, a punto de sentarme a cenar en mi casa con el mismísimo Sr. Sin Nombre.

Un multimillonario.

Dejé la sartén limpia a un lado y pasé a los otros platos del fregadero.

—¿Chris? Tu amigo Erick, ¿está casado?

—No, pero no te interesa —mi hermano puso su brazo alrededor de mis hombros y me miró fijamente. No había ni una pizca de juego en sus ojos, sólo protección fraternal—. Es un tipo terrible. Punto.

—Soy consciente —asentí, recordando que mis padres hablaban de Erick cada vez que terminaba en los periódicos a lo largo de los años. Algunas cosas eran buenas, y otras no lo eran en absoluto.

Mujeriego, sinvergüenza, chico rico y malcriado de cuna.

—Está en una relación a largo plazo de todos modos. Está con una chica con la que ha estado saliendo durante años. Va a pedirle que se case con él pronto —me dio otro buen apretón y acompañó a Nannie.

Chris era demasiado protector y era un mentiroso de mierda. No sólo eso, sino que tenía información privilegiada de los propios labios de Erick. Esta novia de años le había engañado. Todo se había acabado entre ellos.

Dejé escapar un aliento que no me di cuenta que estaba aguantando. No importaba. Erick igual

no era el tipo para mí, jamás se fijaría en una mujer como yo, pero al menos ya podía ponerle una cara al Sr. Sin Nombre y seguir adelante.

Eso sería algo bueno, ¿verdad?

Capítulo Siete

Erick

Oso era definitivamente torpe. Después de salir de la cocina, salí al patio trasero y lo encontré masticando sin pensar un extremo de un juguete de cuerda muy grueso. Incapaz de ayudarme a mí mismo, me agaché, robé un extremo e inicié un juego de tirar la cuerda.

Me las arreglé para quitársela y la tiré por el patio trasero. Cuando escuché la puerta del patio abrirse detrás de mí, miré por encima del hombro para ver a Chris salir, y luego acercarse a mí con una expresión severa.

Deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans.

—Oye, aléjate de mi hermana. Ella no es tu tipo.

Me enderecé con una risa mientras Oso trotaba de vuelta con la cuerda.

—No estoy tratando de ligar con tu hermana. Estaba siendo amigable. ¿Acaso ella te dijo lo contrario?

—No, pero sé cómo eres. Eso de las manos en las caderas sólo pasa cuando estás nervioso, y lo hiciste dos veces ahí dentro.

—¿Y qué? Quiero asegurarme de agradarle a tu familia.

—Sabes muy bien que les agradas —Chris se inclinó para acariciar al perro—. Hablo en serio. Mi hermana es una mujer muy, muy buena. Y se merece algo mejor que un tipo como tú. No te ofendas.

—No hay problema. Asumo que toda esta mierda machista es porque ella está soltera, ¿cierto? —sonreí y salté hacia atrás mientras me golpeaba juguetonamente.

Algo en Nastasia me había puesto nervioso. La última vez que la vi, era una niña de catorce años con vinagre corriendo por sus venas. Nunca pude ofrecerle una sonrisa amistosa en el instituto sin que se diera la vuelta o me dijera que me metiera en mis asuntos. Conocer a su Nannie esta noche hizo que su problema de actitud fuera un poco más fácil de entender en retrospectiva. Pero maldición, ella había sido una niña mala.

Mis recuerdos apenas se asemejaban a la bella y curvilínea mujer de la cocina. Mi estómago se apretó, y me obligué a concentrarme en Oso, que se había girado sobre su costado para exponer su vientre para que Chris lo frotara. Menos mal que mi amigo había marcado la pauta de lo que se aceptaba y no cuando se trataba de su hermana pequeña. Sería un bastardo mentiroso si dijera que no estaba interesado en conocerla un poco mejor.

Por otra parte, las reglas fueron hechas para ser rotas. Sonreí al pensarlo.

—¿Necesitas una cerveza? —la voz de Nastasia hizo que mis hombros se levantaran.

Había algo muy sexy en la forma en que hablaba. Tenía una voz distintivamente femenina, pero tenía un borde, algo que era crudo y agudo a la vez. Y no tenía ni idea. Los regaños de su abuela tuvieron que haberla afectado.

—Sí, quiero —tomé la cerveza que me ofreció. Ya había abierto la tapa, así que me tomé un trago antes de limpiarme la boca con el dorso de la mano. Ella miró el gesto antes de dirigir su mirada a Oso—. ¿Me vas a contar sobre los últimos diez años o voy a tener que sacárselos de tu sobreprotector hermano?

Ella se rio. Era un sonido salvaje y contagioso que me hizo reír también. Me calenté y me empapé de ella mientras el sol bajaba por las montañas del norte, pintando el cielo de tonos naranja y rosado. El brillo de la puesta de sol brillaba contra su largo cabello marrón oscuro, que colgaba en ondas sueltas sobre sus hombros y sus pechos. Sus ojos con una rica y profunda mirada, eran tan hipnóticos que por un momento pensé que lo estaba imaginando, o que era un

truco del sol. Las pecas empolvaban su nariz, que era pequeña en proporción al resto de su cara. Todavía se reía y sus labios rosados eran brillantes y deslumbrantes en el crepúsculo.

Pensamientos que pertenecían a mis momentos privados nadaban en mi mente, y tuve que aclarar mi garganta y disculparme cuando me di cuenta de que ella había estado hablando. No había oído nada de lo que había dicho.

Su ceja se levantó.

—No voy a repetirle todo otra vez, Sr. Thompson.

Sonreí, incapaz de ayudarme a mí mismo.

—Discúlpame. Ahora soy todo oídos.

Chris se aclaró la garganta. Dejó de acariciar al perro y ahora miraba de un lado a otro entre su hermana y yo, claramente agravado. Pero sólo estábamos hablando. ¿Qué había de malo en hablar?

—He estado aquí todo el tiempo.

Un sutil encogimiento de hombros de ella me hizo saber que no estaba del todo encantada con ese hecho.

—He estado haciendo trabajos extraños y cosas así —contó.

—¿Universidad? —podía sentir que la tensión aumentaba entre nosotros.

¿Pensaría que la estaba juzgando?

—No —dirigió su atención hacia la hoguera que había sido encendida por su padre al fondo del patio. Las llamas flotaban en el aire y pequeñas chispas salían de la madera, escapando de las llamas—. Tal vez un día. No lo sé. Sigo cambiando demasiado de opinión.

—No hay nada malo en ello —asentí mirando hacia las llamas—. ¿Quieres acercarte un poco más?

Me di cuenta de la forma en que mis palabras podrían haber sido tomadas cuando sus ojos se abrieron demasiado.

—¿Qué?

—Al fuego. ¿Quieres acercarte al fuego? Hace frío en esta época del año —le ofrecí mi brazo. Cuando iba a tomarlo Chris se interpuso entre nosotros y nos rodeó con sus gruesos brazos.

—Sí. Acercarse al fuego suena genial. ¿Les apetece malvaviscos y chocolate?

Nastasia resopló.

—¿Tienes chocolates “déjame en paz”?

Sonreí.

—Sí, amigo. Ve a buscarnos un poco. Nos estábamos poniendo al día.

Chris gruñó pero nos liberó a los dos. Me señaló con un dedo de advertencia.

—Fuera de los límites.

—¡Chris! —ella me echó un vistazo mientras su hermano volvía a entrar—. Lo siento. Puede ser completamente obtuso a veces. Estoy segura de que eres consciente de eso.

—Por supuesto, es él —terminé mi cerveza y metí una mano en mi bolsillo. Mi corazón seguía desgarrado por la situación con Trish, pero algo sobre Nastasia me llamaba la atención. Ella era una distracción bienvenida a toda la mierda en la que me había estado ahogando—. Entonces, ¿estás casada? ¿Tienes hijos?

—Si me preguntas si estoy embarazada...

La interrumpí.

—¿Qué? No, estoy preguntando sobre sus relaciones. No pongas palabras en mi boca, niña bonita.

Ella miró hacia abajo y se acomodó su negra y brillante chaqueta.

—No. Nada serio.

—Entonces estamos iguales.

—Chris dijo que estabas comprometido.

—Lo estaba. Bueno, así lo creía. Se acostó con su ex.

No tenía razón para ocultar lo que pasó. Fue lo que fue.

—Lo siento —se mordió el labio inferior casi con pesar, y mi cuerpo se endureció.

Sabía que estaba mal y que mi momento era terrible, pero quería conocer a esta hermosa mujer. Más de lo que debería.

Ella era todo lo que físicamente anhelaba. Tal vez incluso más que sólo a nivel superficial. Sólo lo sabría si tuviera la oportunidad de pasar más tiempo con ella. Maldito Chris por vivir en Seattle y quitarme la oportunidad de aparecer casualmente donde ella estaba.

Forcé mis labios a formar palabras.

—¿Dónde trabajas?

—En una tienda de vestidos —respondió con brusquedad—. Lo siento, pero necesito entenderlo bien. Me cuesta mucho imaginar que un tipo como tú haya sido engañado.

—¿Un tipo como yo? —di un paso hacia ella y la miré fijamente a los ojos—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Ya sabes. Un chico con mucho dinero, de fondo fiduciario y buena apariencia.

—Ouch.

Con una impecable sincronización de mierda, Chris volvió con una caja de galletas Graham, una barra de chocolate y una bolsa de malvaviscos. Me miró y luego a su hermana y notó que estábamos más unidos que cuando se fue.

Me volví hacia él.

—¿Qué le has estado diciendo a tu hermana sobre mí? Suena como si ella tuviera la historia equivocada.

Sonrió con orgullo.

—No, lo he hecho bien. Eres tú quien está en negación.

Y lo estaba. El amor no era real. La lujuria lo era. Tal vez volver a mi antigua forma de hacer las cosas me ahorraría el dolor que seguro que sería mío una y otra vez.

Yo era rico. Un chico de fondo fiduciario. Si lo superficial era lo que el mundo esperaba, entonces no debería decepcionarlo.

—Eso es verdad —miré por encima del hombro y le guiñé un ojo a la chica bonita que me había juzgado mal sin razón—. Disfruta de tu noche. No dejes que te piquen los insectos.

Capítulo Ocho

Erick

—Oye, tu padre está aquí para verte.

Mi asistente, Clay, me sacó de mis pensamientos. Mi reacción instintiva fue gruñir, pero mi joven socio no necesitaba entender las profundidades de mi disgusto con mi padre.

—Hazlo pasar. Gracias, amigo —me paré y puse mis manos en mis caderas—. Hey, ¿Clay?

—¿Si? —se detuvo en la puerta de mi oficina y se giró hacia mí, expectante—. ¿Dónde está Kate?

Mi secretaria había estado demasiado ausente últimamente.

—Ni idea. ¿Supongo que almorzando?

—Son las cuatro de la tarde —eché un vistazo a mi ordenador y empujé el ratón.

Seguramente, había tenido una emergencia y me envió un correo electrónico. Tal vez no quería molestarte.

—Ni idea, jefe. Le haré saber que la estás buscando cuando regrese —se dio la vuelta y salió de la oficina.

Me dejé caer en mi silla y dejé escapar un largo suspiro. Llevar un negocio nunca había sido el objetivo de mi vida, pero las cosas habían cambiado ya que mi relación con mi padre continuó deteriorándose durante mis veinte años.

Mi padre entró sin saludar y dejó su maletín en mi escritorio, sin mirarme a la cara.

—Esto no tomará ni cinco minutos.

No pude evitar notar lo hundidas que estaban sus mejillas. Una sacudida de preocupación brotó en mí, pero huyó tan rápido como llegó.

—¿Qué es esto? —pregunté, manteniendo mi voz tan uniforme como pude.

—Es el papeleo para mi testamento —me miró, sus penetrantes ojos azules lograron bajarme unos cuantos peldaños de la proverbial escalera de disgusto.

—Está bien —tomé los papeles y me senté a leerlos. Su irritante suspiro no me perturbó en absoluto.

—James, sólo firma los papeles.

—Sabes que ahora me llamo Erick —agarré un bolígrafo y leí el primer párrafo—. Me enseñaste a no firmar nada hasta que lo leyera. Es un error de novato, papá.

Se sentó en la silla frente a mi escritorio.

—Este lugar apesta.

—Es una fábrica de moonshine. Debería —golpeé el bolígrafo contra mis labios. El peso de su mirada era molesto, pero yo había vivido bajo ella toda mi vida—. ¿Cómo está mamá?

—¿Quién sabe? Ya no está más por aquí. No sé por qué no la he echado de la casa.

—Ella es la única que te presta atención, fuera de Gigi —seguí mirando los documentos, sin concentrarme en nada.

¿Se estaba muriendo? ¿Mi abuela había estado diciendo la verdad? No podía preguntar.

—Lo que sea. Firma el papel, James.

—Erick —levanté la vista y sacudí la cabeza—. No, no me interesa esto. Pero gracias.

La mirada de furia que había visto tantas veces manchó sus rasgos.

—¿Qué demonios se supone que debo hacer con todo esto?

—Dáselo a mamá y a Gigi. Demonios, todavía te quedan años de vida. Guárdalo para ti.

—Eres mi único hijo —se puso de pie y presionó sus manos en puño sobre el escritorio.

—Llegas un poco tarde a reclamarme como tuyo —resoplé y extendí los papeles hacia él.

—No voy a tomar algo que no me he ganado. Te aseguraste de eso con la forma en que me criaste. Gracias, pero no.

—Esto es ridículo. Te estás portando como un imbécil —me arrebató los papeles—. Pero está bien. Daré el maldito dinero a una organización benéfica.

Me reí, odiándome a mí mismo por hacerlo.

—Y el mundo se sorprenderá. Se te conoce por muchas cosas, pero la generosidad o la bondad no es una de ellas.

No dijo ni una palabra más mientras se marchaba, pero no tenía por qué hacerlo. Las secuelas de su disgusto conmigo se sentaron a mi alrededor como un abrigo familiar. El mundo tenía una imagen muy diferente a la verdad del legado de mi familia.

Clay asomó la cabeza en la puerta de mi oficina, con los ojos bien abiertos.

—¿Estás bien?

—Sí. Háblame de la cuenta de Markham. ¿Conseguimos los derechos de exclusividad para servir nuestro licor en sus bares? —obligué a los fantasmas de mi pasado a volver a sus tumbas y junté mis manos sobre mi escritorio—. Dame buenas noticias. Me vendría bien.

Su preocupación se desangró en alegría.

—Lo hicimos. Estoy enviando los documentos finales ahora.

—Excelente. Deberíamos celebrarlo.

—Llevemos al equipo a su club en el centro. ¿Podríamos invitar a todos a cenar y a beber? —metió las manos en los bolsillos y sonrió.

Su cabello color cobre y sus pecas le hacían parecer tan joven como era. Pero tenía la habilidad de usar lo que tenía para hacer que todo funcionara.

Yo había hecho lo mismo toda mi vida, y por lo general, la gente no se daba cuenta de eso. No lo veían.

La mayoría pensaba como Nastasia, que yo era un bebé de fondo fiduciario con buena apariencia y mucho dinero. Ella, como todos los demás, asumían que las cosas buenas me venían fácilmente.

Poco sabía ella.

—Me parece una gran idea. Reúne a todos alrededor de las seis, y vamos para allá. Necesito reunirme con un inversor más antes de irnos —asentí hacia la puerta—. ¿Puedes cerrar al salir?

—Por supuesto —se dio la vuelta y se fue.

Me paré y caminé hacia las ventanas panorámicas que forraban mi oficina. Presionando mi frente contra el vidrio frío, miré fijamente el centro de Nashville. El estadio de Nissan se erguía como una gran olla de sopa desde el suelo, y el canal antes de que brillara en la tarde del otoño.

Si tuviera la oportunidad de retroceder el tiempo, habría seguido a Chris fuera del estado. Amaba Nashville, pero siendo quien era, no había posibilidad de ser yo mismo. El legado de mi familia puso en marcha una serie de pensamientos preconcebidos en todos y cada uno de los que me conocieron.

Incluyendo a la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Una ligera sonrisa apareció por mis labios al pensar en ella. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaría sorprendida de que me hubiera ido el sábado después de su declaración de que era todo lo que tanto había evitado ser? ¿Le importaría?

Peor aún. ¿Realmente creía eso de mí?

Necesitaba dejar de pensar en ella. Chris era la única familia que tenía fuera de Gigi, y todavía tenía la mirada puesta en otra mujer.

Annie.

El monitor de la pared de mi izquierda parpadeó. Presioné el botón y me volví hacia la pantalla. Apareció una mesa de inversores que se habían conectado a nuestra videollamada, cada uno con el cabello más gris que el otro.

—Sr. Thompson, gracias por tomarse el tiempo para reunirse con nosotros esta tarde —asintió Alfred, el jefe del banco.

—Absolutamente, Sr. Mills. ¿Qué asuntos debemos tratar hoy?

Otro hombre habló.

—Se dice en Wall Street que tu padre no está bien.

Crucé los brazos sobre mi pecho y me estabilicé. El banco no quería invertir ni nuevas oportunidades. Querían mantener las cuentas que ya tenían y que les habían servido bien durante décadas, como la de mi padre.

—He oído lo mismo —incliné la cabeza hacia un lado y les ofrecí una sonrisa infantil.

—Debes saber que le convendría ser incluido como beneficiario de sus pólizas, Erick. Hay seguridad y estabilidad en el nombre de tu familia —Alfred se puso de pie y cruzó los brazos sobre su pecho también. El viejo me entendía más que nadie en la mesa, pero aun así deseaba algo que no iba a suceder.

—Entiendo lo que dice, Sr. Mills, pero yo también he demostrado ser una buena inversión todos estos años. Estoy pidiendo un aumento de crédito que no está para nada por encima de lo que he manejado en mis diez años de trayectoria —di un paso hacia la pantalla y miré a los rostros familiares.

La única mujer alrededor de la mesa habló.

—Esto es verdad —miró a sus colegas mientras su cabello gris oscuro brillaba debido a la luz sobre la mesa—. No creo que necesitemos depender de la financiación de James padre para considerar el aumento que Erick está pidiendo.

Alfred se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo, pero creo que se solidificaría casi cualquier aumento que busque en el futuro. Considere sus opciones. Sólo porque el pasado haya sido una lucha no significa que no puedas darle la vuelta a esto por tu propio bien.

—No va a suceder, y si eso es lo que necesitas, entonces trabajaré para encontrar financiación en otro banco. No debería ser difícil —me encogí de hombros y sonreí—. Preferiría quedarme con ustedes, pero los negocios son los negocios.

La expresión de Alfred cayó.

—Discutiremos su proposición, y votaremos de nuevo hoy. Danos 24 horas.

—Hecho. Disfruten de su noche —me acerqué y terminé la videoconferencia.

Había pedido mucho más de lo que imaginé que me darían en líneas de crédito para la construcción de nuestras nuevas destilerías de moonshine en Kentucky, pero tenía fe en lo que estábamos haciendo.

La necesidad de vencer a mi padre en su propio juego era un poderoso combustible para la unidad. Los recuerdos de él reprendiéndome durante los partidos de fútbol me invadieron, y luego no fue a mi graduación de la escuela secundaria porque me gradué como el quinto mejor del colegio y no como el número uno.

Nunca dejó de encontrar una oportunidad para recordarme que yo no era el hijo que quería tener.

Clay metió la cabeza en la habitación nuevamente.

—¿Terminaste?

—Sí. Los veré en el centro —miré por encima del hombro antes de devolver la mirada al

estadio.

Mi visión era comprar todas las demás cosas que mi padre amaba hasta que todo de lo que mirara tuviera mi nombre, el nombre que tanto se negaba a aceptar.

—Nos vemos allí, jefe.

—Seguro.

Si tan sólo hubiera una mujer hermosa con la que bailar y beber toda la noche. Tal vez era hora de volver a ser ese hombre que sólo iba por sexo y evitaba el amor. Eso había funcionado a favor de todos, especialmente del mío.

Capítulo Nueve

Anastasia

—Recuéstese y relájese. ¿Quieres café, vino o té? —la Dra. Langford cruzó sus delicadas manos en su estrecho regazo.

—No. Acabo de terminar un Mountain Dew antes de venir aquí —tomé un largo respiro y lo dejé salir lentamente, dejando que mis ojos se cerraran.

—Retomemos donde lo dejamos la semana pasada. Sobre tus sentimientos de inautenticidad.

Su voz me calmaba. ¿Era algo que enseñaban en la escuela de psiquiatras? No lo sabía, pero preguntarle parecía un poco fuera de lo común.

—Bien —cruce las manos sobre mi estómago y me hundí en el sillón que soportaba mi peso —. Es mi trabajo.

—Cuéntame por qué estás decidida a mantener tu identidad oculta mientras estás en la estación de radio, Anastasia.

—No es porque me preocupe que todo Nashville me persiga con flores y chocolates —abrí un ojo y le ofrecí una sonrisa maliciosa.

Ella me devolvió la sonrisa.

—O Mountain Dew y donas, ¿verdad?

Me encantaba que me conociera tan bien. Pagaba para que me conociera bien, pero era bueno que cumpliera su parte del trato.

—¿Honestamente? No quiero que me juzguen.

—Cuéntame más sobre eso.

Asentí.

—Nunca antes he estado en una relación. ¿Cuánta gente encontraría válido mi consejo si lo supiera?

—¿Y crees que si el mundo se entera de que eres Annie, entonces desenterrarán información sólo para difamarte?

Una risa se deslizó de mis labios fruncidos.

—Absolutamente. El mundo está lleno de imbéciles críticos que no apoyan el amor profundo y el romance como yo lo hago. Estoy segura de que les encantaría que el programa saliera completamente del aire.

—¿Qué respalda esta teoría?

Genial. Nunca perdía el tiempo para hacer agujeros en mis teorías. Aunque era muy molesto, me ayudó a volver a pensar correctamente. Al final, estaba agradecida.

Trabajamos en mis creencias negativas durante los siguientes cuarenta minutos, pero al final, todavía estaba firmemente plantada en la verdad de que nadie sería más sabio que yo en mis elecciones de carrera.

—El público no necesita saber sobre mi alter ego. Pueden saber con lo que me siento cómoda que ellos sepan. Que soy una chica que trabaja en una tienda de ropa para gente delgada. Supongo que también hay algo de inautenticidad allí —me reí. Era un sonido amargo en mis oídos.

—¿De qué estás hablando?

Suspiré fuertemente.

—Esa estúpida tienda nunca tiene ropa de mi tamaño. Quiero decir, claro, de vez en cuando aparece un vestido o un top que me queda bien. Pero es muy raro que eso suceda.

—¿Supones que es porque tienes el tamaño promedio de la mayoría de las mujeres en América? Eres hermosa y curvilínea. Tu cuerpo te funciona bien. Hace más por ti que sólo encajar

en la ropa.

—Aprecio todo eso, pero el mundo no te valora por tener un cuerpo que te funcione perfectamente —me agaché para recoger mi bolso cuando vi que el reloj detrás de mi terapeuta había marcado la hora del límite de nuestro tiempo juntas.

De pie, le ofrecí lo que esperaba que fuera una sonrisa que dijera que estaré bien.

—Desearía que el mundo fuera más justo, pero no lo es.

—¿Quizás se reduce al viejo adagio de que quieres lo que no tienes? —ella también se puso de pie y me acompañó hasta la puerta de su oficina.

En una pequeña mesa junto a la puerta había un difusor de aceites esenciales. Su oficina siempre olía a eucalipto y menta.

—Supongo. De cualquier manera, se siente muy injusto.

—Entiendo. Quiero oír más sobre este personaje de Erick cuando vuelvas —cruzó sus brazos sobre su pequeño medio—. ¿Crees que es el Sr. Sin Nombre, o quieres que lo sea?

—Un poco de ambos —sonreí y salí por la puerta.

Erick era mi llamador favorito en el programa. De eso, no tenía ninguna duda. Lástima que lo había ofendido el fin de semana anterior.

Una parte de mí quería sentirse herida por su alejamiento después de que expusiera la verdad sobre su naturaleza, pero no pude redimirme. A saber, porque era yo la que estaba llena de mierda. Si él era mi llamador, entonces era todo menos un niño rico engreído con el culo en la cabeza.

Mi teléfono sonó, sacándome de la madriguera del conejo a la que me dirigía. Era Kim.

—Hola. ¿Qué pasa? —levanté mi mano para proteger mis ojos de la brillante luz del atardecer mientras salía del edificio de oficinas en el que mi psiquiatra tenía su clínica.

Era un día inusualmente cálido para el otoño y consideré quitarme mi chaqueta para ir un poco más ligera. Un grupo de tres jóvenes en un descanso para fumar, apoyados a un SUV estacionado tres espacios antes de mi pequeño Honda, me hicieron tomar la decisión de mantener la chaqueta puesta.

—Estoy en la ciudad por unos días otra vez —anunció Kim. Sonaba ligeramente sin aliento.

—Bien. Te he echado de menos —me subí a mi auto y luché con el cinturón de seguridad—. ¿Quieres tener una noche de chicas hoy?

—¿Estarás trabajando en la estación?

—Sí, pero terminaré alrededor de las nueve o así. Podemos hacer una cena tardía.

—Suena bien. ¿Vas a volver a la tienda de vestidos? —Kim sonaba casi sin aliento. Hacía suaves sonidos estáticos al otro lado de la línea.

—No. ¿Dónde estás?

Ya sabía la respuesta. No debería haberme molestado en preguntar.

—El gimnasio. En la elíptica. Terminando mi sexta milla.

—¿Está el Sr. Cuarenta ahí?

También conocido como el Sr. Imbécil de Mierda.

—No, pero me acosté con él la semana pasada después de que dijeras que era un idiota.

—¿Qué? —el calor se intensificó en mi pecho y cuello—. ¡Estaba casado! Eso fue lo que me dijiste.

—Sí. No es mi problema. Necesitaba una pelea en las sábanas, y el gay con el que Jack me acordó la cita nunca lo haría.

Casi podía oír cómo se encogía de hombros.

—Esa es la clase de mierda por la que te saldrán arrugas de karma, Kim.

—Oh, por favor. Soy mucho menos perra que tu Nannie. Y para eso existe el Botox.

Giré el encendido. El motor de mi auto retumbó cuando cobró vida y la música inundó el estéreo.

Me apresuré a bajarle el volumen.

—¿Cena esta noche entonces?

—Sí, y luego vamos a bailar.

—No es buen momento para eso. No tengo nada que ponerme. No voy a ir.

—Sí tienes. Usa ese sexy vestido negro que te compramos hace unos meses con tus tacones rojos.

—No.

—Sí. Dime que sí. Soy tu mejor amiga y necesito bailar esta noche. Ven conmigo, no sea que me emborrache y alguien se aproveche de mí, o que me consiga un asesino. Entonces gritaré tu nombre desde la tumba por el resto de la eternidad.

—¿En serio? —di marcha atrás y conduje hacia la salida del estacionamiento, donde giré a la derecha y frené bruscamente cuando un adolescente entró en la intersección con su bicicleta sin mirar—. ¡Malditos adolescentes!

—Juro por la infidelidad del Sr. Cuarenta que hablo en serio ahora mismo. Y si no sales conmigo, podría terminar enredada en las sábanas con él otra vez. Tiene un enorme...

—¡Kim! ¡No quiero saberlo!

Se rio.

—Iba a decir ático.

—Claro que sí.

—Vamos a bailar. Y no es una petición.

—Te odio.

—Me amas y desearías ser un hombre para poder casarte conmigo.

—Voy a colgar —terminé la llamada y me reí, sin poder evitarlo.

Ella era un desastre con tacones. Siempre lo había sido y probablemente siempre lo sería. Pero era mi chica y no la habría cambiado por nada del mundo.

El camino a la estación fue corto, y pasé la mayor parte del tiempo en mi teléfono de manos libres hablando con mi madre. Se había disculpado por Nannie varias veces y por la forma en que se había comportado. Era la misma vieja canción de siempre.

—No necesito que te disculpes por ella, mamá. Es odiosa. Eso es todo —me detuve en la estación y aparqué el auto—. Me estaba regañando por ser gorda cuando Erick entró.

Mamá cambió de tema, que era su especialidad.

—Oh, wow. Él se ha vuelto muy guapo, ¿verdad? Y lo vi hablando contigo junto al fuego.

—En primer lugar, ningún hombre que se vea tan bien y sea tan rico vale el tiempo de nadie. Estoy segura de que es una persona terrible —salí del auto y me pregunté a quién intentaba convencer, a ella o a mí—. En segundo lugar, no hay manera de que esté interesado en una chica que le doble a su peso como yo.

—¡Anastasia! No digas eso. Eres perfecta. No le doblas en peso, deja de hacerte eso. Lo digo en serio. No me gusta.

Cuando era mala conmigo misma, ella me regañaba. Pero cuando su madre lo hacía... Dios no permita que ella levantara un dedo para detenerlo.

—Bien. Tengo que irme.

—Eres hermosa, y apostarí a la granja a que Erick pensó que eras la mujer más atractiva de la reunión.

Resoplé.

—Sí, mamá. Yo era la única que no estaba casada o tenía ochenta años. No tenía mucho más para elegir. Y no apuestes una granja que no tienes.

—Es un viejo dicho, chica tonta —hizo una pausa por un segundo—. Te amo. Y sé que vas a encontrar un buen hombre. El hombre adecuado. El que te amará como tu padre me ama a mí. Y entonces el resto será un feliz para siempre. Prométeme que lo crearás.

—Me lo creo —murmuré y finalmente colgué el teléfono con ella.

No había forma de que ese fuera mi futuro. Sólo mi madre podía creer en algo tan tonto y basado en la ficción. Como si la vida fuera un libro de W. Parker convertido en una película.

—Si tan sólo eso fuera posible —dije para mí misma. Caminé por el pasillo hacia mi cabina y me dejé llevar por esa fantasía por un momento.

El Sr. Sin Nombre estaba en mi fantasía. Y curiosamente, tenía una cara y un nombre.

Capítulo Diez Anastasia

El vestido era más ajustado de lo que recordaba. Me quedé mirando mi reflejo en las puertas del armario de espejo de Kim y me sentí personalmente ofendida por lo que veía. Demasiados muslos. Demasiada pantorrilla gruesa. Demasiado brazo. Demasiadas tetas. Era todo demasiado.

Tirando tímidamente del dobladillo de mi vestido, levanté la voz y llamé a través de la puerta del baño a Kim, que se estaba duchando rápidamente antes de prepararse para ir al club.

—¡Kim! Este vestido es atroz. ¿Por qué demonios me dejaste comprar esta cosa?

—Te queda fabuloso. No seas tan dura contigo misma. Espera. Ya salgo.

Suspiré.

Ese era mi destino. Estaba destinada a ser la chica envuelta en un vestido ajustado para el resto de mi vida. La chica que está de pie al fondo de la multitud. La chica con una bonita sonrisa pero sin un cuerpo esbelto. La chica con demasiado peso que necesita hacer dieta y ejercicios. La chica con los susurros a sus espaldas de por lo menos tiene sentido del humor.

Mordí el interior de mi mejilla y deseé tener un equipo de reserva. Había muchas cosas en mi armario que podría haber usado esta noche en lugar de este empaque de salchichas. Diablos, el vestido que había usado en los ochenta de Nannie habría sido mejor que esta atrocidad.

La puerta del baño se abrió. El vapor que olía a vainilla y coco salió y Kim emergió con la piel rosada envuelta en una toalla. Se volvió hacia mí y se puso una mano en la cadera. Traté de resistirme a admirar las largas líneas de sus piernas y brazos desnudos. Era casi imposible. Estar de pie junto a ella me hizo desear desaparecer por completo. Pero no había manera de desaparecer en ese vestido.

—Lo odio —tiré de nuevo del dobladillo con desagrado—. No encajo en esto. No voy a ir.

—No seas tan lamentable. ¡Te ves muy bien! Quiero decir, ¡mira esas tetas!

—Por supuesto que no podrán dejar de mirarlas. Prácticamente se me están saliendo.

No estaba mintiendo. El vestido era lo que podría haber sido un número elegante en una chica más delgada. En mí, era una ola de tela de terciopelo que se aferraba a mí en los lugares equivocados. Era un rollo de curvas negro que nadie querría morder.

Kim puso su mano en mi espalda, justo entre mis omóplatos.

—La postura hace una gran diferencia cuando se trata de que te guste un traje —su tono era de hecho y simple, como si estuviera sugiriendo que una espalda recta y unas caderas cuadradas borrarían mi barriga. Me enderezó y asintió con confianza a mi reflejo—. ¿Ves? Eso ya se ve mejor. Como si hubieras nacido para llevarlo.

—Lo único que este vestido me hace parecer, es que hubiera nacido para comer.

—Nastasia. Por favor. No hagas bromas como esa. Sabes que no sé qué decir y odio lo mala que puedes ser contra ti misma. Te ves muy bien. ¿Acaso crees que te mentiría con algo así?

Sí.

—No —me encogí de hombros.

El dobladillo se levantó, y lo bajé, otra vez.

—Exactamente. Lo llevas puesto. Y vamos a ir al club a tomar un par de copas para relajarnos. Estarás riendo y bailando antes de que te des cuenta. Necesito esto. Y tú también. Has estado tan...

—¿Tan qué?

—Tan reprimida últimamente.

—¿Reprimida? —arqueé una ceja y me fui a su cama.

Tenía una hermosa cama de cuatro postes con sábanas blancas. Me senté en el borde y me molestó la forma en que el marco crujió, como si no fuera suficiente humillación meterme en un

vestido que no me quedaba bien.

Kim abrió su armario antes de sacar un pequeño vestido rojo. Me quejé internamente cuando dejó caer su toalla delante de mí. La había visto desnuda miles de veces, lo que nunca me hacía sentir muy bien. Tenía esos hoyuelos sexys en la espalda y una línea cortada en el medio del estómago que siempre había envidiado, y la envidia no era un sentimiento saludable en una amistad.

—Sí —contestó finalmente. Se puso el vestido rojo sin tirantes sobre los hombros y lo bajó. Sin sostén. Sin bragas. Sólo un vestido de tubo corto—. Creo que todo este asunto de Noche con Annie está empezando a afectarte. Necesitas vivir tu vida real por un tiempo. ¿Sabes?

—Seguro.

No entendía realmente a dónde quería llegar. Sólo porque tuviera un alter ego para mi programa de radio no significaba que no viviera mi vida real.

Kim se quitó el gorro de la ducha y dejó caer su largo cabello ondulado. Lo sacudió, lo esponjó y se apresuró a su tocador cerca de la ventana del dormitorio, donde lo mojó con laca. Luego tomó un lápiz labial rojo de su soporte y se lo pasó. Se puso de pie y me sostuvo el tubo como si fuera una ofrenda de sacrificio.

—Ven aquí. Un labio rojo hace que todo sea mejor.

Me pintó los labios de rojo y los remató con un golpe de brillo. Luego, claramente complacida consigo misma, tomó nuestras bolsas de mano que estaban a los pies de la cama y me puso la mía en las manos. Luego agarró sus matadores tacones de aguja negros y se los puso mientras yo me ponía mis tacones de dos pulgadas. Sabía que Kim los odiaba, pero no dijo una palabra sobre ellos. No me gustaba que me dolieran los pies, sobre todo en un club nocturno, y ya me daba cuenta de que iba a ser una noche larga.

Kim se enderezó una vez que se puso los tacones. Sus piernas se veían las largas y esbeltas.

—¿Estás lista, perra? —me sonrió.

Le devolví la sonrisa y le di lo que esperaba que fuera un guiño de confianza.

—Sí. Lista —la seguí fuera de la habitación, parando por un breve momento para revisar mi lápiz labial. Ella tenía razón sobre la regla del labio rojo.

No podía pronunciar el nombre del club al que Kim me llevó. Tenía una enorme fila de personas a la espera que se extendía por la acera, seccionada por una cuerda púrpura y postes dorados. La gente en dicha línea estaba vestida de manera similar a Kim, vestidos cortos en cuerpos de modelo. Parecía que pertenecían allí, como si fueran parte del atractivo del club.

Así que cuando Kim me llevó al frente de la fila y se acercó al portero, que era más o menos del tamaño de un garaje, me horroricé.

—Hola, cariño —Kim lo saludó. El portero la miró de arriba a abajo. Ella se inclinó y puso una mano en su brazo—. Odio ser una molestia, pero mi chica y yo hemos tenido una semana muy dura. Necesitamos desahogarnos y tomar un trago. Por favor. ¿Crees que hay algo que puedas hacer para ayudarnos y dejarnos entrar? La fila es muy larga —hizo un gesto de puchero con el labio inferior.

Los ojos del portero cayeron sobre el gesto de su boca. Era un clásico. Luego se aclaró la garganta y se asomó por la línea.

—Ni una palabra a nadie de adentro, ¿sí?

Kim asintió.

—Prometido.

El hombre se hizo a un lado.

—Que tengan una buena noche.

Kim le dio un apretón de manos antes de pasar por delante de él y tirar de mí detrás de ella. El portero ni siquiera me miró, y cuando miré por encima del hombro, sus ojos estaban pegados al trasero de Kim. Imagínate.

Atravesamos las puertas y nos sumergimos en la oscuridad del club nocturno. Mi visión no se adaptó hasta que llegamos a la revisión de los bolsos y la entrega de identificación. Kim y yo mostramos nuestras tarjetas, y nos hicieron señas para que pasáramos, donde un último portero nos miró y nos hizo señas para que entráramos.

El club tenía tres niveles. Me detuve en la entrada y miré la grandeza, asombrada por el techo de cristal que reflejaba las cabezas y los hombros de los que bailaban en el primer piso. La pista de baile también tenía baldosas de espejo, creando un efecto deslumbrante de luces y colores bajo los pies de la gente.

—Mierda —suspiré.

La risa de Kim flotaba a mi alrededor mientras me guiaba entre la multitud de gente hacia el bar, que también era un glorioso despliegue de espejos retroiluminados que se desvanecían entre tonos de rosa y azul. Cada botella de licor se sentaba sobre una luz que hacía que las botellas parecieran brillar.

Cuando llegamos a la barra y nos sentamos en unos de los taburetes, Kim se apoyó sobre la superficie y levantó una mano, llamando al camarero. La vio al instante. Esa era la ventaja de venir a un lugar como este con una chica como Kim. Siempre se fijaban en ella. Esperar un trago, o cualquier cosa, no era su realidad. Nos pidió a cada uno una bebida especial que era una variación de un Coctel Manhattan, y cuando el camarero nos dio las bebidas y ella le ofreció un billete de veinte, el chico lo rechazó y le guiñó el ojo.

—A cuenta de la casa.

Kim le mostró una sonrisa apreciativa antes de volverse hacia mí y darme mi bebida.

—Para ti.

—Gracias —apreté los labios en el borde de la copa y tomé un sorbo.

¡Alabado sea el señor!

Era un trago fuerte. Sorbí un poco más ansiosamente. Necesitaba que el alcohol invadiera mis sentidos. Estaba muy consciente de todas las mujeres delgadas y hermosas que me rodeaban y de lo apretada que estaba mi faja bajo ese vestido. Un par de copas más se encargarían de calmar esa ansiedad.

Kim escudriñó el salón como una gata depredadora. Su mirada se dirigió hacia arriba, donde observó los balcones de los dos últimos pisos. En el tercer nivel estaba lo que parecía ser sólo acceso VIP. Hombres y mujeres se sentaban en los taburetes contra las barandillas, mirando a los campesinos de abajo mientras bebían cócteles que probablemente costaban más de cien dólares.

Me burlé de mi Manhattan.

—¿Qué? —preguntó Kim.

—Oh. Nada. Sólo pensaba en los imbéciles del último piso.

Kim cruzó sus piernas, cambiando su expresión de gata depredadora a gacela elegante.

—Sólo porque tengan dinero no los convierte automáticamente en imbéciles.

—Al contrario.

—Eres tan pesimista.

—Realista. Hay una diferencia.

—Claro que sí.

Tomé otro sorbo constante de mi bebida. Estaba a punto de ofrecer una respuesta sarcástica cuando dos hombres se acercaron a nosotras. Uno de ellos llevaba un traje gris oscuro. Sus

zapatos parecían recién lustrados y el reloj en su muñeca era definitivamente un Rolex.

Suspiré.

Aquí vamos.

Kim le sonrió enseguida al tipo del traje gris.

—Hola, guapo.

—Hola, nena. ¿Qué trae a una chica bonita como tú a un lugar como este?

Kim inclinó su barbilla hacia la pista de baile y luego me sonrió.

—Mi mejor amiga y yo tuvimos una semana difícil. Y normalmente estoy fuera de la ciudad. Así que pensamos en salir a bailar. Y por supuesto, Caprizee tiene la mejor pista de baile de Nashville.

El otro hombre me miró por encima del hombro. Luego se volvió hacia Kim.

—¿Dónde está tu amiga? —le preguntó.

Kim se rio inocentemente, lo tomó por el hombro y lo giró para enfrentarme.

—Aquí mismo, tonto. Ella es mi chica, Anastasia.

Ni siquiera se molestó en mirarme de arriba a abajo. En cambio, se inclinó hacia mi amiga.

—¿Puedo invitarte a un trago, cariño?

Sentí una punzada de dolor cuando ella dijo que sí y él se dio la vuelta, bloqueándome por completo con sus amplios hombros.

El imbécil, rico y guapo: 1.

La gordinflona Nastasia: 0.

Capítulo Once Erick

El club olía a máquinas de humo. Agarré mi Old Fashioned y me apoyé en la barandilla del nivel superior del club nocturno Caprizee en el centro de Nashville. El lugar tenía un ambiente decente. Lo había frecuentado muchas veces. Antes de que Trish y yo iniciáramos nuestra relación, ese club había sido mi coto de caza.

Las mujeres que venían a este lugar sabían lo que querían y los hombres también. Ser el tipo con la cara pegada en las portadas de las revistas, periódicos y en los artículos de Internet me facilitaba mucho la tarea de llevarme las mujeres a casa. Por supuesto, eso no era tan divertido. Saber que la chica que te llevas sólo le interesa ver dónde vives con sus propios ojos y decir a todas sus amigas que se había follado a Erick Thompson le quitaba el aire a las velas de un hombre.

Al menos lo hacía con la mía.

Clay se paró a mi lado. Inclino su cabeza hacia mi bebida, notando que la cáscara de naranja rizada se aferraba al borde por la vida.

—¿Sigues en tu segundo trago?

No estaba allí para emborracharme. Demonios, no sabía por qué estaba allí. Oh... Sí. Para desahogarme después de mi encuentro con mi padre.

Incliné la cabeza hacia atrás y vacié el vaso. Luego lo dejé caer con fuerza sobre el borde de la barra que bordea la barandilla del balcón del tercer piso. Estaba recortado en una fina franja de vidrio que era tan reflectante como el espejo de la pista de baile y el techo.

—¿Mejor?

Clay sonrió. Era una sonrisa infantil.

—Un poco.

Una camarera con un vestido negro ajustado apareció, barrió mi vaso vacío de la repisa y lo reemplazó por uno nuevo, con una sonrisa amable y un roce coqueto de sus dedos a lo largo de mi hombro.

Clay la vio irse con un suspiro de anhelo antes de caer pesadamente contra la barandilla.

—¿Cómo consigo que una chica me mire así, hombre?

—Ella gana dinero mirando a tipos de esa manera.

Clay se encogió de hombros despectivamente.

—Sí. Bueno, yo tampoco puedo darme el lujo de que me vean esa manera. Qué patético.

Le eché un vistazo y lo miré de arriba a abajo.

—Podrías hacerte un traje a medida.

—¿Qué?

—Confecciona tus trajes.

—Escuché lo que dijiste —Clay se dio vuelta para enfrentar la pista de baile conmigo. Las luces estroboscópicas de arriba le iluminaron la cara con múltiples colores parpadeantes y pasó los dedos por su grueso cabello cobre. Frunció los labios y el ceño, lo que no parecía natural en su cara normalmente alegre—. No creo que un traje a medida vaya a hacer que las chicas se fijen en mí, hombre. Siempre soy el amigo asiático. La mitad de las veces, se sorprenden de que hable inglés.

—¿En serio?

—En serio —tiró de su chaqueta de traje. Era una linda chaqueta. No la mejor, pero tampoco la peor. No podía decir con la luz tenue qué material era, algo ligero con seguridad, como el lino. Era de un color fresco beige que combinaba bien con la camisa blanca que llevaba debajo y sus jeans azul oscuro—. Bueno, en realidad ha ocurrido como una o dos veces. Y estaban muy

borrachas.

Asentí hacia su chaqueta.

—Prueba la opción de la sastrería. Hará que tu traje parezca caro. A las mujeres les gusta todo lo que parece caro.

—¿No es eso un estereotipo?

—¿Igual que ellas asumiendo que no hablas inglés?

Se encogió de hombros.

—Como dije, sólo pasó una o dos veces.

—Sólo te estoy dando un consejo —tomé mi nuevo trago. Definitivamente estaba más fuerte que los dos primeros—. Impresiona. No te quedes atrás. Toma la iniciativa. Sorpréndelas con tu confianza. Sé el tipo que no deja lugar a dudas en sus mentes.

—¿Dudas sobre qué?

Me reí.

—Que ir a casa contigo no es un error.

Soltó una risa nerviosa y miró fijamente su bebida, un ron con coca-cola. Le dejé reflexionar sobre mis palabras mientras me apoyaba en la barandilla y me asomaba a la pista de baile. Se balanceaba y rodaba como un océano. Los cuerpos se movían de forma única y orgánica, sus movimientos se unían en un solo espectáculo que ninguno de ellos conocía. Un espectáculo para mí y los otros VIPs.

Miré a una mujer con un vestido amarillo neón en el piso medio. Tenía el cabello corto y rubio, llevaba pendientes más grandes que mis pelotas y tacones más altos que el parachoques de mi Porsche. Meneaba sus caderas y arqueaba su espalda mientras bailaba con los brazos sobre su cabeza. Estaba pensando en bajar hacia ella cuando vi una sonrisa familiar en la barra del primer piso.

—¡No puede ser! —me estiré lo más que pude para ver mejor.

Clay se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Reconoces a alguien ahí abajo?

—Sí.

Era ella, estaba seguro de eso. Habría reconocido esa sonrisa en cualquier lugar, y esas caderas, y esas piernas. Maldición. Era toda curvas y elegante terciopelo.

Nastasia Harrison.

—¿La de amarillo? —preguntó Clay.

Sacudí la cabeza.

—No. Ve a probar suerte con ella. Puede que le gusten las chaquetas mal ajustadas y las cócteles de mierda.

—E-espera. ¿Qué acabas de decir? —la voz de Clay se la tragó la música del club mientras me abría paso entre los otros miembros VIP para llegar a la cima de las escaleras.

Bajé al segundo nivel, rozando los hombros en los escalones y recibiendo numerosos cumplidos de las mujeres a medida que avanzaba. Estaba acostumbrado al bateo de pestañas, las suaves y sexys risas, y el no tan sutil empujón de los pechos con una bebida bien colocada en su costado. Las distracciones normales que me hubieran llamado la atención y me hubieran impedido entablar una conversación no hicieron nada para frenar mi camino hacia la hermanita de Chris.

No podía quitarle los ojos de encima cuando empecé a bajar el segundo juego de escaleras. Me había divertido con ella en la celebración de los ochenta de su abuela, y todavía era capaz de hacerme sonreír en un club lleno de gente mientras le enviaba a la alta y delgada chica a su lado una mirada temperamental, que luego fue seguida por un rápido y muy obvio giro de ojos.

Había dos hombres de pie con su amiga. Uno de ellos estaba de espaldas a Nastasia, mientras que el otro estaba extendido contra la barra, con los brazos extendidos a ambos lados de él. Me di cuenta justo antes de llegar al piso principal de que ella estaba moviendo su pie de forma inquieta.

Ella quería salir de allí y necesitaba un salvador. Por suerte para ella, yo estaba en el camino.

Me abrí paso entre la multitud y me acerqué a la chica de terciopelo. Cuanto más me acercaba, más me atraía. Sus labios eran de color rojo rubí, algo criminal en ella. Sus labios ya eran tan malditamente tentadores, y con ese color no me lo hacía más fácil. Tampoco su vestido. Le quedaba perfecto, delineando las curvas de sus caderas y muslos y abrazándola en los lugares adecuados.

Traté de ignorar la opresión en mi pecho.

Y en mis pantalones.

Su conversación llegó a mis oídos cuando me acerqué. El hombre que estaba en la barra estaba hablando con la chica alta y luego miró a Nastasia.

—Sabes —decía—, tienes una cara muy bonita. Quiero decir... Mira esos ojos. Y esos labios.

Los ojos de Nastasia se entrecerraron como si supiera que eso no iba a terminar bien.

—¿Has mirado alguna vez esas píldoras de dieta que usan los famosos? —continuó el tipo—. Podrías ponerte en forma como J Lo y ser una absoluta belleza.

¿Por qué demonios todos estaban pendientes de esta chica por su peso? Ella ya era una absoluta belleza.

Alguien tenía que darle una lección a este idiota.

Me interpuse entre ambos y me acerqué a Nastasia, que me vio llegar en el último segundo. Ella se volvió, los labios se separaron con silenciosa sorpresa, y yo le pasé un brazo por encima de los hombros mientras me volvía para enfrentar a Tweedledee y Tweedledum.

—¿Haciendo amigos, nena? —pregunté casualmente.

Nastasia tartamudeó.

—Erm. Yo... nosotros...

Me reí entre dientes y le di un beso en la frente, lo que la hizo callar lo suficiente como para que yo pudiera continuar con la farsa.

—Siempre tan atada de lengua después de un Manhattan. Tan adorable —mi mirada se deslizó hacia los dos hombres que miraban de un lado a otro entre Nastasia y yo—. Caballeros, no pude evitar escucharlos dando consejos no solicitados a una chica que no los pidió. Por favor, díganme. ¿Qué le hace sentirse cualificado para hacer tal cosa?

Me miraron fijamente.

Uno de ellos, el de la barra, se puso de pie más recto.

—Amigo, espera. ¿Eres Erick Thompson? ¡No puede ser! —tropezó un poco hacia adelante y extendió una mano para que yo la sacudiera—. Haces un buen Moonshine, amigo. Licor para duros de verdad. ¿Sabes? El que te jode si no tienes cuidado.

—Ese soy yo.

Ignoré su mano y la dejó caer.

—No me digas. Esto es salvaje. David. ¡Oye, David! Mira a este tipo. Este sí está tremendamente cargado. Podría comprar todo este lugar si quisiera.

Su amigo, que estaba claramente más borracho que él, me saludó con un poco de desagrado.

—Te hice una pregunta —insistí, y acerqué a Nastasia un poco más a mi lado. Ella no se resistió, en vez de eso, cayó en mí apoyando una mano en mi pecho. El calor de su palma era una distracción enloquecedora y salvaje—. ¿Le dijiste a mi chica que empezara a tomar pastillas para adelgazar?

—¿Qué? No. En realidad no. Quiero decir... Pensé que la estaba ayudando y todo eso y...

—No, no lo haces. Vete a la mierda.

Me parpadeó y su amigo se enderezó.

Ya había estado allí antes, atrapado en medio de dos imbéciles completamente descerebrados que creían que su sabiduría, o su falta de ella, necesitaba ser difundida por todo el mundo, sobre todo a las mujeres. Una mujer como Nastasia Harrison no necesitaba el consejo de dos idiotas como esos. Lo que necesitaba era un medio de huida.

—¿Por qué sigues aquí de pie con tus bolas en las manos? Lárgate de mi club —grité.

—No es tuyo —las palabras del primer hombre se mezclaban y sus ojos estaban enrojecidos.

Le mostré una sonrisa confiada.

—Bien podría poseerlo. Si el dueño se entera de que dos de sus clientes le están haciendo pasar un mal rato a la mujer de Erick Thompson, ¿qué crees que hará? Suena como una prohibición de por vida para mí.

Tweedledee y Tweedledum compartieron una mirada ansiosa antes de concluir que no podían contra mí. Antes de escabullirse, el del traje gris le echó una mirada anhelante a la alta gacela de mujer con vestido rojo de tubo. Ella movió sus dedos en forma de despedida.

—No necesitaba que me salvaran —declaró Nastasia.

La miré.

—Por supuesto que no lo necesitabas. No era mi intención cuando me acerqué a ti.

Me miró expectante.

—¿Y cuál era tu intención? Si se puede saber.

Me reí entre dientes.

—Invitarte a ir por pizza.

Capítulo Doce Anastasia

¿Pizza? ¿Con Erick Thompson? ¡Dios mío, sálvame!

Me liberé del peso de su brazo y me uní a Kim quien me miraba fijamente con una sonrisa desproporcionada que me desafiaba a cambiar de opinión y aceptar su oferta. Baje mi tono voz para que sólo ella pudiera oírme.

—No me mires así. No voy a dejar que me saque de aquí después de pretender ser mi superhéroe. Es estúpido.

—No es estúpido. Es encantador. Deberías ir con él. Vi a una pareja en el segundo nivel cuya boda planeé el año pasado. Me encantaría ir a saludar. Y procura agradecerle a tu Romeo por una rebanada de pizza.

Hice una mueca.

Erick de repente se paró a mi lado.

—Vamos, Nastasia. ¿Qué dices? Sólo será una rebanada.

¿Qué clase de castigo cruel era eso? ¿Había hecho algo en una vida anterior que ahora estaba expiando?

—Bien. Tú invitas.

—Obviamente.

Le dije a Kim que estuviera pendiente de su teléfono y que me pondría en contacto con ella en media hora, más o menos. Ella accedió y nos hizo señas para que nos fuéramos cuando se dirigía a las escaleras para encontrarse con la pareja. La vi irse por un minuto. Los ojos de los hombres que pasaba se deslizaban hacia ella mientras caminaba. La miraban de arriba a abajo, apreciando todas sus líneas delgadas, sus fuertes músculos y su piel bronceada. Era una diosa, si es que alguna vez la hubo, y a veces, sentía que era una maldición tener una mejor amiga tan hermosa.

Pero era tan hermosa por dentro como por fuera, así que era difícil odiarla por ser tan malditamente atractiva.

—¿Vamos? —Erick me dio un suave codazo.

—Sí. Guíame.

Sorbí el resto de mi bebida para tener valor líquido y lo seguí. Me ofreció su mano y consideré rechazarla, pero este era el Sr. Sin Nombre. Este era el hombre por el que había estado babeando durante meses sin haberlo visto nunca en persona, y me había rescatado sin ayuda del mayor par de machistas misóginos con los que me había topado en un tiempo.

Deslicé mi mano en la suya. Su palma estaba caliente y cerró suavemente sus dedos alrededor de la mía. No tenía que empujar a través de la multitud. Ellos naturalmente se separaban a su paso. Me preocupaba que las chicas me estuvieran juzgando. Probablemente asumían que yo era su hermana o su prima o algo así. No había forma de que una chica como yo se fuera de un club con Erick Thompson.

Mantuve la cabeza baja hasta que salimos a la acera. La noche estaba fría, y por primera vez desde que me puse mi vestido de terciopelo negro, estaba agradecida por ello. La tela era más cálida que cualquier otro vestido que tuviera. Erick se quitó su blazer color carbón perfectamente ajustado, y cubrió mis hombros como una capa.

—Oh. Estoy bien.

—Claro que sí —me ofreció su brazo.

Deslicé el mío en el pliegue de su codo y nos paseamos por la acera, pasando por debajo de los brillantes letreros de neón que prácticamente rogaban a los clientes que fueran a su club nocturno en lugar de a Caprizee, que seguía siendo el punto de moda después mucho tiempo y estaba causando una tensión en todos los demás lugares. Los artistas callejeros rasgueaban

guitarras en las esquinas con el acompañamiento de uno o dos cantantes y alguien que tocaba una armónica. Por alguna razón, la armónica siempre era tocada por un hombre mayor con barba.

¿Cuál era el trato con eso?

Sólo caminamos unas cuatro manzanas por la calle antes de entrar en una pizzería de 24 horas. El negocio tenía más de veinticinco años y nunca había cambiado de local. Todavía tenía el piso original de linóleo blanco y negro y mostradores de aluminio pulido. Había fotos firmadas de celebridades en las paredes que iban a comer allí a altas horas de la noche después de participar en la vibrante vida nocturna de Nashville. La mayoría eran estrellas de la música country, otros eran actores o atletas profesionales. La firma de mi hermano estaba en una foto de él haciendo un touchdown en un partido de los Seahawks hace dos años. Me hizo sonreír.

Erick ordenó una pizza grande con todos los ingredientes. Me miró antes de entregar un fajo de dinero al hombre detrás del mostrador.

—¿Estás bien con eso? ¿Pimientos, cebollas, todo?

Asentí.

Agarró los vasos de bebida, y fuimos al dispensador de refrescos. Por suerte para mí, tenían Mountain Dew. Fui a poner mi vaso debajo y me congelé.

Si Erick tuvo alguna vez la sospecha de que yo era la Annie del programa de radio, beber Mountain Dew como si fuera agua podría que lo alertara. A regañadientes, moví mi vaso bajo la boquilla del Sprite y la llené. Luego encontramos una mesa cerca de la ventana donde podíamos ver a los borrachos saliendo de los clubes y tropezando por las aceras.

Nuestra pizza salió y fue puesta en la mesa entre nosotros. Erick abrió la caja y el vapor se elevó en estelas rizadas antes de evaporarse, mi boca se inundó de saliva mientras el rico olor a queso se precipitaba sobre mí. Erick liberó un trozo y lo llevó a su boca, equilibrando el peso de la rebanada con una mano bajo la corteza.

—¡Espera! —le advertí, levantando una mano, pero ya era demasiado tarde, ya había dado una mordida.

—¡Mierda! ¡Oh, mierda! —dejó caer la rebanada y se abanicó la boca, escupiendo rápidamente el bocado que acababa de tomar sobre la mesa. Se tragó la mitad de su refresco mientras le lagrimeaban los ojos. Cuando subió a buscar aire, hizo un gesto de dolor y pasó la lengua por el paladar—. Maldición.

Hice una mueca.

—No eres la herramienta más afilada del cobertizo, ¿verdad?

Tiró de la caja hacia él.

—No hay pizza para ti —sonrió.

Me reí. No me sentía como si estuviera sentada frente a un multimillonario. Claro, tenía la apariencia de alguien con mucho dinero, con su ropa, su piel perfecta, un corte de cabello fresco y unos gemelos caros, pero no se comportaba como tal. De hecho, su comportamiento era totalmente opuesto.

Con una mandíbula apretada y una visible decepción en la caída de sus hombros, Erick cerró la caja de la pizza y la empujó para poder apoyar sus codos en la mesa e inclinarse más cerca de mí.

—Distráeme de mi lengua ardiente, por favor.

—Umm.

Suspiró.

—Lamento lo de esos idiotas en el club.

—Oh. No te preocupes. Estoy acostumbrada a eso.

Se sentó un poco más recto y me frunció el ceño.

—¿Acostumbrada? ¿Eso te pasa a menudo?

Deseaba poder tragarme la lengua. No debería haber dicho eso. No quería tener una conversación vulnerable con él. Agité una mano despectivamente.

—No, no tan a menudo. Sólo de vez en cuando. Especialmente si salgo con Kim. Ella es muy llamativa.

—¿La del vestido rojo?

—La única e irrepetible.

—Estaba en el tercer piso mirando hacia abajo y no me di cuenta de Kim. Me fijé en ti.

De repente, sentí como mis mejillas empezaban a arder. ¿Realmente me estaba sonrojando por una frase de reparto como esa?

—Me siento halagada, pero no me vas a engañar. Todo el mundo se fija en Kim.

Sus ojos se movieron entre los míos como si estuviera leyendo la página de un libro.

—Eres una chica curiosa, Nastasia.

—¿Cómo es eso?

—No tienes ni puta idea de lo hermosa que eres.

Era hora de irme. Debí haber visto lo que significaba todo esto en cuanto entró para salvarme en el club. Era solo una elaborada estrategia, incluso se aseguró de alimentar a la gordita antes de llevarla a casa. El Sr. Sin Nombre no era el caballero que siempre había imaginado en mi cabeza.

Me puse de pie, me quité su chaqueta y la sostuve frente a él.

—Ten. Disfruta de la pizza. Debo irme.

—¿Qué?

—Me voy. No me interesa... ser parte de lo que sea que quieras lograr con esto.

Él también se puso de pie, haciendo chirriar las patas de su silla contra el linóleo.

—Espera. ¿Qué supones que va a ser esto? Sólo quería comer pizza contigo y conocerte. Anastasia, soy el mejor amigo de Chris. No voy a tratarte como una... —se cortó, buscando la palabra correcta cuando no la había.

—¿Como qué?

Se mordió el labio.

Mis rodillas amenazaron con ceder ante mí. Y eso sería un espectáculo. Tenía que ahorrarme la humillación.

Se frotó la nuca. El gesto fue tímido. Casi inseguro. Entonces finalmente se encontró con mis ojos.

—No te estoy tratando como una conquista. Quiero conocerte de verdad. Por favor. No te vayas —Erick suspiró—. O al menos déjame acompañarte de vuelta con tu amiga. Chris me mataría si se entera de que te dejé sola en una calle como esta a la una de la mañana.

Debí haberme ido. Lo sabía entonces y lo sabría después. Pero no lo hice.

Me senté nuevamente, abrí la caja de la pizza y tomé una rebanada. El queso era celestial, los jalapeños un perfecto ponche de especias, los pimientos un pop de dulzura. Saboreé el bocado y vi a Erick sentarse, con una sonrisa que era arrogante y vergonzosa al mismo tiempo. Tomó un trozo y comimos en silencio juntos, viendo a las chicas borrachas con zapatos de seis pulgadas caminar como jirafas recién nacidas por la acera. Se apoyaban en los hombros de la otra, aparentemente sin tener en cuenta el hecho de que ninguna de ellas era más firme en sus pies que la otra.

Erick hizo un gesto de dolor cuando una chica se enredó con sus mismas piernas, perdió el equilibrio y aterrizó en el suelo arrastrando con ella a su amiga.

—Nunca entendí cómo las chicas podían andar por ahí con esas malditas cosas.

Levanté mi pie, mostrando mis no tan sexys tacones de abuelita.

—Las inteligentes juegan a lo seguro. La ascensión vertical y el alcohol no son una buena mezcla.

Se rio.

—Ascensión vertical, ¿eh?

—Sip.

Erick lamió la grasa de la pizza de sus dedos. Condené cada uno de esos dedos y la forma en que sus labios se fruncieron alrededor de ellos. Tuve que soportarlo diez veces más. Para cuando se limpió las manos en su servilleta, mis bragas necesitaban una toallita.

—¿Puedo preguntarte algo personal, Nastasia?

—Puedes preguntar. No significa que vaya a responder.

Su blanca sonrisa iluminó la pizzería cuando más clientes entraron y se pararon frente al mostrador para pedir rebanadas individuales de la exhibición. No escatimó a ninguna de ellas en sus cortos vestidos con sus largas piernas. En cambio, se mantuvo concentrado en mí.

—¿Cómo es que estás soltera? En realidad... Quiero saberlo.

Había una docena de respuestas honestas que podría haberle dado.

Soy gorda.

No tengo experiencia.

Soy gorda.

Soy tímida.

Soy gorda.

Tenía el presentimiento de que me rechazaría si decía alguna de esas cosas. Así que tomé mi bebida para ganar un segundo y ordenar mis pensamientos. Luego le ofrecí lo que esperaba que fuera una sonrisa fácil.

—No lo sé. Quizás los hombres no encuentran mis opiniones tan encantadoras como yo.

—Mentira.

Me encogí de hombros.

—No sé qué decirte. Las citas no han sido una prioridad para mí. Estoy centrada en otras cosas.

—¿Cómo qué?

Maldición. Decirle que estaba concentrada en el trabajo no era una opción. Sabía que trabajaba en una tienda de vestidos. Mi carrera se centraba en mi alter ego, Annie, no en la venta de vestidos en los que no cabía. Podía decirle que mi atención estaba centrada en mi salud, pero no habría sido capaz de decir las palabras sin reírme de mi mentira descarada.

Tal vez podría decirle que estaba demasiado ocupada clasificando toda mi mierda con mi psiquiatra hasta la fecha. No. Tampoco era una opción.

Así que me decidí por la única cosita que había estado rondando en el fondo de mi mente como una nube oscura durante las últimas cuatro semanas.

—He estado preparando la reunión de diez años de instituto.

Capítulo Trece Erick

—¿Diez años? ¿Realmente ha pasado tanto tiempo desde escuela secundaria? Si no me sentía ya como un viejo, ahora sí —ella era cuatro años más joven que yo. Era brillante y llena de juventud. Tal vez era por la permanente sonrisa en sus mejillas o la firmeza de su piel. De cualquier manera, me sentía afortunado de su compañía—. ¿Cuándo es?

—A finales de octubre.

Sólo faltaban dos semanas para eso.

—¿No se supone que estas cosas son en junio? ¿Sabes? El fin del año escolar.

—Sí. Normalmente. Pero cuando es organizado por la reina, que se va de viaje a España en junio, haces sacrificios —abrió la caja de la pizza y tomó otra porción.

—Bien. Naturalmente. ¿Cómo se llama?

—Brittney White.

—¿Por qué siempre es una Brittney?

Nastasia se rio y se cubrió la boca con una mano.

—¿Verdad? Siempre es una Brittney —sonrió ampliamente en respuesta y yo me di el gusto de comer otro trozo de pizza.

—No puedo evitar detectar notas de recelo. ¿No tienes ganas de ver a todos con los que fuiste a la escuela?

Miró hacia la mesa, tomó un jalapeño de su pizza y se lo metió en la boca. Su lengua era un manjar picante en ese momento. Resistí el impulso de tirar de la entrepierna de mis pantalones mientras ella dejaba salir un suspiro cansado.

—No lo sé. Quiero decir, puede que haya un puñado de gente que tenga curiosidad por ver. Sólo para saber dónde terminaron. Pero no tuve la mejor experiencia en la secundaria —sus grandes ojos marrones se acercaron a los míos y casi me pierdo contando cada una de sus pestañas. Eran dramáticamente largas y pobladas—. No todos podemos ser Erick Thompson.

Sentí que mis cejas se alzaron más de lo normal.

—¿Te hice pasar un mal momento en el instituto?

—No. Por supuesto que no. ¿Cómo podrías haberlo hecho? No sabías que yo existía.

—Sabía que existías.

—Pensaste que Chris y yo íbamos a diferentes escuelas hasta que me viste en tu graduación. Y aun así, no sumaste dos y dos hasta que el director Cavelli me felicitó por sobrevivir a mi primer año de secundaria con un hermano en su último año.

—Oh. Sí, cierto.

Recordé ese pequeño momento ahora que ella le había dado voz. Chris y yo estábamos en vestidos con las togas de graduación azul real y sombreros con borlas doradas. No podía contar cuántas fotografías nos habían hecho las chicas y los amigos de la familia. Los padres de Chris estaban especialmente emocionados por sacarnos todas las fotos que pudieran. No me sorprendería que una de las fotos de graduación en su chimenea también estuviera Nastasia.

Me sentí como un imbécil por olvidar.

—No serías la primera persona en señalar que fui un poco egoísta en la secundaria —admití.

Metí mi silla un poco mientras el grupo de chicas que ordenó las pizzas se puso en la mesa detrás de nosotros. Una de ellas murmuró un dulce agradecimiento y vi a Nastasia frunciendo el ceño antes de acomodar su largo cabello sobre sus hombros y dejarlo caer desde donde lo tenía escondido detrás de sus orejas.

—Eras un atleta de primera clase. Salías con las chicas más sexys de la escuela y hacías las mejores fiestas. ¿Cómo ibas a poder ver la realidad detrás todo ese brillo y deslumbramiento?

—¿Es sarcasmo lo que detecto? ¿O celos?

—¿Celos? —Nastasia sacudió su cabeza con una suave risa—. No. En ese momento, quizás llegué a envidiar tu estilo de vida. Nadie se burlaba nunca de los deportistas populares. Pero ahora, mirando hacia atrás, no cambiaría las cosas que tenía para ser más como tú —pestañeó y sus mejillas comenzaron a tomar un tono de rosa aún más brillante que el que ya tenían—. Lo siento. Eso fue increíblemente grosero de mi parte.

—En realidad no. Lo entiendo. Tienes una apreciación por lo que tuviste en tu vida mientras crecías. Y todavía lo tienes —tenía padres que la querían, y no creían que fuera su trabajo endurecer su personalidad para prepararla para el mundo real. Esa había sido la línea clásica de mi padre, hasta que Gigi se puso firme y dijo que estaba siendo demasiado duro conmigo. Demasiado mezquino y controlador. Había sido tan despectivo con ella como conmigo, por supuesto—. La vida de todo el mundo siempre parece diferente vista desde otro ángulo.

—¿Incluyendo al infame Erick Thompson?

—Si vuelves a referirte a mí por mi nombre completo, tendré que darte una lección.

—Oh, por favor.

—Pruébame —sonreí.

No lo hizo. Al contrario, cambió de tema.

—De todos modos, he estado considerando no ir a esta reunión. Quiero decir, realmente no tengo amigos que valga la pena ver. Kim estará allí, pero la veo todo el tiempo. No me importaría ver a un par de profesores. Tal vez algunos chicos del equipo de debate. Pero aparte de eso...

—¿Estuviste en el equipo de debate?

—Sí.

Qué lindo. Cada pequeña cosa que descubría sobre ella la hacía aún más interesante. La miraba con curiosidad mientras las chicas detrás de mí se reían a carcajadas. Una de ellas se echó hacia atrás, golpeando el respaldo de su silla con la mía. Me acerqué a la mesa y apoyé mis codos en la brillante superficie de aluminio.

—Creo que deberías ir a tu reunión.

—Creo que deberías reconsiderar el decirme qué hacer.

Descarada, sexy y linda, todo a la vez. ¿Quién era esta chica, y cómo demonios se las arregló Chris para esconderla de mí durante tanto tiempo?

Me reí entre dientes.

—Lo digo en serio. Me perdí la mía y me arrepiento en grande. No tengo muchos amigos de esa época de mi vida, independientemente de cómo te haya parecido ser cuando estábamos en el instituto. No me sentí obligado a volver y socializar con ninguno de ellos. Pero creo que me lo perdí.

Ella resopló.

—Me vas a hacer llorar.

—¿Perdón?

Nastasia puso los ojos en blanco y se inclinó hacia adelante para imitar mi posición con los codos sobre la mesa. Hice un valiente esfuerzo por no mirar su escote, que susurraba mi nombre en un canto de sirena.

—Perdóname, Erick. Volver a ver a tu grupo de amigos idiotas es completamente diferente a que yo vuelva a sumergirme en un mundo donde todo el mundo me conocía como la hermana pequeña y gorda de Chris Harrison.

Hice una mueca.

Nastasia continuó.

—Sé que crees que me estás haciendo un favor. Pero no tengo ningún interés en aparecer en el mismo lugar donde estaba cuando me gradué. Mucho menos cuando sigo soltera, gorda y sin perspectivas de carrera significativas en el horizonte.

—Eres demasiado dura contigo misma.

—¿Te parece que lo soy? —ella desafió.

Había un borde oscuro en su voz que no había escuchado antes. Las cosas que decía todavía pesaban mucho en su corazón. Podía oír el dolor tan claramente como lo veía en sus ojos.

Y quería borrarlo.

—¿Y si cambias el juego y vuelves a tu propio camino?

Ella suspiró.

—¿Qué diablos significa eso?

—Bueno, si pudieras aparecer bajo cualquier condición, ¿cuáles serían?

Me miró pensativa, y me gustó lo mucho que se centró en mí. Tal vez por primera vez, no había dicho algo estúpido que la hiciera enojar.

Ella frunció los labios.

—¿Alguna condición?

—Ninguna.

—Supongo que me gustaría llegar con un hermoso vestido, en un bonito auto, y con un hombre en mi brazo.

—¿Un novio?

—Un esposo sería lo ideal. O prometido.

Asentí.

—Hagamos eso entonces.

—¿Qué?

Sonreí y me incliné hacia atrás en mi asiento, entrelazando mis manos detrás de mi cabeza. La chica sentada en la silla detrás de mí fue forzada a echarse hacia adelante. Escuché a sus amigas murmurando en voz baja pero las ignoré.

—Vamos a tu reunión juntos. Como una pareja recién comprometida. Considéralo mi manera de compensarte por haberte pasado por alto en el instituto.

—No me debes nada.

Esta chica era una tormenta de su propio caos. ¿Por qué diablos me gustaba tanto?

—Sé que no. Y no estoy haciendo esto como un caso de caridad —dejé caer mis brazos y los crucé sobre mi pecho—. Vamos. ¿Qué dices? Si un prometido te da la confianza para entrar en tu reunión y mostrarles a esos payasos quién eres ahora, deberías ir por ello.

Nastasia me miró como si tuviera un arma cargada. Parecía una tormenta de caos con problemas de confianza. ¿Qué podría decir para convencerla? ¿Cómo podría hacerla cambiar de opinión?

Se mordió con insistencia el labio inferior.

—¿Puedo pensar en ello?

—Seguro.

—Tendría que haber algunas condiciones.

—Naturalmente.

—Uno de los cuales es Chris.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

—No le puedo ocultar esto.

Me encogí de hombros.

—Desde donde estoy sentado, no hay nada que ocultarle. Estamos jugando a hacer creer, ¿no?
¿Era eso manipulador? Tal vez un poco. Pero sabía que su hermano acabaría con esto antes de que tuviera la oportunidad de conocerla, y en ese momento ella estaba tan cerca que casi podía saborear esos malditos jalapeños en su lengua.

Hizo un suave gruñido que hizo que me doliera el pene furiosamente. Luego asintió.

—Está bien. Esto podría funcionar. Tendríamos que conocernos, por si alguien nos pregunta sobre nuestro compromiso.

—¿Alguna sugerencia?

—Sí. Tendremos que pasar más tiempo juntos. ¿Crees que puedes manejar eso?

¿Manejarlo? La dulce chica no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo.

—Nena, puedo manejarlo. No te preocupes.

—Soy mucha mujer, para que lo tengas en cuenta.

—Y yo tengo manos grandes.

Sus mejillas se enrojecieron y dejó caer su mirada tímidamente. Mi falsa prometida tenía la sonrisa más linda, y todos en esa reunión creerían que estábamos juntos si lograba hacer lo que tanto anhelaba, sólo por una vez. Eso era todo lo que necesitaba.

Nastasia Harrison sería mía.

Al menos durante las próximas dos semanas.

Su teléfono sonó y lo sacó de su bolso para responder rápidamente a un mensaje de su amiga, Kim. Me ofreció una disculpa mientras sus pulgares trabajaban en el teclado de su teléfono.

—Lo siento. Kim me está rogando que vuelva para que podamos bailar juntas.

—Déjame acompañarte.

Nastasia aceptó que la acompañara al club. El portero se hizo a un lado para dejarla entrar cuando le hice una seña, y ella se quedó suspendida, esperando que yo la siguiera con una sonrisa expectante.

—¿Vas a entrar?

Deslicé mis manos en los bolsillos de mis pantalones.

—No, adelante. Saliste para pasar la noche con Kim. Tú y yo nos pondremos en contacto más tarde en la semana para conocernos mejor. Te llamaré.

Eché un vistazo a las puertas delanteras y luego volvió a mí. Puede que me haya equivocado, pero parecía un poco desgarrada.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Me di media vuelta.

—Por supuesto. No soy el tipo de prometido que no deja que su mujer disfrute de una noche con sus chicas.

Para mi deleite, echó la cabeza hacia atrás y se rio. Fue fácilmente la mejor parte de la noche, y le mostré una sonrisa antes de girar y caminar por la acera hacia mi auto, que había estado estacionado afuera desde que llegué.

Resistir el impulso de mirar por encima de mi hombro y ver si todavía estaba de pie en la puerta, era una hazaña casi imposible. Pero me las arreglé.

Capítulo Catorce

Anastasia

La tienda de vestidos abría a las nueve y media todas las mañanas, excepto los domingos, que abrían a las once, aunque sin importar eso, tenía la costumbre de llegar media hora antes de abrir. Eran las nueve en punto del martes, y después de aparcar en el estacionamiento, luché para sacar mi café con leche de almendras y vainilla, mi bolso y mi bolsa de almuerzo del auto, sin derramar nada. Cerré la puerta con la cadera y cuando intenté acomodar la posición de mi bolso este vomitó lápices labiales, monedas sueltas, envoltorios de dulces, dos tampones, un espejo compacto, mi teléfono y cuatro caramelos de menta de restaurante sobre el asfalto.

—Maldición.

Agazapada, recogí todo y lo metí de nuevo a mi bolso, diciéndome en silencio que estuviera pendiente de cerrar la cremallera a partir de ahora. No era la primera vez que hacía un desastre en el aparcamiento de la tienda. Probablemente tampoco sería la última. No era la persona más agraciada, y ciertamente no era tan organizada. Mientras me enderezaba, mi café se derramó de la taza y salpicó justo en la parte delantera de mi blusa blanca.

Eché la cabeza hacia atrás y me quejé. Ese no sería mi mejor día.

Caminé a lo largo de mi auto y la acera y me detuve en la puerta de la tienda de vestidos para balancear mi café mientras sacaba mis llaves. Abrí la puerta y entré a empujones antes de dejar todo en el mostrador de ventas y correr a apagar la alarma, cerrar la puerta y encender un juego de luces. Pero por primera vez preferí pasar la media hora antes abrir la tienda en la oscuridad. Me tomé el tiempo de sorber mi café, barrer los pisos, encender el ordenador, y asegurarme de que toda la ropa en exposición en las mesas estuviera bien doblada. Me abrí paso a través de los estantes y me aseguré de que todo estuviera orientado hacia la parte delantera de la tienda, según la solicitud de mi gerente con TOC. Aunque no podía negar que hacía que todo se viera mejor.

Luego busqué desesperadamente algo que pudiera ponerme porque no había manera de que pudiera trabajar todo el día con una mancha de café gigante en el pecho, que se extendiera de pezón a pezón como una teta gigante.

Los jeans que llevaba eran de cintura alta, como todos los que usaba, por razones obvias. Todo lo que necesitaba era una camisa lo suficientemente grande donde cupieran mis tetas. Si era demasiado corta, no importaba porque podía meterla por dentro. Revisé estante tras estante hasta que encontré una blusa con estampado floral. Era una tela blanca sedosa con grandes hojas de palma verde y bonitas flores tropicales rosadas. Entré en el vestuario y me la puse.

Encajaba. No era genial, pero encajaba, y para mí, eso contaba como una victoria.

Miré mi reflejo en el espejo del probador. Tenía que abrir la tienda en cuatro minutos. La camisa se pegaba un poco a las tetas, mostraba mi barriga y el rollo de grasa bajo la tira de mi sostén en la espalda y mis lados. Parecía que no levantaría los brazos hoy si pudiera evitarlo.

O podría tratar de encontrar un cárdigan, lo arreglan todo.

¿Teniendo un día gordo? Un cárdigan lo soluciona.

¿No quieres mostrar tus brazos? Un cárdigan lo soluciona.

¿Perpetuamente soltera y desesperada por amor?

De acuerdo, bueno, un cárdigan no podría arreglar eso. Pero tampoco podría cualquier otra cosa que hubiera intentado.

Con un fuerte suspiro, dejé el probador y fui a encender el resto de las luces de la tienda. Abrí la puerta y arrastré el cartel a la acera. Luego encendí una vela de color rosa en el mostrador que olía ligeramente a lilas y a lo que imaginaba que los diamantes olían si producían un aroma.

Entonces me tomé mi tiempo hasta que los compradores comenzaron a hacer su aparición, lo que nunca sucedía hasta después de las diez y media, una vez que habían tomado su café de la mañana o sus citas para el desayuno. Incluso entonces, no estábamos especialmente ocupados los días de semana. Teníamos un montón de pedidos especiales y ese tipo de cosas, pero no venía mucha gente a curiosear, así que el tiempo pasaba muy lentamente.

Y cuando el tiempo pasaba tan lentamente, era imposible que mi mente no diera vueltas y cayera en espiral por la madriguera de conejo de la que había intentado alejarme los últimos tres días: Erick Thompson.

Dijo que me llamaría después de intercambiar los números cuando me dejó fuera de Caprizee el viernes por la noche. Ya era martes y no había oído ni una palabra de él. Empezaba a preguntarme si se arrepintió de su decisión de llevarme a la reunión.

Tal vez había tomado más bebidas esa noche de lo que yo pensaba. Tal vez se había olvidado por completo. Eso parecía lo más probable. No era la chica más memorable. ¿Kim, por otro lado? Ella era la definición de memorable en su sexy vestido rojo.

Suspiré y vi la llama de la vela parpadear y bailar como bailarina. No estaba segura de cuánto tiempo miré esa llama, pero me salí de mi ensueño cuando mi estómago empezó a gruñir. Nadie había puesto un pie en la tienda en toda la mañana, así que saqué mi bolsa de almuerzo que guardé en un cubículo bajo el mostrador de ventas y la abrí. Había dos donas en un Tupperware sellado y una botella de Mountain Dew que estaba helada en el congelador del fondo de mi bolsa.

Le torcí la tapa. Dejó escapar un suave chasquido antes de que la carbonatación silbara y se esfumara. Sorbí agradecida antes de morder la primera rosquilla, un manjar de chocolate cubierto de glaseado dulce. Me lamí los dedos antes de pasar a la segunda, un delicioso manjar empolvado que me ayudó a ahogar todas mis preocupaciones sobre el olvido de Erick de nuestra noche juntos.

La campana sobre la puerta sonó.

Dos mujeres entraron en la tienda mientras me metía un bocado de rosquilla en mi boca. Tenían entre cuarenta y cincuenta años, según mis cálculos, y cada una llevaba bolsas de marca en las manos. Tenían las uñas largas perfectamente cuidadas. Una llevaba un llamativo color rojo de auto deportivo mientras que la otra tenía un simple tono blanco brillante. Cada una llevaba gafas de sol que probablemente costaban más de lo que gané en mis últimos seis meses de sueldo en la tienda de vestidos, e inclinaban sus cabezas juntas, riéndose suavemente de un chiste que una de ellas debió contar cuando todavía estaban fuera.

—Hola —saludé alegremente.

Ninguna de ellas se molestó en mirarme. Continuaron riéndose de su broma interior mientras la puerta se cerraba detrás de ellas. Luego su atención se dirigió a los estantes y mesas de exhibición, y comenzaron a abrirse paso a través de la mercancía.

Me apresuré a buscar una servilleta en mi bolsa de almuerzo. Estaba segura de que tenía azúcar en polvo en los labios, o en la barbilla, o la nariz, o en todas partes. No había logrado encontrarla antes de que una de las mujeres me echara un vistazo. Tenía rasgos de pájaro, toda afilada y pellizcada, haciéndola parecer casi depredadora.

—¿Apagarías esa vela? —preguntó—. Tengo una nariz muy sensible.

—Oh. Por supuesto —me apresuré a soplar la vela y rápidamente la cubrí con la tapa para eliminar los vapores—. Lo siento. Puedo abrir algunas ventanas mientras compra para...

—No te molestes. Hace mucho frío ahí fuera. No debiste encenderla en primer lugar. Es muy desconsiderado.

—Política de la tienda.

Esas fueron las únicas palabras que pude manejar que no fuera “vete a la mierda, estirada”.

Arqueó una ceja perfectamente depilada que yo estaba segura que había sido teñida de un tono marrón más oscuro para cubrir algunos grises.

—¿Perdón?

—Mi gerente insiste en encender velas de temporada para crear ambiente y un sentido de hogar para nuestros compradores.

La media docena de brazaletes de oro y plata en su muñeca tintinearón cuando levantó la mano para quitarse las gafas de sol. Se acercó al mostrador y su amiga la siguió.

—¿Su gerente también insiste en que se ponga a la defensiva con la clientela adinerada?

—¿Qué? —sentí que mis ojos se estrechaban. ¿Quién se creía que era esta perra? No me pagaban lo suficiente para soportar una mierda como esta. Y mi día ya no iba tan bien—. No, no lo hice.

Arqueó sus cejas, lo que me sorprendió que pudiera hacer. De cerca, era muy obvio que era una ávida partidaria del Botox.

Su amiga se acercó a su lado y golpeó con una uña blanca en el mostrador.

—¿Cómo te llamas, chica? —preguntó.

Me paré firme antes de responder.

—Anastasia.

Sabía muy bien que iban a llamar al gerente para quejarse de mí. Realmente no me importaba. Podían llamar y quejarse todo lo que quisieran.

—¿Y cuál es el número de teléfono del gerente?

—No puedo darte esa información.

—¿Y por qué no? —ladró.

—Porque va en contra de la política y los procedimientos de seguridad. Puedes llamar a la tienda. El gerente vendrá mañana.

—¿Cuál es el número de teléfono de la tienda?

—Búscalo en Google.

—¿Perdón?

—Te confundes mucho, ¿no? —le pregunté.

La estaba presionando. Lo sabía. Pero le gustaba más a mi gerente que el resto de las empleadas. Sabía que yo era una buena trabajadora, y también sabía que yo tenía poca tolerancia con gente imbécil como estas mujeres.

Hizo un chasquido con la lengua antes de levantar la barbilla en el aire como un regio pájaro de presa. Como un pavo.

—Tendrá noticias mías sobre tu funesto servicio.

—Me parece bien.

—Y por cierto —se detuvo para ofrecerme una sonrisa asquerosamente dulce y dio un golpecito en la comisura de su boca—, tienes azúcar por toda la cara. No es de extrañar, a juzgar tu lamentable aspecto. Vamos, Lesley. Salgamos de este triste intento de tienda.

Las dos mujeres se marcharon, dejándome en la estela de los comentarios sobre mi peso. La parte más exasperante de todo el asunto era cuánta razón tenía. Las rosquillas y Mountain Dew fueron mi salvación y mi peor enemigo al mismo tiempo. Pero en días como así, cuando el mundo me daba la espalda y era acosada por mujeres que no tenían nada que hacer con su tiempo o su dinero más que cagar a la gente “inferiores a ellas”, eran las únicas cosas que me hacían sentir mejor.

Desterré la opresión en la parte posterior de mi garganta bebiendo mi refresco con avidez, y

llené el agujero de mi pecho con el resto de la rosquilla azucarada. Tan pronto como se fue, deseé tener otra.

O seis más.

Capítulo Quince Anastasia

Mi turno en la tienda de vestidos terminó a la hora de cerrar. Salí por la puerta justo después de las seis. Mis manos ahora iban vacías, no tenía que hacer equilibrio para sostener mis cosas, y pude abrir mi auto sin derramar nada sobre mí. Me deslicé en el asiento del conductor y encendí la radio para ahogar el estrés de mi día. Pasó un tiempo hasta que la calefacción comenzó a funcionar en mi pequeño auto de quince años, pero una vez que el calor comenzó a fluir, salí del estacionamiento y apunté mi auto en dirección a la estación de radio para mi turno de la noche.

Paré en un autocine para cenar de camino. Opté por una ensalada y aderezos bajos en calorías. Pedí, pagué y vi la decepcionante comida a mi lado durante el resto del camino.

Entrar en la estación era una experiencia diferente a la de entrar en la tienda para empezar mi turno. Los pasillos estaban llenos de empleados e internos con tarjetas de identificación colgadas al cuello, corriendo de puerta en puerta, asegurándose de que todos estaban en camino de salir al aire en otros estudios de grabación.

Entré a la oficina y encontré a mi gerente de radio, Doug, sentado en su escritorio sorbiendo una taza de té verde humeante. Como yo, solía ser un gran bebedor de soda, pero después de un susto de ataque al corazón hace unos ocho meses, había cambiado a té verde sin cafeína y agua con limón.

Miró desde su teléfono cuando entré.

—Hola, Annie. ¿Qué tal el fin de semana?

No emitíamos el programa los fines de semana, y Doug no trabajaba los lunes por la noche, así que no lo había visto desde nuestro último programa del viernes.

—Estuvo bueno. Kim me arrastró al Caprizee y aún estoy viva para contarlo, así que lo consideraría una victoria.

Doug resopló.

—Caprizee, ¿eh? No creí que ese fuera tu lugar.

—No lo es —metí mi bolso debajo de su escritorio y levanté una silla hasta un borde, donde me senté a comer mi ensalada.

Doug vio cómo el tenedor pasaba del recipiente de plástico a mi boca, y frunció el ceño.

—¿Qué demonios estás comiendo?

Parpadeé inocentemente viendo el recipiente.

—Ensalada.

La nariz de Doug se arrugó y sus gafas se movieron un cuarto de pulgada.

—Ya veo. ¿Estás a dieta o algo así?

—¿No puede una chica comer una comida sin que alguien especule?

—Lo siento —pero su mirada se quedó en mi comida—. Lo siento. Tienes razón. Eso fue grosero.

Sí, lo fue.

—Está bien. Tenía prisa por llegar aquí y quería cambiar las cosas, eso es todo.

Mi elección de la cena no tuvo nada que ver con las idiotas de mediana edad de la tienda. Nada en absoluto.

—¿Estarás lista para salir al aire en quince minutos?

—Por supuesto.

Estaba a la mitad de mi ensalada cuando mi asistente apareció. Gabby llevaba un lápiz metido en el moño, que yo estaba segura de que había olvidado que estaba ahí. Tenía esa forma habitual de estar agotada antes de cada show y garabateaba frenéticamente en su agenda cuando Doug aclaró su garganta para llamar su atención.

Miró hacia arriba.

Doug se rio.

—Trabajas demasiado duro.

—Alguien tiene que hacerlo por aquí —respondió—. Hola, Annie.

—Hola. ¿Cómo estás? —me metí más verduras, pepinos y pimientos en la boca y los mastiqué.

Gabby se encogió de hombros y continuó garabateando. De alguna manera, se las arreglaba para hablar y escribir al mismo tiempo.

—Estoy bien. Anoche me dejó plantada el tipo con el que estaba hablando en Bumble.

—Que se joda —repuse.

Ella suspiró.

—Fue tan vergonzoso.

—Lo siento. No te mereces eso —ella era un verdadero partido. Tenía mucho para ofrecer—. Me parece que esquivaste una bala y evitaste quedar atrapada en una cita con un idiota.

—Supongo.

Le di una sonrisa de labios apretados y volví a cerrar la tapa de mi ensalada. Sólo había llegado a la mitad. Doug me dejó ponerla en la mini nevera de la esquina de su oficina, que estaba llena de botellas de Mountain Dew. Tomé una, la llevé al estudio y me preparé para el show. Puse mi teléfono en silencio, probé los auriculares y la calidad de la retroalimentación con Doug, y me puse cómoda.

Tres minutos antes de tomar mi primera llamada, Gabby apareció con un plato de donas. Las miré mientras mi boca se llenaba de saliva.

No lo hagas. Sé fuerte. Puedes durar todo un espectáculo sin llenar tu cara con una rosquilla. Vamos, chica.

Empujé el plato a la esquina del escritorio y alejé mi silla para que estuvieran fuera de mi vista. La rosquilla rosa cubierta de salpicaduras de arco iris, sin embargo, se quedó en mi periferia. Doug me hizo una cuenta regresiva y el panel bailó con las luces rojas de mis llamantes en espera. Sentí un torrente de adrenalina al alcanzar el estuche de mis gafas que estaba al lado del plato. Lo abrí, me puse las gafas, y luego me puse los auriculares. Annie estaba en su casa.

La luz verde sobre la ventana que me separaba de mi gerente se encendió. Estábamos al aire.

—Hola, oyentes. Bienvenidos de nuevo al programa de Noche con Annie. Soy su anfitriona, Annie, pero ya lo sabían. Me alegro de estar aquí con ustedes esta noche. Este día no ha sido muy amable conmigo. Pero ayudar a algunos de ustedes con amor realmente lo cambiaría. Así que no perdamos más tiempo. Vamos a la primera llamada —presioné el primer botón rojo. La suave estática que indicaba que estaba en la línea con alguien llenó mi auricular—. Hola, llamador. ¿Cómo te llamas y cómo puedo ayudarte a curar tu corazón hoy?

Hubo un breve retraso, y luego una voz masculina llenó la línea.

—Hola, Annie. Vaya. No esperaba llegar a ti.

Podía oír el tráfico en el fondo. Estaba en su auto.

—¿Está usando un dispositivo de manos libres, señor?

—Sí.

—Bien. Continúa. Dime tu nombre.

—Preferiría no hacerlo, si está bien. No quiero que esto llegue a mi chica de ninguna manera.

—Respeto eso —subí los talones en el escritorio. Doug agitó los brazos sobre su cabeza en su oficina, tratando de decirme que los bajara. Le saqué la lengua—. ¿En qué puedo ayudarte esta

noche?

—Bueno, estoy teniendo algunos problemas de relación. Ya hace tiempo que los tengo.

—¿Cuánto tiempo es un tiempo, Sr. Anónimo?

—Alrededor de dos años. Mi chica y yo nos estamos poniendo muy serios. Hace tiempo que sé que ella es la persona con la que quiero casarme, y estoy casi seguro de que ella siente lo mismo por mí. Y estoy listo para llevar las cosas al siguiente nivel y proponerle matrimonio.

—¿Pero algo se interpone en tu camino?

—Sí. Es mi madre, Annie. Ella... ella no lo aprueba.

Vaya. No era una posición divertida para nadie. Pero maldición, era muy común el número de llamadas que recibía sobre madres autoritarias o, a veces peor, suegras, era casi asombroso. Las matriarcas de Nashville podían ser mujeres verdaderamente aterradoras.

—¿Tiene una buena razón para estar preocupada? —pregunté, ahora girando el cordón de mi auricular.

—No. En realidad no.

—¿Estás seguro? Puedes ser honesto conmigo, cariño. Es la única manera en que puedo ayudarte.

—Es difícil de decir en voz alta.

—Tómate tu tiempo.

A veces, el silencio y poner la pelota en el campo de juego era la única forma de romper el muro que tenían. No sabía a cuánta gente había pedido consejo sobre esta misma situación. Claramente, no había funcionado, y ahora, se dirigía a una completa desconocida en un programa de radio. Me encantaba ser esa extraña. No me gustaba la culpa paralizante que sentía por ser una mentirosa. Demasiada gente confía en una chica que no tiene una experiencia de vida relevante.

El hombre aclaró su garganta.

—Es... es realmente incómodo. Um... Mierda. No me esperaba esto.

Esperé. Doug agitó sus brazos de nuevo y yo le miré. Dijo las palabras “di algo” pero yo sacudí la cabeza. El Sr. Anónimo sólo necesitaba un poco de tiempo para poner sus pensamientos en orden. Y a veces, un poco de silencio en la radio atraía a la gente. Dejé que el peso de la misma se estirara hasta que mi interlocutor finalmente dio voz a sus pensamientos, que salieron de él en un solo suspiro.

—Ella cree que mi novia no es lo suficientemente buena para mí debido a su educación y raza. No le gusta la idea de que tenga... hijos mestizos.

Oh.

Doug se puso las manos en la cabeza. Este era un tema delicado, incluso para el programa de radio.

—Bueno —empecé lentamente, asegurándome de elegir mis palabras con cuidado y respeto—. Creo que es hora de que establezcas tus propios límites y expectativas. Si estás enamorado de tu novia y estás listo para los próximos pasos, entonces creo que deberías tomarlos. Pero deja claro a tu madre que su desaprobación es inaceptable. Especialmente por sus razones. ¿Crees que eso es algo que puedes hacer, Sr. Anónimo?

Dejó escapar un aliento tembloroso.

—No estoy seguro. No es una persona fácil de enfrentar.

Era la hora de la bomba de la verdad.

—Si no puedes enfrentarte a tu madre por esto, entonces tal vez no estés tan listo para estar comprometido con tu novia como dices.

—Lo estoy.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces necesitas tener esa conversación. Necesitas establecer el punto de lo que es aceptable y lo que no cuando se trata de tu relación romántica y de la mujer con la que deseas empezar una familia. También necesitas tomar en cuenta de que tu madre puede alejarse, y eso podría significar muchas cosas, incluyendo la pérdida de tu relación con ella.

—He pensado mucho en eso.

—Creo que sabes lo que tienes que hacer. Y realmente espero que todo salga muy bien. Estoy segura de que tu madre te quiere mucho, y cuando vea que no te dejas influenciar, espero que pueda cambiar su opinión y apoyarlos a ambos en el futuro.

—Gracias, Annie. Necesitaba esto. Yo... lo resolveré.

—Nos mantienes informados, ¿vale?

—Seguro.

La llamada terminó. Me recosté en mi asiento y me dirigí a mis oyentes.

—Bueno, esa fue una llamada de un tema muy difícil. Para cualquiera que esté experimentando la misma situación, mi corazón está con ustedes. Las expectativas y limitaciones de la familia pueden ser muy difíciles de manejar, especialmente cuando empiezan a tocar en tu vida amorosa. Pero sé fuerte como el Sr. Anónimo. Mantente firme. Creo en todos ustedes. Y siguiendo esa nota de positividad, aquí les dejo algunos anuncios.

Los anuncios comenzaron a rodar. Me quité los auriculares para mi descanso de dos minutos.

Nuestro nuevo interno, Ryan, el tipo que me insultó a mí y a mi peso cuando pensó que no estaba escuchando, intervino para controlarme.

—¿Necesitas algo, Annie?

—No. Estoy bien.

Su mirada se dirigió a las rosquillas. Entonces se adelantó y tomó una.

—Déjame salvarte de una de estas.

—Llévatelas todas. No las quiero.

Mentiras. Las quería. Quería aplastarme la cara contra el plato y lamer el glaseado de la cerámica. Quería sentir la masa aplastada entre mis dientes. Quería que el azúcar llenara el vacío en mi intestino que se había expandido como un agujero negro desde que las mujeres ricas me intimidaron en la tienda.

Pero quería que Ryan supiera que no era una esclava del azúcar.

Tomó el plato y me dejó en el estudio al final del minuto de descanso. En mis últimos treinta segundos de soledad me invadió un pensamiento: Erick probablemente no me había llamado porque se sentía exactamente igual que Ryan. Podría ser bonita si perdiera algo de peso. Si comiera menos. Si me importara un poco más mi cuerpo.

De repente deseé haber conservado las donas.

Capítulo Dieciséis Erick

Había tenido un día de mierda. A veces era así, pero hoy había alcanzado un nivel que puso a prueba cada nervio de mi cuerpo.

Primero, mi secretaria, que me había estado abandonando durante semanas, llamó para darme su renuncia. Corrección. Llamó a mi asistente porque tenía miedo de decírmelo en persona. Aparentemente, la chica no se dio cuenta de que “en persona” significaba en carne y hueso, no por teléfono. Clay me dio la noticia y pasó el resto de la tarde cubriendo frenéticamente las líneas telefónicas y ocupándose de sus tareas diarias habituales mientras intentaba preparar un anuncio de trabajo para el puesto vacante.

Después de eso, hice que un inversor se retirara. Su abrupta partida causó malestar a otros inversores que poseía mi compañía, y me pasé la última mitad de la tarde asegurándoles a todos que mi compañía no era, y nunca había sido, un riesgo comercial para ellos. El dinero continuó fluyendo hacia adentro, no hacia afuera, y los últimos cuatro años mostraron serios márgenes de crecimiento como ningún otro en mi industria. Yo era una potencia, y ellos lo sabían, y su repentina duda sobre mi capacidad para dirigir mi propia empresa me hizo perder la paciencia.

Me caí en la silla de mi oficina a las seis con cuarenta y cinco de la tarde. No tenía energías, estaba agotado física y mentalmente. Al principio del día, cuando las cosas empezaron a ir mal, consideré llamar a Nastasia y ver si quería tomar un trago y conocernos para el falso truco del prometido que habíamos planeado. Pero mientras el día seguía empeorando, me di cuenta de que no sería la mejor compañía para ella y que probablemente sería mejor evitarle toda mi carga negativa hasta que me despertara fresco y menos amargado mañana por la mañana.

Pero aun así, ella estaba en mi mente.

Lo había estado desde que la dejé fuera de Caprizee el fin de semana. Prácticamente podía oler su perfume cuando cerraba los ojos, coco y vainilla y algo un poco picante, tal vez canela. La imagen de sus perfectos labios rojos me había perseguido durante días.

—A la mierda. Debería llamarla. Ella cambiará mi estado de ánimo en segundos.

Saqué mi móvil del bolsillo justo cuando llamaron a mi puerta. Sorprendido de que alguien más estuviera allí aparte de mí, di el permiso para que entraran.

Era Clay. Asomé la cabeza en mi oficina como siempre lo hacía.

—Um, ¿Erick? —su tono sugería que algo más había salido mal. Puse mi celular de nuevo en mi bolsillo.

—¿Qué pasa?

—Tu madre está en la línea.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté.

—Ella no tiene mucho sentido, hombre. Creo que deberías tomar esta.

Si no estaba frustrado antes, lo estaba ahora.

—Gracias, Clay. Cierra la puerta al salir.

Se fue sin decir una palabra más. Clay era una de las únicas personas en la oficina que tenía conocimiento de mi relación con mi madre alcohólica. A veces, le gustaba llamar cuando abría su segunda botella de whisky para la noche, sólo para charlar. La bebida le hacía olvidar que ella y yo ya no teníamos una relación, y la dejaba deleitarse con su autoinducida neblina de ficción durante todo el tiempo que se lo permitía, que normalmente era una media hora más o menos.

Miré la luz que parpadeaba en el teléfono de mi oficina retándome a tomarla. Esto probablemente iba a ser una situación difícil.

Levanté el teléfono.

—¿Mamá?

La línea se llenó de respiración pesada y de hipo.

—James. ¿Dónde estás ahora mismo?

—En la oficina. Donde me llamaste.

—Vuelve a casa.

—No esta noche. Tengo mucho que hacer. Deberías darte una ducha e irte a la cama, mamá.

—No me digas lo que tengo que hacer.

Algunas de sus palabras fueron mal pronunciadas, mientras que otras fueron cortadas y abruptas. Habló con una cadencia tartamuda y rota que sugería que había bebido más de lo normal.

—¿Está papá en casa?

—¿Qué importa? —gritó al teléfono—. Incluso cuando está en casa, me ignora. Ven a casa, James. Necesito hablar contigo —hipó y luego eructó en la línea—. Te necesito.

Me pellizqué el puente de la nariz con el pulgar y el índice y masajé el punto de presión entre los ojos. Por supuesto, esto tenía que ocurrir hoy. No había tenido una mala noche como esta en meses. Pero la vida tenía una curiosa forma de unir tanta mierda en 24 horas como fuera posible.

—Estaré allí tan pronto como pueda.

Dejó escapar un sollozo de alivio.

—Gracias, James. Te haré un PB y un J. Siguen siendo tus favoritos, ¿verdad?

—Por favor, no lo hagas.



El camino de entrada a la casa estaba lleno de postes de luz de tres metros de altura. Habían estado allí desde que yo recuerdo. Aparqué en la entrada envolvente junto a la fuente de piedra que solía funcionar todo el año pero que ahora sólo funcionaba en los meses de primavera y verano. Era algo intrincado, con líneas de fluido y las elegantes pendientes que conducían el agua sobre la piedra en los riachuelos.

Salí del auto y me quedé mirando la casa. El porche envolvente estaba iluminado por las lámparas de exterior que mi madre había instalado cuando yo tenía unos diez años, para una fiesta elegante que mis padres estaban organizando. No podía recordar mucho de ese evento en particular, sólo que mis padres se habían peleado por la decoración y la selección de licores durante semanas antes de la misma y mi madre había hecho el inevitable ridículo a las dos horas de la fiesta cuando fue a darse un chapuzón en la fuente para refrescarse.

Las fotos fueron publicadas en las revistas durante semanas.

Con un suspiro, subí los escalones del porche hasta la puerta principal. A veces, tenía el impulso de llamar a la puerta en lugar de simplemente entrar. Aunque crecí allí, el lugar nunca se sintió como mi hogar.

Giré la manija y entré en el gran vestíbulo. Me quité la chaqueta y la dejé en el perchero a mi derecha.

—¿Hola?

Mi voz recorrió los cinco pasillos que separan el vestíbulo principal y la gran escalera con alfombra roja. Los pisos, una rica madera de cerezo, se veían recién pulidos. Las alfombras turcas en tonos tierra profunda cubrían secciones bien pisadas y un poco menos agradables a los ojos por el pasillo a la cocina y a las zonas de estar.

Una tabla del suelo crujió en el segundo nivel. Incliné la cabeza hacia atrás y miré por las escaleras mientras mi abuela aparecía en la parte superior de ellas con una mano apoyada en la ornamentada barandilla. Pude ver que fruncía el ceño mientras descendía lentamente. Subí para encontrarme con ella a mitad de su camino y le ofrecí mi brazo para ayudarla a bajar.

—¿Qué estás haciendo aquí, Erick? —preguntó. Parecía preocupada. Sus cejas estaban

arrugadas. No llevaba maquillaje. Su camisón, de gran tamaño que la cubría desde la garganta a los pies, era grueso y de color rosa. Estaba lista para ir a la cama.

Y sin embargo, ella estaba despierta. Probablemente por cortesía de mi madre.

—Mamá me llamó.

Me miró con simpatía.

—Deberías mantenerte alejado. Ya sabes cómo se pone cuando tiene demasiado. Ha sido una noche un poco dura.

Nos detuvimos al final de las escaleras. Le di una palmadita en su arrugada y pecosa mano que descansaba en la flexión de mi codo.

—Bueno, ahora estoy aquí. ¿Por qué no te retiras a tu habitación y evitas este lío? Yo puedo ocuparme de ella.

—No es el trabajo de un hijo cuidar de su madre.

—Por supuesto que lo es.

Gigi siempre había luchado con la verdad de cómo había sido criado. Había sido duro para ella. Odiaba lo distante que estaba mi padre y lo incesante que era para asegurarse de que yo supiera exactamente cuál era la jerarquía en esta casa. Él era egoísta y codicioso, y ella siempre se disculpó conmigo, creyendo que era su culpa porque lo había criado.

Me llevó varios años convencerla de que la falta de empatía de mi padre no tenía nada que ver con ella como madre. Ella me había salvado. Simple y llanamente.

—¿Dónde está ella? —le pregunté.

Gigi asintió por el pasillo que conducía a la gran sala de estar, donde se guardaba la mayor parte del licor de la casa, a menos que se contaran las bodegas de abajo.

—Ha estado ahí durante horas mirando fotos antiguas.

—Está bien. ¿Puedo acompañarte a tu habitación?

Gigi agitó la cabeza.

—Estoy bien. Bajaba a buscar una taza de té. Vamos a ver a tu madre. Los dejaré a los dos solos, pero quiero asegurarme de que no intentará jugar contigo.

Me reí suavemente.

—Ya no tienes que protegerme de ella.

Me dio una sonrisa propia que ahuyentó la tristeza de sus ojos.

—Por supuesto que sí. Sin mí, todavía estarías en pañales.

Caminamos brazo a brazo por el pasillo hacia la gran sala de estar. Pasamos junto a retratos familiares donde nadie sonreía. A medida que nos acercábamos a nuestro destino, empecé a preguntarme por qué las cosas estaban tan tranquilas. Mi madre definitivamente no era una borracha tranquila. Mis tripas se revolviéron ansiosamente.

Dimos la vuelta a la esquina.

La habitación se veía como siempre. La chimenea, una odiosa monstruosidad de piedra, ardía brillantemente. Era la única luz de la habitación, excepto por las lámparas de mesa junto a cada uno de los dos sofás de color verde esmeralda. Los sofás, grandes y lujosos con espaldas altas, eran los mismos en los que nunca me habían permitido sentarme de niño. La alfombra era una enorme pieza dorada, verde y negra llena de botellas de licor y vasos vacíos.

Y el cuerpo inconsciente de mi madre.

—Mierda.

Me alejé de Gigi y corrí hacia mi madre, caí de rodillas en la alfombra y le puse una mano en la espalda. Su cabello canoso estaba enmarañado y pegajoso, apestaba a whisky. La tomé del hombro y la giré.

Me sonrió con los ojos cerrados.

—James, ¿eres tú?

—Soy yo. ¿Te has bebido todo esto? —miré alrededor de todas las botellas en la alfombra. Cinco. Había cinco botellas—. ¡Por Dios, mamá! —de repente, abrumado por los nervios y la adrenalina, saqué mi teléfono con manos temblorosas y marqué el 911—. Necesito una ambulancia para la finca de los Thompson en el 41100 de Thompson Road. Mi madre ha bebido mucho. Intoxicación por alcohol.

La operadora me dijo que los paramédicos estaban en camino. Mientras me decía cómo cuidar de mi madre, colgué la llamada. Había estado en la misma situación una docena de veces. Eché una mirada por encima del hombro a Gigi, que estaba agarrando el marco del arco de la sala de estar. Estaba mirando a mi madre, sorprendida.

No sabía por qué se sorprendía. Esa había sido parte de mi rutina desde que tenía dieciséis años, cuando mi padre la engañó por primera vez. Siempre había sido una alcohólica, pero nunca había bebido hasta el punto de peligro real, como ahora.

Y seguramente, lo que había pasado esta noche para que ella llegara a tal grado, volvería a llevarla a repetirlo.

Capítulo Diecisiete Anastasia

Robé otra Mountain Dew del refrigerador de Doug después de terminar mi turno. Ryan, el interno, y Gabby estaban en la oficina también, y los cuatro charlamos sobre cómo había ido el programa. Después del Sr. Anónimo, las cosas estuvieron bien, tuvimos muchas llamadas genéricas, lo cual era común y siempre un poco decepcionante. Nos gustaban las que eran nerviosas, que se diferenciaban de todas las demás. Eso era lo que hacía que la gente sintonizara todas las noches.

—Me he estado preguntando si deberíamos volver a revisar las llamadas —Doug pasó una mano sobre su cabeza y se volvió hacia mí expectante—. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Siempre puedes hacerlo pero sin decirme de qué se trata la llamada, así mantendremos esa vibración genuina. ¿Sabes?

Asintió.

—Lo consideraré. De todas formas. Tengo que salir de aquí. Le prometí a mi esposa que estaría en casa con una botella de vino en la mano al final de la noche. Hoy tuvo un turno difícil en el hospital. Los veo mañana por la noche, perdedores.

Doug se fue y el resto de nosotros fuimos bastante rápidos en seguirlo. Le di las buenas noches a Gabby, e ignoré a Ryan porque todavía pensaba que era una pequeña mierda, y me fui a mi auto. Me deslicé en el asiento y encendí la calefacción. El aire frío atravesó los conductos de ventilación y dejé escapar un pequeño chillido mientras mataba el calor. La estúpida cosa tardó mucho en calentarse. Mis ventanas estaban empañadas, así que esperé y pasé por las emisoras de radio en busca de una buena canción.

Cuando finalmente encontré una, mi teléfono empezó a sonar. Revisé mi bolso y llegué a él antes de que saliera el buzón de voz.

—¿Hola?

—Nastasia. Hola, soy yo.

—¿Erick?

—Sí. ¿Estás libre esta noche?

—Um —sí, estaba libre todas las noches. ¿Qué más haría una chica soltera después del trabajo, aparte de ir a casa a ver la basura en la televisión y beber vino y encender velas con descuento, fuera de temporada?—. Sí, lo estoy.

—Ven a mi casa.

—Despacio, Romeo. Dije que necesitábamos tiempo para conocernos. Sé que probablemente tienes una serie de movimientos para impresionar a las damas tan pronto como entran en tu mansión de playboy.

—Es sólo para conocernos. Te lo prometo. Te enviaré un mensaje de texto con la dirección. ¿Tienes hambre?

Ahora estaba hablando mi idioma.

—Podría comer.

—Bien. Hasta pronto.

Colgó antes de que tuviera la oportunidad de decir algo más. Miré mi teléfono, un poco sorprendida por su llamada aunque había estado esperando por días. Sonaba apagado y tenso.

Era un director general muy rico. Tal vez había tenido un día difícil y necesitaba desahogarse. Por suerte para él, yo quería hacer lo mismo. ¿Esperaba hacerlo en la casa de un hombre rico y sexy? No. Pero no podía quejarme de este nuevo giro de los acontecimientos. Erick me envió un mensaje con su dirección como prometió y mis ventanas se despejaron al mismo tiempo. Activé la

dirección en el GPS de mi teléfono y seguí las instrucciones para el viaje de quince minutos a su condominio.

Si había una palabra para explicar el condominio al que me llevó el mapa, sería “opulenta”. La torre de cien pisos era una estructura totalmente blanca con vidrio ligeramente esmerilado para la privacidad. Aparqué mi auto en el aparcamiento para visitantes, que ofrecía amplios espacios, y caminé por un puente que cruzaba un hermoso arroyo hasta las puertas de entrada. Llamé y me dejaron entrar rápidamente.

El vestíbulo era todo azulejos de nácar y superficies reflectantes. Intenté mantener mi boca cerrada mientras otros residentes me miraban desde el bar del vestíbulo.

No pertenecía a un lugar como este.

Y sin embargo, allí estaba yo, de camino a ver el divino bocadillo del edificio.

El ascensor me llevó al último piso. Se detuvo y las puertas no se abrieron hasta que hubo otro zumbido. Cuando lo hicieron, no me encontré en un pasillo lleno de puertas de apartamentos como todos los condominios. En vez de eso, me paré en el medio del penthouse de Erick.

—A la mierda —susurré.

El lugar era increíble.

No, eso era un gran eufemismo. Era todo lo que una chica podía imaginar de un apartamento de lujo. Era moderno, pero no demasiado moderno. Las ventanas envolventes ofrecían una vista de trescientos sesenta grados de toda la ciudad de Nashville, y a lo lejos, podía ver el reflejo de la luna en el río Cumberland.

Por si las vistas no fueran suficientes, el apartamento en sí lo era. Una gran chimenea blanca estaba colocada en una media pared en medio de la sala de estar. Encima había una exposición de licores. Muebles envueltos por todo el camino, todo un sueño de artista, y arriba había un techo expuesto con tubos negros. Era rustico y lujoso a la vez.

Giré en un círculo completo, empapándome de la vista del lugar, y cuando mi mirada se posó en la cocina, encontré a Erick apoyado en la isla de la misma mirándome fijamente, con una enorme extensión de una cosa sobre la que había varias bandejas de comida, y tenía un vaso en una mano, que giraba lentamente.

Me arqueó una ceja y mi pulso se agitó salvajemente. Luego sonrió, y casi me derretí en ese momento.

—¿Sorprendida? —la diversión en su voz era espesa.

—No me esperaba esto.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé. ¿Algo un poco más tradicional?

Erick llevó el vaso a sus labios. Sus ojos nunca me dejaron mientras sorbía. Resistí el impulso de moverme por los nervios.

—¿Te apetece un trago? —preguntó.

—Sí. Por favor.

—¿Vino? ¿Whisky? ¿Moonshine?

—No creo que esta sea una noche para un Moonshine.

—Como quieras.

—Vino, por favor. Tinto si lo tienes.

Erick me sirvió una copa de vino mientras yo dejaba mi bolso en uno de los taburetes de la isla de su cocina y comprobaba el bufé de comida que había preparado.

—¿Cómo has hecho esto tan rápido?

—Dinero.

—Bien —me metí un trozo de jalapeño de Havarti en la boca e inmediatamente me quitó algo de la tensión—. Me sorprendió que llamas.

—Dije que lo haría.

—Lo sé. Pero no importa.

Frunció el ceño y me dio mi vino.

—¿Esperabas junto al teléfono como una colegiala a que te llamara, Nastasia?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí —tomé un sorbo del vino—. Eso es un poco prepotente de tu parte.

Sonrió.

—A decir verdad, debí haberte llamado antes. Pero había algunas cosas en el trabajo de las que tenía que ocuparme. Pero después de hoy, sabía que tenía que verte.

—¿Por qué?

—Tuve un día de mierda.

—Yo también. Te diré lo mío si tú me cuentas lo tuyo.

Erick me estudió con frialdad, y por un minuto, pensé que iba a negarse a mi oferta. Pero entonces asintió, tomó una de las bandejas de queso, carnes y pan y la llevó a la sala de estar. Me dijo que trajera la otra bandeja, una colección de frutas, gelatinas y verduras, y me uní a él en su enorme sofá.

Ambos empezamos a comer y luego me dio un suave puntapié en la espinilla.

—Adelante. Empieza tú.

—Bien —me lamí los labios y consideré por dónde empezar—. Mi día comenzó con la apertura de la tienda de vestidos. Tenía las manos llenas con mis bolsos y derramé mi costoso café con leche por toda mi camisa cuando salí del auto. Luego derramé mi bolso en el concreto y perdí mi lápiz labial favorito, el cual estoy bastante segura de que pisé cuando salí de mi lugar de estacionamiento al final de mi turno.

—Pobre lápiz labial —musitó.

—Cállate. Acabo de empezar —tomé otro sorbo de vino y lo miré fijamente. Se rio y levantó las manos en cumplimiento—. Así que tuve que empezar el día probándome ropa en una tienda que vende artículos que no están hechos para chicas como yo. Y después de tanto buscar encontré esto —tiré de la camisa estampada con flores rosas y palmas—. No es genial, pero serviría. Y luego unas clientes malintencionadas entraron y se burlaron de mi peso. Cuando fui descarada con ellas, me preguntaron mi nombre para poder quejarse con mi gerente.

—Lo siento. Eso suena duro.

—No fue lo mejor —suspiré y me compensé con más queso—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué hizo que tu día fuera una mierda?

Me miró como si estuviera considerando no contármelo.

—¿Hola? —lo señalé con el dedo—. Dijiste que me lo dirías.

Su mandíbula se apretó. Luego dejó su bebida.

—Hice que algunos inversores retiraran su capital, lo que amenazó con costarme mucho dinero y tiempo. Mi secretaria renunció y me dejó varado. Y luego tenía planes de llamarte alrededor de las siete y media para ver si querías cenar, pero mi madre me llamó y me pidió que fuera a casa a verla.

Eso fue todo lo que dijo. Frunció el ceño.

—¿No te llevas bien con tu madre o algo así?

—Es alcohólica.

—Oh.

—Y había estado bebiendo todo el día. Para cuando llegué allí, se había echado cinco botellas de whisky por la garganta. Tuve que llamar a una ambulancia.

—Mierda. Lo siento. ¿Ella está bien?

—Lo estará. Le hicieron un lavado de estómago. La mantendrán allí toda la noche. Después todos tendremos la divertida conversación sobre la rehabilitación y todo eso, que es una gran pérdida de tiempo —me mostró una sonrisa—. ¿Gano por la peor noche?

—Sí. Y por mucho.

Miró fijamente a su bebida. Por un momento, pareció muy diferente a él mismo. Había una oscuridad en su mirada y una caída en sus hombros que definitivamente no lo hacía parecer la versión de un millón de dólares de Erick Thompson que yo estaba acostumbrada a ver.

—¿Erick?

Me miró.

—¿Hmm?

—¿Estás bien?

Me parpadeó y luego se rio.

—Por supuesto que sí. No fui el que se tragó todo ese licor.

—Sabes que eso no es lo que estoy preguntando.

No sabía qué era lo que me obligaba a empujarlo. Pero sentía que lo necesitaba, como si nadie le hubiera hecho esa pregunta en mucho tiempo. Me miró a los ojos y esperé pacientemente, un truco del oficio de mi actuación como Annie, y esperaba que viera esto como una oportunidad para desahogarse de un peso que obviamente había estado cargando durante mucho tiempo.

Capítulo Dieciocho Erick

—Estoy bien —esperaba que las palabras no sonaran tan huecas a como se sentían en mi garganta—. Estoy acostumbrado a esto. Mi familia puede tener mucho dinero, pero nadie tiene sus cabezas en orden.

Ella ladeó la cabeza. No me creyó.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, es sólo que tengo cierto talento para detectar la mierda. Y usted, señor, está lleno de ella.

—¿Lo estoy?

—Sí —Nastasia me hizo una seña con la cabeza antes de coger un pepinillo. Crujió entre sus dientes y lo siguió con un trozo de gouda ahumado. Dejó escapar un suave sonido de apreciación que continuó sonando una y otra vez en mi cabeza mientras hablaba—. Siempre he sido muy intuitiva. Y aunque no lo fuera, te costaría convencerme de que estás bien después de la noche que tuviste. Aunque hayas visto esto varias veces, eso no lo hace menos serio. O emocional. O decepcionante.

Estaba dando en el clavo con cada palabra. Deseaba que no fuera así.

Me aclaré la garganta.

—Sí. Bueno. Tal vez sea más fácil fingir estar bien en vez de concentrarse en algo que está fuera de mi control.

—Tal vez.

—No estás de acuerdo.

Nastasia se encogió de hombros.

—No importa lo que yo piense.

—Por supuesto que sí —alcé una ceja y sonreí—. Eres mi prometida.

Ella resopló en su copa de vino. Las burbujas estallaron y le mancharon la nariz de rojo, y cuando subió a tomar aire, se ruborizó de un rojo tan profundo como el vino de su copa.

Traté de no reírme mientras ella usaba una servilleta para limpiarse.

—¿Quién dice que así son los novios de hoy en día? —preguntó.

—Aparentemente, sí. Lo siento. No esperaba que te ahogaras en tu copa de vino.

—Ni te preocupes. Existen peores formas de morir.

Intrigado, me acomodé en mi asiento y luego crucé una pierna sobre la otra.

—Nombra tres.

—Asfixia.

—Podría ser un poco pervertido.

—Asqueroso —Nastasia arrugó la nariz.

Me reí.

—Continúa.

—Quemado. Ser comido vivo. Ser descuartizado.

—Menos mal que estamos en el siglo XXI.

Se rio suavemente.

—Sí. Qué bueno. De lo contrario, no habrías dejado que alguien menos que tú, una mujer en mi caso, tomara de tu caro vino antes de morir. Me habrías servido del barato.

Me burlé.

—Por favor. No me insultes. Soy Erick Thompson. No soy el dueño de las cosas baratas.

—Eres insufrible.

—Y aun así estás aquí bebiendo mi vino.

La comisura de su boca se movió con una sonrisa que luchó valientemente por ocultar bajando la cabeza y dejando caer su cabello sobre el hombro.

—Es un buen vino, debo admitir.

Esta chica era una bóveda de secretos, podía verlo en la forma en que se comportaba. No estaba segura de sí. No lo había sido desde que la conoció. Pero me confundía. Era hermosa, inteligente y astuta. Podía ver rastros de su propio monólogo interno en el fondo de sus ojos y siempre estaba pensando en algo, diseccionando algo que alguien decía, considerando lo que significaba, escuchando pacientemente para obtener más información que pudiera usar para construir una mejor comprensión de quiénes eran. Era cuidadosa y considerada. No tenía una pizca de impulsividad en su cuerpo, donde yo era todo lo contrario, la definición de un comportamiento compulsivo y a menudo imprudente.

¿Su clase de último año creería nuestro falso compromiso? ¿Qué podría ver una chica como ella en un bebé malcriado de fondo fiduciario como yo?

—¿Dónde te ves dentro de cinco años, Nastasia? —la observé de cerca después de hacer la pregunta.

Reflexionó un rato, con su mirada fija en su copa de vino casi vacía.

—Me gusta pensar que saldré de la tienda de vestidos y trabajaré a un área que me apasione.

—¿No te apasiona trabajar en la tienda?

Levantó la mirada y entrecerró los ojos de una manera casi condescendiente.

—¿Crees que soy feliz vendiendo vestidos a mujeres flacas en los que nunca podría soñar con encajar? ¿Crees que soy feliz recordando constantemente que no soy una de ellas? No. En realidad no —tomó su último sorbo de vino y dejó la copa en la pequeña mesa central.

Me levanté del sofá y recogí su copa. La llené de la botella abierta en la isla de la cocina y se la regresé. Ella la aceptó en silencio mientras yo reclamaba mi asiento de nuevo. No le había gustado mucho mi última pregunta pero apreció su vulnerabilidad.

—Entonces, ¿qué es lo que te apasiona?

—Ayudar a la gente.

—¿En qué sentido?

Ella suspiró.

—Siempre supe que mi vocación era ayudar a la gente con sus relaciones. Quiero ser consejera matrimonial. Cuando era joven, solía acorrallar a mis padres en la cocina cuando tenían un desacuerdo. Siempre era algo a nivel de superficie. Como si mi padre hubiera olvidado descargar el lavavajillas o mi madre hubiera subestimado su paternidad en la mesa de la cena. No se peleaban a menudo. Casi nunca. Pero yo veía esas pequeñas peleas como oportunidades para ejercitar mi excepcional don de “dar consejos” —sonrió cariñosamente mientras repasaba algunos de esos recuerdos con sus padres—. Ellos me complacieron de todo corazón. A veces, llegaba con un cuaderno y un bolígrafo y les preguntaba cómo les hacía sentir la ofensa de la otra persona. Dios, debí haber sido una niña muy molesta de tener en casa.

No pude evitar sonreír.

—Creo que eso suena muy lindo. Y apuesto a que eras buena en ello incluso desde niña.

—Supongo que sí. Yo también ayudaba a mi hermano con sus novias. Por supuesto, no me di cuenta en ese momento que le estaba ayudando a meterse en sus pantalones, pero eso es lo que pasa por tener doce años y un cerdo oportunista como hermano mayor. No tenía ni idea.

—Ahora veo por qué Chris era tan exitoso con las damas. Tenía tu sabiduría en su bolsillo trasero.

—Y su reputación. Eso juega un papel más importante.

—No para todos.

Me miró fijamente.

—No intentes decirme que tu reputación no te ha hecho ningún favor.

—Me ha hecho muchos. Pero también me ha saboteado.

—Lo justo.

Dejé mi bebida y apoyé una mano en mi rodilla. Nastasia aún no había tomado un sorbo de su vino fresco y la vi dejarlo. Tampoco comió más, pero se recostó en el sofá, poniéndose cómoda entre los dos cojines a cada lado de ella.

—¿Entonces por qué sigues en la tienda de vestidos? —pregunté—. Si sabes lo que quieres hacer, ¿qué te detiene?

—Sólo porque sé lo que quiero hacer no significa que pueda ir y hacerlo. Así no es como funciona el mundo real.

¿Acababa de referirse de nuevo a mi cuenta bancaria? Si es así, ouch. Si no, me preguntaba si había alguna manera de que me dejara pagar para que la llevara a la escuela. Si las finanzas eran el obstáculo, por supuesto. Pero tenía el presentimiento de que una chica como Nastasia me daría una patada en el trasero si alguna vez me ofrecía a pagarle algo así, así que mantuve mi boca cerrada y la presioné un poco más.

—¿Qué te detiene entonces?

Nastasia levantó la mirada al techo. No estaba girando los ojos hacia mí, sino mirando hacia arriba como si hubiera algo en el techo que pudiera ayudarla. Me di cuenta de que estaba considerando si debía o no decirme la verdad o darme una línea.

Finalmente, respondió.

—No estoy lista todavía.

—¿Cuándo crees que lo estarás?

—No soy la mujer que necesito ser para dar ese paso. Todavía no.

—Y según tu criterio, ¿quién necesitas ser?

Se lamió los labios, tomó su copa y bebió con avidez. Cuando la dejó, una cuarta parte de ella había desaparecido.

—Necesito ser más fuerte. Más saludable. Más delgada.

—Vete a la mierda.

Nastasia parpadeó.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Vete a la mierda —apoyé mis codos en las rodillas y miré fijamente a la chica en mi sofá.

Ella definitivamente no tenía ni idea de lo impresionante que era por dentro y por fuera.

—He luchado con mi peso desde que tengo memoria, y no quiero empezar mi próximo viaje en el mismo lugar que ahora. No es...

—Eso es ridículo —la corté.

—¡Lo dice el tipo con un cuerpo asesino y una cara hecha para sentarse!

El lugar se quedó en silencio. Los ojos de Nastasia se abrieron de par en par con horror al darse cuenta de las palabras que acababa de escupirme, y luego se puso de color rosa brillante cuando empecé a sonreír como un idiota.

—Repite eso —dije.

—Oh Dios —se cubrió la cara con las manos y sacudió la cabeza—. Oh Dios.

Riendo, me acuné de nuevo en el sofá.

—Una cara hecha para sentarse, ¿eh? No olvides escribir eso en nuestros votos.

—Basta.

—No puedo. Es demasiado bueno. ¿Y crees que tengo un cuerpo asesino? Me siento halagado.

—Esto es tan humillante.

—Para que conste, creo que también tienes un cuerpo asesino.

—No seas condescendiente conmigo.

—Nastasia, lo juro por Dios. No te estoy mintiendo. Eres perfecta tal como eres. Y si me permites ser completamente sincero, debo decir que eres una tonta si no persigues el trabajo de tus sueños porque crees que tienes mucho sobrepeso. Los cuerpos son sólo cuerpos.

Nastasia suspiró fuertemente. Bebió un sorbo de su vino y no dijo nada durante un tiempo. Podía sentir la tristeza irradiando de ella en oleadas. Tristeza y algo más, algo más pesado. ¿Era vergüenza? ¿Vergüenza? ¿Realmente sentía tanto odio por su propia piel? Odiaba que se sintiera así. Quería rodearla con sus brazos y besarla profundamente, mostrarle con sus labios y su cuerpo lo digna que era de todo lo que quería.

Me preguntaba si me creería entonces que era hermosa.

Las palabras de mi única confidente, Annie, sonaron en mis oídos desde nuestra última llamada telefónica juntos. Ella me había dicho que cuando se trata de amor, valen la pena todas las pruebas y los esfuerzos, y yo creía lo mismo acerca de perseguir los sueños. Te traían satisfacción como el amor, y perseguir los sueños era la forma definitiva de amor propio. Como alguien que había ido por ello e hizo que mi nombre se separara del de mi padre, creía en eso hasta la médula.

Así que probé un poco de la sabiduría de Annie en la chica triste de mi sofá.

—Nastasia, escucha. Sé que piensas que no soy la persona adecuada para dar consejos por el privilegio del que vengo, y probablemente tengas razón. Pero una persona sabia me dijo una vez que nunca dejara de intentarlo. Tu sueño de convertirte en consejera matrimonial vale la pena, las decepciones, las negaciones, las pruebas por las que te hará pasar. Luchar por lo que quieres es la mejor parte de estar vivo. Tienes que mantenerte firme y no puedes dejar que nada se interponga en tu camino. Incluyéndote a ti misma.

Para mi sorpresa, Nastasia me sonreía.

—¿Qué dije? —pregunté, esperando no haberme hecho el ridículo delante de ella.

Se rio suavemente.

—¿De dónde has sacado este sabio consejo?

—Te reirás si te lo digo.

—Me vendría bien reírme.

Me froté la nuca.

—¿Has oído hablar del programa de radio Noche con Annie?

Se pellizcó el labio inferior entre sus dientes.

—¿La gurú del amor?

—Sí.

—¿Me acabas de dar un consejo dicho por una gurú del amor de un programa de radio?

Me encogí de hombros.

—Supongo que lo hice.

Su risa salió a borbotones llenando toda la habitación y empecé a reírme con ella, preguntándome qué era lo que había dicho que era tan divertido pero sintiéndome agradecido por haberlo dicho. Porque ahora que la había oído reír tanto, estaba decidido que nunca a ganarme ese sonido cien veces más mientras la conocía en los días previos a la reunión.

Capítulo Diecinueve Anastasia

Ryan me robó una dona de mi plato durante los dos minutos de anuncio antes de la última llamada de la noche del miércoles. Naturalmente, seleccionó la que yo iba a alcanzar a continuación, una deliciosa delicia de vainilla con gelatina de fresa en el centro y un polvo de virutas de coco quemado en la parte superior. Traté de ocultar mi decepción acomodando la bufanda que llevaba en mi cuello. Mi madre me la había regalado para la Navidad del año pasado. Era hermosa y suave, de tono burdeos con un elegante diseño negro que parecía encaje. Olía como mi perfume de vainilla.

—Entiendo por qué estás tan obsesionada con esto —se chupó los dedos. No fue tan sexy como cuando Erick lo hizo. Y por “no tan sexy” me refería a que no lo era en absoluto—. Son tan buenas. ¿De dónde las sacas?

—No las compro yo.

—Oh. ¿Quién lo hace entonces?

Me encogí de hombros.

Gabby se pavoneó en la habitación con un aire de mando sobre ella.

—Ryan, fuera. Saldremos en vivo en sesenta segundos. ¿Necesitas algo, Nastasia?

—No. Estoy bien.

Ryan metió sus manos en los bolsillos de sus Dickies color caqui.

—¿Ni siquiera un Mountain Dew?

Asentí a la que estaba medio vacía en mi escritorio.

—Estoy cubierta.

El chico me mostró una sonrisa arrogante que quise quitarle de la cara.

—Dime, ¿quién te trae estas donas? ¿Y cómo consigo una conexión?

Gabby comenzó a empujarlo hacia la puerta mientras me ponía los auriculares.

—La caja de Mountain Dew es dejada cada semana por un repartidor. No tengo ni idea de quién las envía. Y las donas llegan diariamente. Supuse que era Nastasia, pero ya que aclaró que no es ella, entonces debe ser de un admirador secreto.

Me quité los auriculares.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

Gabby se detuvo en la puerta y me frunció el ceño.

—Que alguien ha estado dejando una caja de donas diariamente. ¿O te refieres a la parte de Mountain Dew?

—No sabía nada al respecto —la cuenta regresiva para volver al aire era de 30 segundos—. ¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo eso?

—Um. Al menos un año y medio.

Gabby y Ryan me dejaron sola en el estudio y cerraron la puerta tras ellos. Canalicé mi Annie interior y me imaginé como la consejera matrimonial que imaginé que podría ser algún día. En mi mente, pesaba 50 libras menos, quizás 60, pero estaría bien si mi peso fluctuara porque eso era saludable, y estaba vestida con una falda de lápiz ajustada a la forma, junto con una blusa de seda y joyas de oro rosa. Llevaría mis gafas de marco oscuro, las que usaba cada noche en la radio, y estaría bebiendo té verde en lugar de Mountain Dew porque eso era lo que la gente sana hacía.

Y ayudaría a la gente de una manera legítima y honesta. No desde mi pequeño estudio, pretendiendo ser alguien que no era.

Doug me saludó desde su oficina para señalar la marca de los cinco segundos.

Me acerqué a mi escritorio y dejé que mi mano pasara por encima de la luz roja. Cuando la cuenta regresiva terminó, presioné el botón y la línea se llenó con ese sonido estático apagado.

Estaba en la línea con otro extraño.

—Hola, llamador. ¿Cómo te llamas y cómo puedo ayudarte curar tu corazón hoy?

—Hola, Annie.

El aliento se me atascó en la garganta. Miré a través de la ventana del estudio a Gabby, que sonreía de oreja a oreja. Ella también reconocía esa voz profunda, masculina y un poco ronca, como si tuviera algo atascado en la parte posterior de su garganta.

Erick.

O como lo conocía Annie, el Sr. Sin Nombre.

Luché por encontrar mis palabras y asegurarme de sonar como Annie y no como Nastasia Harrison.

—Hola. ¿Dos llamadas en cuestión de una semana? ¿Qué he hecho para merecer esto?

Erick se rio en la línea. Pellizqué mis rodillas mientras todas mis partes femeninas se apretaban con la necesidad.

¡Que alguien me envíe ayuda!

—Sí, me he encontrado en una pequeña situación y esperaba que tú pudieras intervenir.

—Sólo si dicha situación es sobre el negocio del amor —le aclaré.

Doug me dio dos pulgares hacia arriba. Gabby se llevó las manos a las mejillas. Ryan desenroscó la tapa de uno de mis Mountain Dew.

Cabrón.

—Está relacionado con el amor —Erick dudó—. Bueno, tal vez no el amor. Pero se trata de una chica.

Bien. Por supuesto que esto era sobre una chica. Probablemente alguien que conoció en el club antes de encontrarse conmigo.

—¿Quién es esta chica?

—Me he estado preguntando lo mismo durante días. Resulta que la conozco desde hace mucho tiempo. Más de una década en realidad. Recientemente nos encontramos y ahora me he comprometido con algo que podría ser una mala idea.

No puede estar hablando de la pequeña yo, ¿verdad? No. Simplemente no había manera. Erick era un hombre de hombres. Uno exquisitamente divino y multimillonario, con acceso a todo lo que pudiera querer. Bajo ninguna circunstancia era posible que él quisiera a la hermana menor y fornida de su mejor amigo.

—¿Y qué compromiso es ese?

—No sé si quiero decirlo al aire. Ella sabrá de quien se trata.

—Por supuesto.

—De todas formas. Ella es genial. De verdad. Me mantiene alerta como ninguna otra chica con la que haya estado. Y me trata como... como si no fuera yo. ¿Tiene sentido?

Sus palabras me dejaron tan confundida como curiosa.

—En realidad no. ¿Puedes explicarlo mejor?

Erick suspiró en la línea. Podía imaginarlo en el otro extremo, probablemente sentado en su sofá, con un brazo extendido perezosamente sobre el respaldo del mismo. Era fácil ver el pliegue que inevitablemente se habría asentado en su frente. Sus cejas estarían juntas, su mandíbula apretada y flexionada y haciendo esa cosa sexy que todas las mandíbulas de los hombres hacían cuando se concentraban.

—Me trata como si fuera otro tipo.

—¿Y quieres ser otro tipo, Sr. Sin Nombre?

Se rio de nuevo.

Maldito él y maldita su risa.

—No, para nada.

Sabía muy bien a qué se refería. Por supuesto que no querría ser otro hombre, ningún otro tenía acceso al tipo de fondos que él tenía, ni tenían el mismo nivel de fama que poseía. No es que lo siguieran interminablemente los paparazzi o algo así, pero estaba segura de que era reconocido casi en cualquier lugar que fuera.

—¿Por qué crees que te trata así?

—Porque no está interesada en mí.

Una conclusión interesante. No es que no me interesara, era que estaba tan fuera de mi alcance que era hasta estúpido siquiera pensarlo. Todo esto que habíamos ideado de que fuera mi prometido era divertido y eso era todo. Sólo diversión. No iba a terminar como uno de sus juguetes del que se aburriría después de dos semanas.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no está interesada? —pregunté.

Tuve que recordar que no debía dejar que mi conocimiento de quién era hablara por mí. Tenía que mantener la artimaña de Annie. Tenía que hacer preguntas sin importar lo mal que se sentiría conocer su punto de vista.

—Ella es evasiva. Y habla de cosas que ninguna mujer discutiría con un hombre si estuviera interesada en él.

—¿Qué clase de cosas?

Erick estaba tranquilo.

—Creo que esto fue una mala idea.

—Este es un espacio seguro.

No quise decir eso. Ciertamente tampoco me sentía segura. No en ese momento. ¿Qué iba a decir de mí?

—Habla mucho de su peso. Le molesta. Pero...

Mi garganta se sentía apretada y mi cara estaba caliente.

—¿Pero?

Por favor, Dios, que no diga al aire que me odio a sí misma.

—Pero no se ve a sí misma como es. Sólo soy un tipo. Lo sé. ¿Qué podría saber yo sobre las inseguridades y problemas corporales de una mujer? Pero me molesta cómo habla de sí misma. Desearía que se viera a sí misma como yo la veo.

Eché un vistazo a la ventana del estudio. Doug estaba escuchando atentamente. Sus dedos estaban entrelazados, su barbilla descansaba sobre sus nudillos. Gabby, estaba de pie con una mano en su pecho como si acabara de soltar un suspiro de ensueño, que probablemente tenía.

Erick estaba diciendo todas las cosas correctas. Por unos segundos me pregunté si ya sabía que yo era Annie, y había llamado a la estación para jugarme una broma cruel.

Pero eso no era posible.

Nadie sabía que yo era Annie, excepto mis padres y Kim. Pero ellos no me delatarían.

Especialmente con Erick.

Traté de encontrar las palabras adecuadas para decir. Mi cerebro se sentía como si estuviera atrapado en arenas movedizas y mi lengua se sentía pesada en mi boca. ¿Cómo se supone que iba a dar un consejo imparcial a una situación que se aplicaba directamente a mí?

Ese era el karma de vivir una doble vida y decirle a la gente cómo arreglar su vida amorosa cuando no tienes una vida amorosa de la que hablar.

—¿Annie?

—Sí. Lo siento —aclaré mi garganta—. Sólo estoy ordenando mis pensamientos. Me parece

que la mujer de la que hablas tiene algunos... problemas de imagen corporal.

Mierda.

Kim me había dicho mil veces que tenía problemas de imagen corporal. También me decía que yo veía algo en el espejo que no existía, que mi aversión al sobrepeso era preocupante por algo más que la razón de mi imagen corporal dañada. Decía que yo debía priorizar lo que importaba, y que el sobrepeso no lo era.

Entendía sus palabras, pero ese tipo de charla era fácil viniendo de alguien que usaba un vestido talla dos.

—Sí, problemas de imagen corporal. ¿Crees que es algo en lo que la pueda ayudar?

—Probablemente no —dije un poco rápido.

—¿Por qué no?

—Es algo que deberías dejar que descubra por sí misma. No sé nada de esta chica, pero no me gustaría que un tipo viniera a tratar de arreglarme. ¿Tiene sentido?

—Sí. Sí, por supuesto que sí.

Ninguno de los dos dijo nada más. Pensé en la noche en el sofá con él en su apartamento. Pensé en lo mucho que me había hecho reír y en cómo nos habíamos desafiado mutuamente. Si fuera completamente honesta conmigo misma, me había divertido más en esas horas con él que en las últimas semanas. O incluso en los últimos meses, y oír que le gustaba mi compañía era un poco inquietante.

Yo no hacía relaciones. Especialmente con tipos que eran tan ricos y populares como Erick. Él querría una mujer experimentada. Alguien que supiera lo que estaban haciendo... ahí abajo. ¿No? ¡Ja!

Ni siquiera sabía lo que hacía entre mis propios muslos, como para saber que hacerle a un hombre. Nunca antes había viajado al sur de un hombre. Y no tenía intención de hacerlo hasta que estuviera feliz con la figura bajo mi ropa. Y basándome en el hecho de que todavía estaba a dieta de un mínimo de tres donas al día, no parecía que ese día fuera a llegar pronto.

—Gracias por la charla, Annie. Como siempre, fue esclarecedor.

—De nada. La mejor de las suertes para ti, Sr. Sin Nombre.

Erick terminó la llamada. Me senté en silencio después de todo, preguntándome qué demonios acababa de pasar. ¿Cómo se suponía que iba a seguir con nuestro plan de reunión cuando él quería algo más de mí de lo que yo podía razonablemente dar?

Capítulo Veinte Anastasia

Conduje directamente a la casa de mis padres después de mi turno en la estación. Erick estuvo en mi mente todo el tiempo. Apenas pude concluir el programa después de su llamada. Se quedó atrapado en mi cabeza como una incesante avispa zumbadora. Necesitaba una distracción y no había mejor lugar para eso que el hogar familiar.

Cuando entré por la puerta principal, Oso vino y me saludó con una gruesa cola que se movía y que chocaba contra la estrecha mesa del salón. Me lancé a estabilizar los marcos de las fotos familiares y, una vez que estuvieron a salvo, enganché un dedo en su collar y lo alejé de la mesa. Me acuclillé y sostuve su adorable cara en mis manos, masajeando sus mejillas con mis pulgares.

—Hola, guapo.

La lengua de oso se tambaleó dándole una especie de sonrisa tonta. Algunos no creían que los perros pudieran sonreír, pero esa gente no tenía corazón. Todos los perros felices sonríen. Y Oso era un perro muy feliz.

Presioné mis labios en la parte superior de su hocico en un beso, y luego los dos seguimos el sonido de la música por el pasillo hasta el salón, donde mis padres estaban acurrucados en los extremos opuestos del sofá. Mamá tenía la nariz enterrada en una historia de romance mientras papá miraba videos de YouTube en su tableta con los auriculares puestos.

Cuando entré, ambos miraron hacia arriba y sonrieron.

—Hola, cariño.

Mi madre se levantó del sofá y me dio un cálido abrazo. Luego me tomó la mano y me guió hacia el espacio abierto entre ellos. Tenía recuerdos de ser una joven sentada en medio del sofá leyendo un libro propio. Era nuestro pequeño ritual después de la cena, sentarnos con nuestros libros y una taza de té y dos galletas. Mamá siempre tenía uno o dos paquetes guardados en algún lugar fuera de mi alcance, así que duraban más de tres días después de llegar a casa del supermercado.

Mi padre puso su tabla en el reposabrazos del sofá.

—¿Cómo estuvo tu turno en la estación? —preguntó él.

—Bien. Un poco largo.

—¿Alguna llamada interesante? —preguntó mamá.

Interesante ni siquiera se acercaba a definir la llamada con Erick.

—Un poco.

Mi madre se puso de pie otra vez.

—¿Quieres una taza de té?

—Seguro.

—¿Y galletas?

Sonreí.

—¿Por qué no?

Se fue corriendo a la cocina, donde la oí llenar la tetera.

—Papá, ¿me puedes aconsejar sobre algo?

Se volvió hacia mí.

—Por supuesto.

Me mastiqué el interior de la mejilla.

—Estoy considerando si debo ir o no a la reunión de mi escuela secundaria.

No dijo nada. Busqué en su cara una pista de lo que estaba pensando y no encontré nada.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Crees que me arrepentiría si no fuera? —pregunté finalmente.

—Es difícil de decir, cariño —dijo un pequeño encogimiento de hombros—. Nunca fui a las

reuniones de mi clase. Y no me arrepentí necesariamente, pero sentí que me perdí un poco. Todos mis amigos fueron. Uno incluso se reencontró con una ex-novia y terminaron casándose. Ralph...

—Westland. Lo sé, papá. Me lo has dicho. Docenas de veces.

Se rio ligeramente.

—Sí. Supongo que sí. Creo que eres tú misma quien sabe si te arrepentirás.

Suspiré. Estaba tan desgarrada. No sabía cuál era la decisión correcta.

—Yo sólo... sabes que no tuve una buena experiencia en el instituto. Y la idea de estar rodeada de toda esa gente que hizo de mi vida una pesadilla viviente es paralizante.

Mi padre se quedó callado un momento, acariciando pensativamente su barbilla.

—¿Crees que te serviría más protegerte de ellos o enfrentarlos con la barbilla en alto?

Me quejé y me desplomé en el sofá.

—Bueno, cuando lo pones así, la elección es obvia.

—¿Lo es?

—Por supuesto. Tengo que ir y dar la cara.

Me rodeó los hombros con un brazo y me dio una sacudida juguetona como lo hacía desde que tenía edad para sentarme derecha.

—Ahí lo tienes, chica. Creo que es la decisión correcta. Y cuando llegue el día, si decides no ir, también es la decisión correcta.

—Eres el animador que toda chica necesita en su vida —le sonreí.

Me reí. Y él también.

La risa me robó algo de la aprensión que había estado acumulando durante días y la tensión que había estado llevando desde mi llamada con Erick en la estación. Me sentí un poco más como yo misma, y más aún cuando mi madre volvió a la sala de estar con una bandeja que contenía tres tazas calientes de té y seis galletas de chocolate divididas en su propia servilleta de papel con hojas.

—¿Dónde está Nannie? —pregunté, soplando en mi té después de que mamá repartiera las tazas y las galletas.

Mi madre miró el reloj en el manto de la chimenea.

—Debería llegar pronto. Fue al centro de ancianos esta noche para el Bingo. Uno de los hijos de sus amigas la traerá a casa.

Con un poco de suerte, ya estaría de camino a casa cuando Nannie llegara. No estaba de humor para sus chistes de mierda y sabelotodo sobre mi peso. Podía guardar para sí misma sus opiniones sobre las diferencias generacionales.

Como si mi vida fuera escrita por un autor sádico que tenía el máximo placer en torturarme, la puerta principal se abrió con un suave clic. Me congelé, solté la galleta de chocolate que tenía en la mano, y preparé mis oídos para el saludo revelador que Nannie siempre soltaba cuando volvía después de una noche de Bingo.

En tres, dos, uno.

—No sé por qué me molesto en ir a esos tontos juegos de Bingo. Todos son tramposos, todos ellos. La forma en que Bernie Willard ganó, fue terrible. Debería ser retirado de los juegos por completo.

Mis padres y yo compartimos una mirada. Nannie hablaba del Bingo como si fueran las Olimpiadas. Siempre lo hacía. Y continuaría haciéndolo porque se empeñaba en ir cada dos semanas, sin importar si realmente creía que sus competidores -todos los ancianos de cabello blanco, con audífonos, bastones y sin dientes-hacían trampa o no.

La oí venir por el pasillo y metí rápido la galleta en mi boca, mastiqué un total de seis veces

antes de tragarla con un sorbo de té.

Nannie se detuvo en el pasillo al borde de la sala de estar. Llevaba un jersey y pantalones lilas a juego con una camisa rosa y púrpura con motivos florales debajo. Como siempre, llevaba las perlas de mi difunto abuelo, y sus uñas estaban pintadas de púrpura para que hicieran juego con su traje en algún momento entre ahora y cuando la vi en su cumpleaños.

—No sabía que ibas a venir esta noche, Anastasia —se interpuso entre mis padres y yo—. ¿Cenaron todos juntos sin mí? Qué considerado.

Mi madre suspiró y sacudió la cabeza.

—No, mamá. Nastasia sólo pasó después del trabajo para saludar y tomar una taza de té.

Los labios de Nannie se estrujaron y su mirada volvió a mí.

—¿Sólo té? ¿O también galletas?

¡Vieja bruja malvada, desgraciada y sabelotodo!

—¿Quién podría dejar pasar las galletas caseras con chispas de chocolate? —papá se bromeó—. Yo no. Eso es seguro. Sírvete, Nannie. Están en el mostrador de la cocina. Todavía están calientes, también.

Ella sacudió la cabeza como si aún tuviera una melena de cabello juvenil que pudiera batir sobre sus hombros.

—No, gracias. Conozco el metabolismo con el que estoy trabajando. Los dulces después de las seis de la tarde no son buenos para nadie. Especialmente para las mujeres.

Mi madre puso los ojos en blanco y se puso de pie para recoger nuestras servilletas, que arrugó en una pequeña bola en su puño.

—Dos galletas no harán que tus pantalones te queden muy apretados, mamá. Vive un poco.

—Acabo de estar en el Bingo.

Mi madre abrió la boca para decir algo y la cerró de inmediato. Hice una nota mental para preguntarle qué iba a decir cuando estuviéramos en un lugar seguro para hacerlo. Mi abuela podía ser vieja, pero tenía oído como un gato depredador.

Nannie ocupó el lugar que mi madre dejó libre en el sofá a mi lado. Como el cobarde que era, mi padre inventó una línea sobre cómo tenía que dejar salir al perro y limpiar los no tan pequeños montones de mierda del patio, dejándome en compañía de mi abuela, que me intimidaba más que las rubias con las que había ido al instituto.

Me miró fijamente a la esquina derecha de la boca.

—Todavía tienes migas en la papada, Anastasia.

¡¡Papada?!

Me limpié la boca con el dorso de la mano, con pánico. No tenía la intención de dejar ninguna prueba, pero sus ojos eran tan rápidos como sus oídos... y su lengua. Sabía sin duda alguna que ella había sido una chica mala en el instituto.

Puso sus dos delgadas manos sobre mi rodilla.

—Niña. ¿Cuándo vas a dejar de darle a la comida tanto poder sobre ti? Tu vida podría ser mucho más si tú...

—Por favor, no lo hagas.

—Fueras un poco más delgada.

—No creo que eso sea cierto.

—¿No crees que sea verdad, o no quieres que sea verdad? —preguntó. De alguna manera, hizo que la pregunta pareciera inocente. Pero estaba muy lejos de eso—. Cuando yo tenía tu edad, mi trabajo a tiempo completo era cuidar de mí misma. Me aseguraba de comer bien y de hacer ejercicio para mantenerme en forma. Es importante. Tu generación lo llama autocuidado. Y lo es,

aunque no me gusta lo indulgente que es el término.

—Realmente no quiero hablar de esto ahora, Nannie.

—Nunca quieres hablar de eso. Siempre me alejas. Sólo intento ayudarte. ¿No quieres un esposo? ¿Y niños? Anastasia, si no empiezas a tomarte más en serio, vas a terminar...

—¿Cómo voy a terminar? ¿Soltera con un exceso de cien libras sobre mis rodillas? —dejé mi taza y me levanté—. Me voy.

—No, no te irás. Siéntate. Estamos en medio de una conversación.

Me paré firme, con mis manos en forma de puños en mis caderas. El calor subió por mis mejillas y mi garganta, y antes de que me diera cuenta, las palabras salieron por sí solas, por mucho que intenté tragarlas.

—¡Esto no es una conversación! Nunca lo ha sido. Esta eres tú aprovechando cada oportunidad que tienes para avergonzarme por mi tamaño. ¡Y no puedo soportarlo más!

Mamá apareció en la entrada de la cocina con un paño de cocina en una mano.

—Nastasia, ¿qué está pasando? ¿Está todo...?

Nannie le hizo señas para que se fuera.

—No hay nada de qué preocuparse, querida. Sólo un pequeño desacuerdo. Nastasia está perfectamente bien.

Pestañeeé furiosamente mientras las lágrimas salían de mis ojos y se aferraban a mis pestañas.

—No. No todo está bien. Estoy harta de esto. ¿Crees que no paso cada minuto de cada día deseando no ser yo? —me señalé a mí misma. Luego la señalé a ella con el dedo acusador—. No necesito que aproveches cada oportunidad para recordarme que tengo que perder peso. Ahora, si no te importa, me iré a casa y comeré todas las donas que quiera, y la única persona con derecho a decir algo al respecto soy yo.

Me dirigí a la puerta.

Mamá vino corriendo por el pasillo detrás de mí. Escuché a papá abrir la puerta corrediza de la cocina y gritar si todo estaba bien. Debió haber oído mis gritos.

—Cariño, por favor no te vayas —mi madre me tomó el codo ligeramente—. Podemos hablar de esto. Lo siento. Es insensible. No piensa antes de hablar.

—Sí, lo hace —me limpié las lágrimas y saqué las llaves de mi bolso. Luego abrí la puerta principal y me sumergí en el aire frío de la noche—. Ella sabe exactamente lo que está diciendo, sabe exactamente cuánto duele, y sabe que tú nunca le dirás nada. No puedo quedarme sentada y aguantar esto más, mamá. Es demasiado. Te llamaré más tarde.

Mi madre me llamó mientras caminaba hacia mi auto, pero no me siguió.

Capítulo Veintiuno Erick

Chris me acompañaba en el asiento de pasajero de mi Porsche, su teléfono móvil repicaba en su gran mano antes de contestar la llamada y llevárselo a la oreja, hablaba con su hija, Sandi, que aparentemente había perdido su más preciado osito de peluche de todos los tiempos. Podía escucharla llorando en el teléfono mientras mi amigo pellizcaba el puente de su nariz y respiraba profundamente.

—Cariño —dijo calmadamente—. Toto no pudo haber llegado muy lejos. Seguramente está en la casa en algún lugar. ¿Está Nana allí? Ella te ayudará a buscar.

No pude oír la respuesta de la niña, pero por el suspiro de cansancio que dejó salir él, supuse que estaba casi histérica.

—Puedo dejarte en casa, si quieres —sugerí.

Chris me miró implorante mientras su hija sollozaba. Su rostro brilló brevemente en verde cuando pasamos por debajo de un semáforo.

—Sí. Eso estaría bien —me respondió y luego volvió al teléfono—. Sandi, cariño. Estoy de camino a casa, ¿vale? Estaré allí en diez minutos y encontraremos a Toto. Ve a echarte un poco de agua fría en la cara. Papá estará allí enseguida.

Ella se recompuso y los dos intercambiaron algunas dulces palabras antes de que él colgara y se desplomara en su asiento.

—Lo siento, hombre. No me esperaba esto.

—No te preocupes —crucé una derecha, seguida de otra, y apunté el auto hacia la casa de los padres de Chris y Nastasia. Él y yo habíamos hecho planes para atacar una de mis destilerías mientras él estaba en la ciudad entre los partidos. No nos veíamos tanto desde que empezó su carrera profesional, pero siempre nos las arreglábamos para pasar un poco de tiempo aquí y allá. Se suponía que esta noche iba a ser una noche para los hermanos. Pero Sandi era la primera. Siempre y para siempre. Y si no fuera así, Chris no sería el tipo de hombre al que podría llamar mi mejor amigo—. ¿Así que el nombre del oso es Toto?

—Vete a la mierda, hombre.

—Es lindo. ¿Lo nombraste tú?

Chris me dio un vistazo de costado.

—Tal vez.

Me reí cuando llegamos a una luz roja.

—¿No es ese el perro de...?

—El de Mago de Oz. Sí —aclaró.

—Se nota tu edad.

—Repito, vete a la mierda —se rio y apoyó su brazo contra el panel de la puerta—. ¿Crees que podemos reprogramar esto? Estaba deseando hacerlo.

—Definitivamente. La ventaja de ser el jefe es tener acceso a las destilerías fuera de horario. Sólo avísame cuando tengas una noche libre.

—Lo haré.

Apreté mis labios y consideré no hacer la pregunta que me había estado molestando desde que Chris se subió a mi Porsche quince minutos antes.

A la mierda.

—Así que tu Nannie es bastante mala, ¿no?

Chris se volvió hacia mí.

—Sí, puede ser una perra, pero sólo Nastasia y yo podemos decirlo.

—Es especialmente dura con tu hermana.

Asintió.

—Sí. Definitivamente se ha llevado la peor parte desde que éramos niños. He intentado hablar con Nannie sobre eso, para que se tranquilice, pero es una vieja testaruda. Cree que le hace un favor pero en realidad... —se cortó y sacudió la cabeza—. No lo sé. A veces, me pregunto si Nastasia se repudia a sí misma por su culpa.

—Tiene sentido. Tu hermana es una chica hermosa, y tu abuela le habla como si fuera...

—¿Un ogro? Sí. Y para que conste, en lo que a ti respecta, podrías considerarla un ogro porque está fuera de los límites. No necesito que vayas por ahí hablando de lo guapa que es mi hermanita. ¿Entendido?

—Sólo trato de entender la dinámica de tu familia.

—Como un demonio acosador que eres.

Le mostré una sonrisa inocente.

Mi teléfono sonó. Estaba conectado al Bluetooth de mi auto y el identificador de llamadas parpadeó en la pantalla del tablero. Agradecí a mis estrellas de la suerte haber guardado el nombre de Nastasia en mi teléfono como “Prometida” por esta misma razón. Si alguna vez llamaba cuando estaba cerca de Chris, no quería que se diera cuenta.

Chris entrecerró los ojos ante el identificador de llamadas.

—¿Quién carajos es prometida?

—Una compañía a la que le surtiré whisky para una fiesta —mentí sin problemas.

Dejé que el teléfono siguiera sonando hasta que saltó el buzón de voz. Esperé a que sonara la campana que decía que alguien me había dejado un mensaje pero nunca llegó. Tenía que llamarla en cuanto pudiera.

Dejé a Chris en el camino de su casa familiar. Me recordó que la fiesta de cumpleaños de su hija era ese fin de semana en la casa y que se esperaba que yo estuviera allí. Le aseguré que estaría. Sandi lo esperaba en la puerta principal, él le frotó la cabeza revolviendo sus rubios mechones torcidos, y luego me saludó por encima del hombro antes de comenzar, sin duda, la búsqueda de Toto.

Llamé a Nastasia en cuanto puse mi auto en reversa. Ella contestó al segundo tono.

—¿Dónde estás ahora mismo?

—Saliendo de la entrada de tus padres en realidad.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estaba dejando a tu hermano. Consideré venir y pedir ver tus viejas fotos de la secundaria, ya sabes, para poder hablar con todos en la reunión sobre lo linda que solías ser, pero pensé que podrías...

—¿Cortarte las pelotas y hacerlas a la parrilla? Sí. Buena decisión.

Me reí con gusto mientras palmeaba el volante y me alejaba de la casa.

—Vamos, Nastasia. Sabes que bromeo. ¿Qué pasa?

—¿Estás libre?

—¿Para ti? Por supuesto. ¿Dónde puedo recogerte?



Nastasia se reunió conmigo fuera de su complejo de apartamentos. Estaba de pie bajo una luz de la calle, acurrucada en su gruesa chaqueta verde esmeralda para protegerse del frío de la noche. Llevaba una bufanda burdeos, jeans azules oscuros, y un par de botas marrones oscuras, y estaba mirando a la acera cuando detuve el Porsche delante de ella. Se movió al borde de la acera y me incliné hacia el asiento del pasajero para abrirla la puerta.

Se deslizó en el asiento de cuero e inmediatamente llevó sus manos a los conductos de

ventilación.

—Gracias por venir.

—No hay problema —esperé mientras se ponía el cinturón de seguridad. Algo estaba mal. Podía sentirlo en el aire a su alrededor, vibrando como una amenazante valla eléctrica invisible a los ojos—. ¿Estás bien?

No me miró.

—Sí. Estoy bien. Sólo... estaba visitando a mamá y papá, y Nannie estaba allí. Ya sabes lo divertida que es.

—Si necesitas una distracción, no digas más. Tengo la noche perfecta reservada.

Finalmente, me miró. No estaba seguro, pero parecía que podría haber estado llorando. Su nariz estaba rosada, también podía ser por el frío, pero sus ojos estaban vidriosos.

—No me siento de humor para algo extravagante.

—No lo será. Lo prometo. Te gustará.

—Ya veremos.

Conduje a mi destino original de la noche, mi destilería en el centro de Nashville. Había cerrado hace más de dos horas, así que cuando aparqué en el estacionamiento trasero, Nastasia estaba un poco confundida. Me dejó abrirle la puerta del auto, lo que fue una sorpresa para mí, y aceptó mi brazo cuando se lo ofrecí. El estacionamiento detrás del moderno edificio de dos pisos de la fábrica estaba roto y disparejo, y no quería que se tropezara. Entramos por la puerta trasera, y encendí las luces. Luego nos abrimos paso por el amplio pasillo que sólo usaban mis repartidores.

Salimos al piso de la fábrica de concepto abierto. Arriba había una plataforma metálica y una barandilla sólo para los empleados, y había puertas en el pasillo que daban a las oficinas. En la planta baja se encontraban los sistemas de la destilería Moonshine. A la izquierda estaba el espacio para los clientes, y a través de un conjunto de puertas había un área de asientos para que los invitados probaran el producto hecho en casa. Era un espacio sencillo con una decoración minimalista, y olía a pino en los muebles.

En la pared trasera de esa habitación había filas y filas de diferentes tipos de Moonshine y sabores. Le pedí a Nastasia que se sentara y luego le serví un vuelo de muestras. Ella me miró y se inclinó hacia atrás en su asiento cuando me uní a ella.

—¿Estás tratando de emborracharme? —preguntó.

—Nunca puedes disfrutar de algo, ¿verdad?

—Sí, puedo.

—Uh huh. Perfecto —deslicé una silla hasta el centro de la mesa y me senté en ella. Luego señalé con mi mano libre a los cuatro vasos pequeños—. Este de aquí es el clásico de la casa y con el que tuve más éxito. El original Thompson Moonshine. Es un licor para sorber. No se toma a grandes tragos.

—Lo sé —levantó el vaso hasta sus perfectos labios y tomó un sorbo. Su nariz se arrugó de la manera más adorable, y balbuceó un poco pero se controló rápidamente—. Eso es... intenso.

Sonriendo, señalé el siguiente.

—Luego pasamos a la versión más ligera. Algo que creo que te puede gustar. Podrías sentarte y tomarte esto después de un largo día en la tienda.

Intentó la segunda y asintió favorablemente.

—Así está mejor. No se siente como si me estuviera incendiando la garganta —alcanzó el tercero antes de que yo pudiera señalarlo y lo sostuvo hacia la luz—. ¿Este es verde?

—Un poco. Tiene sabor.

Ella lo olió.

—¿De manzana?

—Sidra de manzana. No es tan dulce como un licor convencional de ese sabor. Es difícil comercializar un licor Moonshine de manzana muy dulce. Alrededor del setenta y cinco por ciento de nuestros clientes son hombres. Las mujeres no suelen buscar este tipo de licor.

Nastasia inclinó la cabeza hacia atrás y tomó un sorbo. Luego levantó el vaso y se lamió los labios. No tenía ni idea de lo sexy que se veía cuando hacía eso. Me sorprendí a mí mismo soñando despierto con lo bien que sabría su beso ahora mismo mientras hablaba.

—Me gusta este. Tienes razón. No es demasiado dulce. Yo lo compraría.

—¿Sí?

Asintió antes de recoger el cuarto y último vaso.

—Ahora cuéntame sobre este chico malo.

—Este es nuevo. Nadie lo ha probado todavía.

Sus ojos marrones oscuros se apartaron del cristal de su mano hacia mí.

—¿En serio?

—En serio. Aparte de mí, por supuesto.

Lo olió.

—Es familiar. Pero no puedo ubicarlo.

—Es uno que espero poner en el mercado muy pronto. Un mes o dos más y estaremos listos para ir con toda la marca y el etiquetado. Justo antes de la temporada de Navidad.

Lo olió por segunda vez.

—¿Es... canela? No —sacudió la cabeza y sus cejas se juntaron mientras consideraba la familiaridad del aroma—. Es picante. Pero un dulce picante.

—Uh huh.

Podía pasar toda la noche viéndola hacer eso.

Una sonrisa enroscó sus labios.

—Espera. Sé lo que es esto. ¿Esto es un chai?

—Tienes una buena nariz.

—Interesante. Nunca he oído hablar de un Moonshine chai.

—Yo tampoco. Mi abuela adora el té chai. Juro que bebe cuatro tazas al día. Y este es mi tributo a ella. Dime lo que piensas. Sé honesta.

Nastasia tomó un sorbo, dejando que se le quedara en la lengua, y no pude leer la expresión neutra de su cara. Ese Moonshine tenía un lugar especial en mi corazón. Estaba ansioso por revelárselo a mi abuela, que nunca había temido unirse a mí para tomar un trago fuerte después de un largo día.

Nastasia tragó y tomó otro sorbo.

—¿Te gusta? —pregunté.

Pasó su lengua por su labio una vez más.

—Erick, no quiero sonar como una besa culos aquí. Pero esto es realmente bueno.

—¿Sí? —el arrebato en mi propia voz podría haber sido embarazoso si estuviera con alguien que no fuera ella.

Ella asintió con entusiasmo.

—Sí. Compraría esto para la gente como un regalo. Lo guardaría en mi nevera en casa. Es delicioso. Me gusta cómo se queda en la boca. Conozco a mucha gente que bebería esto —alejó el vaso medio lleno—. También puedo ver cómo puede volverse peligroso muy rápidamente.

Le mostré una sonrisa.

—¿Qué te parece si llevamos una botella a mi casa y jugamos a las preguntas?

Dejó escapar una risa aguda.

—¿Cuántos años tienes?

—Lo suficiente para saber que habrías dicho que no si no te interesaba.

Me dio una sonrisa maliciosa.

—Pagarás mi taxi cuando la noche termine.

—Trato hecho.

Capítulo Veintidós Anastasia

Erick llevaba la botella de Moonshine chai sin etiquetar bajo su brazo mientras subíamos al ascensor. Estaba enviando un mensaje de texto a alguien, y no tuve el valor de preguntarle quién era, aunque tenía una curiosidad peligrosa.

¿Era otra mujer?

No habría sido una sorpresa. Pero seguro que me habría hecho hervir la sangre. Y eso, en sí mismo, era una realización aleccionadora.

¿En realidad me gustaba este hombre?

Erick no era mi tipo. Era sexy, rudo y masculino, mientras que la mayoría de los chicos con los que intimaba, como en el caso de los que besaba o les dejaba tocar mis tetas mientras le hacía una paja, eran más suaves y dulces. Lo dulce era seguro. Lo dulce era mi zona de confort. Dulce era que me preguntaran cuatro veces mientras me acariciaban el pecho derecho si estaba bien y si me gustaba lo que hacían.

No, no me había gustado. Había sido muy incómodo tener sus dedos huesudos aplastando mi teta como si estuvieran tratando de hacer una mamografía muy asequible. También era muy consciente de que eran demasiadas tetas para una sola mano. Los hombres decían que les gustaban las tetas, cuanto más grandes mejor, pero me resultaba difícil de creerlo cuando mis pechos eran tratados como una muestra de laboratorio en lugar de una parte del cuerpo femenino aparentemente adorada.

Me pellizqué el labio inferior con los dientes y miré a Erick por el rabillo del ojo mientras escribía otro mensaje de texto.

El hombre sudaba sexo. Estaba muy caliente. Más caliente de lo real. ¿A qué temperatura se derretía el acero? Así de caliente estaba. Sí, definitivamente. Tenía ese corte en la parte superior del cuerpo, y mis ojos se dirigieron compulsivamente a sus fuertes antebrazos mientras sus pulgares golpeaban la pantalla táctil de su teléfono.

Mantén la calma, Anastasia. Estás así por el Moonshine.

Forcé mi mirada y me fijé en el techo del ascensor, pretendiendo que era lo más fascinante para mirar hasta que las puertas se abrieron y entramos en el loft de Erick. Deslizó su teléfono en el bolsillo trasero de sus jeans y pasó junto a mí. Instintivamente, mis ojos siguieron su mano. También tenía un gran trasero que se veían muy firme.

Se volvió hacia mí. Si me sorprendió mirando, no dijo nada. Balanceó la botella de Moonshine en sus manos y movió las cejas.

—¿Deberíamos probar esta mierda de verdad?

Me liberé de mi suéter verde y me quité la bufanda. Las puse en la parte de atrás de su sofá y lo seguí hasta la cocina, donde tomó dos vasos de cóctel. Los llenó a tres cuartos del camino y me deslizó el mío a través de la isla como un camarero experimentado. Impresionada, lo tomé y me lo llevé a los labios.

—Ah, espera —levantó un dedo, deteniéndome con el vaso a una pulgada de mi boca. Sacudió su dedo hacia mí, regañándome—. Todavía no. Tenemos que hacer un brindis primero.

—Por supuesto, adelante.

Esto debería ser bueno. Sentí la sonrisa jugando en mis labios mientras hablaba.

—Salud por las nuevas amistades y los falsos amantes.

Me reí.

—¿Falsos amantes?

—Mujer, es mejor que creas que tus compañeras de instituto nos envidiarán por hacer el amor.

—Hacer el amor ficticio —corregí.

Su sonrisa era blanca cuando golpeó el borde de su vaso contra el mío.

—Y brindemos por esta noche.

Me pregunté qué tenía en mente mientras inclinaba mi cabeza hacia atrás y bebía el delicioso moonshine chai. Me cosquilleó la lengua y la garganta y me dejó la boca con sabor a clavo y canela. Lo saboreé antes de pasar al salón, donde examiné su selección de licores, todos muy caros y de alta calidad, por supuesto, así como una estantería llena de viejos ejemplares de edición de coleccionista de libros como Los tres mosqueteros y colecciones de Edgar Allan Poe.

—¿Eres un ávido lector? —pregunté.

Erick se encogió de hombros.

—Solía serlo. Los libros eran un buen escape para mí cuando era más joven. ¿Y tú?

—Sí. Me encanta leer. Pero dudo que nos guste en el mismo tipo de cosas.

—¿Qué te gusta?

—¿Has oído hablar de W. Parker?

—¿El novelista romántico?

No había ningún juicio en su voz. Era una pregunta inocente.

—Sí. Me encantan todos los libros de él.

—¿Él? ¿Cómo sabes que es un hombre? ¿No es un autor ambiguo?

—Sí. Pero sé que es hombre. Lo presiento.

Erick se rio.

—Pequeña cosa enreída —sus ojos brillaban mientras seguían mis pasos por la habitación—. ¿Cómo lo sabes?

—Es sólo un sentimiento, supongo. La forma en que elige sus palabras. Cómo describe los momentos más íntimos compartidos entre los personajes. La armonía de la misma.

—¿Armonía?

—Los hombres y las mujeres hablan con ritmos diferentes. Si prestas atención, puedes oírlo. Y eso puedo oírlo en las palabras de la página. Como si estuviera leyendo una partitura.

—¿Puedes leer partituras? —parecía impresionado.

Me reí de mí misma.

—No, no puedo.

Él también se rio. Era un sonido maravilloso. Un sonido poderoso. Me encantaba la forma en que todo su cuerpo temblaba de alegría, especialmente sus hombros. Luego bajó la cabeza y la sacudió.

—Tu honestidad es refrescante, Nastasia.

—Cuidado. No queremos que mi hermano sepa que me estás halagando. Te estrangulará con tu propia corbata.

Erick me siguió a través de la sala de estar mientras continuaba explorando. Tenía extraños surtidos de cosas, botellas de licor vacías como decoración, viejos marcos sin fotos pero con cortos poemas en su lugar, viejas reliquias de guerreros de terracota en miniatura y Budas.

—Tu hermano me invitó al cumpleaños de Sandi este fin de semana —agregó.

Hice una pausa, un dedo se quedó en el borde de un estante con copias viejas de la revista Time.

—¿Lo hizo?

—Sí. ¿Te molestará si estoy allí?

—¿Dejarías de ir si lo hiciera?

—No.

—Entonces, ¿por qué molestarse en preguntar? —me enfrenté a él.

Sonreía tímidamente. Era difícil no sonreírle.

—Supongo que no estoy preguntando. Sólo te estoy avisando.

—Qué considerado.

—Ese es mi segundo nombre.

—Hmm, y aquí estaba yo pensando que era otra cosa.

—¿Algo digno?

—Claro —mentí.

Bebió a sorbos de su vaso. Vi su nuez de Adán deslizarse por su garganta y luego subí a lo largo de su afilada y cuadrada mandíbula, y tuve la repentina necesidad de pasar la punta de mis dedos sobre ella.

—¿Quieres un poco más?

—¿Perdón?

Erick asintió con la cabeza a mi bebida.

—¿Puedo servirte más?

—No debería.

—¿Quién lo dice?

Yo. Me lo digo yo misma.

Si sigo así, la noche se me podría escapar de las manos. Necesitaba controlar mi ritmo.

—Estoy bien por ahora. Pero probablemente deberíamos empezar a tomarnos todo esto de la reunión un poco más en serio. Todavía siento que nos costaría convencer a la gente de que estamos comprometidos.

O tener sexo.

Erick sirvió más del licor en su vaso.

—Pregúntame lo que quieras. Soy un libro abierto.

Varias preguntas aparecieron en mi mente. ¿Sólo me estás complaciendo porque estás aburrido? ¿O es porque esto te está ayudando a superar a tu ex? ¿Qué tan difícil es ser Erick Thompson?

En cambio, pregunté:

—Si no fueras un moderno productor de Moonshine, ¿qué serías?

Asintió apreciativamente a la pregunta.

—Interesante. Nadie me había preguntado eso antes. No estoy seguro.

—Volveremos luego a esa pregunta.

Se acarició la barbilla. Me acerqué intencionadamente para ver si podía oír el rasgueo de sus vellos. Lo hice. Instantáneamente mis entrañas se retorcieron con algo que nunca había sentido antes. Lo que se convirtió en calor, y se asentó en lo profundo de mi interior debajo de mi vientre, donde pulsaba en brasas.

Opté por una pregunta más ligera.

—¿Cómo me propusiste matrimonio?

Sus ojos se iluminaron.

—Oh. Eso sí que es divertido. Y fácil. Te llevé en mi yate...

—¿Tienes un yate?

—Cariño, tenemos un yate. Vamos. Haz tu parte. Lo que es mío es tuyo.

Me reí.

—Está bien. Bien. Salimos en nuestro yate. ¿Y luego?

—Tenía un arpista privado tocando mientras cenábamos en la cubierta superior. Tu instrumento favorito en mi fantasía, para que conste —se dio un golpecito en el costado de la

nariz, y yo me reí—. Luego, cuando el sol se estaba poniendo, fingí que se me caía el tenedor. Me arrodillé, y cuando me levanté, sostuve la caja del anillo y te hice la pregunta, usando tu nombre completo, por supuesto. Lo que me recuerda. Voy a necesitar tu segundo nombre.

—Jane Marie.

—Bonito.

—Gracias. Jane es el segundo nombre de mi madre y Marie es por mi Nannie.

—¿Y tu nombre de pila?

Fruncí el ceño. Ese era un territorio inexplorado. No podía decirle que mi nombre completo era Anastasia. ¿Y si él sumaba dos y dos que yo era Annie de la radio? Preferí mantenerlo así.

Este camino era seguro.

—Sólo es Nastasia.

—Nastasia Jane Marie Harrison —mi nombre en sus labios hizo que las brasas debajo de mi vientre se calentaran más. Miró mi mano izquierda—. Supongo que vamos a tener que conseguirte un anillo para vender realmente esta cosa, ¿eh?

—Probablemente sea una buena idea. Puedo usar el de mi madre por la noche. Estoy segura de que no le importará.

—¿Eso es un chiste?

—¿Qué? ¿De dónde más esperas que saque un anillo de compromiso?

—Yo te lo daré.

—Erick, no seas idiota.

Hizo un gesto en su loft.

—Como verás, puedo permitírmelo. Tú eres la que está actuando como tonta. No te preocupes. No gastaré más de mil dólares.

Mi boca se abrió.

—¿Mil dólares? ¡No quiero que gastes ni un solo centavo!

Se inclinó hacia adelante. Podía oler el chai en su aliento y contar sus oscuras y gruesas pestañas.

—Siento la necesidad de recordarte, Nastasia, que en realidad no estamos comprometidos. No tienes que decirme qué hacer. Ahora dime algo.

Mi voz tembló.

—¿Qué?

—¿Cuál es la talla de tu anillo?

Capítulo Veintitrés Erick

Nastasia puso una mano en su cadera y la sacó como la descarada que era.

—No te voy a dar mi talla de anillo.

—Aww, vamos prometida. No me hagas esto.

—No te estoy haciendo nada.

—Todavía no —le guiñé un ojo.

Puso los ojos en blanco.

—Deberíamos abandonar esta estúpida idea. Ni una sola persona en mi reunión creerá por un segundo que estoy comprometida con alguien como tú.

—Deja de decir eso.

No me gustaba cómo me ponía en un pedestal. No estaba seguro de por qué seguía dando vueltas a cosas como esa, como si necesitara asegurarse de que yo supiera lo separados que estábamos. No me lo creía. La única persona a la que intentaba convencer era a ella misma y la farsa se estaba volviendo un poco tediosa.

Tal vez debía refrenarla y tomármelo con calma con ella.

Nastasia acabó el resto de su bebida. Entonces ella sacudió su cabeza para aclarar la confusión por el licor.

—Debería irme. Esto fue una mala idea. ¿Podemos dejarlo todo?

—No.

—Erick, lo digo en serio. Esta fue una idea tonta en primer lugar. Nadie nos creerá. Y no quiero perder todo este tiempo dándote el gusto con tus bromas, para que todo vuelva a la normalidad después de la reunión.

Arqueé una ceja.

¿Esperaba que todo volviera a la normalidad después de esto? ¿Significaba eso que estaba imaginando que cuando todo estuviera dicho y hecho, ella y yo no tendríamos nada que ver el uno con el otro?

Apenas vi que las cosas se desarrollaran de esa manera no pude callarme más.

—Me gustas, Nastasia —confesé.

Sus ojos se abrieron un poco.

Yo di un paso adelante, y ella dio un paso atrás, así que me quedé donde estaba.

—Nastasia, escucha. Esto no es un juego al que estoy jugando. No sé de dónde sacaste en tu cabeza que tengo otras intenciones. Es sólo que... no lo sé. Creo que eres una persona impresionante y creo que te hará bien entrar en tu reunión con la barbilla levantada. Es mucho más fácil hacerlo cuando tienes un aliado a tu lado. Un amigo. Déjame ser esa persona.

Bajó su mirada, pensativa.

Sonreí.

—También soy un absoluto deleite en cualquier multitud. No tendrás que microgestionarme mientras estemos allí.

Se lamió los labios.

Sabía que estaba llegando a ella.

—Así que dejemos de discutir. Por favor... O pinchamos el globo con un alfiler o vamos por ello. Yo, por mi parte, estoy totalmente de acuerdo —hice una pausa. Ella me miró—. ¿Qué dices?

Masticó el interior de su mejilla y luego levantó su vaso.

—Bien. Bien. Tú ganas.

—No se trata de ganar.

—Todo parece así cuando estás involucrado —suspiré y ella se rio—. Lo siento. Sólo te estoy

haciendo pasar un mal rato. En realidad todo lo haces tan fácil —golpeó la uña contra el vidrio del vaso—. ¿Tomamos otra y continuamos nuestro juego de preguntas?

—Absolutamente.



Nastasia estaba sentada con las piernas cruzadas en medio de mi sofá. Le hice mi última pregunta de la noche, que era si tenía marcas de nacimiento, y se quitó los dos calcetines para mostrarme uno pequeño en la parte inferior de su pie izquierdo y otro en la parte posterior de su tobillo derecho. Tenía los dedos de los pies rojos.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó.

Sus mejillas estaban sonrosadas, su cabello un poco despeinado por pasar constantemente sus dedos por él, y sus labios hinchados por la bebida. Habíamos pasado a tomar agua por mi insistencia, aunque ella afirmaba que aún podría disfrutar de más moonshine.

No lo disfrutaría cuando se levantara por la mañana.

Levanté el dobladillo de mi camisa para mostrarle mi marca de nacimiento, una mancha beige con forma de cacahuete en la costilla inferior de mi lado derecho.

—Sólo esta —dije, presionando mi dedo índice contra mi piel.

Tragó fuerte. No fui estúpido. Me miraba el abdomen. Dejé mi camisa levantada un momento más. No trabajé duro por mis abdominales para nada, si alguien quería apreciarlos, especialmente ella, podía mirar todo lo que quisiera.

Ella apartó la mirada y yo dejé caer mi camisa.

—¿Tienes una pregunta más, Nastasia?

—Hmm —tamborileó sus dedos en su rodilla. La sonrisa que estiraba sus mejillas me preocupó al instante—. ¿Realmente quieres casarte algún día? ¿De verdad?

Dudé intencionadamente. La respuesta era fácil.

—Sí.

—¿En serio?

—¿Te sorprende?

Se encogió de hombros.

—Un poco. Cuando tienes todo esto —hizo un gesto alrededor de mi loft. El movimiento era un poco inestable por los tragos—. Puede ser difícil de envolver tu mente para compartirla con alguien más. No lo sé.

—Estaba preparado para compartirlo todo con mi ex.

—¿Trish?

Fruñí el ceño. ¿Le había hablado de Trish en algún momento? No podía recordar la conversación. Tal vez Chris le había hablado de ella y de cómo las cosas se desmoronaron.

Nastasia hipó y tomó su agua.

—Lo siento. Eso fue intrusivo. No tienes que hablar de ella.

—No hay nada que no pueda hablar. Yo la amaba, o creía que la amaba. Y pensé que ella era la indicada, pero entonces la encontré cogiendo con su ex en el suelo de mi cocina. Eso fue hace tres semanas, parece más tiempo. Estaba enojado al principio, no podía creer que me hiciera eso, pero luego empecé a darme cuenta de que me había hecho un favor.

—¡Oh!

—Me mostró sus verdaderos colores antes de convertirse en la Sra. Thompson. Podría haber sido mucho peor.

—Eso es verdad.

—¿Y qué hay de ti? ¿Quieres casarte algún día?

Nastasia sonrió pensativa. Dios, era tan hermosa, delicada, y tan femenina. Se veía bien acurrucada en medio de mi sofá, flanqueada por cojines, con su cabello desordenado y los pies desnudos. Mejor que bien. Parecía que pertenecía a ese lugar.

—Sí, por supuesto, pero creo que ese día está probablemente muy lejos.

—No necesariamente. La vida tiene una forma divertida de sorprendernos.

Nastasia se quedó callada, y sus cejas se juntaron. Cuando hablaba, había una dureza en su voz que no había oído antes. Mucha rabia, amargura y dolor.

—He pasado tanto tiempo de mi vida sintiendo que soy demasiado... Demasiadas opiniones. Demasiada alta y... —apretó la mandíbula, y por un momento pensé que podría llorar cuando me mirara fijamente a los ojos—. Que ocupo demasiado espacio.

—Tú no...

—Lo sé —sus palabras eran agudas. Ella tragó y tomó un respiro—. Lo siento. No has sido más que amable conmigo, Erick. Pero no estoy acostumbrada a esto. Estoy acostumbrada a que la gente me trate como si fuera menos que ellos porque no encajo en su idea de lo que es una chica guapa. Como si eso fuera lo más importante. Estoy tan... estoy tan jodida con estas cosas y lo sé, sólo que no sé cómo arreglarlo.

Estaba fuera de mi alcance en ese momento. Sería muy fácil decir algo equivocado y no quería herirla más de lo que ya lo habían hecho otras personas. Pero quería ayudar, y necesitaba decir algo, así que elegí mis palabras con cuidado y me acerqué a ella en el sofá para apoyar una mano en su rodilla.

—Nastasia, no creo que la gente te trate menos que ellos por pensar que no eres bonita. Creo que te tratas a ti misma como si fueras menos que porque les crees. Y están equivocados. Simple y llanamente. Pero yo te entiendo. Cuando escuchas lo mismo una y otra vez durante años y años, se convierte en lo que eres.

Nastasia me miró fijamente y su expresión se suavizó.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo?

—Porque me gustas. Y veo realmente quien eres.

—¿Me ves?

Asentí.

Nastasia se puso roja, y de repente, intentó ponerse de pie, se balanceó, pero sólo ligeramente, y soltó una risita encantada que encendió una chispa dentro de mí.

—Me siento muy bien. Ese moonshine tuyo es de primera clase.

—Me alegro de que te guste —yo también me puse de pie.

Ella miró hacia mi balcón, su cara se iluminó y se giró hacia mí.

—¿Es eso un jacuzzi?

—Sí.

—Deberíamos entrar.

Me reí.

—¿Tienes un traje de baño?

—Oh. Cierto. No, no tengo.

Sus hombros se desplomaron.

—¡Vamos! —me quité la camisa por encima de mi cabeza. Vio cómo se caía al suelo—. En ropa interior. Es prácticamente lo mismo que un traje de baño —me desabroché el cinturón y bajé mis jeans.

Nastasia jadeó.

—¡Erick!

—¿Qué? Son sólo boxer. Igual que los trajes de baño. ¿Verdad? No seas tan mojigata.

—No soy una mojigata.

—¿Ah no?

—No.

—Pruébalo.

Se dio la vuelta y marchó hacia las puertas corredizas, salió al balcón y comenzó a desnudarse afuera en el jacuzzi.

—¡Jesús! —susurré y respiré profundo. Luego me apresuré a alcanzarla y quitar la tapa del jacuzzi para que no se congelara ahí fuera.

Era difícil hacer el trabajo cuando su ropa caía en el suelo. La chica tenía un montón de capas. Primero se le quitó el suéter, luego sus jeans. Se paró en su camiseta de tirantes y sus bragas, un par negro de corte bikini con pequeñas flores rosas, con los brazos tan apretados alrededor de sí misma que sus tetas amenazaban con derramarse sobre ellos.

Me las arreglé para quitar la tapa. Luego encendí las luces multicolores que iluminaban el jacuzzi para diez personas. Ir a lo grande o ir a casa, ¿verdad?

Nastasia se asomó.

—¿Lo estás pensando mejor? —pregunté antes de subirme al borde, balanceando mis piernas y deslizándolas en el agua caliente.

—¿Esto es una locura?

—¿Locura? —me reí y me hundí en el agua hasta los hombros—. Nastasia, es un jacuzzi. Es lo más lejos que puedes estar de la locura cuando se trata de agua.

Se rio nerviosamente. Luego, con el labio entre los dientes y la mirada baja, se enganchó los dedos en la parte inferior de su camiseta y se la quitó por encima de la cabeza, dejando al descubierto un sujetador que hacía juego con sus bragas, un escote en el que quería asfixiarme y un cuerpo hecho para la adoración. No me dio mucho tiempo para admirarla. Se sumergió en el jacuzzi. El agua se deslizaba por los bordes mientras subía las rodillas al pecho, escondiéndose de mí bajo el agua. Sin decir nada, encendí los chorros para que estuviera más cómoda. Inclino la cabeza hacia atrás y miró las estrellas que decoraban el cielo de Nashville.

—Tienes una hermosa vista —agregó.

Todavía la estaba mirando.

—Claro que sí.

—Solía acostarme en el césped con mi padre cuando era una niña y mirar las estrellas. Me decía que eran hadas.

—¿Hadas?

Nastasia sonrió con nostalgia. Cuando me miró, todas las líneas de tensión de su cara habían desaparecido. Ya no estaba atrapada en el pensamiento de cómo se veía.

—Sí. El espacio solía asustarme cuando era niña. Todas esas estrellas. Todo ese espacio negro y vacío. No había nada más aterrador.

—Aparte de tu Nannie.

Se rio con fuerza. Tan fuerte que resopló un poco. Y eso sólo la hizo reír más fuerte hasta que ambos caímos ahogados en risas y ella aspiraba tragos de aire a través de sus dientes.

—Sí. Excepto por mi Nannie.

Me aparté de mi lado del jacuzzi para tomar el lugar junto a ella. Me vio acercarme a ella.

—¿Por qué ella es así?

—¿Honestamente? No tengo ni idea. Creo que salió del útero insultando a los médicos y enfermeras.

Me reí entre dientes.

—¿Crees que es un mecanismo de defensa?

—¿Estás tratando de hacer terapia con mi familia?

—Dios mío, no.

—No creo que nadie pueda, para ser justos. Nannie es sólo... Nannie.

Vi una marca en la parte posterior de su hombro y me incliné hacia atrás para mirarla. Luego presioné mi dedo índice contra su piel. Su hombro estaba frío al tacto. Dejó escapar un pequeño jadeo.

Sonreí.

—Tienes otra marca de nacimiento. Tramposa. No me hablaste de ésta.

Ella se alejó.

—No sabía que estaba ahí.

—¿Qué? ¿Cómo no pudiste...?

Nastasia se puso de repente de color rosa neón. Se escabulló por el jacuzzi, se levantó y salió.

—Creo que debería irme a casa.

—Espera. Espera. ¿Hice algo malo?

—No. Es sólo que... he bebido demasiado y quiero irme a casa. ¿Puedes llamarme un taxi?

—Yo... sí. Seguro.

En algún momento del camino, dije o hice algo malo. ¿Era la marca de nacimiento? Si es así, ¿por qué? No tenía sentido.

Nastasia no me dio tiempo para ordenar mis pensamientos. Recogió su ropa de las piedras del patio y se apresuró a entrar, dejando huellas húmedas en mi piso desde la cocina hasta el baño, donde se encerró para secarse y cambiarse.

Maldita sea.

Capítulo Veinticuatro Anastasia

La Dra. Langford cruzó una pierna sobre la otra y se puso cómoda en su lujoso sillón de terciopelo mientras yo me apoyaba en unas almohadas de su sofá. Eran un juego a juego, el sofá y la silla, y estaban forrados con tachuelas planas de plata sobre las que tenía la costumbre de pasar los dedos cuando el tema de la conversación se volvía demasiado personal.

Que era todo el tiempo.

Mi terapeuta me vio instalarme en mi asiento, un proceso que siempre me llevó al menos cinco minutos, y luego aclaró su garganta suavemente.

—¿Cómo has estado esta semana, Anastasia?

—Abrumada.

—Lo siento. ¿Puedes explicar por qué estás abrumada? ¿Sabes el por qué?

Por supuesto, sabía el por qué. El por qué era un hombre de 1,80 m con el físico más piadoso que jamás había visto y que incluía al reparto masculino de todas las películas de superhéroes que han llegado a las taquillas últimamente. Todo lo que pude pensar mientras estaba en el jacuzzi con Erick era que tenía manos grandes. Manos muy grandes. Manos que podrían manejar mis tetas en toda su gloria.

—Hay un tipo —comencé.

La doctora sonrió. Nunca se sabía con ella si era genuina o ensayada. De cualquier manera, me hizo sentirme escuchada mientras se movía en su asiento.

—Háblame de él.

—Él es un soñador.

—¿No lo son siempre?

—No, no lo entiendes. Es como un soñador. Los tipos como este no tienen derecho a existir. Él es... él es... —consideré mentir, pero este era un lugar seguro. Un lugar seguro por el que pagaba y necesitaba una guía que no obtendría si tenía la información más crucial de la mujer que estaba aquí para ayudarme—. Es Erick Thompson.

Sus finas cejas plateadas se levantaron.

—¡Oh!

—Sí. El maldito Erick Thompson. Y escucha esto, también es el llamador misterioso que siempre llamaba a la estación.

Parpadeó.

—¿Sr. Sin Nombre?

—El mismo. El Sr. Sin Nombre en persona. También es el mejor amigo de mi hermano mayor desde el instituto. Y él y yo tuvimos la brillante idea de hacer equipo e ir juntos a mi reunión de secundaria. Así que hemos pasado mucho tiempo juntos, y anoche, parecía que las cosas se iban a calentar de verdad, y entré en pánico.

—¿Qué hiciste?

—Estábamos en su jacuzzi. Me senté allí con él durante unos cinco minutos. Fue agradable. Me sentí tan a gusto que le hablé de mi padre y de los buenos recuerdos que tengo con él y que no le he contado a nadie. Ni siquiera a mi mejor amiga. Fue tan fácil hablar con él pero confuso al mismo tiempo, y luego me tocó. No de una manera sexy, o de una manera no deseada. Literalmente puso su dedo en mi hombro para señalar una marca de nacimiento y me asusté como una virgen de catorce años.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Crees que es porque no estás lista para ese tipo de intimidad?

La miré fijamente.

—¿Poner un dedo en el hombro de alguien cuenta como intimidad?

—Estuvieron juntos en un jacuzzi. ¿Supongo que sólo ustedes dos?

—Sí.

—Entonces la intimidad estaba implícita.

—Bien, bien. Sí. Sabía que las cosas se estaban poniendo un poco calientes. No quería irme, pero era como si mi cuerpo tuviera una mente propia y tuviera que salir de allí. No puedo entenderlo.

—Te estás protegiendo a ti misma.

—¿De qué? —pregunté desesperadamente.

—Bueno, podría ser un montón de cosas. Tal vez te estás protegiendo de la decepción y el dolor. Acercarse a alguien puede ser algo realmente aterrador, especialmente cuando no sabes el resultado. Es completamente normal temer lo desconocido, el rechazo y el tipo de daño que sufre nuestro corazón cuando alguien por el que empezamos a tener sentimientos románticos no siente lo mismo. O tal vez esté en conflicto.

—¿Sobre qué?

—Acerca de ocultar ciertas partes de ti misma a él. Él te conoce como Annie, así como Nastasia Harrison. ¿Crees que podrías sentirte un poco culpable por esto? Sabes cosas muy personales sobre él por sus llamadas a la estación. Sabes cosas de él que nunca ha compartido intencionadamente contigo.

Mi estómago se retorció un poco.

—Eso podría tener algo que ver con eso.

La Dra. Langford sonrió de nuevo. Esta vez, realmente parecía genuino mientras se inclinaba hacia adelante para apoyar sus codos en sus rodillas y juntar sus delgados dedos. Sus uñas estaban redondeadas y pintadas casi del mismo color que los muebles sobre los que nos sentábamos, y llevaba varios anillos, incluyendo un brillante anillo de boda y un anillo de compromiso en su mano izquierda que siempre había envidiado.

—Tal vez deberías decirle quién es realmente Annie.

Podía sentir mi cara enfriándose mientras la sangre se alejaba de mis mejillas.

—No. Es demasiado pronto.

—¿Qué te hace decir eso?

—Eso lo decepcionaría.

—O tal vez no.

Ambas opciones parecían igualmente aterradoras. ¿Dónde estaba el medio feliz?

—Necesito más tiempo.

Ella asintió.

—Sabes que no me gusta decirle a la gente lo que tiene que hacer, Anastasia. Pero me siento obligada a decir esto. Los secretos no le sirven a nadie. Puede que tengas razón, puede que sea demasiado pronto, pero tan pronto como no lo sea, deberías considerar seriamente ser honesta con él. ¿Y si empiezas a ver que esto podría ser algo real entre ambos? —me buscó la mirada de esa forma desconcertante que sólo los profesionales entrenados pueden hacer—. Te debes a ti misma ser honesta con él. De lo contrario, nada en absoluto será real en ustedes.

Tal vez eso era lo que quería. Era mucho más fácil mantener un pie dentro y otro fuera. Pero anoche, algo cambió. Estaba empezando a creer que tal vez, sólo tal vez, Erick gustaba de mí después de todo. Y esa era una perspectiva verdaderamente aterradora.



Mi turno en la tienda de vestidos fue difícil de soportar después de mi cita matutina con mi

terapeuta. Nuestra conversación se repetía una y otra vez en mi mente mientras miraba a los clientes comprando vestidos para bodas familiares, cumpleaños y todo tipo de ocasiones especiales, así como prendas más informales para la vida diaria. Pasé media hora limpiando vitrinas y espejos de los probadores después de que una madre con un niño pequeño con manos sucias pasara más de una hora en la tienda, y luego barrí, desempolvé y enderecé las perchas, desesperada por que terminara la última hora de mi turno.

Cuando el timbre de la puerta sonó a los quince minutos antes de cerrar, me quejé. Siempre había alguien que quería entrar y comprar justo cuando yo cerraba por el día. Levanté la cabeza y me sentí aliviada al ver a Kim de pie en la entrada. En una mano, tenía una bolsa de pasteles de nuestro café favorito de la calle, y en la otra, una bandeja con dos cafés.

—Hola, nena. ¿Te apetece un aperitivo?

—¿Qué hice para merecerte?

Kim entró en la tienda y se unió a mí en el mostrador de ventas. Dejó las golosinas, nos atrincheramos y procedió a dar una vuelta por la tienda, buscando nueva mercancía. Parecía poco inspirada por la selección y volvió a mí.

—¿Cómo has estado? —me preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

Kim se encogió de hombros.

—Estoy bien. Dejé que Jackson me arreglara otra cita lúgubre. No sé por qué sigo dejando que me convenza de estas cosas. El último tipo, sin rodeos, me dijo en los primeros quince minutos que había revisado todas mis citas sociales y sólo accedió a ir a la cita porque, y cito, “pareces el tipo de chica que se cuida a sí misma”.

—Que imbécil.

—¿Verdad? —preguntó, con los ojos bien abiertos—. Ha sido el peor. Tan pronto como salí de allí, llamé a Jackson y le dije que estaba oficialmente despedido de ayudarme con mi búsqueda del amor.

—En el peor de los casos, sacaste algunas buenas historias de ello.

Kim suspiró y abrió la bolsa de pasteles para servirse un hojaldre de crema.

—No quiero buenas historias. Quiero a mi alguien. ¿Sabes?

—Está ahí fuera, Kim. Sólo tienes que ser paciente.

—¿Qué hay de ti?

—¿Yo? ¿Qué hay de mí?

¿Qué estaba preguntando? ¿Estaba preguntando por Erick?

Tranquila, Nastasia, tranquila.

—Sí. ¿Todavía pasas mucho tiempo con Erick?

—Emm.

Kim me señaló con dedo acusador.

—Lo has hecho, ¿verdad?

—Él irá a la reunión conmigo. Por supuesto que sí. Nos estamos conociendo.

—Por favor. No hay forma de que ninguna mujer sobre la faz de la tierra pueda pasar tiempo con un hombre como él y no captar sentimientos.

—Supongo que no soy como cualquier otra mujer sobre la faz de la tierra.

Arrugó la nariz.

—Oh, por favor. No voy a caer en eso. Te gusta. Puedo verlo en tu cara.

Podría haber mentido fácilmente, podría haberle dicho que no era nada, que sólo me ponía nerviosa hablando de Erick por lo caliente que estaba y lo ingenua que era cuando se trataba de

hombres. Ella me habría creído... con el empuje adecuado y la selección correcta de palabras, por supuesto. Pero no quería mentir. Ya tenía tantos secretos con ser Annie que no podía soportar la idea de ocultárselo a mi mejor amiga. Erick era la cosa más inesperada, salvaje y llena de sangre que me había pasado, y Kim merecía sentarse en el círculo íntimo.

Levanté mi barbilla.

—Tienes razón. Me gusta. Me gusta tanto que me asusta.

La boca de Kim se abrió.

Levanté las manos, preparándome para la explosión de excitación que pude ver arder dentro de ella.

—Todavía es demasiado pronto para saber a dónde va esto. Si es que va a alguna parte. Todo lo que sé es que disfruto pasando tiempo con él y no quiero que se acabe pronto.

—¿Han...? —bombeó las cejas dos veces.

—No. Ni siquiera nos hemos besado.

—Por el amor de todo lo que es bueno, ¿por qué diablos no?

Intenté pensar en una respuesta para ella, pero no se me ocurrió nada. No había ninguna buena razón para que no nos hubiéramos besado. ¿Y alguna vez quise hacerlo?

Lo deseaba tanto que casi consideré faltar a mi turno en la estación de radio para poder conducir hasta su ático, agarrarlo por la camisa y besarlo como si mi vida dependiera de ello. Pero eso no era algo que Nastasia Harrison haría. Annie quizás.

Pero no la vieja yo.

Capítulo Veinticinco Erick

Sandi se veía exactamente como su padre. Tenía los grandes ojos marrones de Chris y el cabello rubio oscuro. Tenía las mismas cejas gruesas y pestañas largas, y el mismo labio inferior, ancho, lleno y rizado hacia arriba en los bordes en lo que parecía una sonrisa permanente.

Cuando le entregué el regalo de cumpleaños que tenía para ella, sus ojos se iluminaron. Era una caja bastante grande envuelta en papel de neón con globos. Había un lazo rosa gigante en la parte superior, que Sandi rápidamente arrancó y se pegó en el cabello. Ella se dirigió a mí.

Me reí entre dientes.

—Te queda mejor que al regalo.

Chris bajó por el pasillo detrás de su hija, que aún no me había invitado a entrar. Puso una mano sobre su hombro y la guió suavemente hacia atrás.

—Cuidado, Sandi. Tienes que dejarle entrar antes de empezar a aceptar regalos —Chris me sonrió cuando entré y me dio una palmada en los hombros—. Me alegro de que hayas podido venir, amigo. Y justo a tiempo, también. La cena sale del horno en quince minutos. Nastasia estará aquí en cinco. Y Nannie ya se ha tomado dos copas, así que es más tolerable de lo normal.

Me reí.

—Qué suerte tengo.

Sandi tiró de la pierna del pantalón de su padre.

—¿Puedo abrir esta ahora, papá?

Todavía me parecía un poco raro que hubiera un ser humano en el planeta que llamara a mi mejor amigo papá.

Chris sacudió la cabeza.

—No, cariño. Ponlo en la sala de estar con los demás. Abriremos los regalos después de la cena.

Sandi hizo pucheros. Chris le puso una mano en la espalda y la condujo hacia el salón mientras yo cerraba la puerta principal detrás de mí. Me estaba quitando mi chaqueta de cuero cuando la puerta se abrió y me golpeó justo entre mis omóplatos.

—¡Joder!

Me volví para encontrar a Nastasia parada ahí con las manos en la boca.

—Lo siento, Erick. No sabía que estabas parado ahí. ¿Te hice daño?

Mi espalda quemaba del golpe.

—No, no te preocupes. Yo era el idiota que se interponía en el camino.

Sus mejillas ardían en un profundo tono de rojo.

—Ugh. Lo siento. ¿Seguro que estás bien?

Ella abrió la puerta como si fuera un luchador enfadado que se mete en un combate, pero claro, yo estaba bien.

—Perfectamente bien. Déjame ayudarte con tu abrigo.

Colgué nuestras chaquetas una vez que ella se quitó la suya, y luego seguí las voces de los demás por el pasillo hacia la cocina. Pero Nastasia me agarró la muñeca y me tiró hacia atrás. Busqué en sus ojos, confundido.

—¿Pasa algo malo?

Sacudió la cabeza.

—No. En absoluto. Sólo... quería disculparme por haberme escapado de ti la otra noche. Me asusté. Sé que sólo estamos haciendo esto para mi reunión y supongo que me agoté un poco cuando empezó a sentirse un poco real. Estaba pasando un buen rato contigo. No quise arruinarlo.

—No lo has arruinado.

Me miró fijamente.

—Corrí como una cobarde —miró hacia sus pies.

Me reí a carcajadas y le puse una mano en el hombro.

—No tienes nada que lamentar, Nastasia. Y para que conste, yo también me lo pasé bien. Cada vez que hemos estado juntos, he pasado un buen rato.

Ella sonrió. Luego me soltó la muñeca, dándose cuenta de que aún me tenía agarrado. Le hice un gesto para que caminara delante de mí por el pasillo hasta la cocina. Pasó a mi lado y caminamos hasta la cocina donde la familia estaba reunida.

Olía a espaguetis. La cocina estaba caliente por el horno y todos los cuerpos. Nannie y un par de parientes que no conocía estaban sentados en la mesa tomando copas de vino blanco con cubitos de hielo. La madre de Nastasia estaba inclinada sobre la estufa, comprobando lo que parecía ser una cazuela de espaguetis que ya me hacía agua la boca. El padre de Nastasia estaba cortando pan y dejando caer los trozos en una cesta, y Sandi estaba revoloteando en el arco entre la cocina y la sala de estar, mirando con nostalgia la colección de regalos apilados en la mesa de café.

La Sra. Harrison me vio primero. Cerró el horno con la cadera y me mostró una sonrisa muy parecida a la de su hija.

—Erick, es muy amable de tu parte venir esta noche. ¿Puedo ofrecerte un trago? Tenemos vino, cerveza, soda...

—Vino sería genial. Lo que sea que esté abierto.

Se encargó de servirme una copa mientras Nastasia hacía la ronda y saludaba a todos. Chris entró en la cocina y la saludó con un medio abrazo, del que ella se encogió de hombros antes de ir a la mesa a saludar a su abuela y a sus tíos. Chris se acercó a mí y abrió una lata de cerveza.

—¿De qué hablabas con mi hermana en la puerta de entrada?

—Sólo me pongo al día.

—¿Sobre qué?

—¿Estás preocupado, Chris?

—¿Sobre ti? Siempre.

Me salvó la Sra. Harrison, que llegó para darme una copa de vino tinto.

—¿Cómo has estado, Erick? Me enteré de lo de tu padre. Siento mucho oír lo de su salud. Debe ser muy difícil para todos.

Ah. Sí. Eso.

Se había filtrado a la prensa que mi padre tenía cáncer. Cáncer de páncreas en fase tres, para ser precisos. No estaba seguro de quién había hablado con los medios de comunicación sobre ello y no me importaba mucho. Todo lo que sabía era que ahora mi padre pasaba más tiempo en la finca, lo que significaba que mi madre bebía más, y Gigi era la única con algún tipo de sentido común para mantener al personal de la casa trabajando eficientemente. Razón por la que había tenido que pasar las últimas noches en la finca, para ayudar y asegurarme de que nadie se metiera en problemas.

No era lo ideal.

Aclaré mi garganta, consciente de los varios pares de ojos que ahora se habían desplazado en mi dirección, incluyendo a Nastasia.

—Gracias, Sra. Harrison. Se está manteniendo de buen humor —una completa mentira—. Con un poco de suerte, se recuperará completamente —otra mentira—. Pasa mucho tiempo en casa y se lo toma con calma. Gracias por pensar en él.

Otra mentira. No sentía ninguna gratitud por eso. De hecho, me molestaba.

Nastasia era mi santuario últimamente. No quería que los momentos que pasara con ella se vieran empañados por la charla de mi padre imbécil, aunque estuviera muriendo lenta y dolorosamente.

La Sra. Harrison me ofreció la clase de sonrisa comprensiva que más odiaba.

—Es bueno que tenga un hijo como tú para que lo cuide.

Casi suelto un carcajada. Sin embargo, sólo asentí. Luego se fue.

—Bien jugado —susurró Chris.

—¿Jugado?

—Tu padre es un idiota en una canoa. El cáncer no cambia eso.

Sonreí en mi vino y tomé un sorbo. Chris me dio una palmada en la espalda antes de cruzar la cocina para ir a su hija y alejarla de los regalos, de los que no había podido arrancar la mirada.

Pasé los siguientes cinco minutos viendo a la familia darse la vuelta. Los tíos le hicieron preguntas a Nastasia sobre la tienda de vestidos, que ella respondió con lo que yo sabía que era un falso entusiasmo. Sandi fue bombardeada con deseos de cumpleaños y gente mayor pellizcándole las mejillas. El Sr. y la Sra. Harrison paseaban frente al horno mientras daban los últimos toques a la cena. Nastasia evitó a Nannie, que miraba a su nieta con un agudo juicio de anciana. A pesar de la tensión subyacente, la habitación estaba llena de felicidad, y gratitud. Y yo estaba feliz de estar allí.

Nos sentamos a comer a las seis y cuarto. Mi plato era una gloriosa mezcla de ensalada, cazuela de espaguetis, y pan recién horneado con mantequilla. Aparentemente, era una tradición que el cumpleaños o la cumpleañera, sin importar su edad, pudiera pedir la comida que quisiera.

Le sonreí a Sandi, que estaba sentada entre su padre y yo.

—Buena elección la cazuela de espaguetis, chica.

Asintió con la boca llena y un fideo que salía por la comisura de su boca.

—¿Verdad? —preguntó.

Todos se rieron.

Todos menos Nannie, pero empezaba a sospechar que era incapaz de hacer tal cosa.

Cuando me levanté para rellenar mi vaso de agua y añadir un chorrito de vino tinto a la copa de Nastasia, Nannie se volvió hacia su nieta y frunció los labios.

—¿Nastasia?

Nastasia la miró. Prácticamente podía oír cómo se hundía su corazón mientras me sentaba en la silla a su lado. Sin pensarlo, puse mi mano en su rodilla. Ella no se apartó.

—¿Sí? —preguntó.

Su voz se le quedó grabada en la garganta. Nadie más pareció darse cuenta. Se estaba preparando para lo que fuera que las palabras estuvieran a punto de salir de la boca de su abuela. Y yo también. Quería atraparlas en el aire antes de que llegaran a los oídos de Nastasia y apagarlas. Quería protegerla. Quería salvarla.

Pero la familia era complicada.

Nannie asintió a la ensalada de la mesa.

—Las verduras son muy buenas, ¿sabes?

Nastasia miró su plato. Estaba equilibrado con un poco de todo.

—Lo sé. Lo he probado.

—Deberías comer más de ellas.

La Sra. Harrison se aclaró la garganta.

—Mamá. Ahora mismo no, ¿vale?

¿Ahora mismo no? Pensé... ¿Qué tal si no lo hace más nunca?

Nannie sonrió, pero no había nada agradable en ella. Entonces se adelantó y usó las pinzas para tomar más verduras, que dejó caer en el plato de Nastasia.

—Aquí tienes, niña. Más verduras como esas te ayudarán a conseguir un novio. Tal vez te encuentres con alguien en esa reunión tuya. ¿Cuándo es eso de nuevo? ¿El próximo fin de semana? —se rio ligeramente mientras servía su propio plato—. No hay mucho que puedas lograr en una semana de buena comida, pero tal vez te ayude a aclarar tu piel y...

Las palabras escaparon de mi boca antes de que tuviera el sentido común de darme cuenta de que debía callarme.

—Nastasia no necesita un novio —intervine.

El comedor se quedó en silencio. Sólo se escuchaba la suave música de fondo desde la sala de estar.

Nastasia se giró lentamente hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en voz alta.

Le apreté la rodilla de nuevo para asegurarme que tenía esto bajo control. Luego me obligué a sonreírle a Nannie, que me miraba como la pequeña arpía crítica que era.

—Ella está conmigo.

A Nastasia se le cayó el tenedor. Chris inhaló un fideo completo que procedió a toser y a cortar antes de tomar un extremo del fideo y sacarlo de su garganta. El Sr. Harrison escupió en su vaso de cerveza. Y la Sra. Harrison aplaudió encantada.

Nannie ni siquiera se acobardó.

—Oh. ¿En serio?

Asentí lentamente mirando a la bestia fijamente a los ojos.

—Sí. Lo hemos mantenido en secreto porque Chris podría intentar asesinarme mientras duermo, pero es verdad. Su nieta es una mujer muy especial. Sólo un tonto no sería capaz de ver eso.

Esperaba que supiera que me refería a ella.

Nastasia soltó una risa nerviosa. Chris agarró el asiento de su silla tan fuerte que la madera chirrió. Me empezó a doler la mandíbula como si anticipara el puñetazo que tan desesperadamente quería lanzarme. Pero por ahora, sabía que estaba a salvo en la mesa de la cena del cumpleaños de su hija.

Nannie alternaba su mirada entre Nastasia y yo.

—Nastasia, ¿es esto cierto? ¿Tú y Erick están saliendo?

Ella tragó fuerte.

—Sí, estamos juntos.

Sonreí y me caí contra el respaldo de mi silla.

—Se siente bien decir la verdad, después de todo. ¿No es así? —envolví un brazo alrededor de los hombros de Nastasia.

Se ruborizó. Pero asintió y me miró.

—Así es.

Y entonces, sin pensarlo, estimulado por la ardiente necesidad de hacer más creíble la farsa ante su abuela, me incliné y besé a la chica de la que me enamoré, la besé como si fuera nuestro último día en la tierra.

Capítulo Veintiséis Erick

La habitación estaba en silencio. Los labios de Nastasia en los míos eran más suaves que la seda, y cálidos. Sabía a tomates y a ajo. Su lengua se deslizó en mi boca y dejó escapar un suspiro que sólo yo podía oír. No quise apartarme, quería sacarla de este lugar y mostrarle lo que era realmente ser besado por Erick Thompson.

Pero esta era una función familiar.

Así que a regañadientes, me retiré, dejándola sin aliento con los labios húmedos en su asiento. Giré espaguetis alrededor de mi tenedor y sonreí a todo el mundo como un bufón.

—Este es el espagueti más delicioso que he comido nunca, Sra. Harrison. Gracias por invitarme esta noche.

La Sra. Harrison me sonrió muy entusiasmada.

—Un placer, Erick.

Nannie, bendita sea su envejecida, desalmada, malvada y marchita pequeña alma, no dijo una palabra.

Chris, sin embargo, tenía muchas palabras silenciosas que percibí. Me dio un codazo en las costillas.

—Tú y yo tenemos que hablar —su voz era baja. Demasiado baja para que los demás la oyeran al retomar la conversación. Pero sabía que Nastasia estaba escuchando.

—¿Puedo terminar mis espaguetis?

—No.

Nastasia miró a su hermano.

—Déjalo en paz, Chris. Esto no tiene nada que ver contigo.

Chris se puso de pie.

—Sólo tomará un minuto.

—Yo también voy —dijo Nastasia.

Puse una mano en su hombro, deteniéndola antes de que intentara ponerse de pie.

—Puedo manejarlo. Está bien, no te preocupes. Disfruta de tu comida —me incliné para susurrarle al oído—. Y no toques esa maldita ensalada. Desharás todo mi trabajo duro.

Se rio.

Me alejé de la mesa con Chris pisándome los talones. Salimos al pasillo y me hizo salir por la puerta principal que cerró tras él.

Me di vuelta.

—Antes de que te enfades demasiado...

Se lanzó por el aire hacia mí con el puño cerrado. Con suerte logré esquivarlo, haciendo que fallara por centímetros. En el movimiento, mi talón se deslizó por el borde del porche delantero y perdí el equilibrio. Chris me agarró la parte delantera de la camisa, salvándome de caer de espaldas por las escaleras. Luego me hizo girar y me golpeó la espalda contra el costado de la casa.

Sus labios se desprendieron de sus dientes en un gruñido.

—Dame una buena razón por la que no debería darte una paliza ahora mismo, pedazo de mierda mentirosa.

Me reí.

—Chris, eres un imbécil. Mentí.

Me golpeó contra la pared otra vez.

—Mentira. Te estás follando a mi hermana, ¿verdad? ¿No es así?

—¡No!

—¡Mentiroso!

Sus ojos ardían de rabia. Nunca lo había visto así antes. Mentira. Lo había visto así una vez cuando me dieron una paliza en un bar y un grupo de tipos trató de golpearlos en el callejón detrás de un club nocturno. Chris había estado allí para salvarme el trasero. Desató el infierno sobre ellos y los dejó a todos lloriqueando en charcos de sangre y dientes.

No tenía intención de perder ningún diente esta noche.

—Chris, escúchame, maldito tonto. No estoy saliendo con tu hermana. Lo dije para quitarle de encima a tu abuela abusiva y que pudiera disfrutar una puta noche en paz sin que la molestaran por su peso o la comida de su plato.

Su agarre de mi camisa se aflojó.

Me liberé y enderecé el cuello de mi camisa. Fue inútil. Sus dedos sudorosos habían provocado las arrugas en ella, la tela ya no se mantendría plana.

—Pero ese beso...

—Era para hacerlo más creíble —aclaré.

—A mí me pareció bastante real.

Se sintió real, también, como besar a un ángel. Un ángel sexy al que quería hacerle cosas muy traviesas.

—No voy a darle un beso a medias, Chris. Ella es linda.

—Cuidado.

—No, ten cuidado tú. Soy el único ahí dentro que intervino para salvarla. El resto de ustedes dejan a Nastasia sola contra los lobos, en lo que concierne a tu abuela. No es justo, y sé que no me corresponde, pero tenía que hacer algo. Hablé antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Chris se lamió los labios.

—Dime la verdad. ¿Te gusta mi hermana, Erick? Lo digo en serio. No me mientas ahora mismo.

—Yo... —me corté. Mi instinto era mentir. No necesitaba saber que me estaba enamorando de la chica. Demonios, Nastasia ni siquiera lo sabía. Aunque después de ese beso, ella podría tener pensamientos contradictorios sobre todo el asunto. Me froté la nuca—. Sí, me gusta.

Chris se quejó y se desplomó contra la pared con la que me había golpeado.

—Lo sabía. Por supuesto que sí. Mierda.

—¿Por qué es algo tan malo para ti?

—¿En serio, Erick?

—¿Qué? ¿No soy lo suficientemente bueno para ella? ¿De verdad crees que soy tan terrible?

—Sí. Se merece algo mejor que un mujeriego, Erick. Conozco tu historial. Sé lo rápido que te aburres, y sé que estás dañado después de todo lo que pasó con Trish. Si estás usando a mi hermanita para sentirte mejor y la hieres, te juro por Dios que te haré un nuevo agujero de culo.

Ouch. Eso dolió.

—Voy a volver a entrar.

—No he terminado contigo —aclaró Chris.

—Bueno, yo sí he terminado contigo. Sugiero que te tomes un minuto para refrescarte antes de volver a entrar. Es el cumpleaños de tu hija y estás haciendo una escena.

No esperé a que él respondiera. Volví a entrar y marché directamente a la cocina, donde me dejé caer en mi asiento.

Nastasia me miró mientras me bebía el resto del vino.

—¿Estás bien? —susurró.

—Estoy bien —miré a su plato y vi que la pasta y el pan habían desaparecido, y la ensalada

estaba intacta. Sonreí—. Estoy bien.



Sandi estaba durmiendo en el suelo bajo la mesa de café. Estaba rodeada de papel de envolver, y el lazo rosa de mi regalo que se había pegado a su cabello estaba ahora pegado a la cabeza del juguete que le había regalado, un cachorro esponjoso de tamaño natural que era recargable por USB y podía caminar, ladrar, comer y aprender nuevos trucos. Lo había llamado sin ceremonias Brownie porque era marrón, a pesar de mis esfuerzos por convencerla de que hiciera algo un poco más creativo. Era su regalo favorito del grupo, y se acostaba con el perro que tenía bajo el brazo mientras los adultos se sentaban a tomar café y té.

Casi todos se habían ido a casa. Chris estaba meditando en el Lazy Boy de la esquina mientras yo me sentaba en el sofá con Nastasia. Sus padres y su abuela estaban en el sofá más grande y la chimenea crepitaba, emitiendo calor y luz naranja.

Era una habitación agradable y la vibración hubiera sido perfecta si Chris no me estuviera clavando dagas.

A las nueve, mi amigo recogió a su hija de debajo de la mesa de café y bajó por el pasillo para acostarla. No me dio las buenas noches. Nannie se fue a la cama poco después, dejándome con Nastasia y sus padres, y cuando Nastasia se ofreció a lavar los platos, me levanté para ayudar.

No llegué a la cocina. Su madre fue en su lugar, diciéndome que me terminara el café. Así que me quedé con el Sr. Harrison, que se puso de pie, recogió tres grandes libros de la estantería junto al televisor, y vino a unirse a mí.

—Siento mucho lo de mi hijo.

—No se preocupe. Lo superará.

—Cree que le está haciendo un favor a Nastasia. Pero siempre ha sido muy buena cuidando de sí misma y tomando decisiones inteligentes. Confío en su juicio.

¿Era esa su forma de decirme que me aceptaba? Si es así, fue un refrescante cambio de ritmo comparado con lo que estaba acostumbrado a mi padre.

—Gracias, señor Harrison.

—Por favor. Llámame Martin.

No me lo esperaba. Mi padre me había obligado a llamarlo señor toda mi vida. Sólo cuando cumplí diecinueve años tuve finalmente las agallas para dejar el título.

Martin abrió uno de los primeros libros. Me di cuenta de que era un anuario de secundaria. Lo hojeó hasta la parte de atrás, donde había fotos de estudiantes con sus togas y birretes. Reconocí los colores azul y dorado y me incliné mientras señalaba una foto de una chica con cabello largo y oscuro y grandes ojos marrones.

Nastasia.

—No puedo creer que esto haya sido hace diez años —Martin pasó sus dedos sobre la foto y sonrió—. Mi niña ha crecido. Ahora es una mujer. Una mujer de la que estoy muy orgulloso.

Yo también estaría orgulloso si fuera su padre.

Martin miró la foto por un minuto. Luego volvió a la parte delantera del libro, donde había recortes de periódicos viejos doblados. Los sacó uno por uno y los desplegó, pasándome uno a mí una vez que había presionado los pliegues.

Me encontré mirando una foto mía con Chris y un par de chicos del equipo de fútbol de nuestro instituto.

Martin tocó la foto con su dedo índice.

—Esto fue del último año. Chris fue reclutado en este partido. ¿Lo recuerdan?

—Como si fuera ayer.

—Chris casi no jugó. Se arrepintió. Tenía tanto miedo de que el explorador estuviera allí y que lo estropeará. Lo llevamos al partido. Lo llevamos al entrenador. ¿Recuerdas lo que pasó cuando le dijo al entrenador que no podía jugar?

Me reí mientras recordaba. Había estado parado allí junto al entrenador Ricket. Los dos estábamos igual de sorprendidos cuando Chris intentó retirarse del juego. Antes de que el entrenador tuviera la oportunidad de decir algo, agarré a Chris por la parte delantera de su casco y lo empujé hacia delante con suficiente fuerza para darle un latigazo.

—Le grité —dije.

—No sólo le gritaste —Martin se rio y hojeó los otros recortes de periódico—. Le diste una patada en el trasero. No le diste la opción de tener miedo. Le quitaste eso. Lo empujaste a ese campo y lo hiciste responsable. Te debe mucho, Erick. Todos lo hacemos.

¿Así era como se sentía la gratitud?

—Por favor, señor Harrison, sólo estaba siendo un amigo. Todos necesitamos...

—Martin. Llámame Martin.

Había una calidez en mi pecho que no podía definir, una sensación de facilidad, de comodidad y paz que no había sentido antes pero que había pasado toda una vida persiguiendo. Y el padre de Nastasia me lo había dado en menos de cinco minutos.

¿Por qué no pudo mi propio padre hacer eso?

Capítulo Veintisiete Anastasia

Puse la última pila de platos secos en el armario encima del horno tostador mientras mi madre enjuagaba el fregadero con agua caliente después de lavar los platos.

—Eso sí que fue inesperado.

Recogí mi copa de vino. ¿Cuántas había bebido en el transcurso de la noche? ¿Tres? ¿Cuatro? No importaba.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—Erick. Lo de ustedes dos. Ese beso.

—Lo siento. Sé que fue algo inapropiado en la mesa de la cena y todo, pero...

—No te disculpes. Me alegro por ti, cariño. Erick es un buen hombre. Complicado, pero bueno.

La culpa se elevó dentro de mí. Ya me estaba conteniendo de Erick cuando se trataba de mi alter ego del programa de radio. No quería ocultarle cosas a mi madre también. Ella merecía saber la verdad.

—En realidad no estamos juntos, mamá.

—¿Perdón?

—Sólo me besó y dijo todas esas cosas para quitarme a Nannie de encima.

—Estoy confundida.

Suspiré. Y entonces me desahugué por completo. Le conté lo de la reunión y cómo Erick me había propuesto ir como mi falso prometido. Le dije que debido a ese trato, él y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos, y que en ese tiempo, había empezado a gustarme de verdad. Y que había algo ahí, algo que no podía señalar con el dedo y no estaba lista para definir porque era desordenado y confuso y estaba esperando a que todo acabara.

—¿Y si no se acaba? —preguntó mi madre.

—Lo hará. Siempre es así. Y no intentes convencerme de que un hombre como él se va a conformar con una chica como yo. No es realista. Tan pronto como la reunión termine y no estemos obligados a pasar tiempo juntos, él pasará a la siguiente mejor cosa.

Mi madre sacudió su cabeza.

—Odio cuando hablas tan mal de ti misma. Eres una mujer increíble, Anastasia, y creo que Erick lo sabe. Claro, puede que haya mentido sobre que estaban juntos. Pero ese beso dijo más que mil palabras. Eso fue real. Toda la habitación pudo sentirlo. Creo que realmente se preocupa por ti.

—No seas tonta, mamá. Sólo quiere olvidarse de su ex. Estoy llenando una necesidad para él como él lo hace para mí. Todo volverá a la normalidad después de la reunión del próximo sábado.

Mi madre se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

Nos unimos a Erick y a mi padre en la sala. Le di a papá un beso en la mejilla y un abrazo para desearle buenas noches. Él y mi madre nos acompañaron a Erick y a mí hasta la puerta, donde él recogió mi chaqueta de donde la había colgado en el gancho al comienzo de la noche, la sostuvo para mí y yo metí mis brazos en ella.

—¿Cómo te vas a casa? —preguntó él.

—Voy a conducir. Tomé unas cuantas copas, pero estoy bien.

—Te llevaré.

—Honestamente. Estoy perfectamente bien para...

Mi padre intervino.

—Deja que Erick te lleve a casa. Puedes venir a recoger tu auto por la mañana.

Este era un argumento que sabía que perdería, así que lo dejé pasar, le di un abrazo a mi madre, y seguí a Erick a su Porsche. Me abrió la puerta antes de caminar a su lado y entrar. El motor roncó y retumbó cuando lo encendió. Me despedí de mis padres, que se pararon a la luz de la puerta abierta y me saludaron. Luego nos alejamos y nos dirigimos a la ciudad.

—No tenías que rescatarme, ¿sabes? —jugué con la correa de mi bolso y arranqué un trozo de cuero falso pelado—. Sin duda Chris debe estar planeando tu asesinato.

—Déjalo.

—Le dije a mi madre que todo era una mentira.

—Pensé que lo harías.

Pude haberme equivocado, pero sonaba decepcionado.

Me mordí el labio inferior.

—¿De qué hablaron tú y mi papá mientras lavábamos los platos?

—Cosas de fútbol —giró a la derecha y se detuvo en un semáforo en rojo. Luego me miró—. Es un buen hombre, tu padre. Te quiere mucho.

—Lo sé.

El resto del viaje fue tranquilo. No escuchamos música. Simplemente nos sentamos en silencio, serpenteando por las calles de la ciudad mientras ambos pensábamos en cómo se había desarrollado la noche. Fue inesperado, por decir lo menos. Nunca había soñado que Erick me besaría, y mucho menos que me besara como lo había soñado toda la vida, delante de toda mi familia. Pero sucedió. Todavía podía sentir la suave presión de sus labios contra los míos cuando cerraba los ojos. Era enloquecedor.

También lo era la humedad en mis bragas. Mi pequeño vibrador lila esperaba mi regreso a casa en el cajón de mi mesita de noche. No había forma de que pudiera dormir sin la ayuda de mi amigo que no me juzgaba. Y yo fingiría que era la lengua de Erick cuando llegaba.

Oh, sí. Tenía muchas ganas de hacerlo.

Erick se detuvo en la acera fuera de mi edificio y sacó las llaves de su encendido. Se apoyó en el volante para ver el edificio por el parabrisas.

—¿Por qué no hay una luz encendida en la puerta de entrada?

—Se dañó la semana pasada. Los de mantenimiento no han podido arreglarlo. Se mueven un poco lento.

—Déjame acompañarte.

Hubiera sido fácil decir que no, pero no lo hice. Asentí. Salimos del auto y caminamos por el sendero bordeado de arbustos de hortensias. Erick tenía las manos en los bolsillos y yo tenía la nariz en el bolso mientras buscaba las llaves. Nos detuvimos en la puerta principal, envueltos en la oscuridad, mientras yo seguía buscándolas.

—Está bastante mal iluminado ahí dentro, también. ¿Cuál es el problema?

—No encienden todas las luces para ahorrar en los costos de energía. No preguntes. Las otras chicas que viven solas en el edificio y yo hemos hablado en administración para que las enciendan todas y las dejen apagadas durante el día, pero son unos imbéciles testarudos. Ah... Aquí vamos.

Saqué mis llaves y las sostuve, victoriosa.

—¿En qué piso estás?

—Tercero. ¿Por qué?

—Déjame acompañarte.

—¿Por qué?

—Para que pueda verte dentro con seguridad. Para tranquilizar mi propia mente. No la tuya. Mentiroso.

Abrí la puerta, entré y dejé que me siguiera.

¿Qué estás haciendo, Anastasia? Dile que vuelva a su auto. Tu edificio es perfectamente seguro.

No dije ni una palabra. Subimos al ascensor y Erick presionó el botón del piso tres. Las puertas se deslizaron y el ascensor se quejó al subir un par de pulgadas antes de subir suavemente a mi piso. Salimos y él me siguió por el pasillo hasta mi puerta.

—Bueno, gracias por esto —dije.

Erick asintió. Sus manos aún estaban en sus bolsillos.

—De nada. Espero no haber estropeado todo esta noche al besarte. No quise ponerte en una mala situación. Pero creo que lo haría...

—¿Erick? —lo interrumpí. Miró hacia abajo. ¿Estaba avergonzado? ¿Se arrepintió de haberme besado? Extendí la mano y la puse en su antebrazo—. Aprecio lo que hiciste.

—¿Lo haces?

—Sí. Quiero decir, el beso fue demasiado. Y creo que Nannie podría tener más munición para usar en mi contra ahora. Estoy segura de que me llamará zorra dentro de una semana, pero ese no es el punto. El punto es que tú fuiste el único que intervino y realmente hizo algo. Nadie se ha molestado en tratar de poner fin a su tiranía en años. Así que supongo que lo que intento decir es gracias. Me salvaste por...

Nunca llegué a terminar mi frase.

Me agarró por la cintura, me tiró hacia él y presionó sus labios contra los míos. Me quedé paralizada mientras me rodeaba con sus brazos. La firmeza de su pecho era como acero contra mí, mientras sus manos se esforzaban por acariciar mis mejillas y luego se sumergían en mi cabello. Mi aliento se me quedó en la garganta mientras su lengua acariciaba la mía. Exploró mi boca con un afán que rivalizaba con el deseo que se arremolinaba dentro de mí.

Presioné mis manos contra su pecho y empujé, pero me sujetó con fuerza. No me dio el espacio. Mis dedos se enroscaron en puños en su camisa y respiré su olor a cítrico, pino y vino tinto. Sabía a pastel y a sexo, y era todo lo que podía hacer para mantenerme en pie.

Finalmente, encontré mi determinación y me esforcé mucho por alejarme. Me soltó y tropecé con la puerta tras de mí, me presioné contra su superficie mientras lo miraba fijamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Te necesito, Nastasia.

—No, no lo haces.

Esto no estaba sucediendo. Era mentira. No necesitaba una chica como yo. Necesitaba una chica delgada en lencería sexy con confianza. Necesitaba una chica que supiera qué hacer con él y todos sus encantos masculinos. Esa chica no era yo. Yo quería correr, huir.

Se adelantó y apoyó una mano contra la puerta, firmemente sobre mi cabeza.

—No puedes decirme lo que necesito. He querido besarte durante semanas. Estar cerca de ti me vuelve jodidamente loco, Nastasia. Ahora dime algo.

Mi voz tembló.

—¿Qué?

—¿Vas a dejarme entrar o no?

Capítulo Veintiocho Anastasia

¿Hacerlo o no? Esa era la pregunta.

¿Debería dejarlo entrar?

Mis labios aún ardían por nuestro beso, y el calor era igual de intenso en mis entrañas. Una llama caliente, desesperada, se encendió dentro de mí y me desafió a decir esa pequeña palabra que cambiaría todo.

Sí.

Pero el cambio era aterrador. Y el sexo daba más miedo. Nunca antes había llegado tan lejos con alguien. Sólo tetas acariciadas y besos pesados a un lado, yo era una novata. Y Erick era lo más alejado de la inexperiencia. Si lo dejaba entrar, ¿qué lata de gusanos abriría?

Por lo menos sabría de qué hablan los que me llaman a la radio por problemas sexuales que destruyen su relación.

Quería tener sexo. Había querido perder mi virginidad durante años, pero nunca nada se sintió como el momento adecuado. Ningún tipo me hizo sentir que era digno de mi desfloración. ¿Desfloración? Qué palabra tan estúpida.

¿Y Erick era digno? Claro que sí.

¿Pero yo era digna de él? Definitivamente no.

Yo era la chica con la que follaría y luego se arrepentiría de haberse acostado por la mañana. Definitivamente. Pero entonces se acabaría, y él y yo podríamos volver a lo que estábamos haciendo y prepararnos para mi reunión, a la que llegaría como una mujer adulta que definitivamente, con seguridad y absoluta certeza había tenido sexo antes.

Erick seguía mirándome. Sus cejas se acercaban cada vez más en su frente mientras se daba cuenta de que había una gran probabilidad de que le dijera que no. Casi me reí. Apuesto a que era la primera vez que sentía la posibilidad de un rechazo. Ninguna chica en su sano juicio diría que no cuando alguien como él se invitaba a sí mismo a su apartamento y después decía esas palabras que dieron el golpe del deseo en su interior.

Te necesito.

¿Me necesitaba? ¿O sólo necesitaba el agujero entre mis muslos para una rápida cogida en un solo lugar?

¿Qué haría Annie? Esa era la pregunta del momento. ¿Qué haría mi sexy y zorra alter ego?

Me giré hacia la puerta y metí la llave en la cerradura con toda la gracia que pude reunir. No quería que viera que me temblaban las manos. No quería que supiera lo importante que era esto para mí. ¿Y si cambiaba de opinión? ¿Y si esto era demasiado?

¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?

Abrí la puerta y dejé al descubierto mi apartamento. Todas las luces estaban apagadas excepto la de la estufa, que proporcionaba suficiente luz para ver los contornos de las cosas y los interiores de mi cocina pero no lo suficiente para iluminar los rincones de la sala de estar. Entré y dejé la puerta abierta. Erick se quedó en el pasillo, medio iluminado por los fluorescentes del techo. Incluso con una iluminación de mierda que no le hacía ningún favor a nadie, se veía mejor que nunca.

Me paré junto a la puerta como había visto hacer a las mujeres en las películas.

—¿Vas a entrar o no?

Erick respondió a la invitación como un caballo a un disparo en una carrera. Se tambaleó hacia adelante, me tomó en sus brazos, y pateó la puerta cerrada detrás de nosotros. Me levantó con sorprendente facilidad y me llevó hasta la encimera de la cocina. Por primera vez en mi vida, me sentí pequeña. Me sentí delicada y femenina.

Entonces empezó a adorarme con besos.

Empezó con mi boca y luego arrastro sus labios por mi mandíbula y por el lado de mi cuello. Hizo a un lado mi cabello para besarme en la clavícula y luego a lo largo del escote, mientras yo enredaba mis dedos en su cabello como si supiera lo que estaba haciendo.

No lo sabía. No tenía ni idea de qué hacer. Aun así, podía fingir un poco más.

Sus dedos desabrocharon el botón de mis jeans. Yo aspiré un agudo aliento de sorpresa y él se detuvo, sus ojos se elevaron para encontrarse con los míos. Había algo en su mirada y tuve la sensación de que estaba pidiendo permiso.

Y lo tenía.

—Sí —susurré.

Internamente agradecí por haber elegido un lindo par de bragas esa tarde y combinarlas con mi sostén de encaje negro que costaba más de ciento veinticinco dólares, porque tener tetas enormes y una banda más pequeña de treinta y cuatro pulgadas era difícil de encontrar en una tienda que no fuera una boutique especializada. Erick me bajó los jeans por las caderas, muslos y rodillas y me los arrancó de las pantorrillas. Luego se levantó y llevó su boca a la mía una vez más.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura sin pensarlo. Luego empecé a desabrochar los botones de su camisa desde el cuello hasta el dobladillo, hasta dejarla completamente abierta. Metí las manos dentro, maldiciendo la camiseta que llevaba y deseando que no hubiera nada más que piel desnuda bajo mis dedos. Él mismo se deshizo de la camisa dejándola caer suelo, luego le quité la camiseta por encima de la cabeza y rastree cada cresta de músculo de su torso con manos temblorosas mientras nuestro beso se hacía más profundo y mi respiración se aceleraba.

Erick me calmó presionando mis manos contra su pecho. Las sostuvo allí bajo una de sus enormes manos mientras que con la otra libre trazaba un patrón lento por mi costado hasta mi muslo. Se le puso la piel de gallina al tocarme mientras me rozaba la cadera y luego deslizó su toque por mis bragas, deteniéndose justo donde estaba seguro de que podía sentir mi humedad filtrándose a través de la fina tela.

Hizo un gruñido profundo en la parte de atrás de su garganta que hizo que mi piel se quemara. Luego, con la presión justa, frotó mi vagina con los dedos.

Eso era mucho mejor que mi vibrador.

Rompí nuestro beso para tomar aire. Erick me miró satisfactoriamente y sonrió.

—¿Has estado así de mojada desde la cena? —su voz era más profunda que de costumbre y un poco tensa.

—Tal vez.

—Aquí sólo valen respuestas de sí o no, cariño.

Me estremecí.

—Sí.

—Así está mejor.

Me dio una palmadita en mi vagina y me acobardé. Él se rio. Entonces, antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, agarró el dobladillo de mi camisa y lo enrolló, dejando al descubierto mi barriga, mi sujetador y todo mientras me lo quitaba por encima de la cabeza y se lo echaba por encima del hombro.

Mis mejillas ardían y mi pulso se agitó salvajemente en mi pecho. Si iba a correr, ese era el momento justo para hacerlo.

—Maldición —murmuró.

—Sé que es muy...

—Eres tan sexy.

Sus palabras me dejaron congelada.

—¿Yo?

Erick dejó salir otro gruñido primitivo. Luego bajó las tiras de mi sostén y mis pechos se derramaron. Él los acunó, los juntó y los apretó antes de desabrochar hábilmente mi sostén.

Casi me deshice en sus manos en ese mismo momento. Erick tomó mis pezones en su boca uno por uno. Los pellizó suavemente con los dientes y pasó la lengua por las puntas sensibles, burlándose y haciéndome cosquillas, moviéndose sin piedad. Me estremecí, pero no se pudo saciar.

Los músculos de sus hombros estaban tensos mientras se apoyaba con una mano a cada lado de mis caderas en la encimera y me chupaba los pezones, tirando hasta que era casi doloroso pero no insoportable. Mi cuerpo se estremeció con una energía que nunca antes había sentido y me encontré acunando su cabeza hacia mí, sosteniéndolo contra mis pechos, desesperada por más.

No me di cuenta de lo lejos que estaba hasta que se desabrochó el cinturón con un rápido movimiento de sus dedos, y luego se bajó los pantalones.

El contorno de su pene era obvio a pesar de sus calzoncillos negros y la pobre iluminación de mi cocina. Era enorme. Y no sólo enorme para mí era virgen, no, realmente era enorme. Sentí que mis entrañas se apretaron por el pánico. No había manera de que esa cosa encajara dentro de mí.

Erick se movió para bajarme las bragas. Se las arregló para bajarlas dos pulgadas antes de que lo detuviera con una mano en el pecho.

—Espere.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada. Yo sólo...

Al oír la palabra nada, continuó tirando de ellas hacia abajo. Las bajó alrededor de mis caderas y yo levanté una pierna, planté un pie en su estómago y lo empujé.

Él ladeó la cabeza, confundido.

—¿Hice algo malo? —preguntó.

—No, sólo... necesito decirte algo antes de seguir adelante con esto.

Se paró ahí con un aspecto muy sexy, con la cabeza inclinada hacia un lado, los brazos flojos a los lados, y asintió para que yo continuara.

—Bien.

Me lamí los labios. Sabían a su beso.

—Nunca... nunca he hecho esto antes.

—¿Hacer qué? —preguntó inocentemente.

El pobre idiota no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Hora de la honestidad.

Vamos Nastasia. Tú puedes hacer esto.

—Sexo. Nunca he tenido sexo antes.

No pudo ocultar su sorpresa que se mostró en el breve ensanchamiento de sus ojos, el endurecimiento de su mandíbula y el enderezamiento de su postura.

—Oh.

—Entiendo si no quieres seguir adelante.

—¿Qué te hace pensar que quiero parar?

—No lo sé. Es mucho. Lo entiendo si crees que es raro y no quieres ser el tipo que me desflora.

¡Oh, Dios mío! ¿En serio? ¿Usaste la palabra “desflora”? Hay tantas otras palabras que podrías haber usado, idiota.

Me miró de arriba a abajo.

—Definitivamente quiero ser el tipo.

—¿En serio?

—Sí. Siempre y cuando quieras que yo sea el tipo.

—Sí, quiero.

—¿Estás segura?

Asentí. Estaba bastante segura. Tan segura como podía estarlo, al menos. Si me arrepentía por la mañana, era mi responsabilidad. No de él.

—Lo estoy.

Se acercó con precaución, como si temiera que intentara apartarlo con el pie otra vez.

—Vamos a tu dormitorio. La encimera de la cocina es un buen lugar para follar, pero no cuando se trata de perder la virginidad.

—¿Hablas por experiencia?

Erick se rio. Era un sonido tan maravilloso. Profundo, poderoso y descarado. Dobló sus rodillas y me tomó en sus brazos. Entrecrucé mis dedos detrás de su cuello mientras me llevaba a través de la cocina y por el pasillo a mi dormitorio, donde me acostó en la cama con facilidad. Me quitó los mechones de cabello de la cara y se abrió paso a lo largo de mi cuerpo, dejando un rastro de besos a medida que avanzaba, deteniéndose cuando llegó a mis bragas una vez más.

—Intentémoslo de nuevo, ¿sí? —preguntó.

Asentí nerviosa.

Lentamente, me bajó las bragas por las piernas. Las dejó colgando de mi tobillo derecho y me separó las rodillas. Luché contra el impulso de cerrarlas mientras él se instalaba entre mis muslos, con su torso desnudo descansando sobre mí, aplastando mis pechos. Me besó suavemente al principio y luego con más urgencia, hasta que ninguno de los dos pudo soportarlo y nos retorcíamos sobre las sábanas enredadas entre sí.

Luego volvió a bajar, recorriendo todo el camino hacia mi sur con suaves besos, hasta que su cara estuvo entre mis muslos.

¡Adiós vibrador!

¡Hola fantasía salvaje!

Capítulo Veintinueve Anastasia

Erick Thompson, multimillonario, dueño de destilerías de moonshine, inteligente, amigo leal, atleta, gran besador... Y campeón en sexo oral.

No es que tenga con lo que compararlo, por supuesto, pero mientras su lengua lamía mis jugos y se movía sobre mi clítoris, mi sangre corría por mis oídos y todo lo que podía pensar era que seguramente no había mejor sentimiento en el mundo que ese, y ningún hombre mejor con su lengua que el que estaba entre mis muslos.

Deslizó sus manos bajo mi trasero y alrededor de mis caderas. Apretó mi carne allí y no me hizo sentir cohibida. Me hizo sentir segura y deseada. La sensación de confianza que sentí cuando gimió en mi vagina no se parecía a nada que yo hubiera sentido antes, y cedí al impulso de enredar mis dedos en su cabello y mirarle mientras chupaba y lamía mi clítoris.

—¡Oh sí! —gemí fuerte, y deje caer mi cabeza.

Era casi demasiado. Casi.

Mis dedos de los pies se enroscaron y el mundo giró y se desvaneció, hasta que no hubo nada más que el placer en la punta de su lengua. Corrió a través de mí en olas crecientes, hasta que todo lo que pude hacer para aferrarme a él fue apretar las mantas debajo de mí en puños y arquear mi espalda.

En un arrebato de aliento y un grito, llegué. Fue explosivo y mi cuerpo temblaba. Mis muslos se estremecían en delirantes espasmos, hasta que los dedos de Erick reemplazaron su lengua. Me frotó lo suficiente para mantener el orgasmo, y luego sus dedos se deslizaron hacia mi centro, jugando en mi entrada. Pude sentir lo mojada que estaba.

Se lamió los labios.

—Dime si te he hecho daño.

No tenía la capacidad de responderle. Y no quería hacerlo. Confíe en él para que me llevara a través de ese viaje como le pareciera. ¿Qué era un poco de dolor de todos modos?

Suavemente empezó a deslizar un dedo dentro de mí. Agarré las sábanas con más fuerza. El dolor era sordo, más que nada una presión incómoda, pero se intensificó un poco más cuando Erick hundió todo su dedo.

—Relájate, nena —susurró.

Perdí todo el sentido del tiempo y el espacio en ese momento. No era más que placer y necesidad. Quería más, siempre más, y Erick me lo daba. Perdí la cuenta de cuántos orgasmos alcancé. Suficientes para hacer que mis muslos y la parte inferior de mis pies se acalabrarán, suficientes para dejar la parte de atrás de mi cuello sudado y mi vagina goteando.

Cuando Erick finalmente se enderezó, se limpió los dedos. Pensé que estaría horrorizado, pero no lo estaba. Luego se bajó los calzoncillos, liberando su pene y se puso de rodillas en la cama.

—Creo que estás lista —susurró.

—¿Estás seguro?

—No te asustes.

—No lo estoy.

Mentira, si lo estaba, estaba muy asustada. Dos dedos eran aún mucho más pequeños que el monstruo que tenía entre sus piernas.

—No tenemos que hacerlo —me aclaró.

No podía echarme para atrás ahora. No cuando estaba tan cerca de dar el salto.

Sacudí la cabeza.

—No. Quiero esto. Te quiero a ti.

—Buena respuesta.

Erick me abrió las piernas. Mi corazón se aceleró. Me sentí como una adolescente, deplorablemente no preparada para lo que iba a pasar, asustada y llena de nervios. Mis palmas estaban sudorosas. Esperaba que no intentara agarrarme las manos.

Cállate, Nastasia. La gente no se toma de la mano cuando está cogiendo. ¿Verdad?

Se acarició el largo de su pene.

—Lo tomaré con calma, nena. Hasta que seas tú quien ruegues por más.

Inclinó sus caderas, colocando la cabeza de su pene entre mis pliegues. Me mordí el labio cuando comencé a sentir la presión de su erección abriéndose paso en mí, me quejé o lloré -era algo entre los dos-mientras él se deslizaba dentro de mí, llenándome lentamente con sus pulgada cada vez hasta que fue demasiado y yo jadeé e intenté cerrar las piernas.

Se detuvo y se retiró, pero sólo a mitad de camino, entonces nos estremecimos juntos. Sus empujes eran lentos y constantes. Me preguntaba cuánta fuerza de voluntad le hacía falta para contenerse. ¿Quería cogermelo fuerte y rápido? ¿Era un animal en la cama? ¿Le gustaba así?

Probablemente no.

Pero él estaba poniendo el tiempo, estaba cuidando de mí. Mientras me penetraba lentamente, se bajó para besarme, el beso fue húmedo y profundo, y dejé que sus labios y su lengua me distrajeran lo suficiente para que él se hundiera más profundamente. Me quejé dentro de su boca, y devolvió el gemido con uno de los suyos, profundo, masculino y necesitado. Sus caderas se adelantaron y ante su movimiento clavé mis uñas en su espalda.

Luego, con un fuerte empujón, me dio todo lo que tenía.

Grité. Me puso una mano sobre la boca y me lo dio de nuevo. Increíblemente el dolor se evaporó y descendí a un estado de glorioso placer mientras Erick trabajaba en lo profundo de mí. La presión era intensa. Gemí su nombre en el calor de su palma mientras alcanza un nuevo orgasmo. Mi vagina estaba más húmeda que nunca, lo que facilitaba la entrada y salida de su pene, ahora sin esfuerzo. Gimió sobre mí, su mandíbula se apretó y todo en él pasó de lo controlado a lo primitivo.

Arranqué su mano de mi boca.

—Más fuerte —supliqué—. Dame más.

Su sonrisa destelló, su mirada se oscureció, e hizo lo que le pedí. Abrió más mis piernas y me penetró más fuerte y rápido. Hasta que ya no pude ver más, mis ojos perdieron el enfoque y mi habitación se perdió en el olvido de otro orgasmo. Después de que llegué, en un movimiento rápido, él salió de mí y bombeó su carga caliente sobre mi barriga y tetas. Me deleité con los sonidos de placer que se le escaparon antes de caer de espaldas a mi lado en la cama, ambos mirando al techo.

Cerré los ojos y sentí una sonrisa tirando de mis labios.

—Ahora lo entiendo.

Volteó la cabeza hacia mí.

—¿Qué cosa?

Riendo, me encontré con su mirada.

—Por qué la gente ama tanto el sexo.

Se rio.

—Para que conste, no siempre es tan bueno. Pero cuando estás conmigo...

—Tómalo con calma, semental.

Su risa bailó alrededor de mi cerebro confundido por el sexo mientras se sentaba en la cama. Luego me apretó el muslo.

—Quédate donde estás. Voy a buscar una toalla y un poco de agua. Luego vamos de nuevo.

Me apoyé en mis codos y lo vi salir al pasillo hacia mi baño.

—¿Otra vez?

Se detuvo en la oscura entrada.

—Puedes apostar tu sexy trasero a que sí. No te muevas.

Me desplomé en la cama y sonreí como una idiota viendo hacia el techo.

El Sr. Sin Nombre había tomado mi virginidad y ni siquiera lo sabía.



Erick parecía un hombre diferente mientras dormía. No completamente diferente. No tan diferente como para que fuera menos guapo, menos cincelado o menos piadoso.

Sólo que diferente.

Relajado. Calmado. Tranquilo.

Estaba acostado de espaldas. Su rostro estaba ligeramente dirigido hacia mí. Habíamos estado hablando antes de que se alejara. Su mano izquierda estaba en mi muslo y tenía miedo de moverme por temor a despertarlo. Era una tontería.

Pero aun así, me quedé inmóvil y vi su pecho subir y bajar. Vi su pulso palpitar en su cuello y sus párpados moverse mientras soñaba. No sabía cuánto tiempo llevaba mirándolo. Probablemente nos habíamos ido a dormir alrededor de las dos de la mañana. O tal vez un poco más tarde. El sexo había sido vigoroso, incluso salvaje, y había sido un cambio de vida.

Quería hacerlo de nuevo.

Finalmente cerré los ojos y me sometí a mi fatiga. Me relajé por completo en el colchón, me concentré en el calor su mano sobre mi muslo y lo bien que se sentía esta cercanía. Lo seguro que era.

Justo cuando el sueño se apoderó de mí, me sacó de él el sonido de un teléfono que zumbaba en la mesita de noche. Mis ojos se abrieron de golpe, me levanté sobre mi codo y miré la mesa del lado de Erick mientras su teléfono se encendía. La llamada terminó y fue al buzón de voz, pero en otros treinta segundos, sonó de nuevo. Era el mismo número de teléfono. Debía ser una llamada importante por ser a esa hora. Eran las cuatro y veintitrés de la mañana.

Sacudí su hombro.

—Erick. Erick. Alguien te está llamando. Despierta.

Se quejó.

Mi corazón se agitó. Maldito sea lo lindo que se veía dormido. Lo sacudí más fuerte.

—¡Despierta!

Sus ojos se abrieron y se centraron en mí. Luego se estrecharon.

—¿Qué pasa?

—Tu teléfono.

Frunciendo el ceño, se dio la vuelta y se llevó la mitad de las mantas con él. Tiré con fuerza, tratando de tirar de ellas sobre mi cuerpo desnudo, pero no sirvió de nada. Su teléfono sonó de nuevo y se lo llevó a la oreja, aclarando rápidamente su garganta para ahuyentar el graznido que quedaba del sueño.

—¿Hola?

No pude distinguir las palabras que la persona del otro lado estaba diciendo, pero pude escuchar que hablaban rápido. Casi entré en pánico.

—Más despacio, Clay —Erick se sentó, robando aún más mantas. Me senté con él—. Dime lo que pasó —sus cejas se unieron. Sus músculos se tensaron. Entonces, de repente, Erick estaba balanceando sus piernas al lado de la cama y poniéndose de pie—. Estoy en camino. ¿Había alguien dentro? —una breve pausa—. Gracias a Dios. No te muevas. Diles que ya voy.

Colgó el teléfono y tomó sus calzoncillos del suelo. Se metió en ellos e hizo un pequeño salto para subirlos.

—¿Dónde diablos está mi ropa? —me preguntó.

—En la cocina.

Salió corriendo de mi dormitorio y bajó por el pasillo. Lo seguí, haciendo una pausa sólo para agarrar mi bata de la puerta de mi dormitorio.

—Erick, ¿qué está pasando? ¿Están todos bien?

Se puso los jeans primero.

—Sí. Emergencia en el trabajo. Odio tener que dejarte de esta manera, lo siento.

—Está bien. ¿Qué ha pasado?

—Hubo una explosión en una de mis destilerías. La que te llevé la otra noche. Por suerte, nadie resultó herido. Pero no se ve bien para los inversores. Especialmente cuando, según mi asistente, la gente ya está susurrando sobre el juego sucio —se acercó a mí mientras se ponía la camisa. Su cabello era un desastre, y yo quería saltar sobre sus huesos en ese mismo momento—. Lo siento, Nastasia. Me tengo que ir.

—¿Quieres que vaya contigo?

No sabía por qué me ofrecí. Era raro. Era el tipo de cosas que una novia haría, y yo no era su novia.

—No. Está bien. Vuelve a dormirte. Te llamaré más tarde. ¿Sí?

Me rodeé con mi bata y lo seguí hasta la puerta. Salió al pasillo y dio varios pasos hacia el ascensor. Luego se detuvo, se regresó y me dio un beso que esperaba que significara que la noche anterior no era sólo un juego para él.

Porque tenía una nueva adicción y hubiera sido una tonta si hubiera dejado que él y su cuerpo hecho para el sexo salieran de mi vista en cualquier momento.

Capítulo Treinta Erick

—Ha sido una semana infernal, Gigi. De verdad.

Ella añadió una segunda cucharada de azúcar a su té y lo removió.

—Pero tú saliste indemne. Eso es algo, ¿no?

—Supongo.

Apenas salí de esa. Apenas. Desde el incendio de la destilería, el negocio había sido caótico. Clay y yo habíamos pasado incontables horas en la oficina para asegurar a nuestros inversores que la pérdida de la fábrica no frenaría las ganancias. En todo caso, un poco de drama de los tabloides podría aumentar las ventas de productos. Incluso había aumentado la producción del moonshine chai, reubicando la receta en un lugar secundario y trayendo nuevo personal para aumentar la productividad, estaríamos lanzando a finales de mes. Y según mis cálculos, las ventas serían récord.

Esa era la gracia salvadora en todo esto. Sí, había perdido una tonelada de dinero en la destilería, y sí, había perdido recursos preciosos, tiempo y producto, pero eso no iba a retrasarme. Por suerte, las pruebas más duras habían pasado y finalmente tenía algo de tiempo libre para pasar con Nastasia. Su reunión estaba a pocos días y ninguno de los dos se sentía preparado.

—¿Y esta chica por la que estás loco? ¿La vas a ver esta noche?

Miré el reloj de la estufa.

—Sí. La recogeré en media hora.

—¿Tienen planes para hoy?

—La llevaré de compras.

Gigi frunció los labios pensativamente.

—¿De compras? ¿Para qué?

—La llevaré a su reunión del instituto este fin de semana. Está nerviosa, así que quiero que elija ropa con la que se sienta bien. Y después iremos a comer algo.

—Qué atento —Gigi bebió su té.

Pude ver a través de ella que algo más estaba en su mente.

—Escúpelo. ¿Qué es lo que te molesta?

—¿Has hablado con Chris? —preguntó.

Sacudí la cabeza. Chris no me había dicho una palabra desde nuestra discusión en la casa de sus padres. Lo había llamado cerca de una docena de veces y me había enviado directamente al buzón de voz.

—Tomé la indirecta. No quiere hablar conmigo ahora mismo.

Gigi hizo un sonido incómodo en la parte de atrás de su garganta.

—Ten cuidado, Erick. Los buenos amigos como Chris son difíciles de encontrar. Especialmente con una reputación y una cuenta bancaria tan grande como la tuya. Es uno de los genuinos que realmente se preocupa por ti.

—Se está portando como un imbécil.

—Está asustado por su hermana.

—No voy a hacerle daño.

—No lo sabe —Gigi se dirigió a la despensa del pasillo. Sus zapatillas rosas susurraban por el suelo de mármol y luego la escuché abrir y cerrar la despensa. Cuando regresó, tenía su caja favorita de galletas. Me ofreció, pero yo negué con la cabeza. Dio un mordisco a una y dejó la caja en la mesa—. Todo lo que Chris sabe es tu historia con las mujeres. Sabes que te amo más que a nada en esta tierra, Erick, pero tienes un historial de ser un poco... ¿cuál es la palabra correcta?

—¿Amoroso?

—No.

—¿Caballeroso?

Ella sonrió.

—No. Inquieto.

—¿Inquieto?

—Te aburres rápidamente. Es un milagro que Trish haya durado tanto como lo hizo. La cabeza de la chica estaba llena de aserrín y todo lo que tenía era un par de piernas asesinas y lindos pechos.

—¡Gigi! —la regañé.

—Es verdad. No lo niegues, y ahora has puesto tus ojos en la hermana menor de tu mejor amigo. Es natural que sea cauteloso. Sin mencionar la preocupación por cómo podría terminar todo. ¿No se te ocurrió que le preocupa lo que podría pasar con tu amistad si sales con su hermana? ¿Y si las cosas terminan mal? ¿Y si te pierde como amigo por eso?

Fruncí el ceño. No había pensado en ello de esa manera. Dejé que Gigi señalara todos los marcadores a los que estaba ciego. Suspiré y me apoyé en el mostrador.

—Tienes razón. Terminaré la reunión este fin de semana. Luego arreglaré las cosas con Chris.

—Buen chico.

Le puse un brazo sobre los hombros y la arrastré hacia mi lado.

—Estoy agradecido por ti. Lo sabes, ¿verdad?

Ella me sonrió. Abrió la boca para hablar, pero justo cuando las palabras empezaron a salir, mi madre entró en la cocina, envuelta en una bata larga y floreada. Su cabello era un salvaje e indómito desastre que sobresalía por todas partes y sus ojos estaban hinchados, al igual que sus labios. Nos dio a Gigi y a mí una sonrisa de labios apretados que no nos hizo ninguna gracia antes de ir a la nevera, abrirla y coger una botella de vodka del panel de la puerta.

La vi irse sin decir una palabra. Luego me alejé de Gigi para seguir a mi madre y tratar de hablar con ella sobre su bebida.

Ella enseguida me agarró la mano.

—Déjala ir, Erick. Los adultos de esta casa no son tu responsabilidad. Tienes una vida propia, y por lo que parece, algo bueno acaba de entrar en ella. No pierdas tu energía. Tu madre no desea ser salvada, y ambos sabemos que tu padre está más allá de ser salvado.

—Odio verla encerrada en ese espiral así —dije en voz baja.

—Yo también, pero no me gustaría ver que te arrastre con ella. Tienes demasiada bondad en ti como para ser manchado por esta familia. Ahora ve a ver a esta chica tuya. Disfruta de tu noche. No pienses ni un segundo en estos payasos. No son tus cargas a soportar.



Golpeé con los nudillos en la puerta del probador.

—¿Cómo va todo ahí dentro?

Nastasia murmuró una serie de blasfemias en voz baja.

—Este vestido es demasiado complicado, Erick. Tiene cien tiras. ¿Quién necesita tantas malditas tiras?

—¿Necesitas ayuda?

—No —dijo ella bruscamente.

Me detuve y escuché su lucha. Incapaz de ayudarme a mí mismo, me reí entre dientes.

—¿Estás segura?

Abrió la puerta y se puso de pie en el probador con los puños en las caderas y las mejillas

sonrosadas por el esfuerzo de intentar desenredar el lío de tiras que colgaban del cuello de su vestido y sobre los hombros. Me cubrí la boca y traté de no reírme a carcajadas.

—Bien, Erick. Muy bonito. No sabía que tu ayuda venía con la risa de mi desgracia.

—¿Qué demonios le hiciste a esta cosa?

—¡No lo sé! Míralo. ¿Quién hace un vestido tan complicado? Sólo ayúdame a quitármelo. No quiero llevar algo así a la reunión de todos modos. Es demasiado.

Sabiendo que era una batalla que no iba a ganar, entré en el probador y empecé a ayudarla a desenredarse de todas las tiras cruzadas. Al final, estaba sin aliento y nerviosa, y pensé que iba a volver a ponerse su ropa normal y rendirse por completo. Pero no lo hizo. Puso sus manos en medio de mi espalda y me empujó fuera del probador para probarse el último vestido.

—No creo que necesite vestirme tan elegante, Erick.

—La reunión es en el salón de baile de un hotel. Llámame loco, pero estoy seguro de que la gente aparecerá con vestidos y trajes.

—Es una idiotez.

—Es una oportunidad para que la gente finja que son más exitosos de lo que son.

La puerta se abrió un poco y ella se asomó a mí.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Fingiendo ser más exitosa que yo?

—No lo sé. ¿Lo estás?

Me sacó la lengua y se retiró al probador. Sólo estuvo allí un par de minutos más o menos antes de que finalmente saliera con un vestido. Era azul marino con un cuello abierto que mostraba sus clavículas y su escote de una manera elegante y sexy. Le quedaba muy ajustado en la parte superior, mostrando su forma, y luego caía al suelo. Era todo elegancia, gracia y sofisticación.

—Te ves increíble —le dije. Y lo decía en serio.

—¿No es demasiado?

Puse mis manos en sus caderas y la giré para que se mirara el espejo de la puerta del probador.

—Mírate, Nastasia. Eres hermosa. Con clase. Sexy como el infierno. No te estás esforzando demasiado. Sólo eres dueña de lo que eres.

Se rio.

—¿Estás en el negocio motivacional ahora?

—No lo sé. ¿Soy bueno en eso?

—Sorprendentemente, no está mal.

—¿Sorprendentemente? —me burlé.

Pasó sus manos sobre la tela y miró su propio reflejo. Su cabello estaba suelto y rizado, yo se lo quité de la espalda y el cuello y lo aparté a un lado, donde lo recogí desordenadamente detrás de su oreja.

—Lo único que falta son unos bonitos pendientes.

Nastasia se sonrió a sí misma. Nunca había visto esa mirada en su cara. Pero entonces su mirada se dirigió a su estómago.

—Sigo pensando que muestro demasiado.

Suspiré pesadamente y dejé caer su cabello.

—Vamos, Nastasia. Date un descanso. Eres demasiado dura contigo misma. Te ves impresionante.

Se frunció el ceño, claramente no me creyó.

—No lo sé.

—Bueno, yo sí lo sé. Te compraré este vestido y lo usarás el sábado.

Se volvió hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Oh? ¿Así es como va a funcionar esto ahora? ¿Vas a darme órdenes?

—¿Cuando te haces la tonta? Sí.

—No estoy siendo...

—¿Erick Thompson?

Nastasia cerró la boca y miró a mi alrededor. Yo también me volví y nos encontramos cara a cara con una rubia de cabello largo con un par de zapatos blancos de tacón alto, jeans ajustados y un top blanco que mostraba unos pocos centímetros de cintura baja.

Abedul de Siena, también conocida como Abedul Tormenta. Su apodo se derivó de su temperamento impredecible y tormentoso en la secundaria. Ella marchó hacia adelante, con sus talones haciendo clic en el piso de baldosas, y lanzó sus brazos alrededor de mis hombros para un abrazo.

—No te he visto en mucho, guapo —dio un paso atrás y me miró de arriba a abajo—. Maldición. Mírate. Diez años te han servido bien.

—Tú también.

¿Qué más tenía que decir? Por supuesto, diez años le habían servido bien. Se había sometido al menos a cuatro tratamientos de Botox en los últimos seis meses y se le notaba. Sus tetas eran falsas y también lo era el cuarenta por ciento del resto de su cuerpo, incluido el trasero.

Tormenta soltó una risa suave y pasó su mano por la manga de mi chaqueta.

—Tú y yo deberíamos ponernos al día con algunas copas. ¿Cuándo estás libre?

—No lo estoy.

—¿Oh? —sus micro cejas se juntaron al fruncir el ceño—. ¿Y eso por qué?

Me hice a un lado, me eché atrás y agarré la muñeca de Nastasia antes de que se deslizara a la seguridad del probador. La puse a mi lado y le sonreí a la rubia.

—Porque estoy comprometido.

Los ojos de Tormenta se dirigieron a Nastasia, a quien miró desde la cabeza hasta los pies. Y luego se rio.

—¿Nastasia Harrison?

Nastasia trató de moverse detrás de mí, pero la rubia le dio una palmada en el muslo mientras se reía.

—Oh, Dios mío. Bueno, ciertamente no me esperaba esto —agregó—. Mírate, Erick. Nunca imaginé que fueras del tipo que se enamora del corazón de alguien. Siempre pensé que eras un hombre de tetas y culos. Llámame si te aburres de la farsa de chico bueno, ¿quieres? Podría mostrarte una noche que no olvidarías.

Nastasia murmuró a mis espaldas tan silenciosamente que Tormenta no pudo oírla.

—Porque te daría una ETS y pensarías en ella cada vez que te doliera al orinar.

Resoplé intentando contener la risa. Nastasia sí se rio sin contenerse.

La rubia nos miró a los dos antes de girar sobre su talón, pasar su cabello rubio sobre su hombro y marcharse.

—Eso fue cruel. Me siento un poco mal.

—Ella se lo buscó. Ahora mete tu trasero en el probador y quítate ese vestido para que pueda comprártelo. No quiero oír ni una palabra más sobre eso.

Nastasia trató de protestar, pero yo ya no podía discutir. El vestido era de ella. Le quedaba como un guante, como si hubiera sido creado específicamente con todas sus gloriosas curvas en mente. Me lo pasó por encima de la puerta y lo llevé a la caja, donde lo compré y un par de brillantes pendientes de lágrimas a juego. Nastasia me encontró cerca de la puerta y salimos a la

calle donde mi auto estaba aparcado. Nos metimos en él, y nos abrochamos el cinturón antes de salir al tráfico.

Entonces su teléfono empezó a sonar. Se lo llevó al oído.

—Hola, Kim. ¿Qué tal?

No podía oír lo que estaba pasando en el otro extremo, pero sonaba como si Kim estuviera haciendo una llamada de auxilio.

—No puedo ahora mismo, Kim. Estoy con Erick. No. No estamos... ¡Kim! Fuimos de compras. Eso es todo —Nastasia escondió sus ruborizadas mejillas de mí y miró por la ventana del pasajero mientras Kim seguía hablando—. Mira. Tal vez deberías dejar de ir a todas esas citas de mierda que Jackson te prepara. Cada una es peor que la anterior. ¿Cuándo aprenderás? —escuchó. Kim se calentó más en el otro extremo—. ¿Él qué? No. Quédate donde estás. Estaremos allí en diez minutos.

Colgó el teléfono y le eché un vistazo.

—¿Todo bien?

—No. Necesitamos hacer una parada. Kim está en una cita con un imbécil.

—¿Qué hizo?

—Se enfadó cuando ella dijo que no quería ir a su casa con él después de la cena e hizo una escena en el restaurante. Ella está avergonzada y esperando afuera sola.

—¿Dónde está?

Capítulo Treinta y Uno Erick

Kim me miró por el espejo retrovisor mientras intentaba ponerse cómoda en el asiento trasero.

—Sabes —refunfuñó—, siempre me gustaron estos autos, pero el asiento trasero es una maldita basura.

—No discutiré contigo allí. Lo siento, sé que está muy ajustado.

Ella suspiró.

—Está bien. Es mucho mejor que estar en un cómodo restaurante con un imbécil que te sugiere que pidas la ensalada y te limites al agua con gas para evitar las calorías del alcohol.

Nastasia jadeó mientras se retorció en su cinturón de seguridad.

—No puedo creer que hiciera eso —murmuró.

—Oh. Lo hizo. Y por suerte para mí, era un entrenador personal, así que pasó la primera media hora diciéndome sobre todos los lugares de mi cuerpo en los que debería centrar mi atención para construir músculo para conseguir una mejor silueta. Maldito Jackson. Lo juro. Esta vez, voy a matarlo.

—¿Jackson? —pregunté.

Nastasia suspiró.

—Nuestro viejo amigo. Es un casamentero y tiene un buen historial, excepto cuando se trata de Kim. Empiezo a preguntarme si te está sabotando.

Kim miró por la ventana a los semáforos que pasaban.

—Me he estado preguntando lo mismo.

—¿Le gustas? —le pregunté.

Kim se rio y agitó la cabeza.

—No. Dios no. Ha estado enamorado de la misma persona durante años.

—¿Y quién es esa persona? —pregunté.

—Hailey —dijeron ambas mujeres a la vez, como si yo supiera quién era.

—Los conocerás a ambos en la reunión —agregó Nastasia—. Estaban en nuestra clase en la escuela. La ha amado desde que cualquiera de nosotras puede recordar. Es preciosa, dulce y un poco ingenua. Viene de una familia rica y tiene mucho a su favor.

Ni siquiera sabía que Kim iría a la reunión. Así que parecía que Nastasia tenía amigos a los que llamar después de todo. No estaba tan sola como parecía creer que estaba. O tan poco amada.

—Estábamos a punto de ir a comer sushi, Kim. ¿Te gustaría unirse a nosotros? —la invité.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Gracias. Sólo quiero ir a casa, quitarme este vestido, bañarme y leer mi maldito libro. Al menos Parker sabe cómo describir un buen hombre.

Las mujeres se entusiasmaron hablando de la nueva novela de Parker mientras yo llevaba a Kim a casa. Todavía estaban hablando de ello cuando llegué a su edificio y apagué el motor. Me senté tranquilamente en el asiento del conductor y las dejé discutir sobre qué novela era la mejor y por qué. Entonces se volvió al viejo debate: ¿Parker era un hombre o una mujer?

—Me atengo al hecho de que es una mujer —anunció Kim cuando me bajé del Porsche para tirar de mi asiento hacia adelante y dejarla salir de la parte de atrás. Salió como una araña, con sus largas extremidades y sus ángulos torpes. Se enderezó el vestido una vez que salió—. Ningún hombre podría escribir un romance como ese.

—¿Por qué no? —Nastasia la desafió, inclinándose hacia adelante para verla por la puerta del conductor, que aún estaba abierta—. Los hombres son tan capaces de sentir el mismo amor que las mujeres.

Kim sacudió la cabeza y se burló.

—Lo siento. Pero ningún hombre puede escribir de sexo así. Ya verás. Un día, sabremos la verdad y yo estaré allí para decir que te lo dije.

Nastasia puso los ojos en blanco.

—Eres bienvenida a hacerlo.

Kim sonrió y me dio un abrazo.

—Ustedes son los mejores. Vuelvan a su noche de cita. Yo me revolcaré en la autocompasión de lo eternamente soltera que estoy y escribiré un correo de odio que le enviaré a Jackson todos los días hasta el día que muera —me dio una dulce sonrisa y me saludó cuando volví al auto.

Esperamos para asegurarnos de que Kim entrara en su edificio antes de que yo me alejara.

—Lo siento por ella —Nastasia sacudió la cabeza—. A veces puede ser demasiado.

—Me agrada.

Nastasia sonrió y se puso cómoda en su asiento.

—¿Adónde vamos ahora?

—Sushi. Te gusta el sushi, ¿verdad? De lo contrario, esto se acabó.

—¿A que te refieres con “esto”? —preguntó tímidamente.

—Tú, yo, el sexo. La compra del vestido. La reunión. Todo eso.

—Bueno, por suerte para nosotros, me gusta el sushi.

—Alabado sea el Señor.

Llevé a Nastasia a mi lugar favorito de sushi en Nashville, donde me dejó enseñarle a usar los palillos. Ella era vergonzosamente mala, pero entrañable. La forma en que se reía y se mecía en su asiento cada vez que se le caía un gyoza o un rollito era una delicia refrescante. Probaba cosas que nunca había probado antes y arrugaba la nariz cuando algo no le gustaba. Confundió el wasabi con guacamole y tosió, chisporroteó y bebió agua como si acabara de correr un maratón. Para cuando terminamos, bromeó que necesitaba probar más variedades de alimentos.

Eso era algo en lo que podía ayudarla si me dejaba.

—Tengo algo más para ti —dije mientras caminábamos de vuelta al Porsche alrededor de las nueve de la noche.

—¿Oh?

Le abrí la puerta del pasajero. Ella se deslizó y yo caminé alrededor del auto para entrar en mi lugar. Luego saqué una cajita del bolsillo de mi chaqueta y se la llevé.

—Tenemos que hacer esto oficial. Como dije antes. Necesitas un anillo —abrí la caja.

Encajado entre los pliegues de la tela de terciopelo azul estaba lo que parecía ser un muy convincente, muy grande y muy brillante anillo de compromiso.

—¡Por lo clavos de Cristo!

Me reí entre dientes por su expresión atónita. Se acercó al anillo en la caja.

—Erick... ¿de dónde sacaste esto? Por favor, dime que no es real.

—No lo es.

Eso era una mentira. El anillo era muy real, lo había comprado dos meses atrás a un amigo de la familia que tenía su propio negocio de joyas. Era una pieza única, hecha a medida, y no había sido barata. Lo había comprado para Trish, ni siquiera llegué a estregárselo, pero como ese barco ya había zarpado no veía ninguna razón para que no fuera el anillo que Nastasia llevara a su reunión.

Saqué el anillo de la caja y tomé su mano izquierda para poder deslizarlo en su dedo. Una vez puesto, lo sostuvo, maravillada por la forma en que deslumbraba incluso con la pobre luz dentro del auto.

Ella frunció el ceño.

—No hay forma de que esto sea falso, Erick. ¿De quién es este anillo?

—Mío.

Se mordió el labio inferior.

—¿Para qué dedo de mujer estaba destinado?

No tenía sentido mentir ahora.

—Era para Trish.

—Erick, esto no se siente bien.

—Por favor. Llévalo a la reunión, es sólo para solidificar la mentira.

Ella suspiró. Luego, finalmente, sonrió.

—¿Puedo decirte algo?

—Lo que quieras.

—Esa perra no se lo merecía.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Nastasia también se rio.

—¿Te llevo a casa? —pregunté.

Ella asintió.

—Suená bien.



Nastasia dejó sus llaves en el tazón de la isla de su cocina. Se quitó su abrigo, lo puso sobre uno de sus taburetes, y luego fue a la estufa, donde agarró su tetera y la llenó en el fregadero.

—¿Quieres una taza de té?

Era una invitación a quedarme. No iba a decir que no.

—Claro.

Puso la tetera en el elemento y lo encendió. Luego se sacó los zapatos y los llevó a la puerta principal, donde los dejó junto a mis botas.

—¿Tu tetera tarda mucho en hervir?

Me miró de reojo.

—¿Por qué me haces una pregunta tan estúpida? —se encogió de hombros—. No lo sé. ¿Diez minutos más o menos?

—Perfecto.

Me acerqué a ella, la tomé de la mejilla con una mano y la besé. Nastasia se rio suavemente contra mis labios y me empujó por el pecho, pero no la solté, y cedí como la otra noche.

Había estado bajo mucho estrés las últimas noches. Necesitaba una liberación, y la chica me había estado torturando con el desfile de vestidos que toda la tarde. Y ahora que la tenía toda para mí, quería permitirme todas las cosas que había imaginado hacerle.

Me tiró del cinturón y lo liberó mientras yo trabajaba en los botones de su blusa, abriendo uno por uno hasta dejar al descubierto una camisa de encaje debajo que apretaba sus pechos. La tela era sedosa al tacto, dejé que mis manos bajaran hasta su cintura y luego aún más, pasando por sus caderas hasta llegar a su trasero. La apreté y ella sonrió en nuestro beso mientras luchaba por desabrochar mis pantalones.

Abrí el botón de sus jeans y bajé la cremallera. La llevé hacia atrás y la inmovilicé contra la isla de la cocina antes de encargarme de quitárselos. Durante el siguiente minuto le quité el resto de su ropa hasta que sólo quedó en un bonito sujetador. Le abrí las piernas y ella me agarró de la parte delantera de mi camisa para tirar de mí e ir por más besos. Su lengua estaba todavía un poco picante por el wasabi.

Deslicé suavemente mis dedos entre sus muslos, y gimió en mi boca cuando toqué su humedad. Ella era todo lo que un hombre podía querer. Mojada, apretada, completa, curvilínea y femenina

en todas las formas correctas. Sus muslos eran gruesos y suaves bajo mis manos. Me encantaba apretarla, sentir su suavidad en mis manos, y adoraba los pequeños sonidos que hacía cuando rozaba su vagina.

La tetera estaba gritando en la estufa cuando dejé caer mis jeans y boxers, llevé mi punta a su entrada y me empujé profundamente ella. Nastasia se abrazó a mí cuello y enredó sus dedos en mi cabello mientras movía sus caderas montándome como una profesional. Mi pene entraba y salía de ella con un ritmo duro y constante, y un placer enloquecedor. Con un gemido fuerte y arqueando su espalda ella se entregó a su orgasmo, sus paredes apretaron mi eje hasta que no pude soportarlo más, salí de ella y me descargué sobre su muslo.

Jadeando, presionó su frente contra la mía.

—Eso estuvo intenso.

Me reí, cerré los ojos, y me perdí en su perfume, dulce, floral y femenino mientras recuperaba el aliento.

—Tengo un torneo de golf mañana con algunos inversores. Ven conmigo.

—¿Como un trofeo que lucir de tu brazo? Erick, por favor. No soy una de esas chicas, de ninguna manera voy a caminar por un campo de golf con una pequeña falda con...

—No como un trofeo. Como mi amiga.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Bien. Sólo como tu amiga.

Capítulo Treinta y Dos Anastasia

Me desperté temprano el miércoles por la mañana y llamé a mi jefe en la tienda de vestidos. Tosí un poco y no traté de ocultar el cansancio en mi voz mientras le decía que me había enfermado de algo y me preocupaba que fuera contagioso. Resoplé, me quejé un poco para hacerlo más convincente y me disculpé profusamente. Me dijo que me quedara en casa para recuperarme y que no me preocupara. Encontraría a alguien que hiciera mi turno. Luego dejé mi teléfono, me di vuelta y me acurruqué con Erick, que aún estaba dormido en mi cama.

Todavía no estaba acostumbrada a compartir mi cama con un hombre, y mucho menos con Erick Thompson. Me despertaba cada mañana sintiéndome como un fraude, como si esto no fuera mi vida y, en algún momento u otro, algo iba a caer y todo esto iba a explotar en mi cara. Si sucediera, al menos estaría preparada. Toda una vida diciéndome a mí misma que no era lo suficientemente buena, seguramente sería útil cuando se tratara de mi primer corazón roto.

¿No es así?

Cuando Erick se despertó poco antes de las ocho, intenté salir de la cama. Me atrapó con un brazo fuerte enrollado alrededor de mi cintura y me tiró hacia él, rodando a su lado para poder abrazarme y apoyar su barbilla en el surco de mi hombro.

—¿Adónde crees que vas? —ronroneó.

—A tomar una ducha.

—No. Todavía no.

Traté de escapar del nudo de su brazo.

—Erick, vamos. Dijiste que teníamos que estar en el campo a las diez en punto. Necesito prepararme.

—El sexo matutino es parte de la preparación.

Puse los ojos en blanco y alcancé el borde del colchón, agarrándolo e intentando alejarme. Me sujetó con fuerza y luego, en un movimiento rápido, se subió sobre mí y quedó entre mis piernas. Su pene ya estaba duro.

—No podemos seguir haciendo esto —lo miré fijamente.

Todo lo que quería era seguir haciendo eso, pero tenía miedo de lo que pasaría cuando terminara.

Erick había sido una agradable distracción de mi vida, de Nannie, de mi obsesión por el peso, de mi Síndrome de Impostor como Annie, de todo. Había sido un refrescante paseo por el parque y la idea de perderlo era casi paralizante. Tenía que estar preparada.

—¿Hacer qué?

—Tener sexo. No estamos saliendo, y todo esto de los amigos con beneficios no puede durar para siempre.

Frunció el ceño.

—No creí que fuera eso.

Me mofé y me escabullí de él. Finalmente, me dejó ir. Rodé de la cama y me paré para ir al baño.

—Nastasia —me llamó.

No me di vuelta. Cerré la puerta detrás de mí, encendí la ducha, y me lavé el deseo que crecía dentro de mí bajo el agua caliente. Pero regresó cuando la puerta de la ducha se abrió y Erick se me unió a mí en el agua. Me tomó de los hombros y me dio la vuelta.

—¿Dejarás de hacerte la dura? —me pellizcó los labios—. Me estás matando.

—Estoy tratando de evitarnos el mal a los dos.

Pasó su pulgar por mi mandíbula e inclinó mi cabeza hacia atrás con un dedo bajo mi barbilla

para poder mirarme a los ojos.

—Nos estamos divirtiendo. ¿No es así?

—Claro que sí. Pero la diversión es sólo eso, diversión. Y siempre es temporal.

Había dolor en sus ojos, un dolor real. Lo sentí en mi pecho y en mi alma. Se estaba adelantando, estaba perdiendo el contacto con la realidad. Lo nuestro no era una relación, era un acuerdo, un favor, tan simple como eso. Y hoy tendría mi oportunidad de devolverlo en el campo de golf con sus inversores.

—Nastasia —susurró y presionó su pulgar contra mi labio inferior—. No me alejes.

¿Cómo podría alejarlo cuando nunca fue mío para empezar?

Cerré los ojos y me dio un beso. Debí haberlo detenido cuando metió su rodilla entre mis muslos. Debí detenerlo cuando me tomó los pechos, y bajo el agua, se arrodilló para estimular mi clítoris con su lengua.

Pero no lo hice.



El Narrows era propiedad de uno de los inversores de Erick. Llamarlo majestuoso era una burda subestimación. La propiedad estaba cerrada. Erick tuvo que escanear una tarjeta de identificación en la puerta y nos llamaron.

Después de pasar por la barrera de hierro forjado, me sorprendió un largo y sinuoso camino bordeado de sauces y arces. Brillantes destellos de colores otoñales hacían que el lugar pareciera casi de otro mundo. Los fuertes contrastes de naranjas y rojos contra el verde parecían photoshopeados, y cuando finalmente llegamos a la casa club, quedé sin aliento.

La edificación era, a falta de una palabra mejor, un castillo.

El edificio era de piedra vieja, con enredaderas que serpenteaban por el frente y se clavaban en los alféizares de las ventanas, donde las pequeñas flores blancas perdían pétalos al acercarse el invierno.

—Este lugar es irreal —susurré.

Miré por el parabrisas mientras Erick aparcaba su auto en el espacio con su apellido. Literalmente. Por supuesto, era miembro del club. Por supuesto, tenía su propio espacio. Por supuesto, habría un caddie corriendo a saludarnos para sacar los palos del asiento trasero y ofrecernos un mojito a los dos.

Nos acercamos a la puerta principal con nuestras bebidas en la mano mientras el caddie nos seguía. El atrio principal estaba iluminado por un gran candelabro que colgaba del techo del segundo piso. Arriba había mesas de comedor del restaurante del club. La gente estaba sentada allí tomando café y mimosas y desayunando, y muchos señalaban a Erick mientras entrábamos y nos acercábamos al mostrador de facturación.

—Estamos aquí para ver al Sr. Carthallow —le dijo Erick a la mujer detrás de la recepción.

—Ya está en el campo —respondió con una sonrisa—. Disfrute su juego, Sr. Thompson. Señorita —ella inclinó su cabeza hacia mí.

Sonreí y bebí mi mojito, sintiéndome desgraciadamente no apta para un lugar así.

Seguí a Erick a través del atrio y por un amplio pasillo que llevaba a la parte de atrás del club. Salimos en un patio de piedra donde más gente estaba tomando café, y más gente nos miraba fijamente. Me apresuré a bajar las escaleras detrás de él hasta el campo de abajo, una extensión verde con árboles tan lejana como el ojo podía ver.

Había un grupo de hombres parados en el primer tee. Había carros de golf y caddies con bolsas de palos, así como un carrito de licores conducido por una joven con una cola de caballo alta y rubia. Ella y los caddies iban vestidos todos de blanco, mientras que los ricos hombres de

negocios a los que veníamos a ver estaban vestidos con la típica y odiosa ropa de golf: calcetines altos, pantalones cortos estampados, polos de neón, y ese tipo de cosas.

Erick no encajaba en ese cuadro. Estaba vestido con pantalones caqui y camiseta blanca. Estaba metida sólo en la parte delantera de sus pantalones pero suelta a los lados y en la parte trasera. Se veía la hebilla del cinturón plateada, y el cuero marrón de la misma hacía juego con sus zapatos de golf. No estaba -alabado sea el señor-usando un suéter sobre sus hombros y atado al cuello.

En ese caso habría tenido que decirle que tomara una novia falsa diferente.

Erick me presentó a los hombres.

—Caballeros, ella es Nastasia Harrison. Ha sido un sueño absoluto ayudando con las consecuencias del incendio de la destilería. Creo que todos encontrarán su compañía tan agradable como yo. Nastasia, estos son los capullos de los que te he hablado.

Pestañeé.

—¿Perdón?

Los hombres se rieron. Uno de ellos, el más bajo del grupo con los calcetines más odiosos, se inclinó hacia delante y me dio la mano.

—Encantado de conocerte, Nastasia. No se preocupe. Estamos acostumbrados a su grosero sentido del humor. De tal palo tal astilla, ¿verdad, James?

¿James?

—¿Quién es James? —pregunté.

Erick aclaró su garganta mientras los hombres se reían. Luego tomó mi codo y me giró hacia él.

—Un placer, soy James.

—Estoy confundida.

—Erick es mi segundo nombre. Dejé de usar el James cuando las cosas se torcieron con mi viejo y me alejé de mi herencia.

—Oh.

¿Por qué no me había dicho eso antes de que llegáramos? ¿Por qué me había dejado hacer el ridículo delante de estos hombres tan ricos y dignos?

Probablemente porque no eres su novia y no te debe nada. No puedes tener el pastel y también comértelo sola, Nastasia.

A las diez y media, la primera bola se había hundido y las cuatro primeras habían sido gritadas a través de la calle. Aparentemente, estábamos esperando a unos cuantos jugadores más, pero no parecía tan importante como para esperarlos. Tenía la sensación de que el juego era sólo una excusa para que se reunieran todos y dispararan a la mierda.

Así que me uní.

Bromeé con ellos como lo haría si fueran mis propios amigos. Pillé a Erick sonriéndome como un tonto mientras hablaba de cómo él y yo nos conocimos en el instituto. Conté historias a nivel de superficie y lo mantuve relativamente profesional. Maldije como un marinero porque eso era lo que todos hacían, y parecía que me ganaba algunos puntos.

Aparentemente, los capullos ricos eran tan malhablados como los pobres.

Cuando estábamos en el noveno hoyo, los otros jugadores se nos unieron, con cervezas en mano. Era cerca del mediodía, y uno de ellos, un hombre delgado de unos sesenta años con un bigote plateado y una ligera cojera que favorecía su lado izquierdo, me miró fijamente.

—Mierda —susurré.

Erick puso su mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Qué pasa?

El hombre se acercó. Me miró de arriba a abajo y sonrió. Luego se volvió hacia Erick.

—James, mi muchacho. Me alegro de verte.

Se dieron la mano. Erick le mostró al hombre una sonrisa diplomática.

—Igualmente, Sr. Javier. Me gustaría presentarle a mi querida amiga, Nastasia Ha...

—Anastasia Harrison —el Sr. Javier dijo mi nombre completo y me extendió su mano. La estreché y no la solté. Su agarre era cálido y familiar y sus ojos eran tan amigables como recordaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que nos vimos? ¿Dos años?—. Me alegro de volver a verte. No esperaba que fuera aquí de todos los lugares. Me alegra ver que te va bien por ti misma. Siempre fuiste una de mis favoritas, ¿sabes?

Erick miró de un lado a otro entre el Sr. Javier y yo.

—¿Se conocen?

—Erm —tartamudeé, tratando de averiguar cómo explicarle esto.

El Sr. Javier se me adelantó.

—Claro que sí. Anastasia trabajaba de noche en la estación de radio que vendí el año pasado.

Erick se frotó la mandíbula pensativo.

—¿Trabajaste en una estación de radio? —me preguntó.

—Erm...

—Todavía lo hace —el Sr. Javier metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones—. ¿No es así, Anastasia? —me guiñó el ojo—. Tiene un gran espectáculo. Supe que tenía talento desde el primer minuto que salió al aire. Es una locutora increíble con un corazón de oro. Cuando sus productores vinieron a mí y me dijeron que tenían un programa que creían que ayudaría a la gente, no estaba seguro de que fuera real. Ya sabes cómo es la radio. Algo es popular por nueve meses o más y luego tu audiencia pierde el interés, pero nuestra Annie los mantuvo enganchados noche tras noche. Los índices de audiencia estaban por las nubes. ¿Cómo va el programa ahora, Anastasia?

—Annie —murmuró Erick en voz baja.

Me lamí los labios.

—Bien. Um. Lo siento, tengo que ir al baño de damas.

Traté de huir pero Erick me alcanzó. No esperaba que me dejara marchar. Me agarró de la muñeca y me dio la vuelta mientras los hombres detrás de él se reían y saludaban al Sr. Javier con entusiasmo.

Quería desaparecer, o ser convenientemente golpeada en la sien por una pelota de golf extraviada. Cualquiera cosa sería mejor que esto.

Erick me miró fijamente a los ojos.

—Nastasia, ¿de qué está hablando?

—Es sólo una cosa de medio tiempo que hago por las noches.

—Dime la verdad. ¿Eres Annie?

Mierda. ¿Podría seguir acostándome con él mirándome a los ojos de esa manera? ¿Quería hacerlo? ¿Cuánto tiempo podría ocultarle algo así?

Miré el verde brillante de la hierba bajo mis pies.

—Sí —confesé.

Dejó salir un suspiro cansado y se masajó el puente de la nariz.

—Cristo, Nastasia. ¿Hablas en serio? ¿Por qué no me lo dijiste? Hemos estado... —se alejó y luego abrió los ojos con sorpresa—. Hemos estado hablando una y otra vez durante meses ya. Sabes tanto sobre mí, sobre Trish, sobre...

—No importa.

—¡Por supuesto que importa! —alzó la voz y me hizo estremecer. Luego tomó mis manos en las suyas—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que reaccionaras de forma exagerada. Como lo haces ahora.

—No estoy exagerando. Se me permite estar sorprendido. Me has mentido. ¿Quién más sabe de esto?

—Mis padres. Y Kim.

—¿Tu hermano no lo sabe?

Sacudí la cabeza.

—¿Nastasia?

—¿Qué?

—No estoy enojado.

Lo miré. ¿Cómo podría no estar enfadado?

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Puedo entender que quieras guardarte algo para ti misma. Algo sagrado. Eso... explica muchas cosas. Eres muy buena en lo que haces, Nastasia. Realmente muy buena. Creo que serías una consejera matrimonial excepcional.

Mis mejillas empezaron a arder. Dios. ¿Por qué y cómo podía ser tan amable cuando debería estar furioso?

—Gracias.

—¿Cómo entraste en la radio?

—Esa es una historia para otro momento.

—Vamos —insistió—. Dímelo.

Me obligué a sonreírle, aunque lo único que quería era subirme el jersey por la cabeza y desaparecer en el escote como una tortuga.

—Me gusta mantener la mística.

—Deberías usarlo a tu favor. Esto podría abrirte puertas, esto podría dispararte en todas las direcciones. Podrías especializarte, podrías...

—Detente, Erick. No necesito consejos sobre mi carrera. No estoy lista para lo que venga después. Necesito más tiempo para resolver las cosas. Para controlarme a mí misma.

—¿Qué necesitas resolver?

¿No había estado escuchando? Había tanto de mí que necesitaba arreglar antes de dar un paso adelante. Mi peso, mi confianza, mi vestuario, mi vida amorosa... todo eso necesitaba ser trabajado.

—Todo.

—Estás siendo una tonta. Tienes mucho potencial. Eres cruda y real y...

—¿Gorda?

Erick cerró la boca. No pude leer la expresión de su cara.

Di unos pasos atrás.

—Creo que fue una mala idea que viniera hoy. Tenemos que tener cuidado de no mezclar nuestras vidas. Especialmente los negocios. Voy a entrar y llamar a Kim para que venga a recogerme, ¿de acuerdo?

—Nastasia. Espera, por favor.

—Está bien. Vuelve a tu juego. Estoy bien.

No le di la oportunidad de intentar convencerme de que me quedara. Me di la vuelta y me fui,

cruzando los brazos sobre mi pecho, tratando de ignorar la sensación de que mi estómago se había endurecido en una fría y pesada piedra.

Jamás imaginé que ese día terminaría de esa manera.

Capítulo Treinta y Tres Erick

Me estaba alejando. La vi irse. Cada paso que daba la alejaba de mí y yo estaba dividido entre mis inversores y la chica que estaba convirtiendo mi corazón sin ceremonias y sin esfuerzo en una masilla amable en sus manos. Ella era dueña de una parte de mí, no sabía cómo lo había hecho, pero lo había hecho. Parte de mí era suya, ya lo era desde mucho tiempo atrás.

Y ahora se estaba yendo con él.

—¡James, te toca!

Hice una mueca. No tenía mucho gusto por el golf, y ahora tenía que terminar un juego sabiendo que las cosas entre Nastasia y yo eran difíciles...

Los negocios en ese momento eran como una maldita patada en las bolas.

Regresé con los inversores con una sonrisa tan falsa como la que mi padre solía llevar cuando me presentaba a sus colegas en aquel entonces.

—Abróchense el cinturón, muchachos. Intentaré no avergonzarlos demasiado.

Por suerte para ellos, yo era una absoluta mierda en el golf.

Logramos pasar otros dos pares antes de que tuviera que parar. Mi teléfono había estado sonando sin parar durante los últimos quince minutos. Cuando finalmente salí del green para contestar, la voz de mi abuela llenó la línea.

—Erick, ¿dónde estás?

—En el campo de golf de Narrows. ¿Por qué? ¿Dónde estás?

—Estoy en el hospital.

Mi corazón saltó a mi garganta.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Estoy bien. No estoy aquí por mí. Es tu madre, Erick. Ella... ella tomó algunas pastillas.

Podía oír el miedo en su voz. Se arrastró a través de la línea y se apoderó de mí. Por un breve momento, no pude respirar. Mi garganta se apretó y mis palmas se pusieron sudorosas.

—Voy en camino. ¿Quién más está ahí?

—Sólo yo.

—¿Dónde está mi padre?

—Está en la casa. No quiso venir.

—Maldito cabrón —gruñí.

—Está estable. Le han hecho un lavado de estómago, pero no la dejarán salir ahora. Es un riesgo para ella misma. Van a tener que ponerla en rehabilitación. Va a pasar por una desintoxicación de nuevo y nos va a necesitar, Erick. Sé que es un mal momento, lo sé, pero...

—No te preocupes, Gigi. Tómate un café y come algo. Estaré allí tan pronto como pueda. Llámame si algo cambia, ¿de acuerdo?

Su voz temblaba.

—Está bien.

Deslicé mi teléfono en mi bolsillo y tomé tres respiraciones constantes.

Esa no era nuestra primera emergencia. O nuestra tercera, quinta o décima. Había vivido esta pesadilla cientos de veces. Incluso cuando era joven y apenas tenía edad para conducir, dejaba las fiestas con mis amigos para levantar a mi madre del suelo y llevarla al hospital. La dejaba en rehabilitación y la recogía meses después sólo para que recayera en semanas. A veces días. Esta enfermedad había estado causando estragos en ella desde antes de que yo naciera. Desde que se casó con mi padre para ser exactos, y él nunca había sido el apoyo que necesitaba.

Volví corriendo a mis inversores.

—Caballeros, tendrán que terminar el juego sin mí. Tengo una emergencia menor que necesita

mi atención.

Menor no era la palabra correcta, pero no podía ir a decirles a los hombres que apoyaban mi negocio con su dinero que mi madre alcohólica había vuelto al hospital.

El Sr. Javier detuvo las protestas de los otros hombres y me dijo que me fuera.

—Podemos hablar de negocios en cualquier momento. Oh, ¿y James?

—¿Sí?

—Anastasia Harrison es una de las buenas. Intenta no joderla. ¿Estamos claros?

Resistí el impulso de decirle que no era un tonto y que ya lo sabía. No serviría de nada si no fuera para perder el poco tiempo que tenía para llegar a Gigi. Odiaba pensar en ella sola en el hospital, preocupándose por mi madre. Ella me necesitaba.

Hice que uno de los caddies me llevara de vuelta al inicio del curso, donde me bajé y corrí por los escalones del patio de piedra. Empujé a través de las puertas hacia el salón y luego corrí por el pasillo y a través del atrio. Cuando salí a trompicones por la escalera de enfrente, encontré a Nastasia sentada en los tres últimos escalones, enviando mensajes de texto por su teléfono.

Me apresuré a bajarlos y me detuve a su lado.

—Pensé que Kim vendría por ti.

Me miró, sorprendida. Luego se puso de pie y se limpió las manos en los pantalones.

—No contesta el teléfono.

—¿Así que estás sentada aquí esperando a ver si contesta?

—Sí.

Suspiré.

—Ven conmigo. Te llevaré a casa.

—¿No te queda todavía medio juego por jugar?

—Sí —bajé el resto de las escaleras y me dirigí al Porsche.

Nastasia me siguió de cerca.

—Erick, ¿qué está pasando? ¿Ha pasado algo?

Me metí en el Porsche y encendí el motor mientras ella se subía al asiento del acompañante. Podía sentir la preocupación en su mirada mientras me miraba dar marcha atrás. Salí, giré la parte delantera del auto y empujé la palanca de cambios a la primera. Los neumáticos giraron brevemente antes de tomar la tracción. El auto se disparó hacia adelante, Nastasia se agarró a los lados de su asiento y nunca me quitó los ojos de encima.

—¿Erick?

—Mi madre está en el hospital. Otra vez.

—¿Se va a poner bien?

—Irá a rehabilitación. Y el imbécil de mi padre la dejó a su suerte. Aparentemente se tomó algunas pastillas.

—Erick, lo siento.

—Deja de decir mi nombre así.

—¿Así como?

Como si fuéramos una pareja.

Ignoré su pregunta y pasé a la segunda, tercera y cuarta. El auto corría por el estrecho carril de los árboles, directo a las puertas abiertas de hierro forjado y salimos a la carretera de camino a la ciudad. Nastasia estaba en total silencio. Decidí no presionarla acerca del programa de radio y de que era Annie, aunque competía por mi atención con mi madre en el hospital y mi furia con mi padre. No había mentido cuando dije que no estaba enfadado. De verdad no lo estaba.

Pero estaba confundido.

—Este no es el camino al hospital —dijo ella.

—Tengo que hacer una parada rápida primero.

—¿En dónde?

—La casa de mi padre.

—Erick, no creo que ahora sea el momento adecuado para enfrentarlo. Sé que hay mala sangre allí. No sé hasta dónde, sé que te ha hecho daño a ti y a tu familia, pero ahora mismo, tu madre te necesita.

No quise escuchar razones. Quería retorcerle el cuello a mi padre. Quería decirle todas las cosas horribles que pensaba de él y que nunca había expresado. Quería sacudirlo tan fuerte como pudiera y gritarle que todo era culpa suya, que mi madre no estaría tan rota y triste si no la hubiera dejado de lado cuando le dio un hijo que nunca podría amar. Quería decirle que me alegraba de que estuviera enfermo. Ese pensamiento hizo que mi estómago se revolviera.

Frené bruscamente y me detuve en el lateral de la carretera. Nastasia agarró la manija del panel de la puerta y soltó un aullido de sorpresa. Abrí mi puerta, me quité el cinturón de seguridad y salí a la grava del lado de la carretera para inclinarme y vomitar.

—¡Erick! —salió del auto. La oí dar un portazo. Vino corriendo por la parte trasera del Porsche y se frenó en seco cuando levanté una mano para detenerla—. ¿Estás bien?

Escupí en la grava y arrastré el dorso de mi mano por la boca.

—Oh sí. De maravilla —levanté la mirada hacia ella.

Parecía confundida y asustada. No podía culparla, vomité sin avisar, todo por un simple pensamiento. Casi me retuerzo de nuevo al recordar la furia malvada y el resentimiento que sentía hacia mi padre. No quería que muriera. No quería que se enfermara. Pero me alegraba que el karma hubiera venido a por él. Y eso me hacía sentir como un maldito monstruo.

—Vuelve al auto —dije.

—Erick, tómame un minuto. Un minuto no hará ningún daño.

—Sube al auto.

Levantó la barbilla. Luego marchó hacia el lado del conductor y se subió.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunté.

—Voy a conducir. No estás en condiciones de estar al volante. A menos que estés tratando de matarnos, por supuesto. En ese caso, toma el volante, Andretti.

Refunfuñando y maldiciendo el vil sabor de mi lengua, escuché la razón y la dejé conducir. Tomé el asiento del pasajero y ella apretó el embrague, cambió de punto muerto a primero, y entonces nos fuimos. Me sorprendió un poco que supiera conducir tan bien. No estaba de humor para conversar, temía que si empezaba a hablar, diría algo equivocado. Tenía el mismo temperamento que mi padre y había visto de primera mano el daño que sus palabras podían hacer, yo mismo lo había sentido. No sometería a la chica que intentaba ayudarme a eso, ya sentía que la estaba perdiendo.

Nastasia nos llevó al hospital de una sola vez. Se detuvo en la entrada y me dijo que averiguaría cómo aparcar y me encontraría dentro. Le agradecí, cerré la puerta y me apresuré a entrar para buscar a mi madre y a Gigi.

Las encontré en recuperación, en el octavo piso de la torre norte. Mi madre tenía una vista de la ciudad por su ventana y estaba durmiendo cuando llegué. Gigi se levantó de la silla que estaba al lado de la cama y se hundió en mis brazos abiertos. Le di un apretón fuerte y apoyé mi barbilla sobre su cabeza.

—Siento haber tardado tanto en llegar.

—No tienes nada que lamentar —las manos de Gigi presionadas en mi espalda siempre se

sentían más pequeña de lo que esperaba—. Te mereces algo mejor que esto, Erick.

—Tú también.

Resopló, se apartó y luego sacudió la cabeza un poco.

—Un hijo no debería tener que cuidar de su madre por algo así. Nunca he sido capaz de protegerla de esto. No sé cómo hacerlo —me tomó por los brazos y me apretó más fuerte de lo que esperaba que pudiera hacerlo—. Necesito que me prometas algo.

—¿Qué es?

—Promete que no dejarás que esto sea tu legado. Las visitas al hospital, el drama, la interminable espiral de mierda en la que incurre tu apellido. Eres mejor que esto, que ellos, siempre lo has sido, y tienes una vida propia que necesita ser vivida. No dejes que algo como esto te la robe. Tu madre lo hizo, y mírala ahora. Dejó que su ira y su dolor se la tragaran entera hasta que no tuvo a dónde ir más que a la bebida. Me asusta pensar en ti dejando que tu ira te consuma también.

Nunca había oído a mi abuela hablar así antes.

—No lo hará, Gigi. Te lo prometo.

Sus ojos eran ahora vidriosos. Suspiró.

—Lo he visto en ti, Erick. Sé cuánto odias a tu padre. Y te lo ruego, tienes que encontrar la manera de perdonarlo antes de que el cáncer lo mate o cargarás con el peso de ese odio por el resto de tu vida. No vale la pena, no es... —se separó y parpadeó sus lágrimas. Luego forzó una sonrisa. Me di la vuelta y encontré lo que ella estaba mirando. Nastasia estaba de pie en la puerta de la habitación—. Entra, querida —dijo Gigi.

Nastasia entró en la habitación y se puso a mi lado, alcanzó mi mano y tejió sus dedos entre los míos. Su mirada se dirigió a mi madre en la cama.

—¿Cómo está? —preguntó suavemente.

—Estará bien, querida —respondió Gigi—. Muy bien.

Capítulo Treinta y Cuatro Erick

—Será mejor que tengas ese vestido puesto para cuando llegue —me apresuré a bajar los escalones de la torre de mi oficina en el centro de Nashville.

Nastasia estaba al otro lado de la línea, preparándose para su reunión, que comenzaba en menos dos horas.

Originalmente, se suponía que la recogería en mi Porsche y la llevaría al lugar, pero acababa de recibir una llamada del hospital. Las cosas con mi madre habían dado otro giro y de alguna manera se las había arreglado para conseguir licor mientras se recuperaba.

—Encontraré una manera de compensarte. Y no llegaré tarde. Llegaré allí. Te lo juro.

—No te preocupes. Veré si puedo conseguir un aventón con Kim para no tener que aparecerme sola. Y el vestido ya lo llevo puesto.

—Soy un hijo de puta con suerte.

—Creo que tú y yo tenemos definiciones muy diferentes de la suerte.

Desde el día en el campo de golf, las cosas entre Nastasia y yo se mantuvieron un poco tensas. No habíamos hablado del tema de la radio, ni sobre mi madre que estaba en el hospital. Ella había tratado de sacar el tema un puñado de veces pero no era algo de lo que yo quisiera hablar. Quería fingir que no estaba pasando. Quería enterrarlo.

Pero eso era más fácil de decir que de hacer. Especialmente cuando tu madre no podía estar desatendida ni un minuto.

—Te veré pronto —dije.

—Nos vemos pronto —Nastasia colgó primero.

El viaje al hospital fue rápido. Aparqué y me dirigí a la torre norte donde estaba la habitación de mi madre. Se suponía que iba a ser dada de alta al día siguiente por la mañana y enviada al centro de rehabilitación, pero si no estaba estable, las cosas se iban a poner feas.

Potencialmente violentas.

Cuando llegué al piso ocho, vi inmediatamente a las cuatro enfermeras reunidas fuera de su habitación. Había dos guardias de seguridad parados con ellas.

—Mierda —murmuré y aceleré el paso.

Las enfermeras me vieron venir. Una de ellas se hizo a un lado y les dijo a las otras que se movieran también. Los guardias de seguridad me miraron de arriba a abajo antes de dejarme entrar, y me encontré en una habitación llena de comida. El pudín estaba manchado en el suelo. Había un pequeño cartón de leche derramado cerca de la puerta del baño. La ropa de cama estaba cubierta de mostaza y de restos de sándwich.

Gigi estaba sentada en una silla junto a la ventana con su frente descansando en su mano. Mi madre en toda su gloria estaba sentada en su cama, gritando blasfemias a un hombre en el rincón que, hasta ese momento, no me había dado cuenta de que era mi padre.

—¿Papá? —parpadeé.

Los tres me miraron. La mano de Gigi cayó de su frente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó.

—El hospital me llamó para decirme que mi depósito por daños en la habitación privada no sería reembolsable —miré alrededor, las cortinas rotas y manchadas, y noté que el piso del baño estaba empapado. Mamá había hecho todo lo posible para asegurarse de que todos supieran lo enfadada que estaba ante la perspectiva de la rehabilitación. Suspiré—. Lo siento, mamá, pero así es como tienen que ser las cosas. Hemos intentado todo para ayudarte, y esta vez has llegado muy lejos. Estás muy mal.

—Eso es lo que he estado tratando de decirle —gruñó mi padre desde la seguridad de su

esquina.

Lo miré y sentí que esa rabia tan familiar cobraba vida dentro de mí.

—Cállate. ¿Por qué demonios te escucharía a ti? ¿Dónde has estado? ¿Y por qué estás aquí ahora? ¿Tratando de redimirte antes de conocer a tu creador?

Se quedó en silencio en el rincón.

—¿Nada que decir a eso, papá? —continué asechándolo—. Deberías saber que te va a tomar mucho más que aparecer en el hospital una sola vez en los últimos seis años para compensar la mierda que has hecho pasar a esta familia.

Gigi se puso de pie.

—Erick. Ya basta. Esto no ayuda a nadie.

—Escucha a tu abuela —murmuró mi padre.

Gigi se acercó a mí y me dio un empujón en el pecho.

—Creí haberte dicho que este no era tu problema. ¿No tienes que estar algún lugar esta noche?

—Sí, pero...

—Pero nada. Hay una joven y hermosa mujer esperándote. Tienes que irte. Nosotros podemos manejar esto.

Miré a mi madre en la cama. Sus manos estaban en forma de puños. Su cabello estaba enmarañado en su cabeza. La furia ardía en sus ojos, junto con el miedo, la vergüenza y la culpa.

Suspiré.

—No quiero dejarla así.

Gigi puso su mano en mi mejilla.

—No la vas a dejar. Tu madre quiere lo mejor para ti. ¿No es así? —miró por encima del hombro a mi madre.

Ella asintió lentamente y su labio inferior tembló.

—Lo siento, James.

—Yo también lo siento —dije en voz baja.

Mi padre salió del rincón de la habitación.

—Yo también —se retorció las manos y todos lo miramos—. James tiene razón. Tengo mucho que expiar. Desafortunadamente, no hay suficiente tiempo para hacerlo, y me temo que una simple disculpa tampoco lo hará —sus ojos se posaron en mí—. ¿Podemos hablar más tarde?

Gigi miró desesperadamente entre nosotros. Quería que enterrara mi resentimiento y mi ira. Tal vez esta era la forma de hacerlo, iniciando una conversación. Tal vez podría llegar a entender a mi padre un poco más.

—Claro —dije—. ¿Mamá?

Su pecho se elevaba y caía con respiración dificultosa. Había dado tal pelea que se había agotado.

La miré a los ojos.

—Sé que esto duele, y sé que estás enfadada con nosotros. Sé que piensas que estamos tratando de hacer esto más difícil para ti, pero no es así, y cuando salgas del otro lado, lo verás. Confía en nosotros. Confía en mí, por favor. Todo esto mejorará, y siempre estaré en tu esquina —su barbilla se hundió y las lágrimas corrieron por su cara—. Pero ahora mismo, tengo que irme.

Sabía que dejarla no se veía bien, pero Gigi tenía razón. Había una chica esperándome a la que le había hecho promesas, y no la decepcionaría. Así que los dejé para que se las arreglaran solos por primera vez en mucho tiempo.

Y se sintió liberador.



Estaba a 20 minutos del lugar de la reunión cuando me detuve en un estacionamiento en una parte algo deteriorada de la ciudad. Era un pequeño centro comercial y la noche acababa de caer. El cielo aún estaba ligeramente iluminado hacia el oeste y las estrellas comenzaban a aparecer en el este.

Estacioné el Porsche en el lateral del centro comercial para evitar que lo chocaran otros conductores al abrir las puertas de sus autos. Había ocurrido demasiadas veces para mi gusto, especialmente en lugares como ese.

Volví a la parte delantera del centro comercial, donde entré en una floristería que cerraría en los próximos cinco minutos. Pasé cuatro de esos minutos deliberando sobre qué ramo de flores comprar para Nastasia. Ni siquiera sabía si era del tipo de mujer que les gusta las flores. Todo lo que sabía era que quería hacer esta noche especial de alguna manera, y todo el tiempo que hubiera usado para planear algo había sido robado por mi visita improvisada al hospital.

Todavía me pesaba en la mente. Dejarlos atrás se sentía mal y bien, todo al mismo tiempo. Era conflictivo pero poderoso lavarme las manos y elegir algo que me trajera felicidad y satisfacción.

Nastasia.

Si todo saliera bien esta noche, podría llamarla mía cuando todo estuviera dicho y hecho. No más anillos falsos y citas falsas. Podría ser real. Había algo entre nosotros y no había nada que ella pudiera decir para hacerme cambiar de opinión. No importaba cuántos juegos intentara jugar y cuánto intentara fingir que todo esto era una farsa, yo lo sabía.

Era real.

Lo fue desde la primera noche después del club, comiendo pizza con ella, entonces supe que había algo especial en la chica. Y no era su afinidad con el Mountain Dew lo que me atrajo, o sus curvas, o la forma en que fruncía los labios cuando pensaba con fuerza o se estrujaba la nariz cuando no le gustaba algo. Era más profundo y mucho más fuerte que lo que yo había sentido por Trish. Por primera vez en mi vida, supe cómo se sentía el amor. Y era jodidamente aterrador.

Recogí el ramo de flores más completo que la tienda tenía para ofrecer. Estaban espolvoreadas en un fino polvo brillante que las hacía parecer mágicas y llegué a la conclusión de que eran el regalo perfecto en una noche como esta.

Una noche en la que todo iba a cambiar para nosotros.

Pagué por el ramo y salí a la noche para volver a mi auto. Saqué las llaves de mi bolsillo, abrí el seguro de las puertas y las luces parpadearon.

Pero luego alguien me quitó las llaves de la mano.

—¿Qué carajo...?

Un puñetazo aterrizó en mi mandíbula. Caí sobre el pavimento con el ramo de flores, que se arrugaron rápidamente bajo un par de botas marrones manchadas de barro.

—Buen viaje, perra —escupió el dueño de las botas.

Presioné mi contra la mandíbula y la comisura de la boca donde mi labio se había partido por el golpe. No me habían dado un puñetazo en un buen par de años. La sorpresa me dejó desorientado y el dolor me dejó furioso. Intenté pararme del pavimento pero alguien me empujó de nuevo hacia abajo.

—Quédate abajo, tipo duro.

Miré a los hombres que se alzaban sobre mí. Eran tres. Al menos estaba bastante seguro de que eran tres. Mi visión era un poco borrosa y poco fiable después del golpe en la mandíbula. Sacudí la cabeza para despejar el mareo persistente.

—¡Danos tu cartera! —gritó uno de los tipos.

Cabrones. Escogieron la noche equivocada para meterse conmigo. Ya me habían asaltado

antes. Podría manejar tres matones buscando objetivos fuera de un centro comercial de mierda. No había ningún puto problema. De hecho, estaba casi agradecido por ello. Sus caras serían los sacos de boxeo perfectos para que yo desatara toda mi frustración acumulada.

—¡Tu cartera, perra! —gritó otro.

Levanté las manos y escupí sangre en el pavimento.

—Aguanta —me registré los bolsillos. Mi cartera estaba en el bolsillo delantero. No era visible. Así que fingí que no estaba ahí. Hice un buen espectáculo buscándola, pero las palmaditas en los bolsillos se volvieron más frenéticas cuando las revisé tres veces—. Mierda. Creo que lo dejé en la tienda.

Uno de ellos se rio.

—Supongo que nos llevaremos el auto entonces.

—De pie, imbécil —otro me tomó del brazo y me puso de pie. Ese fue su error. Se acercó demasiado.

Le metí el puño en las tripas. Gruñó y se dobló, presentando la parte posterior de su cuello, donde le di con el codo, haciéndolo caer sobre el pavimento.

Los dos hombres que quedaban en pie eran unos matones grandes y tontos con aspecto de buey. Ambos tenían la nariz chata que obviamente se habían roto antes. Uno tenía orejas de coliflor, un luchador, seguro. El otro era más alto y delgado, un peso ligero, pero de aspecto duro. Cuando sonreía, mostraba dos dientes delanteros perdidos.

Levanté mis puños para proteger mi cara.

—Vengan y quítenmelo, cabrones.

Capítulo Treinta y Cinco Anastasia

Tamborileé mis dedos sobre la mesa. Había una pequeña etiqueta con mi nombre en mi plato. Quienquiera que lo haya escrito había hecho las primeras letras demasiado grandes. Las otras eran más pequeñas para compensar, pero las tres últimas letras de mi apellido ni siquiera entraron en la tarjeta.

Probablemente pensaron que no importaba.

Si hubiera sido la tarjeta de Abedul Tormenta, lo habrían reescrito completo, usado una impresora como una persona normal.

—Relájate —dijo Kim, poniendo su mano sobre la mía para calmar mi ansioso tamborileo de dedos—. Él llegará en cualquier momento.

—Lleva más de veinte minutos de retraso.

—Sí. Bueno... La mierda pasa. Tal vez se quedó atrapado en el tráfico.

—Tendría que ser un tráfico bastante espontáneo.

Kim y yo no habíamos encontrado tráfico de camino al hotel. De hecho, había sido un viaje tranquilo. El viaje de 45 minutos que habíamos predicho sólo nos había llevado 35 minutos. Kim había usado esos diez minutos extra para darme una muy necesaria charla de ánimo en el asiento delantero de su auto. Casi me había rendido. No quería estar allí. Estaba jodidamente nerviosa.

Y se suponía que Erick me acompañaría. Habíamos estado planeando esto durante semanas. Y aun así, allí estaba yo, sentada con Kim y esperando que los demás llegaran a nuestra mesa.

—Sabía que esto iba a pasar —crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué iba a pasar?

—Que me iba a dejar plantada y que yo no era más que una gran broma para él. Literalmente.

—Nastasia. Deja ya de decir eso. No eres una broma para nadie, y menos para Erick.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Lo sé porque eres maravillosa.

—“Lo sé porque eres maravillosa” —me burlé con una voz aguda. Luego fruncí el ceño—. Lo siento. Eso fue cruel. Sé que sólo estás tratando de ayudar.

—Tranquila, sé que tu lado de perra sale cuando estás nerviosa. Toma. Toma un poco de mi vino.

Acepté la oferta y bebí su copa de vino tinto. Miré alrededor del pequeño salón de baile mientras se llenaba cada vez más. Esa era literalmente mi peor pesadilla. Cada persona que ponía un pie en el salón traía un recuerdo traumático del instituto. Todos los deportistas, las chicas malas y los chicos guays estaban sentados en un rincón de la habitación. Su grupo continuó expandiéndose hasta llegar a casi cincuenta, mientras que al resto de las mesas les faltaba el cincuenta por ciento de sus invitados. Parecía que otras personas habían sido más inteligentes que yo y se habían quedado en casa.

Suspiré.

—Podría estar acurrucada en mi sofá con una novela de Parker ahora mismo.

—Siempre habrá tiempo para eso. ¿Cuántas oportunidades tendrás de ver a tus viejos amigos?

Me reí amargamente.

—No tengo viejos amigos del instituto, Kim. Sólo atormentadores.

—Eso no es cierto. Jackson es tu amigo. Hailey también.

—Hailey sólo fue a nuestra escuela para el décimo grado y luego se fue. No creo que eso cuente —suspiré y miré fijamente el anillo de mi mano izquierda.

Kim buscó mi mirada.

—Oye. Él vendrá, y si no lo hace, puedo fingir que soy tu esposa en su lugar.

—Oh sí. Porque la gente creerá que la chica más sexy de la escuela se casó con la ballena de la clase.

—Nastasia, basta de esa mierda. Realmente me molesta cuando hablas así de ti misma.

Puse el anillo al revés en mi dedo, así que el diamante estaba escondido en la palma de mi mano.

—Estoy trabajando en ello con mi psiquiatra, ¿vale?

—Trabaja más duro —tomó su vino y terminó la copa. Luego la dejó y levantó el cuello para mirar hacia la entrada. La gente seguía entrando.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunté.

—Sí. A Erick, para que pueda lidiar con tu malhumorado trasero.

Ella tenía razón. Estaba siendo un deporte lamentable. A Kim le gustaba ir al instituto y había estado esperando esta noche durante meses. Estaba siendo una mala amiga.

—Lo siento, Kim. Es que estoy muy incómoda, y se suponía que esto iba a ser diferente.

Puso su mano en mi rodilla.

—Lo sé, nena. Está bien.

Me obligué a sonreír y ella me devolvió la sonrisa. Luego se desplomó en su silla y levantó su copa de vino vacía en el aire hasta que uno de los camareros que andaba por ahí se dio cuenta y se acercó para llenarla. Cuando tuvo su copa llena, se volvió hacia mí.

—Tengo algo que decirte que te distraerá de tus problemas.

—Oh. Por supuesto, distraéme.

Los ojos de Kim expresaban pura emoción.

—No me juzgues, pero creo que estoy enamorada.

—¿Enamorada? —pregunté, escéptica—. Un momento, ¿a qué te refieres con estar enamorada?

—Ya sabes, tengo sentimientos por un tipo.

—¿Qué tipo?

Se lamió los labios nerviosamente.

—Puede o no puede ser uno de mis clientes.

—¡Kim!

—¿Qué? No es como si fuera a intervenir y romper su matrimonio o algo así. No puedo evitar que me guste. Es increíblemente sexy. Y está forrado, lo cual es una buena ventaja, pero no es el final, ¿sabes?

Fruncí el ceño. No me gustaba como sonaba eso. Kim ya había estado enamorada de algunas de sus parejas de boda antes, pero nada era serio. Tan pronto como la boda pasaba y no estuvo expuesta a ellos nunca más, los sentimientos desaparecían. Nunca se interpusieron en el camino de hacer su trabajo.

—¿Cuándo es su boda? —pregunté.

—No han fijado una fecha todavía. Están buscando lugares, y una vez que elijan uno, fijarán una fecha.

Sacudí la cabeza.

—Será mejor que encuentres una manera de distanciarte. ¿Aún no han elegido un lugar? Eso significa que aún tienes mucho trabajo que hacer con ellos.

—Sí —sonrió y bebió su vino—. Meses de eso.

—Mala idea.

—Lo dice la chica del falso compromiso con el soltero más rico de Nashville.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Te lo dice la voz de la experiencia con las malas ideas.

—No puedo evitar estar enamorada del tipo, ¿vale?

Nos interrumpieron cuando una cara familiar llegó a la mesa con traje y corbata. Era Jackson, el infame y terrible organizador de las recientes citas de Kim. Se paró en el borde de la mesa y señaló el lugar a mi lado, donde la etiqueta decía Jackson Smith. Sacó la silla y se enderezó la chaqueta.

—Damas.

Kim arqueó una ceja y agitó su vino mientras él tomaba su asiento.

—Jackson.

Miró de un lado a otro entre nosotros y dejó que su mirada confusa se fijara en Kim.

—¿Interrumpí algo?

—No —Kim bebió su vino a sorbos—. Pero me enviaste a una serie de citas con completos y totales imbéciles. Empiezo a pensar que podrías odiarme, Jackson.

—¿Quién podría odiarte, Kim? —se burló.

—Estoy segura de que varias personas, y entre ellas tú.

Se rio.

—Mira. Lo siento. Normalmente, soy bastante bueno señalando a la gente en la dirección correcta, pero los pasos en falso suceden.

—¿Tres seguidos? —ella alzó sus cejas.

—A veces —se encogió de hombros y se volvió hacia mí—. Me alegro de verte, Nastasia. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás?

Le di una sonrisa. Siempre me gustó Jackson. Fue una de las pocas personas realmente amable conmigo en el instituto. Incluso me defendió cuando nadie más lo hizo y apreciaba su apoyo incluso ahora.

—Bien. Aunque preferiría estar en cualquier otro lugar que no fuera este.

—¿Verdad? —se rio y paseó la mirada por el salón, empapándose de rostros familiares de diez años. Recorrió la multitud y sacudió la cabeza cuando su mirada se posó en Tormenta. Llevaba un vestido rosa con unos pendientes de aros gigantes y brillantes—. Algunas personas no han cambiado en absoluto.

—Oh mierda —Kim siseó—. Date la vuelta, Jackson. Viene hacia acá.

—¿Y qué? —preguntó inocentemente.

Me acomodé en mi silla, esperaba que no se diera cuenta de la banda de diamantes al revés alrededor de mi dedo anular. Sus tacones golpeaban el suelo al ritmo de la vieja canción de los noventa que sonaba en los altavoces del DJ en el medio del salón. Sus caderas se balanceaban y su cabello se movía mientras se dibujaba una bonita sonrisa en sus labios rosados a medida que más se acercaba a la mesa.

—¿Dónde está Erick? —preguntó.

Jackson frunció el ceño y nos miró a mí y a Kim.

Ella se pasó su melena rubia por encima del hombro.

—¿No se supone que vendría esta noche, Gorda Nastasia?

Kim gruñó como perra rabiosa.

—Oye Tormenta... ¿Es cierto lo que dijeron todos los chicos de que solías dar mamadas bajo las gradas?

—¿Perdón? —preguntó bruscamente.

Kim siguió adelante.

—¿Y que tienes una lengua tan grande que te despiertas ahogándote con ella cada noche?

Jackson se rio y se frotó la nuca.

—Te diré que tengo una lengua maravillosa. Pregúntale a tu hermano, Gorda. Quiero decir, Nastasia —se rio suavemente. Era la misma risa tortuosa a la que me había acostumbrado en mis días de instituto—. O mejor aún, pregúntale a Jackson. Él lo sabe por experiencia personal. Tengo una lengua excepcional, ¿no?

Kim se burló.

—Créeme, no te estás haciendo ningún favor.

—No estoy aquí para impresionar a nadie, Kimberly. A diferencia de algunas personas —me miró cuando dijo esas últimas palabras.

Me quedé tiesa en mi asiento y no se me ocurrió nada que decir. Si hubiera sabido que estaría sentada allí sola y sin Erick como respaldo, habría tenido algunas cosas ingeniosas preparadas para decir. En realidad, las posibilidades de que lo hiciera eran escasas. Simplemente no estaría allí. Estaría sana y salva en casa con un libro y comida tailandesa para llevar, sin vergüenza.

Y algo de Mountain Dew.

—¿Entonces Erick no viene? —preguntó.

—Llega tarde —Kim respondió por mí.

—Lástima —apretó sus labios perfectos—. Iba a invitarlo a sentarse con nosotros. Él no pertenece a este lugar, al lado de ustedes, pero seguramente ya lo sabían.

Jackson se rio de nuevo.

—Gracias por la genuina experiencia en la secundaria, Tormenta. Ha sido bastante refrescante. Será mejor que vuelvas a tu equipo antes de que empieces a perder puntos geniales.

—Buen punto, Jackson —ella le sonrió dulcemente. Luego se agachó y le trazó la mandíbula con el dedo—. Realmente creciste en esa mandíbula tuya. Si alguna vez buscas una noche divertida, estoy segura de que sabes dónde encontrarme. ¿Sí? —se giró sobre su talón y se marchó.

Jackson se volvió hacia mí y Kim.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

—Acabas de ser atormentado —Kim y yo hablamos al unísono. Nuestros tonos eran secos y planos.

Él se estremeció.

—Siento que necesito una ducha caliente ahora mismo.

—Probablemente sí —dije.

—Ese es el karma por haberme arreglado tantas citas de mierda —aseguró Kim, mostrándole una sonrisa diabólica—. Ahora. ¿Dónde está tu cita? No esperaba que llegaras solo.

Se encogió de hombros.

—No hay nada que hacer. Se suponía que mi hermana Jackie iba a venir como mi acompañante, pero no pudo hacerlo por el trabajo. Se lo pedí a Hailey, pero también estaba ocupada. En realidad, no, no está ocupada. Ella dijo, y cito: “¿Por qué diablos querría ir a pasar la noche con tus antiguos compañeros de clase?”

—Siempre me agradó Hailey —dije.

Por un momento la envidié. No estaba ni cerca de ese espectáculo de mierda.

Jackson apoyó sus antebrazos en la mesa.

—Nastasia. ¿Qué estaba diciendo Tormenta sobre Erick Thompson estando aquí esta noche? Él es como cuatro años mayor que nosotros. ¿Por qué estaría en nuestra reunión?

—Erm... No hay razón. Creo que se confundió.

La mención de Erick me recordó lo incómoda que estaba, y lo avergonzada. Era sólo cuestión

de tiempo que la cena se sirviera y esto se convirtiera en un verdadero baile. Y No quería estar aquí cuando eso sucediera.

—¿Saben qué, chicos? No me siento muy bien. Creo que voy a dar por terminada la noche — saqué mi teléfono de mi bolso de mano.

Kim hizo pucheros.

—Dale otros quince minutos. ¿Por favor?

Me mordí el labio inferior.

—Bien. Quince minutos.

Mientras hablaba y le decía que esperaría, le enviaba un mensaje a Chris para que viniera a recogerme. Ya estaba decidida a terminar con esa mierda. El instituto había terminado, de hecho hace diez años atrás, y también el mundo de fantasía en el que había estado viviendo con Erick las últimas semanas.

Pasaron diez minutos antes de que todo el salón se llenara de susurros. Kim se dio cuenta primero, y miró a su alrededor, preguntándose por qué tanto alboroto. Terminé el resto de mi tercera copa de vino en la última hora, desesperada por ahuyentar la decepción y la vergüenza en mis entrañas, y levanté la vista para ver lo que todos murmuraban.

Erick Thompson había llegado.

—Oh, mierda —Jackson se rio—. ¡Erick es un maldito desastre! ¿Qué demonios le habrá pasado?

Todos los ojos estaban puestos en Erick cuando se detuvo frente a mí. Su cara estaba ensangrentada. La camisa blanca bajo su chaqueta de traje azul marino estaba manchada de rojo. Tenía un corte en el labio y una herida en la ceja derecha y su ojo derecho estaba morado. Los nudillos de su mano derecha estaban abiertos.

—Nastasia —su voz estaba ronca—. Lo siento mucho.

—Me tengo que ir —me puse de pie.

Kim me alcanzó, pero yo me escabullí de ella y me dirigí a la salida de emergencia. No podía soportar ser el entretenimiento de toda esta gente por la noche. Fue bastante con que me llamaran Gorda Nastasia. No necesitaba más humillación. Y Erick lo siguió.

Salí por la puerta, y había empezado a llover.

Por supuesto.

—¡Nastasia, espera! No lo hice a propósito —Erick me agarró del codo—. Por favor. Escúchame.

Me separé de él.

—No puedo hacer más esto, Erick.

—¿Hacer qué?

—Esto. Sea lo que sea que es esto. No funciona. Duele demasiado. No puedo creer que realmente confiara en ti para que aparecieras esta noche. Eres Erick Thompson, por supuesto que iba a surgir algo más importante que yo. Sólo soy esta chica gorda que solía reprimir tu aburrimiento y...

—¿Quieres dejar de decir eso? —siseó.

Lo miré desafiante.

—¿Por qué? ¿Porque tengo razón y no te gusta enfrentarte al hecho de que eres tan superficial como el resto de ellos?

—¿Qué? —se masajeó las sienes—. No, eso no es lo que quise decir. Maldita sea. Me duele la cabeza. Por favor, sólo escúchame.

—He terminado de escuchar. Todo lo que hago es escuchar. Todo lo que hago es sentarme y

dejar que la gente me dispare. Dejo que me usen. Ya no más. Considérate libre de culpa.

Erick me siguió cuando caminé alrededor del edificio hasta el estacionamiento, donde recé para que Chris me esperara. Corrió para alcanzar mis rápidos pasos y no me atreví a mirarle por miedo a que mi resolución se rompiera.

—No quiero que me dejes libre, Nastasia. ¿Me estás diciendo que las últimas semanas no han sido...

—¡Han sido una total pérdida de tiempo!

Erick dejó de caminar. Vi los faros de una camioneta entrando al estacionamiento.

Chris. Gracias a Dios. Sácame de aquí.

Se detuvo en la parte delantera, me apresuré a ir hacia él y entonces sin darme cuenta Erick estaba allí, parado entre la camioneta y yo, levantando sus manos y suplicándome. No podía entenderlo. ¿Qué más podría querer de mí? ¿No había dado suficiente? ¿No había sufrido lo suficiente?

—Me asaltaron —dijo—. No te hice esto a propósito.

—No cambia nada. Todo iba a terminar a medianoche de todos modos. Sólo... sólo vete a casa, Erick —lo empujé mientras Chris salía de su camioneta.

—¿Estás bien, hermana?

Alcancé la puerta del pasajero y me subí.

—Sí. Vamos.

Chris y Erick se miraron fijamente. No miré hacia atrás mientras mi hermano daba la vuelta a la camioneta y nos alejábamos del hotel. No dijo una palabra y yo tampoco. Estaba agradecida por ello porque sabía que si intentaba hablar, el nudo en mi garganta se rompería y las lágrimas con las que luchaba desesperadamente se filtrarían finalmente y se acabaría el juego para mí.

Capítulo Treinta y Seis Erick

Correr se había convertido en mi vicio en los últimos seis meses. La vida no había sido amable, pero correr era algo que podía controlar, y el control era algo positivo para mí en esos días.

Clay, mi ex-asistente y ahora socio, corría a mi lado. Sus pantalones se movían, sus brazos se bombeaban, y su respiración era irregular, pero mejoraba con cada carrera que hacíamos.

—¿Ya has hablado con ella? —me preguntó.

Se refería a Nastasia.

—No. Ella no me habla. Han pasado seis meses. No creo que me perdone nunca.

—Lo siento, hombre. Sé lo mucho que te preocupabas por ella.

¿Me preocupaba? A la mierda. Nada me importaba más que ella. La amaba, y no me había dado cuenta hasta esa noche en su reunión cuando se alejó de mí y nada de lo que yo dijera podría hacerla parar.

Chris tampoco me habló durante un tiempo después de esa noche. Mantuvo su distancia. Estaba enojado, y entendía de dónde venía, pero no tenía toda la historia. Después de mucho insistir, finalmente conseguí hablar con él.

Bueno, no sólo insistir.

La muerte de mi padre fue un factor que influyó en que mi más viejo amigo volviera a aparecer. Estuvo allí para el funeral, me ayudó a hacer los arreglos, y estuvo allí las noches en que me emborraché hasta desmayarme para hacer frente a toda la culpa y los recuerdos que nunca pude arreglar u olvidar. Por todas las cosas que nunca le dije y las cosas que sí le dije. Ambas fueron igualmente malas.

Chris había intentado convencer a Nastasia de que hablara conmigo, pero ella nunca hacía lo que le decían, especialmente cuando se trataba de lo que su hermano mayor le decía. Le dijo que me habían asaltado y que mi llegada tardía había estado fuera de mi control. No la convenció. Había terminado conmigo. Terminó con nosotros.

No es que hubiera existido un “nosotros” para empezar. Sólo una farsa de lo que podría haber sido. Había mucho pesar ligado a la muerte de mi padre. Mi madre tampoco se lo había tomado bien, estaba de vuelta en rehabilitación, sólo estábamos Gigi y yo viviendo en la casa. No era tan malo, al menos Gigi era estable, cuerda y una presencia feliz en la casa.

También hacía panqueques asesinos los domingos por la mañana.

—Al menos tienes tu negocio en el que centrarte —la respiración de Clay se estaba volviendo aún más irregular. Nos acercábamos al final de nuestra última milla. Sólo teníamos que correr un poco más fuerte.

—Cierto.

El nuevo Moonshine Chai había sido un lanzamiento aún más exitoso de lo que esperaba. Odiaba que gran parte de los beneficios fueran dinero por lástima, el público era muy consciente de la muerte de mi padre. Su funeral había sido fotografiado y publicado en revistas, por el amor de Dios, y me habían preguntado por él en el 75% de las conferencias de prensa que di para el lanzamiento, así como en algunas de las entrevistas que hice para los medios de comunicación.

Llamarlo frustrante era restarle importancia.

No me importaba que me recordaran el paso de mi padre por cada esquina, pero no podía escapar de ello. Estaba en todas partes.

Terminamos nuestra última milla y disminuimos la velocidad para un ligero trote y luego eventualmente para una caminata. Me dolían los músculos y los pulmones ardían, pero mi cuerpo se sentía bien. Fuerte, más fuerte que mi corazón y mi mente, al menos.

—Me iré directamente a la oficina. Me ducharé allí. ¿Vienes?

Sacudí la cabeza.

—No. Tengo que pasar por la casa y ver cómo está Gigi. Su artritis ha aumentado estos días con toda la lluvia que hemos tenido, así que quiero asegurarme de que está cómoda. Te alcanzaré más tarde.

—No olvides que tenemos esa reunión a...

—A las dos. Ya lo sé. Estaré allí.

Nos separamos. Me fui a casa y Clay se dirigió a la oficina.

Conduje a través de la ciudad y lejos de todo el ajetreo hasta la carretera en la que estaba la finca. Solía ser la casa de mi padre, pero ahora era mía, aunque al principio no la había querido, la finca no tenía recuerdos felices para mí, pero era más un hogar que cualquier otro lugar en el que había vivido, y era la casa de Gigi. Así que, a regañadientes, vendí mi apartamento y me mudé al lugar al que nunca pensé que volvería. En los meses anteriores a su muerte, mi padre y yo habíamos hablado de algunas cosas. No nos habíamos unido como algunos piensan que se puede hacer al enfrentarnos a nuestra propia mortalidad, pero nos habíamos perdonado mutuamente, y eso era más de lo que podía pedir.

Gigi tenía razón. Si mi padre hubiera muerto sin que hubiéramos tenido esas importantes conversaciones, me habría lamentado y viviría enfadado durante mucho tiempo. Y así fue, todavía estaba enfadado. Lo estaba porque mi madre seguía enferma y no había nada que pudiera hacer para ayudarla, aparte de verla entrar y salir de la rehabilitación hasta que finalmente se quedó.

Estaba enfadado porque Gigi estaba sufriendo y porque tenía la carga de cuidar de mi madre debido a su enfermedad. Estaba enfadado porque mi padre murió y ese capítulo de mi vida se cerró para siempre. No había nada en mi pasado con mi padre que pudiera cambiar o redimir, estaba hecho, y por último, estaba enfadado por haber perdido a la única mujer que había amado de verdad.

Soñaba con Anastasia casi todas las noches. Creía que la veía en todos los sitios a los que iba. No podía contar cuántas extrañas había tocado en el hombro, esperando que fuera ella.

Ninguna lo era.

Cuando llegué a casa más, encontré a Gigi en su lugar favorito junto a la ventana de la sala de estar. Tenía una manta sobre su regazo. Había una taza de té humeante en la mesa a su lado que olía a arándanos y menta. La tomó y la sorbió mientras entraba en la habitación.

—No esperaba verte tan pronto —dijo.

—Pensé en venir a casa y ducharme antes de ir a la oficina.

—¿Oh? ¿Seguro que no tiene nada que ver con el control de tu vieja abuela?

—Tal vez.

Ella sonrió. Sus labios eran más finos y también tenía más arrugas. Estaba seguro de ello.

—Erick. Dulce niño. Puedo ser vieja, pero soy perfectamente capaz de cuidarme a mí misma —levantó su taza de té como si demostrara que estaba en forma y físicamente capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera.

—Sé que lo eres. Simplemente no puedo evitar preocuparme.

No podía evitarlo. Había perdido demasiado en los últimos seis meses como para no preocuparme por perder a la única persona que nunca me daría la espalda. No podía ni siquiera soportar la idea.

Gigi agitó su té.

—Escuché ese programa de radio anoche. Noche con Annie. Es bastante buena.

Mi corazón se desplomó al oír el nombre de Nastasia.

—Sí. Lo es.

—¿Por qué no la has llamado?

—Ella no toma mis llamadas. No importa lo que haga. Ni siquiera me habla cuando voy a verla a su apartamento. No quiere tener nada que ver conmigo. Así que creo que debería respetar eso y dejarla en paz.

—Eso es mierda de caballo y lo sabes.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué?

—Erick. Vamos. Amas a esta chica. Has estado suspirando por ella durante medio año, y me cuesta mucho creer que ella no te eche de menos también.

—Entonces, ¿por qué no contesta mis llamadas?

—Está asustada —Gigi se encogió de hombros como si fuera la respuesta más obvia del mundo—. Tu chica viene de un mundo diferente al tuyo. El cambio da miedo, para algunos más que para otros. Ella corrió a la primera vista de los problemas, y corrió con fuerza, pero no creo que la hayas perdido para siempre, todavía no. Creo que sólo necesitas ser creativo.

Esperé a que ella dijera más, pero no lo hizo. Me apoyé en la pared y crucé los brazos sobre mi pecho.

—Está bien. Te escucho. ¿Cuál es tu brillante idea?

—Llama a su estación.

—No. Es su trabajo. No quiero...

—Escucha. Llámala al trabajo, así es como ustedes dos comenzaron a hablar. Fue fácil, sin esfuerzo, incluso. Vuelve a eso, a lo básico. Dale una última oportunidad, ponlo todo en la línea y mira lo que pasa. Si sigue diciendo que no, entonces es hora de limpiarse las manos y seguir adelante.

Todo sonaba mucho más simple de lo que era.

—¿Cómo conseguiré que acepte la llamada?

—Miente sobre quién eres.

—Gigi. Eso no es nada ético.

—¿Y qué? Todo es válido en el amor y en la guerra, ¿no? ¿O tu generación también se ha cagado en eso?

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

Ella también sonrió.

—Anda. Tu vieja abuela es feliz aquí con su libro y su té. Te lo prometo.

Capítulo Treinta y Siete Anastasia

Me agarré al borde del retrete de porcelana mientras otra ola de náuseas me golpeaba. Gemí, el sonido resonó en el cuenco, y segundos después, mi boca se inundó de saliva, y me levanté de rodillas para arrojar el contenido de mi estómago.

Hubo un ligero golpe en la puerta, seguido de la suave voz de mi madre.

—¿Cariño? Tal vez deberías considerar faltar a la estación por enfermedad esta noche. Este ha sido un día muy duro.

Respiré profundamente y cerré los ojos.

—No, estoy bien. Quiero ir.

La estación era una buena distracción de todo lo demás que estaba pasando en mi vida en ese momento. Me habían lanzado algunas bolas curvas que no esperaba que de repente hicieran que mi reunión de secundaria de meses atrás pareciera algo tan insignificante.

Para empezar, ya no estaba obsesionada con mi peso. Lo cual era curioso, viendo como había ganado casi 10 libras en los últimos seis meses. Pero eso estaba bien, era un peso saludable.

El peso extra por un embarazo.

Había un poco de vida creciendo en mi vientre. Me consumía la nutrición y aprendía a alimentar mi cuerpo y al bebé adecuadamente. Todavía me daba el gusto de vez en cuando con una o dos donas y algo de Mountain Dew, pero consideraba que mi estilo de vida era mucho más equilibrado ahora. Era más fácil tomar decisiones inteligentes para mi cuerpo ahora que no se trataba sólo de mí. El bebé en mi barriga no podía tomar decisiones todavía, tenía que tomar esas decisiones por él o ella, y quería que fueran el tipo de decisiones que le dieran a mi pequeño frijol una ventaja en la vida. Y eso comenzaba con una nutrición adecuada.

Me puse de pie. Mi vientre golpeó el borde del mostrador cuando me incliné para salpicarme un poco agua fría en la cara y enjuagarme la boca antes de salir del baño.

Mi madre me estaba esperando en el pasillo. También Oso, el perro se había convertido en mi sombra desde que me mudé con mis padres dos meses atrás. Estar sola en mi pequeño apartamento no había sido bueno para mi salud mental. Me había retraído muchísimo. Había dejado de relacionarme con amigos y familiares. Echaba de menos a Erick pero no me atrevía a acercarme a él. ¿Qué le iba a decir?

Hola. Cuánto tiempo sin hablar. ¿Cómo estás? ¿Bien? Muy bien. Oye, ¿adivina qué? Estoy embarazada de ti.

No, eso no habría ido tan bien.

Mamá y papá me salvaron de mí misma. Chris estuvo de vuelta en la ciudad el fin de semana de la mudanza y ayudó a cargar todas mis pertenencias en un camión de mudanzas. Descargamos en la casa y me mudé a mi antigua habitación, que mi madre finalmente aceptó repintar. Quitamos todas las cosas de mi infancia y las pusimos en cajas en el ático. Luego hice el espacio mío otra vez.

Era diminuto, sí, pero era mío, y no estaba sola allí. Tenía el apoyo que necesitaba. Todavía estaba aterrorizada, en realidad estaba aterrorizada todo el tiempo.

Oso me dio con su cola en la pierna y yo respondí rascándole detrás de las orejas.

—Hola, amigo. Lo siento. No te estoy ignorando.

Mi madre suspiró y extendió la mano para pasar sus dedos por mi cabello.

—Mi cabello se puso así de grueso cuando estaba embarazada de ti y de tu hermano también.

Me decía muchas cosas así últimamente. Hablaba de lo clara que era mi tez, lo redonda que se estaba volviendo mi barriga, de lo bien que me veía embarazada. Era extraño sentirse bonita por una vez y no esperaba que viniera con el embarazo. Mamá decía que era porque me obligaba a ver

algo más cuando me miraba en el espejo.

Algo más que las cosas que no me gustaban. Y no se equivocaba.

Cuando me miraba en el espejo, veía la fuerza. Veía la vida, la verdadera magia que era la maternidad. Sólo cuando miraba profundamente a los ojos veía a la niña asustada que había sido seis meses antes.

No era de extrañar que las cosas entre Erick y yo hubieran terminado tan mal. No estaba ni siquiera cerca de estar preparada para estar con un hombre como él. Y probablemente nunca lo estaría, pero había aprendido mucho de esas semanas con él y me había dado algo realmente especial.

Un hijo.

Mamá repetía siempre que le debía a Erick la verdad por eso. Todavía no estaba tan segura, tenía mucho con lo que lidiar. El trabajo, los negocios, la muerte de su padre, los problemas de salud de su madre, todo eso. No quería añadir otra carga a su espalda.

—¿Crees que vas a poder cenar? —preguntó mi madre, poniendo una mano en mi hombro.

—Sí, lo intentaré.

Bajamos juntas las escaleras. Papá y Nannie ya estaban sentados a la mesa. Había una cacerola llena de verduras asadas en el centro, junto con un tazón de puré de papas y una tabla de cortar con carne de res asada en finas rodajas. Olía gloriosamente. Me serví un vaso de agua helada antes de unirme a mi familia para la cena.

Nannie me pasó el puré.

—Come. Ahora estás comiendo por dos.

Aunque ya no comentaba mi peso específicamente, me resultaba agotador su incesante comentario sobre lo que me metía en la boca. Tomé una ración de verduras y puré y ella me animó a comer más.

—Vamos, Nastasia. Adelante. Necesitas todos los nutrientes que puedas obtener de cada pequeña cosa. Especialmente cuando estás tan enferma todos los días. Estás perdiendo mucho de...

—Nannie —mi voz era aguda—. Soy capaz de alimentarme yo sola. No necesito que me digas lo que debo y no debo comer más. ¿De acuerdo?

Mis padres intercambiaron una mirada.

—Sólo estoy tratando de ayudar.

—Lo sé, pero tu versión de ayudar siempre me hace sentir mal conmigo misma.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inocentemente.

Corté mi carne y le di un mordisco. Prácticamente se derritió en mi lengua. La comida nunca me había sabido tan bien como cuando estaba embarazada. Masticaba, saboreaba y tragaba.

—Desde que puedo recordar, te has burlado de mí y de mi tamaño. Y finalmente tengo la voluntad de decirte que no lo aprecio. Es mezquino e hiriente y preferiría que de ahora en adelante no dijeras nada sobre mi peso o lo que me estoy metiendo en la boca.

Mi madre bebió su vino. Papá masticaba sus zanahorias. Nannie miró su regazo.

—Lo siento, Anastasia.

Parpadeé sorprendida. ¿Fue una disculpa genuina? Parecía y sonaba sincera, pero por otra parte, Nannie siempre había sido una actriz impresionante.

Ella suspiró.

—Sé que he sido dura contigo. Creo que me estaba proyectando en ti. Tú y yo tenemos más en común de lo que crees. Cuando tenía tu edad, me formaron de la misma manera. No era una de las chicas delicadas que los hombres solían preferir. La pasé mal. Y, bueno, tu abuelo me engañó

cuando aumenté algunos kilos de más.

Mi madre dejó sus cubiertos.

—¿Papá te engañó?

Nannie no hizo contacto visual con nadie.

—Fue algo muy vergonzoso. Muchos de mis vecinos y amigos se enteraron antes que yo. Me sentí tan humillada. Y sé que fue porque ya no se sentía atraído por mí, porque me dejé llevar. Ha sido el peor dolor que he sentido en mi vida, Anastasia. Quería evitarte eso. Pensé que te estaba protegiendo a mi manera. Pensé que el dolor de mis palabras no podría compararse con el dolor que un hombre podría causarte.

Me mastiqué el interior de la mejilla.

—Bueno, no te equivocaste en eso, Nannie. Los hombres son unos imbéciles.

—Hey —papá intervino desde su extremo de la mesa—. No todos nosotros.

—No, no todos ustedes —me limpié los labios con la servilleta—. Pero en su mayoría. Nannie, siento que te haya pasado eso. No te lo merecías, y lamento que te haya causado tanto dolor, pero puedo cuidar de mí misma. ¿De acuerdo? Y no te corresponde a ti endurecerme en caso de que algo así suceda.

—Lo entiendo.

Alcancé su mano sobre la mesa. Ella y yo teníamos manos similares. Dedos finos, nudillos más gruesos y uñas anchas.

—Hay una cosa más que debes saber —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Soy quien ha enviado el Mountain Dew y las donas a la estación todo este tiempo.

—¿Qué?

Nannie asintió.

—Sí, fui yo. Sabía que los amabas, y sabía que te castigabas a ti misma siempre que estabas conmigo. Estaba tratando de... ugh. No sé lo que intentaba hacer. ¿Puedes perdonarme?

Estudié las líneas de su cara, sus arrugas, sus hoyuelos y sus ojos.

—Con una condición.

Las palabras que salían de mi propia boca me recordaban la vez que Erick me las había dicho.

—Cualquier cosa —susurró Nannie.

Me levanté de mi silla y fui al armario de la cocina. Lo abrí y cogí una caja de los dulces favoritos de mi madre, pequeños bombones de chocolate con glaseado blanco en el medio.

Puse uno delante de ella.

—Come esto conmigo.

Miró el dulce y luego me miró mientras yo desenvolvía el mío. Esperé a que ella hiciera lo mismo. Lo hizo. Entonces sostuve el mío como si fuera una copa de vino y estuviera haciendo un brindis.

—Brindemos por las calorías sin culpa y por más bondad para nuestros cuerpos.

Nannie sonrió. Golpeó su bombón contra el mío, y luego, juntas, dimos un mordisco.

Ella lamió el chocolate de las esquinas de su boca.

—Dios mío, esto es el paraíso.

Capítulo Treinta y Ocho Anastasia

Me sentía en la cima después de la conversación con Nannie. Entré en la estación esa noche con paso animado, a pesar de que mis caderas y mi espalda estuvieran doloridas no había nada que pudiera arruinar mi noche.

Gabby me recibió en el estudio con una gran sonrisa y me ayudó con mi bolso y abrigo. Ella y yo habíamos estado muy animadas desde que Ryan, el pasante de la fraternidad, había sido despedido la semana pasada, después de haber hecho un comentario sobre lo difícil que era pasar por delante de mí en una puerta con mi barriga.

Si hubiera sido cualquier otra persona, me habría reído, pero odiaba a ese mierdecilla desde el primer día, y por suerte para mí, Doug estuvo allí para escuchar el comentario.

El embarazo me había convertido en una perra feroz y no estaba enojada por eso. Sólo había una persona un poco molesta por toda la situación, y era Kim, que estaba en la más profunda mierda de todas las mierdas con la pareja para la que planeaba una boda. Ella estaba todavía muy enamorada del novio, por quien, después de ver fotos de él, entendí su dolor.

Ella quería ir a unas vacaciones tropicales y beber todos sus problemas, pero ya sabes, embarazada ya no podía hacer eso.

Sin embargo, no me importaba. Por primera vez en mi vida, no odié donde estaba. Sí, extrañaba a Erick, y sí, me sentía culpable por no haberle contado del bebé. Pero yo era feliz, estaba completa, estaba contenta. Me sentía en casa en mi propio cuerpo, aunque lo compartía con otra persona.

No tenía sentido y no tenía que tenerlo. Todo salió como se suponía que debía. Realmente lo creí así, y lo que pasó después fue el destino. Así era como sobrevivía cada día, y así era como superaría cada noche, mañana y pasado mañana.

Como un reloj.

—Saldrás al aire en cinco minutos —anunció Gabby.

Doug entró en su oficina, tenía en sus manos una pequeña bolsa de regalo con arreglos azules y rosas. La sostenía con una pequeña sonrisa inocente.

—Es para la fiesta del bebé. No podré estar presente, así que quería dártelo antes.

—No tenías que hacer eso —le dije mientras me entregaba la bolsa.

—Yo quería. Te lo mereces. Vas a ser una madre increíble. Ese pequeño tiene suerte de tenerte. Sabes que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte la maternidad lo más difícil posible.

Riendo, saqué el pañuelo de la bolsa. Dentro había un pequeño pijama de bebé que leía “Mierdecilla Perturbadora”.

Miré por encima del pijama a mi jefe.

—No puedo salir en público con mi bebé usando esto. La gente me juzgará muy duramente.

—¿Y qué? —preguntó.

Gabby puso los ojos en blanco.

—Deberías tener una igual Doug. Iría perfectamente contigo.

Mi jefe se rio.

Le di un abrazo como agradecimiento y luego me trasladé al estudio, donde hice mi rutina normal de ponerme los auriculares, comprobar la calidad del audio y prepararme para mis llamadas. Aunque mi rutina era un poco diferente ahora. Ya no usaba las gafas, ni cambiaba mi voz.

Yo era yo en el aire ahora. Directamente Anastasia Harrison. Aun así era a la Noche con Annie por razones de marketing y porque Doug me recordó que había firmado un contrato y no

podía volver atrás, pero a todos los efectos, era la pequeña Anastasia embarazada cuando estaba en el aire.

Mi hermano se puso furioso cuando le dije que yo era la personalidad de la radio. Luego me explicó que su nivel de shock y horror, se debía a que había usado mis consejos románticos para ligar con una chica. Esa conversación terminó con los dos casi histéricos, gritándonos para no volver a hablar nunca más de esas cosas.

Nunca. Nunca jamás. Y habíamos mantenido nuestra palabra.

Doug golpeó con los nudillos en la ventana entre mi estudio y su oficina. Levanté la vista y él levantó dos dedos, contando la marca de los dos minutos. La consola ya estaba parpadeando con luces rojas.

Estaba llena de emoción. Llegar al trabajo era un proceso mucho más agradable ahora que ya no sentía que estaba fingiendo. Era auténticamente yo misma. Mis palabras eran verdaderas, mis experiencias eran reales, era cruda, honesta y vulnerable, y ya no agonizaba por sentirme como un fraude.

Me sentía tan en casa en esa silla con mis auriculares como en mi propio cuerpo. La revelación era gloriosa.

Estaba en cuenta regresiva para los últimos diez segundos. Cuando llegué a uno, salí en vivo y no pude dejar de sonreír mientras saludaba a mi público.

—Buenas noches, damas y caballeros. Amantes y buscadores de amor. Esta es la Noche con Annie, su anfitriona para el show de esta noche. Espero que todos tengan una buena noche. Si están atascados en el tráfico, lo siento. Estarán en casa pronto. Mientras tanto, charlemos. Vamos a nuestra primera llamada de la noche —presioné el primer botón rojo parpadeante. La línea se llenó de la familiar estática suave—. Hola, llamador. ¿Cómo te llamas y cómo puedo ayudarte a curar tu corazón hoy?

—Me llamo Reggie.

—Hola, Reggie.

—Hola, Annie. Hombre, esto es irreal. Puedo oírme en la radio de mi auto.

Me reí suavemente.

—Sí. Así es como funciona todo esto. ¿Para qué me llamas esta noche, Reggie?

—Tengo un problema.

—Por supuesto que sí. Bueno, has venido al lugar correcto. Dime qué está pasando.

Reggie tomó un gran respiro para prepararse, y luego empezó a hablar. Explicó cómo él y su chica se habían peleado la noche anterior por tener hijos. Ninguno de los dos estaba de acuerdo. Ella quería tener hijos, y los quería pronto, y él no se sentía preparado. Quería seguir la ruta tradicional. Citas, matrimonio, comprar una casa, y luego hijos.

—Bueno —dije una vez que lo escuché—, me parece que ustedes necesitan tener muchas más conversaciones sobre esto. Tener hijos es algo importante, no es una decisión que se tome a la ligera. Si no está dispuesta a seguir hablando contigo sobre esto, tal vez no sea la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida. Tenemos que estar con alguien con quien podamos discutir. Alguien con quien podamos volver y disculparnos, que acepte esa disculpa y nos siga queriendo, aunque no estemos de acuerdo. ¿Tiene sentido, Reggie?

—Sí. Sí, así es.

—Ahora, no estoy diciendo que ustedes dos necesiten romper porque están en páginas diferentes. Creo que ambos necesitan ver su situación de verdad. ¿Hay alguna razón por la que quiera tener hijos ahora mismo? ¿Tiene miedo de no poder hacerlo si espera demasiado tiempo? ¿Tiene problemas de salud que podrían hacer demasiado difícil tener un hijo en el futuro? ¿Está en

riesgo de infertilidad? Hay mucho más que decidir antes de ser padres. Profundicen. No rehúyan de las conversaciones difíciles, porque los niños sólo harán las cosas más difíciles.

Reggie respiró hondo y sonó como un alivio.

—Gracias, Annie. Te lo agradezco.

—Cuando quieras, cariño. Ya lo tienes. Buena suerte.

Terminé la llamada. Doug me transmitió otra desde el otro lado, y yo presioné el siguiente botón rojo.

—Hola, llamador. ¿Cómo te llamas y cómo puedo ayudarte a curar tu corazón hoy?

La línea estaba en silencio.

—¿Hola? —pregunté nuevamente.

Todavía seguía en silencio. Y luego, finalmente, se escuchó una voz.

—Hola.

—Hola —me hizo sonreír. Extrañamente podía oír en la voz de alguien cuando sonreía. Y el hombre al otro lado de la línea sonaba como si estuviera sonriendo—. ¿Cómo estás esta noche?

—¿Annie?

—¿Sí?

—Annie. Anastasia. Soy... soy yo.

Mi corazón voló a mi garganta. Mi pulso se aceleró tan intensamente que por un momento me sentí mareada.

—¿Por qué me llamas al trabajo? —pregunté, completamente consciente de que todo esto era en vivo.

Doug estaba frunciendo el ceño. Gabby estaba sonriendo. Ella sabía todo sobre Erick. ¿Había ayudado a organizar esto?

—Necesitaba hablar contigo. No atiendes mis llamadas. Pero por favor, no cuelgues. Necesito tu consejo.

¿Cómo se atreve a llamarme para pedirme consejo después de todo lo que ha pasado? Distraídamente, me froté la barriga, la barriga donde estaba su hijo, y consideré colgarle. Pero lo pensé mejor. Esta llamada era en vivo y no se vería muy bien para mí colgarle a un llamante que me suplicara ayuda.

—Bien —dije—. Adelante. ¿Por qué llamas?

—Estoy enamorado de una chica.

Cerré los ojos.

Por supuesto que sí. No podía esperar que eso no pasara nunca, ¿verdad? No, tenía sentido que se hubiera ido. ¿Estaba llamando para frotar sal en la herida? ¿Para probar que lo había hecho bien sin mí?

—¿Y? —lo presioné.

—Ella puede guardar un verdadero rencor hacia mí, Annie. Me arrancó el corazón y lo pisoteó, y no puedo volver a recomponerme. Me está matando, y la única forma de que pueda decirle algo es llamándola al trabajo como un idiota y decirle ante todos los que escuchan su programa que estoy perdidamente enamorado de ella.

Casi silbé su nombre en el teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy rogando por una oportunidad más contigo, Nastasia.

Gabby entró en la oficina de Doug.

—No puedo hacer esto ahora mismo —le respondí.

—Tus oyentes lo entenderán. Son personas que no pueden hablar por sí mismos en este

momento, y por eso buscan tu ayuda. Están buscando amor, y yo también. Tú y yo lo tenemos, y sé que lo sabes. ¿Realmente te vas a interponer en el camino del amor verdadero?

—¡Oh Dios mío! —susurré, enterrando mi cara en mis manos.

—Estoy afuera.

—¿Tú qué?

—Estoy en el estacionamiento. Ven a verme. O voy a ir a ti.

Me lamí los labios. Luego me encontré con los ojos de Gabby. Ella asintió para que me fuera.

—Quédate donde estás —le dije—. Ya salgo.

Capítulo Treinta y Nueve Erick

No podía creerlo. Ella venía a encontrarse conmigo. Esto era todo. El momento decisivo en el que nos despedíamos para siempre o nos lanzábamos de nuevo para un último intento.

Recé para que fuera la segunda opción.

La puerta principal del estudio se abrió y Nastasia salió. Estaba envuelta en un gran chal tirado imprudentemente sobre un hombro. Llevaba jeans anchos, y caminaba un poco raro mientras marchaba por la acera para encontrarse conmigo.

Salí de mi auto.

—Erick, eres un imbécil. Esto es tan poco profesional que podría...

—Calla.

Cerró la boca y se detuvo a un pie de mí, mirándome fijamente.

Extendí la mano y tomé las suyas.

—Ambos merecemos tener esta conversación. No podemos seguir evitándonos —giré su mano para inspeccionar su dedo anular. El anillo que le había dado no estaba allí. Era una ilusión haber esperado que lo estuviera—. Pienso en ti todos los días, Nastasia. No puedo entender por qué no estamos juntos. Estamos hechos el uno para el otro. Yo lo sé y tú lo sabes, y si tienes miedo, lo entiendo. Yo también tengo miedo. Pero por favor, no te rindas antes de que tengamos la oportunidad de ver lo que podemos ser y hasta donde podemos llegar.

—Erick, es más complicado que eso. Esto no es sólo sobre nosotros. Es... es complicado.

—¿Y qué? Desordenado es mi segundo nombre.

Me puso los ojos en blanco.

—Espera —dije, deseando poder retirar la broma—. Por favor. Te necesito, necesito mi corazón de vuelta. No puedo soportarlo más.

—¿Cómo te devuelvo tu corazón?

Me froté la nuca.

—No lo sé. Todavía no descifro esa parte. Esperaba no tener que explicarme y que dijeras que también me querías de vuelta.

Me miró fijamente.

Aclaré mi garganta y continué.

—Estoy enamorado de ti, Nastasia. Ahí está. Simple y llanamente te he amado desde que comimos pizza esa noche después de Caprizee. Tal vez desde que te vi con ese vestido de terciopelo en el bar. Era demasiado tonto para verlo entonces, pero lo veo ahora, y no he dejado de amarte desde entonces, aún y cuando no te he visto en seis meses. ¿Cómo es eso posible?. Annie sabría que esto es de verdad, es auténtico. Nos diría que nos lanzáramos. ¿No es así?

Nastasia estudió mis ojos.

—Estás loco, Erick Thompson. Absolutamente loco, carajo.

—Tal vez lo estoy. ¿Me estás diciendo que no te sientes un poco loca en tu vida?

—Yo... tengo muchas cosas que necesito decirte.

—Te escucho. Puedes decirme cualquier cosa.

—Es algo fuerte y difícil.

—Han sido seis meses así. Creo que puedo soportar cualquier cosa en este momento.

Nastasia echó un vistazo a mi teléfono en el asiento de mi auto.

—¿Sigue encendido?

—Uh. No lo sé —lo recogí—. Sí.

—Cuelga.

Presioné el botón terminando la llamada.

—Listo. He colgado.

Mi estómago estaba en un nudo apretado ya que todo lo que quería y necesitaba colgaba en la balanza. ¿Qué iba a decir? ¿Iba a decirme que no? ¿Había conocido a alguien más? ¿Estaba enamorada de otro?

Mierda. No podría soportar eso.

—Erick —me tomó las manos.

Iba a decirme que me fuera. Mi corazón se contrajo en mi pecho.

—Háblame, Nastasia. ¿En qué estás pensando?

Se negó a mirarme a los ojos.

—Mira —dije, luchando por sacar cada palabra—. Si esto no es lo que quieres, necesito oírte decirlo. Si no has pensado en mí en todos estos últimos seis meses entonces...

Sacudió la cabeza.

—Por supuesto que he pensado en ti, Erick —se mordió el labio inferior. Luego soltó mis manos y buscó por su cuello hasta dar con una cadena de plata que llevaba puesta, tiró de ella hacia arriba hasta que la descubrió por completo y la sostuvo entre sus dedos. De la cadena colgaba el anillo que le había dado.

—No me digas —suspiré.

Nastasia se sonrojó.

—Pienso en nosotros todo el tiempo, Erick, y me siento mal por cómo terminaron las cosas. Pero con el paso del tiempo, se hizo más y más difícil volver a ti. Cometí errores, y te oculté cosas que no puedo retirar, y lo siento. Lo siento muchísimo.

—Nastasia. No tienes nada que lamentar. Absolutamente nada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Ayúdame a entender.

Su labio inferior temblaba. Una lágrima rodó por su mejilla y la limpié con mi pulgar.

Entonces ella se quitó su chal.

—¿Ves ahora? Te oculté esto. Debí haberte llamado. Debí habértelo dicho. Pero estaba muy asustada, y luego vi que tu padre había muerto y no pude... —sacudió la cabeza—. Lo siento. Lo siento mucho.

Todavía no entendía lo que se suponía que tenía que estar mirando. Entonces dio un paso atrás y se giró hacia un lado.

Y ahí estaba.

Una barriga. Una panza de bebé. Un vientre redondo, lleno, de embarazada. El aliento se me escapó de los pulmones.

—Espera. ¿Es...?

Ella asintió.

—¿Es mío? —susurré.

Asintió de nuevo.

El mundo giró. Respiré profundamente pero aun así no dejaba de girar.

—¿Erick? ¿Estás bien? ¿Me odias?

—¿Odiarte? ¿Cómo podría odiarte? Vamos... vamos a tener un bebé —una sonrisa tocó sus labios—. ¡Mierda! Vamos a tener un bebé. Voy a ser padre —la agarré y la abracé con fuerza.

Me devolvió el abrazo.

Se sintió bien. Se sentía seguro. Se sentía como si fuera mi lugar para estar. Su vientre presionó mi estómago y me alejé, sin querer aplastar al bebé.

—Tenemos que hablar. Necesitamos...

—Necesito decirte algo más primero —me cortó.

—Oh. Está bien.

¿Iba a decirme que no quería criar a este bebé conmigo? ¿Iba a decir que nuestro barco había zarpado? ¿Iba a decir que no quería esto?

¿No me quería?

Se estiró y me besó. Fue como besar a un hada.

—Yo también te quiero, Erick. Llévame lejos de aquí.

—¿No estás en medio de tu show?

Me dio una pequeña sonrisa tímida.

—A los oyentes no les importará. A todos les gusta un poco de drama. ¿Verdad?



Nastasia luchó con el cuello de mi camisa. La ayudé y la abrí de un tirón. Los botones rebotaron y bailaron por el suelo de mi dormitorio.

—Tu abuela nos escuchará —susurró Nastasia mientras se quitaba su suéter.

—Tiene ochenta y nueve años y está un poco sorda, aunque ella lo niegue —le saqué la camisa por encima de la cabeza—. Puedes gritar mi nombre tan fuerte como quieras y ella no se enterará. Además, necesito escucharte —sostuve su cara en mis manos y la besé como si tratara de consumirla entera.

Ella me presionó fuertemente. Su vientre estaba firme contra mi estómago y traté de recordar lo que había dicho antes, que no podía hacerle daño al bebé. Que ella y su vientre eran más duros de lo que parecían.

Estaba radiante, llena, flexible, maravillosa, y aún más hermosa de lo que jamás recordé. Olía a menta, sol y lavanda. Sabía a vainilla y canela. Y estaba embarazada de nuestro hijo.

Por un breve momento, sentí ganas de llorar, pero había cosas importantes que atender. Como hacer el amor con la mujer de mis sueños.

La recosté sobre la cama. Las manos de Nastasia se movieron a través de mis hombros, bajaron por mi espalda y luego volvieron a mi estómago, donde ella trazó las líneas de mis abdominales hasta mi pecho. Se rio suavemente en nuestro beso y abrió las piernas para que yo me acomodara mientras terminábamos de desnudarnos. Sus bragas fueron las últimas en salir y yo arrastré un dedo entre sus pliegues. Estaba mojada y lista como yo sabía que lo estaría.

Metí un dedo dentro de ella. Nastasia se mordió el labio inferior y soltó un gemido tan suave, que me pregunté si me lo había imaginado, pero luego gimió de nuevo, más fuerte esta vez, y su espalda se arqueó mientras yo la empujaba profundamente. Luego presioné mi lengua contra su clítoris y chupé.

Ella arrulló mi nombre. Ella era mía. Así es como se veía nuestro futuro.

Le di otro dedo y comenzó a mover sus caderas, follándose mis dedos como una zorrilla sexy que era. Se dobló y jadeó cuando llegó, sus jugos se deslizaron en mis dedos hasta los nudillos, y yo me puse de rodillas entre sus piernas.

Levantó su trasero de la cama y sus caderas hacia mí en una súplica silenciosa. Acaricé mi erección antes de presionar la punta contra su entrada. En un suave empuje me deslice dentro de ella. Estaba tan apretada y resbaladiza como siempre. Apreté mi mandíbula y me aferré a un gruñido mientras le agarraba las muñecas y las ponía encima de su cabeza.

Nastasia abrió sus piernas ampliamente para dejarme entrar profundamente.

—Sí, Erick. ¡Sí!

Separó sus labios en un grito silencioso mientras llegaba. Le solté las muñecas, le di vuelta,

dejándola de espaldas a mí. La ayudé a apoyarse sobre sus rodillas y codos con cuidado, y luego entré en ella por detrás. Nastasia jadeó, apretando las sábanas en sus puños. Le recogí el cabello al nivel de su nuca y tiré, forzando su cabeza hacia atrás.

Tenía los ojos cerrados y sonreía. Casi llegué en ese momento al ver esa sonrisa pícaro.

La puse en mi contra. Sus omóplatos estaban presionados contra mi pecho. Le solté el cabello y dejé que mis manos vagaran por todo su cuerpo mientras empujaba mis caderas, empujando dentro y fuera de ella, deslizándome sin esfuerzo entre sus jugos. Sus pechos eran más grandes que antes, los tomé con ambas manos. Suspiró dulcemente y apoyó su cabeza contra mi hombro mientras los acariciaba y pellizcaba sus pezones. Sus jadeos sin aliento me enloquecieron y tuve que detener mi ritmo para evitar terminar. Pero mientras esperaba, ella comenzó a moverse, empujando su trasero hacia atrás.

No pude controlarme más y entré profundamente.

Nastasia lloriqueó. Sellé sus llantos con una mano sobre su boca, justo como le gustaba. Podía sentirla sonriendo bajo mi palma mientras aceleraba mi velocidad. Cerró los ojos, gimió y se echó hacia atrás, pidiendo más, y se lo di todo hasta que llegó. Mi orgasmo la siguió y acabé dentro de ella, dejándola temblando y jadeando y retorciéndose en mis brazos. Cuando nos desmoronamos y colapsamos en la cama, ambos nos tumbamos de espaldas y miramos fijamente al techo mientras recuperábamos el aliento.

Admiré las líneas de sus piernas y la plenitud de sus pechos. Me empapé al ver sus duros pezones y la subida y bajada de su pecho. Me perdí en las sombras que sus pestañas proyectaban en sus mejillas y su pulso revoloteando incesante en su garganta. La chica era mía. Después de todo, finalmente la tenía de vuelta.

Se volteó hacia mí y sonrió con una amplia y brillante sonrisa.

—Deberías saber —dijo sin aliento—, que mi resistencia es aún mayor ahora que estoy embarazada.

Sonreí.

—Mujer, ¿estás tratando de matarme?

—Ponte los pantalones de niño grande, campeón. La mamá de tu bebé necesita más de eso.

Capítulo Cuarenta Anastasia

Dos meses después.

Me abaniqué la cara y me apoyé en la isla de la cocina.

—¿Por qué pensé que sería una buena idea organizar una cena familiar cuando estoy embarazada de ocho meses?

Gigi estaba flotando sobre la estufa, revolviendo salsa y chutney. Se rio suavemente y me miró por encima del hombro.

—Todas las ideas suenan bien en el momento de la concepción, querida. La ejecución es la parte difícil. Ve a tomar un poco de aire fresco. Puedo mantener el fuerte aquí.

Le di las gracias con una mano en el hombro y salí de la cocina, atravesé el comedor y pasé por las tres salas de estar hasta el patio trasero cubierto. Encontré a Erick ahí fuera fumando un cigarro con Chris. Cuando me vieron, rápidamente pusieron sus cigarrillos en el cenicero de una de las mesas exteriores.

—Sólo vine a tomar un poco de aire fresco. Me estoy muriendo ahí dentro. Hay como quinientos grados.

Chris se rio.

—¿Mi sobrinito te está haciendo pasar un mal rato?

Me froté la barriga hinchada. No podía creer lo grande que era, o que había un bebé dentro de mí. Todo el asunto seguía sintiéndose tan surrealista.

—Sí. Lo hace. Hoy es un frijolito retorcido, pero se está preparando para salir, así que es una buena señal.

Erick se acercó y puso su mano en mi barriga como siempre lo hacía. Sus ojos se ablandaron y sonrió mientras su hijo le pateaba la palma de la mano.

—¿Dónde está Gigi? —preguntó.

—Me echó de la cocina para que me refrescara. Entraré a ayudarla en un minuto.

—Yo iré. Tú y tu hermano pueden aprovechar el tiempo para ponerse al día.

Chris pasó por delante de nosotros y sacudió la cabeza.

—No. Ustedes, tortolitos, tomen un respiro. Han estado cocinando todo el día. Ayudaré a Gigi.

Erick me sonrió cuando estuvimos solos.

—Te ves absolutamente hermosa en este vestido, ¿lo sabías?

—Este vestido es una de las únicas cosas que me queda bien ahora mismo, así que será mejor que lo haga.

Se rio.

—Supongo que tendrás que pasar el resto de tu embarazo en casa. Desnuda.

—O el rico padre de mi bebé podría consentirme con alguna ropa nueva de maternidad.

Se encogió de hombros.

—Me gusta más mi propuesta.

—Por supuesto que sí.

Erick me tomó en sus manos y me dio dulces y tiernos besos.

Me alejé.

—Se supone que debo tratar de refrescarme y tú no me la estás poniendo fácil.

—Lo siento. Lo siento. Mi error.

Di un paso atrás y me abaniqué la cara. Estar afuera definitivamente me ayudó. Respiré el aire fresco. Olía a hierba y a pinos. Miré la propiedad, mi casa, y me maravillé de lo hermosa que era. La vista de las ondulantes hectáreas verdes nunca me aburriría. Al norte se extendía una hilera verde de pinos contra un estanque artificial que el padre de Erick había construido cuando él era

joven. Había peces allí y Erick hablaba frecuentemente de ir a pescar con su hijo cuando fuera el momento adecuado. Soñaba con irse con su hijo en su bote de remos, con un almuerzo de sándwiches de huevo, tal como la madre de Erick había hecho para él y su padre.

Mantener esas tradiciones eran importantes.

Un motín de voces llegó a nuestros oídos. Erick besó un lado de mi cabeza.

—Parece que nuestros invitados están aquí. ¿Entramos?

Asentí.

—Oye, una cosa más.

—¿Sí?

—Sabes que vas a ser un padre increíble, ¿verdad?

Sonrió.

—Haré lo que pueda. No sé si seré el mejor. Hubo muchas cosas que mi padre hizo y que yo no haré. Pero no tengo mucho sentido de lo que está bien y lo que no. Voy a necesitar tu ayuda.

—Por suerte para ti, no me voy a ninguna parte.

—Yo tampoco. Ahora vamos. ¿Qué clase de anfitriones somos, escondiéndonos de nuestros invitados?

Nos reunimos con el resto de la familia en la cocina. Gigi y Nannie ya chismorreaban como gallinas viejas mientras analizaban los platos en la cocina. Kim y Chris se abrazaban y se burlaban mientras Sandi se quedaba atrás, con los brazos envueltos en el muslo de su padre. Mis padres acababan de llegar, con ojos brillantes y ansiosos por la cena. Mi madre tenía un plato de pastel en sus manos y mi padre una botella de vino.

Erick tomó el vino y el pastel y levantó el papel de aluminio de la parte superior.

—Maldición. Esto se ve bien.

—Una receta de la familia Harrison —dijo mi madre.

No pasó mucho tiempo antes de que todo el mundo se sirviera una copa de vino. Sandi y yo, bebimos una elegante sidra espumosa sin alcohol que Erick servía en sus destilerías específicamente para niños.

Tuve que excusarme varias veces para ir a orinar, producto del embarazo, y también tuve que sentarme, mis pies y mi espalda me estaban matando. Pero nada podía estropear el momento de tener la familia junta. Erick estaba en su gloria, no había tenido una gran familia feliz mientras crecía, había tenido lo contrario.

Nuestro hijo sí sabría lo que es sentirse amado y apreciado. Él sabría el significado de la familia. Tendría un tío Chris genial y una prima Sandi que, cuando fuera mayor, se burlaría de él. Tendría un maravilloso conjunto de abuelos que lo amarían más que nada, y dos bisabuelas, un verdadero lujo en estos tiempos. Tendría un padre al que admirar, un hombre digno de ser padre. Sabía que Erick sería todo lo que esperaba que el padre de mi hijo pudiera ser y más. Tenía completa y total confianza en que haría lo correcto. Y me tendría como una mamá. Una madre honesta, confiable, leal y feroz. Una madre protectora, humilde, dulce y sensible.

Nos sentamos a cenar en el comedor. Erick se sentó en la cabecera de la mesa y yo me senté a su derecha. Me tomó la mano mientras sostenía su copa de vino y yo mi sidra. Luego dirigió su atención a todos los demás reunidos en la mesa.

—Quería tomarme un minuto para agradecerles a todos por venir. Esta puede ser la última vez que tengamos la oportunidad de sentarnos todos a comer antes de que nazca el bebé. Creo que las cosas se volverán un poco locas por un tiempo, pero de la mejor manera —se detuvo para sonreírme y pasar su pulgar sobre mis nudillos—. Nastasia y yo hemos estado trabajando duro para recibir al nuevo miembro de nuestra familia. Nastasia tiene el dormitorio preparado como

ella quiere para cuando él esté aquí por primera vez. Tenemos comidas preparadas y todas esas cosas divertidas que no sabía que tendríamos que pensar antes de ser padres.

Todos en la mesa se rieron. Sonreí con adoración al hombre de mis sueños que aún no podía creer que fuera mío.

Erick continuó.

—Pero hay una cosa que no hemos hecho todavía. Una cosa que ha estado en el fondo de mi mente, regañándome para que lo haga bien. Lo que sea que sea correcto —se volvió hacia mí—. Nastasia, sé que hicimos esto completamente al revés. Fingimos estar enamorados antes de enamorarnos. Fingimos que estábamos bien separados cuando, en realidad, ambos estábamos desesperados por volver a estar juntos. No quiero que vuelvas a dudar de mí. Estaré a tu lado hasta el día que muera, no importa lo que pase. Porque tú eres mi vida, Anastasia Harrison. Tú y ese precioso bebé en tu vientre.

Erick deslizó su silla hacia atrás a través del piso de madera, y se arrodilló a mi lado.

Mi madre jadeó, Kim chirrió, y yo inmediatamente empecé a llorar. Mis ojos se llenaron de lágrimas tan rápido que no pude verlo mientras sacaba una caja de anillos de su bolsillo.

—Nastasia, ya te di un anillo una vez, pero eso fue sólo una ronda de práctica. Este es el verdadero, este es tuyo, y yo también, si me aceptas. Lo eres todo para mí. Te quiero y quiero pasar cada día demostrándote lo especial que eres y lo mucho que te mereces. Anastasia Harrison, ¿quieres casarte conmigo?

Mi corazón retumbaba en mi pecho como los cascos de los caballos salvajes cuando corren. ¿Esto era real? Se sentía demasiado bien para ser verdad, pero todo se sentía así cuando se trataba de Erick. Y él era muy, muy real.

Asentí con entusiasmo.

—Sí, quiero casarme contigo Erick Thompson.

La mesa estalló en gritos de alegría. Él sacó el anillo de la caja y lo deslizó sobre mi dedo tembloroso. Luego se puso de pie, me envolvió en sus brazos y me dio un beso en los labios. Mis lágrimas continuaron fluyendo, haciendo que el beso fuera salado pero no me importaba porque también era perfecto.

—No puedo creer que esto esté sucediendo —susurré.

Presionó su frente contra la mía.

—Créelo. Seremos tú y yo para siempre.

—No sé si para siempre. Es mucho tiempo —bromeé.

Se rio.

—Mujer, no juegues conmigo así. Eres mía y nunca te dejaré ir. ¿Me oyes? —me dio otro beso.

Gigi se aclaró la garganta.

—Muy bien, chicos. Manténganlo en sus pantalones hasta que nuestros invitados se vayan, ¿quieren?

Hubo más risas cuando todos tomaron asiento una vez más y la comida comenzó de verdad esta vez. No tenía mucho apetito. Estaba demasiado excitada y emocionada. Una propuesta de matrimonio en un día normal era fácil de llevar, pero cuando estas embarazada de ocho meses... es como abrir la central de agua.

Finalmente me las arreglé para controlar mi llanto, lo suficiente como para mirar la roca gigante en mi dedo. Era deslumbrante, la piedra estaba cortada en forma de lágrima y enmarcada en pequeños diamantes engastados en ganchos de plata. Todo brillaba y captaba la luz de las velas de la mesa y del candelabro de arriba. Era el tipo de anillo que toda chica se detenía a mirar en

una vitrina y soñaba con conseguirlo algún día.

Y era mío, al igual que lo era el hombre a mi lado.

Kim se levantó de su asiento y se acercó para ver bien el anillo.

—Oh Dios mío. Es hermoso. Quiero uno.

Me reí.

—Lo tendrás pronto, ya verás.

Hizo pucheros.

—Pero el hombre del que lo quiero se casará con otra en dos meses.

—¿Has considerado que podría no ser el hombre adecuado? —intervino Erick.

Kim puso una mano en su hombro y se inclinó hacia atrás, mirándolo con escepticismo.

—Sabías que Nastasia era la indicada, ¿no? ¿Acaso te rendiste?

Erick se movió en su asiento.

—Bueno, claro, pero no estaba comprometida con nadie más y...

—Silencio —dijo ella, levantando un dedo—. Sabías que era tuya desde el principio. Bueno, yo sé que él es mío, pero otra chica va a caminar por el pasillo para casarse con él, y yo soy la que está planeando todo. No puedo creer que esto esté sucediendo.

—Estarás bien —le dije—. Todo funciona como se supone que debe hacerlo.

Kim suspiró.

—Es fácil para ti decirlo. Te acabas de comprometer con el hombre más rico de Nashville y probablemente tendrás el bebé más lindo que haya pisado la faz de la tierra.

Erick movió sus cejas hacia ella.

—¿Quieres planear nuestra boda, Kim?

—Te patearía directo en las bolas si llegaras a contratar a alguien más, Erick.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio. El sonido era contagioso, y pronto, todos en la mesa nos reímos. Me incliné hacia él y tomé su mano, aunque estábamos rodeados por la familia, el momento nos pertenecía.

—Te amo, Erick Thompson —le susurré.

Su sonrisa era tan brillante como nuestro futuro.

—Y yo la amo a usted, futura Sra. Thompson. Para siempre. Sin importar lo que pase.

Cerré los ojos cuando me besó la frente.

—Sin importar lo que pase.

Fin.

